

004612
4



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE CIENCIAS POLITICAS Y SOCIALES

LA RECONSTRUCCION DE LA IDENTIDAD NACIONAL EN LA RUSIA POSTSOVIETICA.

T E S I S
QUE PARA OBTENER EL TITULO DE:
MAESTRO EN ESTUDIOS EN RELACIONES
INTERNACIONALES
P R E S E N T A :
MANUEL DE LOS REYES GARCIA MARKINA

DIRECTORA DE TESIS: DRA. ANA TERESA GUTIERREZ DEL CID



MEXICO,

AGOSTO DE 2003

TESIS CON FALLA DE ORIGEN



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	5
1. LAS TEORÍAS DEL NACIONALISMO	20
1.1. Orígenes de las teorías del nacionalismo	22
1.2. Teorías del nacionalismo.....	24
1.2.1. La clasificación primordialismo-modernismo-etnosimbolismo.....	24
1.2.2. La clasificación esencialismo-constructivismo	31
1.3. Definiciones y acotaciones teóricas	34
1.4. Nación, nacionalismo e identidad nacional.....	40
2. EL CONTEXTO HISTÓRICO	42
2.1. Los orígenes de Rusia y los orígenes del debate.....	42
2.1.1. La Rus' Kievita y algunas particularidades de la palabra "Rus'"	43
2.1.2. Particularidades de la lingüística rusa	47
2.2. Las tres Rus' y Rusia	48
2.2.1. La Rus' de Galinia-Volynia.....	50
2.2.2. La Rus' de Nóvgorod	52
2.2.3. La Rus' de Vladimir-Suzdal'	54
2.3. El nacimiento de Rusia.....	57
2.4. La iglesia y el imperio.....	59
2.5. Rusia y "Occidente".....	66
2.6. El inicio del debate.....	68
2.7. Del occidentalismo y de la eslavofilia	71
2.8. De las diferencias entre occidentalistas y eslavófilos	74
2.9. De las coincidencias entre occidentalistas y eslavófilos	76
3. LA IDENTIDAD RUSA Y LA UNIÓN SOVIÉTICA	82
3.1. Rasgos generales de esta relación	82
3.2. 1917-1934 La <i>korenizatsiia</i>	84
3.3. 1934-1953 La identidad rusa al servicio de la URSS	86
3.4. 1953-1964 La <i>sliianic</i>	90

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

3.5. 1964-1985 La cultura rusa al servicio de la URSS 92

3.6. 1985-1991 La *perestroika* 97

4. LA RUSIA POSTSOVIÉTICA Y SU IDENTIDAD 104

 4.1. El resurgimiento del debate en la Rusia postsoviética 104

 4.2. Los occidentalistas postsoviéticos 106

 4.3. Los nacionalistas postsoviéticos 121

 4.3.1. Los estatistas, centristas o euroasiáticos 121

 4.3.2. Los nativistas 124

 4.3.3. Los comunistas nacionalistas 128

 4.4. La "diáspora rusa" y la identidad nacional rusa 134

 4.5. Las tendencias dominantes en el debate occidentalistas-nacionalistas 138

 4.6. De la autoconciencia nacional y del patriotismo rusos 156

CONCLUSIONES GENERALES 162

BIBLIOGRAFÍA, HEMEROGRAFÍA Y DOCUMENTOS DE LA RED 172

Autorizo a la Dirección General de Bibliotecas de la UNAM a difundir en formato electrónico e impreso el contenido de mi trabajo recepcional.

NOMBRE: Galea Múckina

Manuel de los Reyes

FECHA: 33.04.2003

FIRMA: 

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

INTRODUCCIÓN

Preámbulo

A más de una década de la disolución de la Unión Soviética, el debate sobre la reconfiguración de la identidad rusa, lejos de amainar o de llegar a un consenso, resurge en ese país con nuevo ímpetu y vigor. Tal pareciera que los últimos diez años, más que para trazar los lineamientos y fundamentos de lo que debiera ser y hacer Rusia en los próximos años, hubiesen sido dedicados a *mea culpas* y a infructuosos ensayos basados únicamente en esfuerzos por demonizar o borrar definitivamente toda huella o vestigio del experimento soviético. Ciertamente es que puede afirmarse que la identidad nacional de cada país (sea lo que sea lo que signifique esto) se redefine o reafirma casi a diario, pero en Rusia no se ha logrado aún el establecimiento de un acuerdo común al respecto lo suficientemente amplio para legitimar al gobierno y darle así un margen de maniobra funcional, como se supone que hace tiempo pasó en Europa Occidental. Así, tras el desplome de la URSS Rusia se halló de nuevo ante la necesidad de reconstruir su identidad nacional. Hoy, a diez años de distancia, el problema de la identidad nacional aparece en Rusia de manera no menos imperiosa.

El tema de las identidades nacionales se relaciona estrechamente con las nociones de nación, nacionalidad, pueblo, etnia, grupo étnico y Estado. Por lo mismo, toca también temas tan delicados como la discriminación étnica, cultural, religiosa o política. En una época en la que la violencia surgida por motivos étnicos y raciales ha crecido en todos los continentes, a contrapelo de la idea de que los conceptos mencionados pierden legitimidad en un mundo cada vez más globalizado o mundializado, es necesario replantearse las concepciones, ideas y certezas que sobre la identidad y la nación tenemos. Por otra parte, la diversidad racial o cultural o cualquier otra manifestación de heterogeneidad al interior de cada país cobra nueva importancia y

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

significado. Pareciera que ante la heterogeneidad que de la mano de la globalización o mundialización se cierne sobre las sociedades del planeta, la búsqueda de rasgos distintivos y propios lleva al redescubrimiento de particularidades de toda índole, ya sea religiosa, lingüística, étnica, cultural, etc., y cobra un renovado vigor entre infinidad de grupos humanos. Ahora, menos que nunca, puede creerse la vieja premisa liberal que preconizaba un Estado para cada nación.

La búsqueda de un equilibrio entre los impulsos centripetos que buscan una homogeneidad total dentro de cada territorio y niegan el derecho a la existencia a todo lo diferente por amenazar la cohesión del cuerpo social existente, y las fuerzas centrífugas que atomizarían todas las sociedades en una miríada de pequeñas comunidades aisladas entre sí por barreras idiomáticas, culturales o de cualquier otra índole celosamente resguardadas como protección ante la contaminación de "lo ajeno", es ahora una prioridad acuciante. Dejar la tarea a políticos o a historiadores nacionalistas, comprometidos con estructuras de poder adscritas a Estados-nación, sería absurdo y peligroso. Lo que se necesita no son programas ni proyectos para marcar, despertar o salvar nacionalismos, sino estudios realizados por personas desinteresadas e indiferentes a los deseos de los agitadores nacionalistas por demostrar la "grandeza" o la "antigüedad" de sus naciones y pueblos.

La desacralización de conceptos tan cargados de emociones, como lo son "pueblo", "patria", "nación", "nuestros antepasados", etc. es la mejor manera de sortear los peligros del racismo, del chauvinismo y del nacionalismo recalcitrante. Estos fenómenos, que han renacido en los últimos años con resultados casi siempre lúgubres, amenazan con enturbiar aún más las relaciones tanto al interior de cada país como entre ellos y nos indican, simple y sencillamente, que cada vez más personas se toman demasiado en serio la historia oficial, su nacionalidad y sus mitos fundadores.

Objetivos

Dada la creciente importancia de los factores étnicos, religiosos, lingüísticos y culturales en la sociedad internacional, y por la convicción de que los fenómenos sociales no admiten grandes teorías que puedan aplicarse a todos los casos con igual éxito, he decidido concentrar mi atención en un solo proceso de redefinición de identidad nacional para lograr una mejor comprensión suya, no como un proceso global, sino para extraer, conociendo un caso concreto, una idea más



clara de cómo se desarrollan estas ideas. He elegido para ello la actual redefinición de la identidad nacional en Rusia. Así, el objetivo de la presente investigación es comprender mejor la manera en la que la sociedad rusa responde a la pregunta ¿qué somos? y ¿qué debiéramos ser?. Como correlato a estos objetivos, me propongo profundizar en la historia rusa para entender mejor la forma en la que el pasado es usado para edificar el presente y las proyecciones a futuro que un país hace de sí.

Justificación

Más allá del interés personal – que no es último motivo en importancia – un argumento es que vivimos en un mundo de Estados nación y que, hasta donde alcanzan a ver nuestros ojos, así seguirá por un buen rato, por lo que comprender mejor las inevitables tensiones entre la pluralidad – representada por la miríada de individuos que dentro de cada país se desenvuelve – y la uniformidad – exigida por la “historia nacional” y por la “cultura nacional” – que se viven al interior de uno de ellos nos ayuda a entender, aunque sea someramente, lo que sucede en otros Estados nación.

Además, no podemos olvidar que Rusia es el país más grande del mundo, dueño del segundo arsenal nuclear y de un poderío militar que en términos prácticos no resulta inferior al estadounidense. Por sí fuera poco, en y bajo su territorio se encuentran las reservas de materias primas más grandes del mundo; sin olvidar el potencial cultural, científico y tecnológico que (todavía) posee.

Y si recordamos su localización cerca de la mayoría de las “zonas calientes” del mundo, como Irán, Irak, Afganistán, la península coreana, etc. y la menguante pero aún presente influencia que ejerce en la mayoría de sus exrepúblicas, no debe parecer ocioso el interesarse en el tema que nos ocupa.

Por último, la manera en la que Rusia se redefine a sí misma incrementa su interés por tratarse de un caso sin paralelo en la historia: un país que sin conflictos bélicos de por medio¹ se derrumba de superpotencia a país mendigo en menos de una década. Otros imperios se han desmoronado, pero un derrumbe tan pronunciado y rápido como el de la URSS, sin invasiones de

¹ El conflicto en Afganistán, en este sentido, fue marginal. A pesar de todo, la URSS perdió en esta guerra 10 mil hombres en diez años. O sea, una cifra mucho menor a la de bajas estadounidenses en Vietnam, tanto en cantidades totales como en promedio anual. Y al igual que Estados Unidos, se retiró cuando las circunstancias la obligaron.



grandes enemigos ni guerras violentas y desangrantes como catalizadores, no se había visto. Así, la manera en la que Rusia asimila su nueva situación es digna de consideración para comprender mejor la actualidad mundial. No está de más recordar que, precisamente, muchos analistas y estudiosos definen esta actualidad como "postsoviética" o "postmuro de Berlín", fenómeno este último también estrechamente relacionado con la URSS.

Este proceso reviste un mayor interés si se considera que esto sucede en el país más grande del mundo, con una gran multiplicidad de minorías étnicas y religiosas que corren siempre el riesgo latente de verse segregadas, según la manera en la que se defina, o mejor dicho, se imagine la identidad nacional rusa. El estado de orfandad espiritual y moral que experimenta la sociedad rusa complica también la crisis política que experimenta el país a diez años de la disolución de la Unión Soviética, pues cada formación política propone soluciones acordes con su propia concepción de Rusia o, peor y más frecuentemente, común con sus propios intereses.

Desde una perspectiva más amplia, puede señalarse que el tema de las identidades nacionales concierne, en mayor o menor medida, y sobre todo como lo hemos visto en años recientes, a todos los países. El resurgimiento de movimientos regionalistas y nacionalistas en gran parte del mundo moderno (sin ahondar por el momento en qué "modernidad" pensamos) puede adscribirse, precisamente, a las consecuencias ideológicas de la disolución de la URSS.

En efecto, el apresuramiento estadounidense por proclamar su victoria en la Guerra Fría empujó a sus ideólogos y gobernantes a anunciar un "nuevo orden mundial" y el fin de la historia (Fukuyama, 1989), mediante la adopción de lo que de entonces en adelante, supusieron, sería la única ideología posible: el capitalismo liberal. Así, Estados Unidos logró expandir su dominio ideológico en casi todos los países del planeta mediante el "Consenso de Washington". Empero, las políticas emanadas del Consenso impulsaron hacia arriba tanto las ganancias de las elites financieras del mundo como la pobreza y el desempleo para sectores completos de todos los países, incluso en los desarrollados. Consecuentemente, los flujos migratorios se incrementaron en todo el mundo, enfrentando a sociedades enteras a costumbres, culturas e idiomas extraños de una manera mucho más intensa que hasta entonces. Así mismo, y esto es más notorio en países donde antaño operaba el Estado de bienestar (*Welfare state*), estratos sociales enteros buscaron una nueva manera de relacionarse con el resto de la sociedad tras el retiro gradual del Estado y de las garantías que proporcionaba. El vacío social dejado por el desmantelamiento del Estado

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

preconizado por el Consenso de Washington – que podría tener su origen incluso en la preminencia del individuo sobre la comunidad, según el viejo precepto liberal, tan caro a la cultura “occidental” – dejó el campo abierto para la formulación de nuevas modalidades de identificación social o para la recategorización de las antiguas. Aunemos a esto el declive o desaparición de Estados totalitarios o centralistas, lo que dio un margen de acción más amplio a las minorías dentro de muchos países.

Así, a muy grandes brochazos, se trazaría el *risorgimento* de los nacionalismos y regionalismos en gran parte del mundo. Líneas arriba escribí que para los países de Europa Occidental² el tema de las identidades nacionales es una cuestión resuelta. Sin embargo, esto constituye una verdad a medias porque observamos que en varios países mucho tiempo ha considerados “Estados nación” sin problemas, separatismos y nacionalismos mucho más activos que antaño. Pensemos en los vascos y catalanes en España; los corzos, los bretones o alsacianos en Francia; Irlanda del Norte, Escocia y Gales en Gran Bretaña; los flamencos en Bélgica, (González, 2001) etc. También en nuestro continente, como en cualquier otro, tenemos suficientes ejemplos de separatismos, regionalismos y nacionalismos que reafirman la urgencia de investigar estos temas desde una perspectiva más desapasionada que la de los discursos y programas elaborados desde los gobiernos, sus sistemas educativos y de los historiadores nacionalistas.

Estado del arte

En lo referente al estudio concreto del debate sobre la identidad nacional rusa, lo predominante tras la disolución de la Unión Soviética fueron los intentos por demostrar que Rusia pertenecería a la “cultura europea” o “cultura occidental”, de la cual se habría visto aislada o alejada por el experimento soviético. Dentro de esta corriente, muy en boga entre los occidentalistas-liberales rusos, se han realizado investigaciones sobre la forja de la identidad nacional rusa, pero desde una perspectiva eurocentrista, que considera que el modelo europeo occidental es el correcto, y lo usa como fondo de contrastación para determinar el grado de desviación del desarrollo ruso. El debate sobre la identidad nacional ha recobrado fuerza y complejidad en Rusia, debido principalmente a los desastrosos resultados de las privatizaciones y de las reformas sociales

² Región elegida desde hace mucho tiempo por Rusia como parangón y como modelo de desarrollo y progreso. Este es un punto al que regresaré más adelante.

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

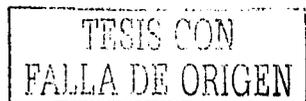
introducidas durante los ocho años de gobierno de Boris Iel'tsin (e incluso antes, en tiempos de Mijail Gorbachov). El empobrecimiento material y moral de la sociedad rusa que estas reformas acarrearón ha colocado sobre la mesa la necesidad de discutir, una vez más, qué es *ser ruso*, y cómo *se es ruso*.

Hasta hace unos pocos años, la enorme mayoría de los escritos rusos sobre el tema coincidían en los siguientes aspectos:

1. La rusa es parte indiscutible de la cultura europea, o de la cultura "occidental".
2. La desgracia de Rusia ha sido siempre estar aislada de Europa o, en su defecto, de Occidente, ya sea por causas de fuerza mayor (por ejemplo, la ocupación mongola), o por causas de índole interno ruso (la iglesia ortodoxa, la autocracia zarista, e incluso el alfabeto cirílico)
3. Para recuperar su lugar dentro de la cultura europea (u occidental), Rusia debería asumir los valores "universales" de esta cultura: libre mercado, democracia, derechos humanos (términos estos entendidos según la ideología imperante en "Occidente" y, más específicamente, Estados Unidos, luego de la desaparición de la URSS)

Como veremos más adelante, este fue el discurso predominante durante los ocho años de gobierno de Boris Iel'tsin (1992-1999) y, como también se ilustra en la contextualización histórica, también fue la argumentación de los occidentalistas rusos decimonónicos. Este dato resulta revelador, porque nos demuestra que las posturas de los reformistas contemporáneos están fuertemente permeadas por las de sus predecesores, que, fieles al espíritu de su época, fundamentaban sus opiniones y anhelos desde una postura netamente positivista. Así se explica su convencimiento de que todo lo que se alejase del modelo de desarrollo de Europa¹ era atrasado, los habitantes de América, Asia, Oceanía y África eran "salvajes", etc. La filosofía de la historia subyacente se inscribe entonces en el amplio grupo de las que son rectilíneas y optimistas, según las cuales cada etapa es superior a la anterior, de manera que las sociedades se encaminan hacia un futuro que promete la satisfacción total de las necesidades humanas. Toda sociedad humana se hallaría en algún punto de una única línea ascendente. Europa, por supuesto,

¹ E incluso esto habría que matizarlo, pues la España o la Irlanda decimonónicas, según los parámetros de la época, eran regiones atrasadas.



se encontraría en la cúspide de esta línea de desarrollo y progreso, por lo que, consiguientemente, toda sociedad que desearía progresar y desarrollarse debería recorrer el mismo camino que recorrió Europa.

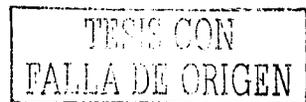
La argumentación de los reformistas actuales incluye tópicos muy similares a los que acabamos de revisar, con la diferencia que Estados Unidos se une, e incluso suple, a Europa como punto de referencia. Con diferencias casi siempre de matiz, el esquema se repite prácticamente de manera invariable.

El fracaso de las reformas iel'tsinianas, empero, dio nuevos bríos a las posturas contrarias, de un rango muy amplio, como veremos en los capítulos II y IV, pero que comparten algunos puntos en común:

1. Rusia no tiene por qué copiar a Europa (o a Occidente) su modelo de desarrollo, porque éste sería ajeno a la cultura e historia rusas.
2. La herencia cultural de Rusia no es inferior a la de "Occidente" (este es un punto muchas veces desvirtuado por los chauvinistas, que alegan una superioridad cultural y moral de Rusia sobre "Occidente")
3. La tragedia de Rusia sería haber intentado una y otra vez adoptar leyes, costumbres e instituciones ajenas, mediante reformas crueles y traumáticas, emprendidas por gobernantes avergonzados de su propio pueblo e historia (Pedro I *el Grande*, Lenin y los bolcheviques, Iel'tsin y los reformistas)

Estas posturas nacionalistas también repiten en gran medida los argumentos de los esclavófilos decimonónicos. Hay que mencionar, así mismo, que muchos de los representantes de estas corrientes (que en el capítulo IV agrupamos bajo el nombre de *nacionalistas*) mezclan elementos religiosos retomados del debate decimonónico, y que ahora resultan anacrónicos.

Un autor que recurre con frecuencia a la iglesia ortodoxa como uno de los más importantes rasgos distintivos de la identidad rusa es Alexandr Solzhenitsyn. Uno de sus seguidores, Alexandr Tsipko, soslaya el elemento religioso en favor de una identidad rusa basada en la pertenencia a Rusia; esto es, ser ruso, ya sea étnicamente o legalmente. Junto con el fallecido académico Dmitri Lijachov, estos autores rusos son de los que más han escrito sobre la identidad rusa.



Entre los extranjeros, la opinión más extendida parecería ser la de los autores franceses Alain Besançon y Jean Meyer. Destacados rusólogos y soviétóforos, parecen insistir en comparar a Rusia con "Occidente" para a continuación calcular cuántos años – e incluso siglos – de atraso presenta frente a "Occidente", y para denunciar todo rasgo de identidad nacional que se aleje de los "valores universales" que ya mencionamos.

Así, con las posturas reformistas-occidentalistas matizadas por un nacionalismo que muchas veces se recarga en una historiografía más bien relativista – según la cual cada nación recorre su propio camino –, la discusión sobre la identidad nacional rusa se debate entre estas dos posturas. Podría alegarse, con razón, que habría que encontrar al justo medio, un punto intermedio en el que ambas posturas se equilibren. Sin embargo, es mucho más fácil decirlo que hacerlo.

Argumento central

El trabajo girará en torno de un argumento central bastante amplio. Y digo bastante amplio porque no creo posible demostrar *científicamente* nada que se relacione con identidades nacionales ni, de manera más general, con (auto)percepciones. Más adelante explicaré cómo es que el enfoque metodológico elegido exige, en aras de la coherencia, un argumento central y no una hipótesis. El argumento central es el siguiente: asistimos actualmente a un recrudecimiento del debate sobre la identidad nacional en Rusia, en lugar de la esperada consolidación de la identidad impulsada tras la disolución de la URSS, fundamentada primordialmente en la identificación de Rusia como parte integral con "Occidente", con la "cultura occidental" y con los valores – democracia, individualismo, libertad de comercio, sistema electoral de partidos políticos, etc. – "universales" que de ella emanan. La decepción causada por los resultados de las reformas emprendidas durante el gobierno de Boris Iel'tsin (1992 – 1999) condujo a una revisión de conceptos y valores que se creían fuera de toda duda o discusión y a una reconsideración de otros valores y conceptos que se creían no sólo rebasados sino incluso descartados *a priori*. Todo ello confluye en la búsqueda de una nueva identidad nacional en Rusia, lo que enfrenta la identidad "occidentalista" hasta ahora imperante con las que se creían impensables dado el *satus quo* resultante luego del fin de la Guerra Fría. Esta confrontación de interpretaciones y de (auto)comprensiones también pone en duda las filosofías de la historia lineales y optimistas que suponen que todas las sociedades recorren el mismo *cursus* histórico, lo que supone la existencia



de sociedades modernas o desarrolladas – que serían las que habrían establecido el modelo “occidental”, o sea, las exmetrópolis imperialistas – y de otras, atrasadas o “premodernas” – que serían, a su vez, todas las que sigan otro camino o, según esta concepción, las que todavía no recorren el camino –.

Preguntas principales

Como se desprende de lo que he explicado en el argumento central, el estudio de un tema eminentemente (inter)subjetivo e imposible de ser demostrado *científicamente* – eufemismo casi siempre de *matemáticamente* –, la investigación se centrará en percepciones e interpretaciones.

Así, las preguntas que guiarán la tesis se pueden dividir en un par de ellas primarias y en otro complementario. El primer par reza así: ¿Cómo responderán los rusos las siguientes preguntas?

- 1) ¿Qué o quiénes somos? ¿qué o quiénes deberíamos ser?
- 2) ¿Qué o quiénes hemos sido? ¿quiénes o cómo debimos haber sido?

El segundo, necesario para lograr el cuadro completo de la autocomprensión, se refiere al “otro”, al *alter* ante el cual la comparación ayuda a decantar la imagen propia:

- 1) ¿Qué o quiénes son ellos?
- 2) ¿Qué o quiénes han sido ellos?⁴

En ambos pares está presente la preocupación por el pasado porque todo país establece sus raíces en tiempos que, mientras más antiguos son, mejor. De ahí, digamos, el orgullo egipcio o griego por el Egipto antiguo o la Grecia clásica, aunque los modernos estados egipcio y griego, respectivamente, no guarden ninguna relación con aquellas épocas pretéritas, por no hablar ya de las actuales poblaciones tanto de Grecia como de Egipto, que presentan una población de composición étnica muy diferente a la que existía en aquellas épocas. Pero todo esto no obsta

⁴ Estas preguntas están inspiradas en la investigadora estadounidense Anne Clunan, por su colaboración “Constructing Concepts of Identity”, en Sil y Doherty (eds.) (2000)

para que a los griegos o egipcios se les hinche el pecho de u orgullo sincero al hablar de los orígenes de sus respectivos Estados.

Pero sólo en el par primario planteamos un par subsidiario y condicional, para hacer patente que las identidades no se heredan ni se viven como algo inalterable e inmutable, como las leyes de la naturaleza, sino que se perciben. En un ejercicio más extenso, es cierto, se podrían plantear preguntas subsidiarias semejantes para el segundo par, puesto que las identidades otorgadas a los "otros" también dependen de la percepción. Empero, como nos concentraremos más en el primer par de preguntas, iremos especificando sobre la marcha cómo se comprendía en determinada época al *alter* del momento, hayan sido estos los polacos, los mongoles o los franceses.

De lo anterior se desprende que para estudiar la reconfiguración actual de la identidad nacional rusa es menester profundizar en el pasado ruso. Estas condicionantes señalan que me es necesario emplear las perspectivas metodológicas usualmente conocidas como la interpretativa y la histórica. En los siguientes párrafos detallaré esta postura.

Estrategia metodológica

En efecto, me he decidido por las perspectivas metodológicas interpretativa e histórica. Así lo he hecho porque estoy convencido de que la estrecha relación que guardan entre sí – estrecha relación basada no en una complementariedad mutua sino en la implicación ineludible de una a la otra y de la otra a la una – abarca y cubre muy apropiadamente los requerimientos metodológicos y la naturaleza misma del trabajo que he planeado.

La interpretación o, más exactamente, la hermenéutica se fundamenta en la comprensión de los contextos históricos. Hay que subrayar que no sólo el autor o ejecutante de los actos que se investigan está condicionado por su contexto histórico, sino también el intérprete o investigador social lo está, obviamente por su propio entorno y época históricas. Así, la hermenéutica⁵ anula la noción de una Verdad objetiva última, extrínseca a la relación que se establece entre el intérprete y el proceso que se estudia. Al contrario, al reconocer la hermenéutica la imposibilidad de un conocimiento social ajeno al contexto histórico, dicho conocimiento pierde parte de su carácter definitivo y adquiere una categoría más modesta y, a mi entender, más adecuado: el de

⁵ Como se ve, empato la interpretación con la hermenéutica. En lo subsecuente manejaré ambos términos indistintamente.



comprensión. De igual manera, este enfoque cancela, a diferencia de las posturas positivistas, una distinción clara y tajante entre hechos y valores, tan cara para quienes aspiran a encontrar una suerte de Ley Social, que rija y determine, que explique y evalúe todo comportamiento y hecho sociales a lo largo de la historia; una ley que identifique clara y exactamente al factor causal de cada acontecimiento. Se comprenden situaciones contextuales específicas mas no factores causales absolutos.

Sin embargo, hay que sortear cuidadosamente el peligro que representan las versiones más extremas de la perspectiva hermenéutica, que al llevar la interpretación hasta sus consecuencias últimas terminan negando toda posibilidad no ya de comprensión sino incluso de comunicación. Para estas posturas la perspectiva histórica pierde todo su valor porque la realidad social es una elaboración absolutamente subjetiva y por ende individual; la hermenéutica que suscribo, en cambio, si bien cancela la certeza absoluta del conocimiento al considerarlo una comprensión intersubjetiva de coyunturas históricas concretas, no cancela la posibilidad de esta última: "Durante los últimos decenios se ha puesto de moda (...) negar que la realidad objetiva sea accesible (...) [que] el pasado que estudiamos no es más que una construcción de nuestras mentes (...) [pero] Roma venció y destruyó a Cartago en las Guerras Púnicas y no viceversa. Cómo reunimos e *interpretamos* nuestra muestra de datos verificables (que pueden incluir no sólo lo que pasó, sino lo que la gente pensó de ello) es otra cosa" (las cursivas son mías, M.G.) (Hobsbawm, 1998:8). Si matizamos el término "realidad objetiva" me adhiero a su opinión. Relativizarlo todo sería caer en el *guerrillerismo* del deconstructivismo posmoderno.

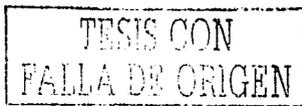
Mi tema de investigación, referente al debate sobre la identidad nacional rusa, me obliga casi a inclinarme por este enfoque, pues la manera en la que se construye una identidad nacional mediante el manejo, la adopción o sustitución de mitos, instituciones y símbolos es un tema que solamente puede abordarse desde la simbiosis interpretativa-histórica. Es posible que admita algunas aplicaciones reducidas del método comparativo en la forma de contraposiciones con la formación de la identidad nacional en otros países. Sin embargo al tratar con el mundo de lo intangible - como lo son las creencias, mitos o emociones - e incluso de lo muchas veces considerado "irracional", la comparación conlleva el riesgo de buscar (y peor aún, de hallar) similitudes donde no las puede haber, mediante una simplificación excesiva o a través del traslado de las características inherentes a un caso al otro - al que le resultarían ajenas - debido o a una falsa creencia en la univocidad del devenir histórico, esto es, en que todos los pueblos

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

recorren el mismo camino y se encuentran dispersos a lo largo del mismo; o bien a una visión todavía peor, que es pasar por alto la historia, con el resultado de que la comparación se haría con uno de los comparandos como modelo, ignorando las trayectorias y las particularidades históricas de cada uno de ellos. Tras estas reflexiones, repito que la comparación tendrá una presencia inevitable, porque la comparación entre las perspectivas que se enfrentan al interior de la historiografía rusa, que parten del reconocimiento común de la misma historia es inseparable del tema mismo de la investigación. Esforzarse por evitar este tipo de comparación equivaldría a guiar a cada bando participante del debate por sendas paralelas que nunca se crucen, lo que cancelaría toda posibilidad de debate y de discusión.

Aquí llegamos al otro enfoque metodológico elegido, el histórico. Como ya mencioné, considero que cada uno de estos enfoques es correlato del otro. Coincido con Beltrán cuando afirma que el investigador debe preguntarse “acerca del *cursus* sufrido por aquello que estudia, sobre cómo ha llegado a ser como es, e incluso por qué ha llegado a serlo” (Beltrán:100). Más aún, si al alimón de nuevo con Beltrán suscribimos que cada conjunto social es relativo a la historia, o sea, que “no es natural, en el sentido de que es el producto histórico del juego de las partes de que consta y de los individuos que lo componen, siendo éstos a su vez también producto histórico del conjunto (...)” (*ibid.*:98), hemos de concluir que “producto histórico” son también las ideas e instituciones que las rigen. Consecuentemente, la identidad compartida por cualquier grupo o comunidad también lo es: “Ser miembro de cualquier comunidad humana significa adoptar una posición respecto al propio (a su) pasado, aunque ésta sea de rechazo. El pasado es, por tanto, una dimensión permanente de la conciencia humana, un componente obligado de las instituciones, valores, y demás elementos constitutivos de la sociedad humana” (Hobsbawm, *op. cit.*:23). Adentrarse en los antecedentes históricos de cualquier fenómeno social no es, pues, ni ocioso ni un prurito de pedantería academicista, sino la aceptación de que ningún hecho puede ser realmente aprehendido por su mera manifestación o por su estructura interna, aislado e independiente de todo contexto.

El tema que estudia la presente tesis está totalmente permeado por las consideraciones e implicaciones históricas que envuelven al debate sobre la identidad nacional en Rusia. Como cada bando articula sus respectivas argumentaciones basándose en los mismos hechos históricos admitiendo así un mismo pasado común y demostrando así que todos se nutren de la historia, lo que refuerza mi opinión sobre el método histórico – sus puntos de desacuerdo no se



encuentran en este haber, mediante una simplificación excesiva o a través del traslado de las características inherentes a un caso al otro – al que le resultarían ajenas – debido o a una falsa creencia en la univocidad del devenir histórico, esto es, en que todos los pueblos recorren el mismo camino y se encuentran dispersos a lo largo del mismo; o bien a una visión todavía peor, que es pasar por alto la historia, con el resultado de que la comparación se haría con uno de los comparandos como modelo, ignorando las trayectorias y las particularidades históricas de cada uno de ellos. Tras estas reflexiones, repito que la comparación tendrá una presencia inevitable, porque la comparación entre las perspectivas que se enfrentan al interior de la historiografía rusa, que parten del reconocimiento común de la misma historia es inseparable del tema mismo de la investigación. Esforzarse por evitar este tipo de comparación equivaldría a guiar a cada bando participante del debate por sendas paralelas que nunca se crucen, lo que cancelaría toda posibilidad de debate y de discusión.

Creo que con esto se cierra el círculo y se demuestra la justeza de las perspectivas metodológicas elegidas para la investigación. La interpretación parte de la aceptación de la "variable tiempo", y ésta, como historia, atempera las certezas al circunscribirlo todo a un contexto específico y temporal.

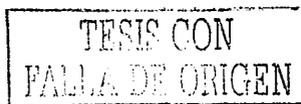
Basándome en las preguntas principales de la investigación y en la metodología elegida, dividiré la investigación en los siguientes apartados:

- 1) Recorrido por las teorías del nacionalismo, que se hará en el primer capítulo. Así quedará también claro el respaldo teórico que pretendo dar a la investigación. La reseña que haré de las teorías del nacionalismo no será exhaustiva pues no pretendo lograr un manual o directorio de estas teorías. Por lo mismo, tras consultar varios autores me decidí por recorrer estas teorías concentrándome primordialmente mas no únicamente en el trabajo del investigador turco Umrut Özkirimli. También me fueron de gran utilidad los trabajos de otros autores, entre ellos Benedict Anderson, Eric Hobsbawm, Anthony D. Smith y Hugh Seton-Watson, además de consultas a artículos o a capítulos de algunos otros. Cuando sea necesario se hará la señalación pertinente.
- 2) Contextualización histórica del debate. Aquí me referiré a los orígenes de la discusión sobre la identidad nacional rusa, en gran parte ligados al debate decimonónico entre eslavófilos y occidentalistas, y la percepción que cada uno de estos grupos tenía del

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

pasado ruso, así como la filosofía de la historia que suscribían. Ambos grupos distaban de ser homogéneos; incluso pensadores que ahora son considerados integrantes del mismo bando llegaron a sostener fuertes discrepancias entre sí. Esto dificulta la presentación de los argumentos y puntos de cada uno de los bandos. La presentación del inicio del debate en una contraposición axial eslavófilos-occidentalistas es una simplificación. Útil, desde luego, pero que oculta las diferentes perspectivas de cada uno de los autores suscritos a cada uno de los grupos. Busqué la manera de presentar los rasgos más importantes de cada una de las partes del debate mediante la presentación sucinta de las ideas de algún o de algunos de sus exponentes más destacados. Estos autores fueron elegidos mediante dos parámetros. El primero fue la influencia que ejercieron en el debate y en sus participantes. La segunda fue la disponibilidad de sus escritos, no muy abundante en México. De nuevo, cuando sea necesario, se hará mención de opiniones divergentes de otros autores, incluidos no obstante en la misma categoría.

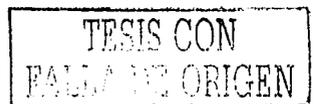
- 3) El debate actual, en gran parte continuación del anterior pero con elementos distintivos y ausentes en su antecesor. Para este punto son igualmente válidas las dificultades que mencioné para el anterior, pero con la agravante de que la elección de los exponentes más destacados se dificulta enormemente. Primero, porque se trata de un debate todavía en curso, por lo que el rumbo que las opiniones y posturas expresadas son influenciables – e influidas – por aspectos coyunturales que poco tiempo después pierden su interés, pero que alcanzan a enturbiar la discusión. Segundo, porque es un debate mucho más concurrenciado que el primero, o por lo menos esa es la impresión que deja la profusión de quienes expresan su opinión sobre los tópicos que nos ocupan. Escritores, políticos, poetas, activistas y periodistas escriben sobre la identidad nacional rusa con mucha mayor libertad que sus predecesores decimonónicos. El resultado es que con esta abundancia se dificultan tanto la selección de autores como de artículos. Traté de concentrarme en algunos pocos autores. Entre estos autores hay algunos políticos, personas que están casi ausentes en la selección del debate decimonónico. Esto tiene que ver con la mayor apertura para escribir sobre el tema, y también con un sistema electoral de partidos – que no quiero confundir, por lo menos en este caso, con democrático –.
- 4) Las conclusiones sobre el rumbo que parece tomar la definición de la identidad nacional rusa, con consideraciones sobre las implicaciones sociales y políticas en Rusia



principalmente, con algunas consideraciones respecto a su política exterior. Una investigación para estudiar con mayor detenimiento la relación entre la identidad nacional y la política exterior sería muy interesante, y no la descarto para el futuro, pero por cuestiones de tiempo dirigiré mi atención al ámbito interno. De cualquier manera, los "otros" son un factor tan importante para la configuración de cualquier identidad que resultaría incompleto cualquier estudio que no dé cuenta de su influencia. Más aún cuando hablamos de la identidad rusa, tan apegada a definirse en contraposición con otras culturas, pero esto ya lo detallaremos en el capítulo correspondiente. Consecuentemente, el estudio incluye siempre información sobre los *alter* que la sociedad rusa ha elegido ya sea como parangones o como némesis.

El primer punto se desahogará en este mismo capítulo, en tanto que la contextualización histórica ocupará todo el siguiente y parte del tercero. El debate actual sobre la identidad rusa ocupa el resto del tercero y las conclusiones figurarán en el cuarto y último. Dedicaré un capítulo completo y parte de otro a la historia rusa y los antiguos debates sobre la identidad rusa porque considero que es necesario alumbrar el trasfondo en el que se mueven y desenvuelven las ideas al respecto. Así, en el segundo capítulo reseñaré los acontecimientos de la historia rusa que más han marcado la autoconciencia (*samosoznanie*) de los rusos y el inicio del debate entre dos posturas antagónicas: la de quienes consideran que Rusia es parte integral de Europa y la de los que están convencidos de que Rusia es una civilización aparte. En el tercero, por su parte, haré un breve recorrido por la identidad rusa y la Unión Soviética, para finalmente entrar de lleno en la disputa actual sobre la identidad rusa. Finalmente, el cuarto lo dedicaré a las conclusiones.

Puesto que en el debate sobre la identidad nacional rusa, como en todos los debates similares en todas partes, la historia es fuente de inspiración y legitimidad, hay elementos, acontecimientos y nombres que figurarán a lo largo de los subsiguientes capítulos. Al admitirlo no quiero dar la impresión de curarme en salud por una supuesta reiteración de temas sino de la fluidez de la historia y de su ineludible presencia en debates actuales que parecieran muy alejados de sucesos centenarios. La historia debe nutrir toda discusión y estudio social, o al menos tal es mi convicción.



CAPÍTULO I

LAS TEORÍAS DEL NACIONALISMO

Usually, there has been some ethnic basis for the construction of modern nations, be it only some dim memories and elements of culture and alleged ancestry, which is hoped to revive, as latter-day Occitanian nationalists have tried to do.

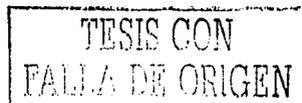
Anthony Smith, 1986

Moreover, as we shall see, the criteria used for this purpose - language, ethnicity or whatever - are themselves fuzzy, shifting and ambiguous, and as useless for purposes of the traveller's orientation as cloud-shapes are compared to landmarks. This, of course, makes them unusually convenient for propagandists and programmatic, as distinct from descriptive purposes.

Eric Hobsbawm, 1990

El nacionalismo ha estado presente en casi todos los grandes eventos que han configurado al mundo tal como lo conocemos actualmente. Desde las guerras de independencia de las colonias americanas¹ hasta el nazismo, y desde la Revolución Francesa hasta la desintegración de Yugoslavia o la división de Checoslovaquia, pasando incluso por las reacciones provocadas por los eventos del 11 de septiembre de 2001, términos como "nación", "nacionalidad", "pueblo" y hasta "cultura" han servido como elementos apriorísticos y ultravalidadores de las políticas y de las acciones de los Estados y partidos que las emprenden. Como doctrina ha demostrado su maleabilidad en sobradas ocasiones, y por si fuera poco, el uso descuidado de los términos que de él derivan ha ayudado a crearle no un sentido claro y preciso sino uno difuso y fantasmagórico que impregna con facilidad cualquier tema que se le exponga, principalmente

¹ Nos referimos tanto a América Latina como a Estados Unidos.



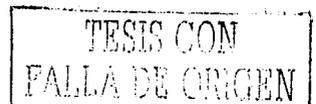
porque generalmente se asume que las naciones y las nacionalidades han acompañado al ser humano desde que es lo que es.

En consecuencia, el discurso sobre los temas relacionados a la nación, al nacionalismo y a la identidad parte de una postura esencialista y apriorística, además de cubrir demasiados aspectos con muy pocas palabras y términos. Las palabras "nacionalismo" e "identidad nacional" son de aquéllas que cubren tantos aspectos como desea quien las pronuncia, incluso más. Todo lo que tenga que ver con la "Nación", atrás de la cual se perfila la palabra "Patria" es rotundo, determinante e indiscutible. Por un lado, tenemos que para Estados Unidos controlar el flujo de inmigrantes mexicanos es un asunto de "seguridad nacional"; para Israel, insistir en su derecho de ocupar un territorio del que emigraron los ancestros de los actuales judíos hace unos dos mil años también lo es; para el clero mexicano el mito de la aparición de la virgen de Guadalupe es inseparable de la identidad nacional, y para los nacionalistas de Belgrado, de Tirana y hasta de Prístina discutir si fueron los albaneses o los serbios los primeros en llegar al territorio del actual Kosovo, hace cientos de años, justifica y da carta de naturalización a los mutuos intentos de limpieza étnica.

Por el otro, Francia insiste en que las comunicaciones entre los pilotos de los aviones que se acercan a sus aeropuertos y los controladores aéreos se realicen en francés como algo prioritario para la defensa de la cultura nacional; para los alemanes un entrenador extranjero a cargo de su selección nacional de fútbol atentaría en contra de la identidad y la esencia misma de la *Mannschaft*². Cuando el gobierno brasileño, con el presidente Enrique Cardoso a la cabeza, protestó en contra de un capítulo de la serie de dibujos animados "The Simpsons" en la que la ciudad de Río de Janeiro era satirizada, los argumentos esgrimidos giraron en torno a la "dignidad nacional".

Sin embargo, el interés por estudiar este fenómeno, tan poderoso y determinante en nuestros días, es relativamente reciente. Esto tiene varios motivos, que expondremos más detalladamente a continuación. Podemos adelantar, empero, que todo se reduce, *grosso modo*, a intentos por demostrar que las naciones y la identidad nacional son antiguas como el ser humano y por ende fuera de discusión, o si son una construcción social, o sea, una creación humana.

² Por no hablar de la presencia de jugadores de padres turcos, pero nacidos en Alemania. En este ejemplo, las voces que claman por restar importancia a la *jus sanguinis* para dársela a la *jus solis* hablan, quiérase o no, de una identidad nacional diferente a la tradicional.



1.1. Orígenes de las teorías del nacionalismo

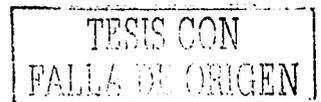
Podría decirse que la literatura sobre la nación se inicia en Europa entre el fin del siglo XVIII y el inicio del XIX. La mayoría de sus raíces se reparten entre las que podríamos llamar las filosóficas y las políticas o utilitaristas.

Las filosóficas, por razones obvias, fueron las primeras en desarrollarse, e inicialmente estaban mucho más relacionadas con la filosofía e incluso con las formas de gobierno que con el nacionalismo, al que tiempo después fueron adaptadas. Así, Özkirimli, basándose en Smith, identifica al dualismo kantiano como una de estas raíces.

En efecto, Immanuel Kant separó al mundo exterior, o fenomenológico, del mundo interior de cada persona. La fuente del conocimiento, siempre según Kant, es el mundo externo. Pero para impedir que cada ser humano fuera esclavo de sus necesidades o de impresiones contingentes y personales, era necesario colocar la moral fuera del mundo fenomenológico, o sea, había que buscar la moral en el mundo interior. Esto es, fuera del conocimiento. La moral kantiana es, consecuentemente, un principio inalterable e inmutable; y el hombre solamente puede ser libre si se guía por la ley universal de la moral. Así, la voluntad autónoma, libre de injerencias externas, se equipara con la virtud moral. La consecuencia directa sería la autodeterminación, lo que para Smith, según cita Özkirimli, hace de la república la única forma viable de gobierno, pues en ella se expresa el libre deseo de los ciudadanos.

Sin embargo, un alumno de Kant, Johann Gottlieb Fichte, quien decidió corregir lagunas que el dualismo de su maestro padecía. Fichte decidió considerar al mundo exterior no como algo más allá e independiente de nuestros sentidos, sino como producto, junto con el mundo interior, de una conciencia universal que lo incluiría todo. El mundo es comprensible como parte de un mismo todo. De aquí se infiere que el todo es primero y más importante que las partes. Para Elie Kedourie, prosigue Özkirimli, este es el principio de la teoría orgánica del Estado, que considera al Estado no como la suma de individuos reunidos para proteger sus intereses comunes, sino como algo superior y prioritario a cada uno de ellos.

Estas ideas se combinaron con las desarrolladas por Johann Gottfried Herder, para quien la capacidad de desarrollar una lengua es la diferencia principal entre el hombre y el resto de los animales, porque equipara lenguaje con pensamiento. Herder arma su teoría con las afirmaciones de que el lenguaje sólo puede ser aprendido en el seno de una comunidad, y de que cada lengua



es diferente una de la otra. Esto implica que cada idioma refleja maneras de pensar y valores diferentes. Lo mismo sucede con las tradiciones, costumbres, cultura, etc. Con estos argumentos, Herder se opone a la conquista de un pueblo por parte de otro, puesto que las comunidades humanas son "naturales", y la mezcla les resulta algo totalmente "antinatural".

La conjugación de estos elementos representaría para Smith, escribe Özkirimli, la triada lenguaje-Estado-nación, "piedra angular" del nacionalismo alemán, y nos da pie para pasar a las raíces políticas o utilitarias del nacionalismo. En efecto. Esta ecuación lenguaje-Estado-nación fue muy útil como argumento de base para Prusia en su lucha por reunir a los germanoparlantes bajo un mismo Estado, hecho que no tenía antecedente en la historia (Hobsbawm, 1983).

Pero existe otra forma de construir un nacionalismo – y por ende una nación – diferente a la basada en motivos lingüísticos. Este sería el caso del nacionalismo francés (Hobsbawm, 1990). Más aún, a diferencia del nacionalismo alemán, el francés tuvo que luchar en contra del factor lingüístico como único factor de nacionalidad³. Para la Francia revolucionaria, la condición para adquirir la nacionalidad⁴ francesa era aceptando la ciudadanía francesa, lo que implica la decisión personal de aceptar ciertas reglas, derechos y obligaciones. Es una participación activa, a diferencia del nacionalismo lingüístico alemán, que es la consecuencia de una constatación pasiva de una condición (ser germanoparlante). Hobsbawm traza a su vez otra triada para ejemplificar el nacionalismo francés revolucionario: nación-Estado-pueblo. La Revolución Francesa aporta otro elemento al surgimiento de la literatura del nacionalismo: la contraposición de la "soberanía popular" a la "soberanía divina" de las casas reales (Anderson, 1983 [1991]; Hobsbawm, 1983).

La concatenación de estos elementos fue lo que logró que el siglo XIX fuera el siglo de la "construcción de naciones" (Walter Bagshot, citado en Hobsbawm 1990:1), pues las ideas sobre la soberanía popular, la autodeterminación de los pueblos como meta política etc., llevaron a muchos nacionalistas a adoptar las políticas nacionales francesas sin haber experimentado el

³ Hobsbawm cita a varios autores franceses que demostrarían que al momento de la Revolución, sólo la mitad de la población francesa hablaba francés, y sólo entre el 12 y el 13 % lo hacía correctamente. Incluso en el territorio dominado por hablantes de la *langue d'ou* el francés sólo era hablado en las ciudades (*Ibid.*:60). El resto hablaba sus lenguas locales, como el alsaciano, el bretón o la *langue d'oïl*.

⁴ Como el término "nacionalidad" viene de "nación", es conveniente aclarar que aquí Hobsbawm lo usa en el sentido político derivado de la independencia estadounidense y de la Revolución Francesa. Así, "nación" equivale a "pueblo", "la confederación" o a "la comunidad" en el discurso estadounidense, en tanto que para los revolucionarios franceses el término significaba "el cuerpo de ciudadanos cuya soberanía colectiva los constituía en un Estado que era así su expresión política." Hobsbawm remarca que el elemento de ciudadanía y de elección de participación siempre estuvo presente en toda conceptualización de "nación" en la Francia revolucionaria (1990:18-19)

cursus histórico que, en el caso francés, condujo hacia ellos. En pocas palabras, intentaron emular el resultado histórico francés sin haber tenido la misma trayectoria histórica, en un ejercicio de mimetismo que, según el caso concreto, iba desde el oportunismo hasta la imitación no consciente. En efecto, para Anderson la nacionalidad, así como el nacionalismo y la nación tienen un carácter modular que les permite ser “capaces de ser trasplantadas, con diversos grados de conciencia, a una gran variedad de terrenos sociales (...)” (*op. cit.* 4, 113).

Una de las consecuencias más notorias de esta adopción del nacionalismo como ideología y pretexto para buscar la creación de Estados-nación fue que la literatura al respecto se concentraba

principalmente en avalar o en condenar las luchas por la soberanía de las comunidades localizadas dentro de los imperios multinacionales europeos: el austriaco (y desde 1867 austrohúngaro), el ruso e incluso el turco. Por eso su carácter utilitario y con frecuencia chauvinista o racista. Esto nos lleva a una revisión ya más directa de las teorías del nacionalismo.

1.2. Teorías del nacionalismo

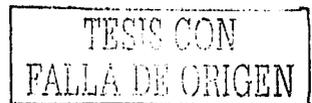
La mayoría de los teóricos del nacionalismo establece la existencia de tres grandes corrientes, que son el primordialismo, modernismo y etnosimbolismo. Sin embargo me inclino por la también muy frecuente discriminación de sólo dos grandes vertientes, el esencialismo y constructivismo, que defienden autores como Breuilly (1996) y Özkirimli (2000).

1.2.1. La clasificación primordialismo-modernismo-etnosimbolismo

a) Primordialismo.

Dentro de la primera clasificación que nos ocupa, la corriente primordialista, como era de suponer, fue la primera en aparecer en escena, sobre todo en la Europa decimonónica⁵. Para los primordialistas, las naciones y las nacionalidades son tan antiguas como la historia. De hecho, las

⁵ En general, las teorías del nacionalismo tienden a ser eurocéntricas, a pesar de intentos recientes, varios de ellos emprendidos incluso por europeos, por romper con este vicio.



consideraciones primordialistas sobre la nación y el nacionalismo son inseparables de sus consideraciones sobre la existencia natural de los grupos étnicos.

Dentro del primordialismo podemos distinguir, según Özkirimli (inspirado en Smith), tres subdivisiones: la naturalista, la sociobiológica y la culturalista.

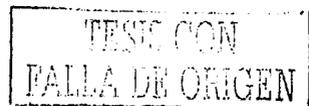
La naturalista corresponde a las posturas más extremas del primordialismo. No distingue entre naciones y grupos étnicos, y es la más común entre los políticos e historiadores nacionalistas. Kedourie, prosigue Özkirimli, habría localizado cinco temas recurrentes entre las "biografías" que todos ellos hacen de sus naciones. Primero, se hace constar la antigüedad de la nación. Posteriormente se glorifica algún periodo de la historia de la nación como el apogeo o la edad de oro de la misma. El tercer tema es el de la superioridad de la cultura nacional ante la cultura de otras naciones vecinas o enemigas. El cuarto tema se refiere a un periodo de decaimiento. Finalmente, el quinto tema se dedica al héroe nacional que despierta o libera a la nación de su "accidental" periodo de decadencia⁶. Smith hace una útil subdivisión dentro del primordialismo naturalista (1986). La diferencia radica en que mientras los perennialistas se limitan a argumentar que el nacionalismo es un elemento siempre presente desde los más remotos registros históricos, los primordialistas sostienen que el nacionalismo no sólo es perenne, sino también natural.

En pocas palabras, para los primordialistas la nacionalidad y el nacionalismo son tan naturales e inherentes al ser humano como la familia. Actualmente, es cierto, ningún autor (aunque si muchos agitadores nacionalistas y chauvinistas) que se respete a sí mismo suscribe las tesis primordialistas. Por otro lado, persisten algunos teóricos perennialistas que creen encontrar motivos idénticos a la identidad nacional en formaciones sociales de la antigüedad.

La subdivisión sociobiológica intenta explicar la conducta social con conclusiones derivadas de la observación de sociedades animales y mediante conductas que podríamos considerar "instintivas". Así, Pierre van den Berghe⁷ argumenta que la cooperación y la formación de clanes [*kin*] es beneficiosa para los animales en la medida en la que los ayuda a fortalecer y depurar su carga genética, en tanto pueden duplicar directamente sus genes mediante la reproducción propia; o indirectamente mediante la reproducción de familiares con quienes comparten una

⁶ Smith describe un patrón muy similar sobre la narrativa empleada para legitimar una identidad nacional mediante lo que deviene en una mitología nacional: 1. El mito del origen en el tiempo; 2. El mito del origen en el espacio; 3. El mito de los ancestros; 4. El mito de la migración (si la hubo); 5. El mito de la liberación; 6. el mito de la edad de oro; 7. El mito de la decadencia; 8. El mito del resurgimiento. Smith apunta que este esquema, excepto en sus puntos 2 y 4, requiere la mediación y participación de héroes o agentes sobrehumanos, incluso en el 7, en el que brillarían por su escasez o ausencia. (Smith, 1986:192)

⁷ El principal exponente de esta teoría, según Özkirimli.



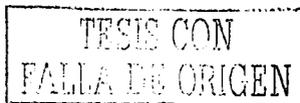
proporción importante de información genética. Van den Berghe continúa diciendo que la formación y pertenencia a un clan es también un factor importante en la creación de las sociedades humanas, por lo que " los sentimientos étnicos y raciales también deben ser entendidos como una forma atenuada de selección clánica [*kin selection*]" (Van den Berghe, *cit.* en Ozkirimli, *op. cit.*:71).

Curiosamente, Van den Berghe agrega que pocas sociedades emplean criterios morfológicos para distinguirse entre sí, dando prioridad a las características culturales. También agrega dos mecanismos más mediante los cuales las sociedades se diferencian: la reciprocidad - cooperación con vistas a un mutuo beneficio -, y la coerción - sometimiento de un grupo por parte de otro para beneficio exclusivo de este último -. Este autor termina de embrollarlo todo, según mi parecer, cuando añade que la pertenencia a un clan - por medio de los sentimientos raciales y étnicos - puede ser putativa más que real. Incluso afirma que esto es lo de menos, lo importante sería que se den estos sentimientos de pertenencia. O sea, él mismo introduce el elemento subjetivista en lo que comenzó como motivos objetivos de separación entre diferentes etnias, supuestamente real y naturalmente existentes.

Además, la subcorriente culturalista, relacionada con los trabajos de los autores Edward Shils y Clifford Geertz, argumenta que las identidades primordiales serían dadas, anteriores a toda experiencia e interacción. Estos sentimientos primordiales serían "inefables" y harían que cada miembro de cualquier comunidad se sintiera necesariamente ligado a las manifestaciones y prácticas, sobre todo el idioma y la cultura.

Por último, este tipo de primordialismo se relaciona estrechamente a las emociones y afectos de los miembros de las comunidades. (Eller y Coughlan, en *ibid.*:72). Sin embargo, Öskirimli, Smith, Tilley y otros autores han demostrado que ni Shils ni Clifford afirmaron que los lazos sanguíneos o culturales dentro de alguna comunidad tuvieran un carácter realmente "sacro", sino que escribieron que son los miembros de dichas comunidades quienes les atribuyen dicho carácter.

Lo que hicieron Shils y Clifford fue, en realidad, un estudio de la importancia de estas afinidades culturales y emocionales partiendo desde una perspectiva que toma como verdaderas las presunciones de los miembros de las comunidades, para investigar sus manifestaciones sociales. Pero no afirmaron en sus trabajos que suscribieran estas presunciones. De esta manera, curiosamente, esta subcorriente del primordialismo, que al parecer ha sido con frecuencia



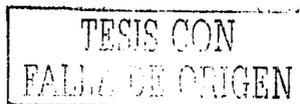
malinterpretada, quedaría más bien inscrita dentro de la corriente modernista, que es la que a continuación reseñaremos.

b) Modernismo.

El modernismo (siempre dentro de la primera clasificación), surgió en la década de los sesenta del siglo pasado, y el común denominador de las teorías modernistas son la convicción tanto en la juventud de las naciones y de los nacionalismos como en la construcción social – y en este sentido artificial – de ambos conceptos y de sus derivados. La mayoría de los autores modernistas sitúan el nacimiento de ambos conceptos – en su sentido contemporáneo – en las cercanías de la Revolución Francesa y de la Revolución Industrial. La nación es construida política y culturalmente, y el nacionalismo es una ideología emanada de las necesidades de la época. Los gobiernos buscan en la historia mitos y tradiciones que adoptar para justificarse y crear así una sensación de continuidad con el pasado y de unidad ante el futuro. Consecuentemente, para esta corriente las naciones y los nacionalismos son comunidades imaginarias (Anderson, 1991 [1983]), y el resultado de “tradiciones inventadas,” (Hobsbawm, 1983; 1990).

Pero los autores modernistas difieren entre sí en lo que respecta al factor primordial en el nacimiento del nacionalismo y de la nación. Para Anderson la nacionalidad y el nacionalismo son “artefactos culturales” de carácter, como ya vimos, “modular”. Esto es, creaciones surgidas a finales del siglo XVIII como resultado de “la destilación espontánea de un complejo ‘entrecruzamiento’ de fuerzas históricas discretas” (*op. cit.*:4). Para Hobsbawm, la nación es, “junto con sus fenómenos asociados: el nacionalismo, el Estado-nación, los símbolos nacionales y el resto” una “innovación histórica comparativamente reciente” que “descansa sobre ejercicios de ingeniería social” (1983:13). Otros autores de la misma corriente toman a la nación y al nacionalismo como producto no de fenómenos culturales o políticos sino económicos, como Tom Nairn o Michael Hechter.

Para el primero, el nacionalismo es el resultado del “desarrollo desigual” entre países centrales y periféricos – casi siempre excolonias –, por lo que su explicación abarca más la historia

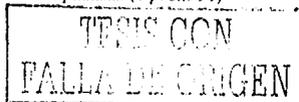


mundial como un todo y no tanto fenómenos intracomunitarios⁸. Las élites periféricas, al no poder satisfacer las expectativas populares de progreso económico según el ejemplo de los países centrales, se vieron en la necesidad de imitar a los países centrales pero combatiendo y evitando su participación directa, porque caerían de nuevo bajo su dominio. Para lograrlo tuvieron que crear un sentido de pertenencia intercomunitaria fundamentado en lo que tenían, que era, básicamente, sus tradiciones, su idioma, su color de piel, etc. (Özkirimli:90). El nacionalismo de las zonas centrales sería resultado a su vez del nacionalismo de la periferia, en una convivencia y mutua influencia que los obliga a redefinirse constantemente.

Para el segundo, al contrario, el nacionalismo sería el resultado del "colonialismo interno" en cada país, pero que sería un reflejo a escala intracomunitaria de la construcción teórica de Nair. Así, para Hechter, la consecuencia real de la industrialización de las zonas periféricas de cada comunidad, decidida y planificada desde el centro, no es la paulatina homogeneización cultural ni económica, sino el creciente dominio y explotación del centro sobre la periferia. La distribución de los puestos de poder político, económico y cultural también es inequitativa, lo que origina una estratificación social que sería reflejo de las desigualdades entre los habitantes de la región central y los habitantes de la periferia, llamada por Hechter "la división cultural del trabajo". Inevitablemente, surgiría una solidaridad entre quienes tendrían negado el acceso a las capas superiores de la sociedad. Si a esta condición agregamos otras dos, que serían una fuerte desigualdad de ingresos entre el centro y la periferia; y canales de comunicación abiertos y empleados entre los miembros de la periferia, el resultado sería la creación de una identidad propia entre las colectividades menos aventajadas y el posible inicio de movimientos separatistas de su parte fundamentada en la opresión del centro y en diferencias culturales (*Ibid.*:97-100).

Como vemos, aunque varíe el factor principal – que en unos es cultural, en otros político y en los terceros económico –, los teóricos modernistas asumen al nacionalismo y la nación como los resultados de la interacción social y como fenómenos relativamente recientes. Hay que subrayar que aunque cada uno de ellos resalte la importancia de determinado factor, esto no implica que desconozca o niegue la importancia de los demás, por lo que ni Anderson supone que el nacionalismo es resultado de factores únicamente culturales ni Hobsbawm asegura que el nacionalismo y la nación son producto únicamente de decisiones políticas.

⁸ Lo que para Özkirimli refleja la fuerte influencia de teóricos dependetistas como André Gunder Frank y Samir Amin, y de Immanuel Wallerstein con su teoría del Sistema Mundial de explotación capitalista. (*Op. cit.* 91)



En efecto. La multiplicidad de factores que explican el surgimiento del nacionalismo y de la nación dentro de las teorías modernistas impide que las críticas que recientemente se han hecho de ellas, principalmente por parte de los reduccionistas, sean adecuadas. La mayoría de las críticas al modernismo provienen de la tercera corriente de esta clasificación, que es la siguiente en ser presentada.

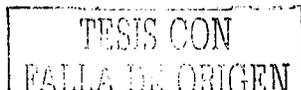
c) Etnosimbolismo

Esta corriente pretende ser una especie de "tercera vía" entre las corrientes primordialista y modernista, a las que considera extremistas. El motivo primordial de su surgimiento es la crítica a la corriente modernista, la que en su afán por descubrir la "construcción" y la modernidad de la identidad nacional habría pasado por alto la persistencia de mitos y valores antiguos en las nacionalidades modernas⁹. Como escribe el más reconocido exponente de esta escuela, Smith: "De nuevo, en el mundo antiguo hallamos movimientos que parecieran recordar al nacionalismo moderno en varios aspectos, sobre todo por el deseo de liberar territorios conquistados por extraños, o de resistir invasiones extranjeras" (*op. cit.*:11). Consecuentemente, el hecho de que "los nacionalismos modernos buscan revivir (o han buscado hacerlo) los complejos 'mito-símbolo' previos y los *mythomoteurs* (...) o combinarlos con complejos y *mythomoteurs*¹⁰ posteriores, arroja una luz irónica sobre las definiciones no simbólicas de la etnicidad, y sugiere una todavía mayor durabilidad de las formas y contenidos étnicos, en el corazón de la era moderna, de lo que había sido tomado en consideración por las recientes teorías 'instrumentalistas' y modernistas del nacionalismo." (*Ibid.*:16).

Los etnosimbolistas insisten en que los nacionalismos modernos se inspiran en los antiguos lazos de solidaridad étnica, cuyo núcleo ya mencionamos, pero se cuidan de afirmar que la nacionalidad es algo natural. Así, Smith explica su postura: "por un lado, el rechazo del punto de partida modernista otorga una mucho mayor medida de continuidad entre las eras 'tradicionalista' y 'moderna', 'agraria' e 'industrial', que muchos sociólogos tienden a

⁹ De manera más concreta, el "cuarteto de 'mitos, recuerdos, valores y símbolos'" que para Smith conforman el "núcleo" de la etnicidad" (*Ibid.*:15)

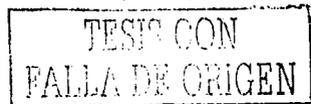
¹⁰ Smith emplea los términos "complejo 'mito-símbolo'" y *mythomoteur* para destacar la importancia que para él tienen mitos y símbolos como "los contenedores del cuerpo de creencias y sentimientos que los guardianes de la etnicidad preservan, difunden y transmiten a las generaciones futuras". (*Ibid.*:15). El *mythomoteur* (o "mito constitutivo de la política étnica") es un término que Smith acepta haber tomado prestado de John Armstrong.



dicotomizar (...) Al mismo tiempo, rechazando las opiniones de los perennialistas, suficiente peso es otorgado a los cambios en las transformaciones acarreadas por la modernidad y por sus efectos sobre las unidades básicas de la lealtad humana dentro de las que operamos y vivimos" (*Ibid.*:13). Smith plantea la necesidad de un análisis capaz de "establecer las diferencias y similitudes entre las unidades del nacionalismo moderno y los sentimientos, y las unidades colectivas y culturales y los sentimientos de eras previas" (*Ibid.*).

Así, lo que para los modernistas es un cambio de fondo, lo que habría originado la creación de lazos e incluso de una ideología nueva; para los etnosimbolistas es solamente un cambio de forma, la mutación de afinidades y sentimientos antiguos: "En efecto, ha habido cambios importantes dentro de la unidad y sentimientos colectivos, incluso cambios de *forma*; pero éstos han ocurrido dentro de un marco preexistente de lealtades e identidades colectivas, lo que ha condicionado los cambios tanto como éstos han influido al marco" (*Ibid.*). La *ethnie*¹¹ y su estudio son la piedra angular de su teoría, porque, arguye Smith, el descubrimiento de su composición y estructura – recordemos los cuatro elementos que conforman su núcleo – nos permite rastrear la manera en la que renacen en los nacionalismos modernos. Smith presenta seis "categorías" para distinguir una *ethnie* de otras "colectividades de seres humanos": 1. Un nombre colectivo, 2. un mito común de descendencia, 3. una historia compartida, 4. una cultura compartida distintiva, 5. la asociación con un territorio específico, 6. un sentimiento de solidaridad. Es curioso que el propio Smith aclare, en los puntos sobre el mito común de descendencia, la historia compartida, y en el de la asociación con un territorio específico, que lo importante no es la "descendencia real" o "la autenticidad" del registro histórico, ni, finalmente, las "características "objetivas"" del territorio; sino el "sentido imputado a los ancestros comunes y a los orígenes", los "propósitos poéticos, didácticos e integrativos" del registro histórico, y la "simbiosis pretendida y sentida entre cierto pedazo de tierra y "su" comunidad" (*Ibid.*:22-30). Smith acepta la subjetividad de muchos elementos, pero los trastoca en reales. Además, estos seis requisitos podrían recordarnos a los cuatro que Stalin condiciona a toda nación: "Una nación es una comunidad humana estable, históricamente formada y surgida sobre la base de la comunidad del idioma, de territorio."

¹¹ Vocablo francés que en español se traduce como 'etnia'. Smith toma esta palabra porque, según argumenta, no hay un equivalente exacto en inglés, pues *people* tendría una connotación distinta a la que busca (*Ibid.*: 21), mientras que *ethnic category* es una colectividad humana que aún no alcanza el rango de una *ethnie* (*Ibid.*:30)



Esta clasificación tripartita entre primordialistas, modernistas y etnosimbolistas ha sido puesta en duda por varios autores, y algunos de ellos han propuesto una división axial entre las corrientes esencialista y constructivista.

Hago constar, de nueva cuenta, que en el recuento siguiente me baso fundamentalmente en el trabajo de Özkirimli.

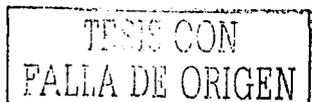
1.2.2. La clasificación esencialismo-constructivismo

En efecto, la clasificación axial esencialismo-constructivismo¹² me parece más apropiada que la anterior. *Grosso modo*, el primordialismo se trastoca en esencialismo, el modernismo en constructivismo y el etnosimbolismo como corriente particular desaparece para quedar subsumida en algunas de las vertientes menos extremas del esencialismo.

El cambio de denominación en el primer caso, de primordialismo a esencialismo, obedece a un intento de lograr una mayor concordancia entre las suposiciones características de la corriente y su nombre, para evitar la dispersión o inexactitud terminológicas. Esto se debe a que el término de la clasificación anterior, el primordialismo, se refiere al carácter que, según Shils, tienen los lazos que uno siente por su familia. Este lazo es anterior a la interacción, y por tanto "primordial" (Özkirimli, *op. cit.*:65). No obstante, su nombre se ha usado cada vez más para describir las posturas de autores nacionalistas, lo que causa confusión cuando se aplica a estudiosos como Shils y Gertz. Por lo anterior Özkirimli propone el uso del término esencialismo.

En lo que respecta al modernismo de la clasificación anterior, Özkirimli explica que es un término acuñado por Smith para presentar bajo el mismo a todas las variantes que coinciden, únicamente, en que el nacionalismo y la nación son fenómenos recientes. Pero los autores reunidos bajo este apelativo difieren en varios aspectos entre sí, por lo que presentarlos bajo la misma denominación es una simplificación. Pareciera que Smith buscó con esto, prosigue Özkirimli, presentar un cuadro de polarización entre un primordialismo que supondría que la nación y el nacionalismo no son sino prolongaciones ininterrumpidas de formas antiguas de identidad étnica; y un modernismo que consideraría toda manifestación de nacionalismo como una invención moderna propia del capitalismo.

¹² Propuesta por el estudioso turco Umut Özkirimli.



De esta manera la corriente etnosimbolista encontraría acomodo como un justo medio entre dos posturas extremas, excluyentes e irreconciliables. Pero los modernistas de la clasificación anterior, como vimos, mantienen ciertas diferencias, relacionadas con el énfasis que hacen en los principales elementos de la creación de los nacionalismos. Estas diferencias tienen cierta importancia teórica, porque impiden considerarlos a todos como exponentes conscientes y articulados de una misma corriente, porque en lo único que coinciden es en el carácter social y por ende artificial del nacionalismo. De acuerdo con esto, Özkirimli propone que esta corriente se denomine "constructivista" y no "modernista", para lograr una mayor coincidencia entre sus argumentos distintivos y su nombre. Con la nueva denominación se subrayan primero, el carácter eminentemente subjetivo e intersubjetivo del nacionalismo, de la nación y por ende de la identidad nacional; y segundo, su naturaleza fluida y cambiante.

Por último, la corriente etnosimbólica queda suscrita dentro de las variantes menos radicales del esencialismo. Debido a su insistencia en demostrar la relación directa entre los nacionalismos modernos y las *ethnie* del pasado, Smith afirma que "una *ethnie*, una vez formada, tiende a ser excepcionalmente duradera bajo vicisitudes 'normales' y a persistir por muchas generaciones, incluso siglos, formando 'moldes' dentro de los que toda clase de procesos culturales pueden desarrollarse y en los que todo tipo de circunstancias y presiones pueden hacer impacto" (*op. cit.*:16).

Así, el que Smith acepte la modernidad del nacionalismo como ideología y como movimiento (*op. cit.*:11) no impide que las naciones y el nacionalismo se desarrollen dentro de los 'moldes' de la *ethnie*. Esto condenaría a las naciones modernas a ser la mera actualización de algún *mythomoteur* o de algunos complejos 'mito-símbolo' específicos. Es cierto que Smith admite que existen algunas naciones que se han desarrollado sin que hubiera una *ethnie* como fundamento, sino más bien vagos recuerdos de alguna grandeza pasada o diferencias culturales que "las élites modernas pueden usar para 'reconstruir' naciones con aspecto de pedigree antiguo" (*Ibid.*:17), e incluso menciona uno de los "pocos casos" de lo que llama una "*ethnie inventada*" (*Ibid.*), pero insiste en que lo común es que las naciones modernas se construyan en torno a fundamentos étnicos. Esta postura, aparte de ignorar de manera casi inocente la manipulación que se hace de la historia y de los mitos, deja abierta la puerta a la demagogia nacionalista pues en ella introduce una posible categorización de las naciones para distinguir a las "auténticas" o "históricas" de las "falsas" o "ahistóricas", cuyo parámetro sería la presencia o ausencia de un *mythomoteur*.

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

inspirador o, de manera casi idéntica, de complejos 'mito-símbolo' que la comunidad habría heredado para formarse como nación. Me parece mucho más apropiada la manera en la que Anderson aborda este punto. Para él, las comunidades "deben ser distinguidas no por su falsedad o autenticidad, sino por la manera en la que se imaginan" (*op. cit.*:6)

Este breve recorrido por las principales teorías del nacionalismo y por las ideas y argumentos de algunos de sus exponentes más destacados nos lleva a una conclusión que podría resultar poco tranquilizadora. El nacionalismo y la nación se pueden estudiar desde perspectivas tan variopintas y concentrándose en tal variedad de elementos, que resulta imposible armar una macroteoría que sea justa y apropiada para todos los casos.

De manera muy lógica y comprensible, las teorías que pretenden explicar el fenómeno del nacionalismo basándose en una sola variable son criticadas por ser reduccionistas – crítica que se ha enderezado contra Nairn, Gellner o Hechter -. A su vez, los teóricos que han sorteado el peligro anterior han caído frecuentemente en la elaboración de teorías asaz generales, como Smith. Aparte de los seis puntos que ya citamos, este autor realiza una enumeración impresionante de factores causales que raya el humor involuntario: centralización estatal, cobro de impuestos, conscripción, burocratización, ampliación de los derechos ciudadanos, mejoras en la red de comunicaciones, ingreso a una economía de mercado, acumulación de capital, declive de la autoridad eclesiástica, desarrollo de la educación secular y universitaria, incremento en el número de medios de comunicación popular, tales como las novelas, periódicos y juegos; ingreso de intelectuales y profesionales a los aparatos estatales; redescubrimiento de las culturas étnicas; etcétera (Özkirimli, *op. cit.*:225). Con una lista así no es difícil encontrar nacionalismos donde uno se lo proponga.

Sin embargo, la corriente constructivista es la que más corresponde con las perspectivas metodológicas; podríamos incluso decir que fluye naturalmente de ellas. A diferencia de los esencialistas que ven la historia como el conectador directo entre las etnias y las naciones contemporáneas, los constructivistas tienen la sensibilidad suficiente como para hallar la manera en la que los mitos son usados para crear realidades sociales. Para esta corriente, además, las naciones y el nacionalismo no dejan de ser reales sólo por el hecho de ser "imaginarios" (Anderson) o "inventados" (Hobsbawm). Las percepciones y los mitos actúan sobre las personas que los creen y comparten como si fuesen parte de un mundo real e incuestionable. Sin entrar a

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

especulaciones filosóficas que van bastante más allá del propósito de esta introducción, esta intromisión e incluso pertenencia de las percepciones y demás elementos subjetivos en el dominio de lo considerado verdadero y objetivo es un argumento para poner en duda la separación tajante entre lo real y lo imaginario. En lo que al nacionalismo respecta, la nación y el nacionalismo son reales porque son imaginados, no porque descansen sobre motivos "objetivos" o demostrables, como la pureza étnica, la superioridad racial o cultural; ni siquiera por un mayor abolengo o antigüedad. En este caso, como en muchos que se dan en la vida social, la realidad es real porque se cree que es real y se actúa en consecuencia.

1.3. Definiciones y acotaciones teóricas

La aseveración anterior me conduce a la definición de nación que adoptaré como punto de partida. Antes de entrar en detalles creo necesario hacer algunas aclaraciones.

La elección de las definiciones que me orientarán a lo largo de la investigación irá acompañada por una profundización en las teorías de los autores que he elegido como guías – y nada más que eso – en la investigación. Así, haré un recuento más substancioso sobre las opiniones de Anderson y de Hobsbawm, no para repetirme con respecto al punto anterior sino para fundamentar mejor mis subsecuentes argumentaciones y opiniones.

Por otro lado, no creo que esté de más insistir en que acepto una definición no para constreñir el horizonte teórico que se abra ante mí ni para sujetarme a ella a lo largo de toda la investigación y no hacer otra cosa que no sea repetirla y justificarla. Al contrario, pienso emplearla como haría un viajero con la estrella polar en terreno desconocido. Me orientará durante la búsqueda pero no la buscaré ni me dirigiré a ella.

Anderson, en su excelente libro *Imagined Communities*, definió la nación como "una comunidad política imaginada – e imaginada como inherentemente limitada y soberana" (*op. cit.*:6). Anderson procede a explicar estas características.

Es *imaginada* porque "los miembros de incluso la nación más pequeña nunca conocerán a sus compañeros de nacionalidad, nunca se encontrarán con ellos, pero en las mentes de cada uno de ellos vive la imagen de su comunión (*Ibid.*). Para Anderson, incluso las comunidades en las que

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

hay un contacto cara a cara (*face to face*) entre sus integrantes podrían ser imaginarias, por no hablar ya de las de mayor tamaño.

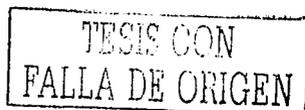
Es imaginada como *limitada* porque todas las naciones, por más amplias que sean, no pueden y ni siquiera desean incluir a todos los seres humanos. La nación, y por lo mismo la nacionalidad, es una de las vías por las que las personas pueden optar para identificarse, y por lo mismo sería absurda una nación que englobara a todos los entes susceptibles de entrar en ella. Así, todas las naciones se mueven en un espacio imaginario ocupado y habitado por otras naciones.

Es imaginada como *soberana* porque este concepto, como ya vimos, nace durante la Ilustración y la Revolución Francesa y se opone a la soberanía divina que alegaban las casas reales. La nación, pues, es imaginada como la verdadera depositaria de la voluntad del pueblo.

Finalmente, se imagina como *comunidad* porque se percibe como una "camaradería profunda y horizontal", a pesar de las inequidades sociales y económicas que distinguen a sus miembros (*Ibid.*:6-7). Las fuerzas históricas que para Anderson concurren en la creación de estos "artefactos culturales" – el nacionalismo, la nación, el sentimiento de pertenencia a una de ellas, etc.- son tres: la comunidad religiosa, el reino dinástico, y el idioma impreso; la primera en franco declive y el segundo en el camino que lo habría de llevar a su actual extinción. El tercero, en cambio, en ascenso, es de gran importancia. Abundaré en él más adelante.

Para que el vacío que los primeros dos factores dejaron pudiera ser llenado por el tercero fue necesaria la participación de otro factor, como lo habría sido un cambio en la aprehensión del tiempo. Este cuarto factor se define como el cambio de una conceptualización del tiempo como una "simultaneidad a través del tiempo" a una que considera al tiempo como "homogéneo y vacío"¹³. La primera perspectiva es la que prevalecía en una sociedad dominada y regida por la idea religiosa. Esta concepción temporal parte del fundamento de que el presente debe cumplir lo que en el pasado fue prometido o profetizado, pues todo se desarrolla y desenvuelve antes los ojos de Dios y por designio suyo, en una simultaneidad entre el pasado que promete y el presente que cumple; siendo a su vez este presente el pasado de las promesas que en el futuro habrán de realizarse. En cambio, la nueva aprehensión del tiempo hace posible para cada miembro de la comunidad imaginarse como integrante de un todo que se mueve y traslada conjuntamente a través del tiempo "homogéneo y vacío".

¹³ *Ibid.*:24. Anderson acepta que toma los términos de Walter Benjamin.



El capitalismo de imprenta, como señalo poco más arriba, habría sido el factor que influyó directamente en la creación de la conciencia nacional, e indirectamente en los dos primeros ya mencionados: en el retroceso de la comunidad religiosa y en el debilitamiento del reino dinástico. En efecto, los libros fueron, según Anderson, la primera mercancía susceptible de reproducirse mecánicamente y en serie para venderse al público en general, dejando atrás la época del manuscrito copiado pacientemente por y para un solo o unos cuantos lectores. Tras la saturación del mercado del estrato superior de las sociedades, capaz de leer en latín, los impresores recurrieron a las lenguas vernáculas para expandir el mercado. Esta decisión se basó en tres hechos, dos de los cuales tendrían una influencia directa en el nacimiento de las identidades nacionales.

El primero y menos importante para Anderson, es una modificación en el carácter mismo del latín. La causa habría sido un renovado interés de los lectores capaces de leer y escribir en latín de emular el estilo florido de los autores romanos, lo que trajo como consecuencia el ingreso del latín clásico a la vida diaria y su alejamiento del latín del cristianismo medieval.

El segundo fue el impacto de La Reforma, que a su vez debería gran parte de su éxito al capitalismo de imprenta¹⁴. El éxito de los textos de Lutero creó rápidamente un público lector en idiomas vernáculos, en tanto la iglesia católica y la Contrarreforma siguieron publicando en latín eclesiástico.

El tercero fue, por último, la adopción paulatina de lenguas vernáculas como idiomas administrativos, lo que fue derivando en la creación de idiomas nacionales (Ibid.:12-40). En un principio, esto se habría hecho por consideraciones meramente burocráticas, aunque luego se haría conscientemente, con la intención de imponer cierta cultura o idioma como "nacional".

Hay que subrayar la importancia que en la teoría de Anderson tiene la lengua impresa, porque, *grosso modo*, habría impulsado la formación de las conciencias nacionales de tres maneras distintas. La primera habría sido la creación de un campo común de expresión y comunicación más reducido que el latín pero más amplio y unificado que las lenguas vernáculas.

Segundo, porque la lengua impresa otorgó un carácter fijo al idioma, lo que contribuyó a crearle la imagen de antigüedad tan útil para la creación de una nación.

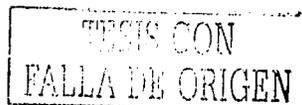
¹⁴ La iglesia romana habría triunfado sobre movimientos similares gracias a sus mucho mejores comunicaciones internas en comparación con las de sus críticos, pero Lutero aprovechó magistralmente la imprenta, de manera que, según cita Anderson a Fevre y Martin, entre 1522 y 1546 se imprimieron 430 ediciones (totales o parciales) de su traducción de la Biblia (Ibid.:39)

Tercero, porque la lengua impresa creó idiomas de poder de carácter diferente pero derivativo de los lenguajes administrativos de antaño (*Ibid.*:44-45).

Anderson explica así el surgimiento de la nación, del nacionalismo y de la conciencia (que bien podría, considero, ser llamada también identidad) nacional. Intentando resumir en unas cuantas frases, podríamos decir que la nación y los conceptos de ella derivados se construyen gracias a la reconfiguración cultural que supuso la irrupción del lenguaje escrito – gracias al capitalismo de imprenta – en el vacío que dejaron tras de sí la comunidad religiosa y el reino dinástico, ambos en retroceso por factores históricos y sociales de los que se aprovechó y a los que también benefició la imprenta. Así, el repliegue religioso, logrado en parte gracias a la Reforma y sus implicaciones en la imprenta – ediciones baratas y masivas de propaganda religiosa –, abrió el camino a un cambio en la aprehensión del tiempo – lo que ayudó a la creación de una comunidad imaginada dentro de un “tiempo vacío y homogéneo”, frente a la concebida dentro de la simultaneidad del pasado y del futuro en el presente, propio de la comunidad religiosa – y, junto con el capitalismo de imprenta, a los idiomas vernáculos en sustitución del latín. Éstos, a su vez, formaron progresivamente idiomas administrativos que se transformaron en idiomas de poder.

En este punto podríamos unir la teoría de Hobsbawm a la de Anderson, porque así como Anderson explica la institución meramente pragmática – por lo menos en sus inicios – de lo que posteriormente devino en idiomas nacionales, Hobsbawm también analiza el idioma y la etnicidad como “dos elementos que hoy en día son asociados estrecha, si no crucialmente, con definiciones de la nación” (1990:51). Y también Hobsbawm, como Anderson, hurga en el pasado de las lenguas vernáculas y, también como Anderson, encuentra que los idiomas nacionales son relativos a la educación masiva y a la imprenta, o sea, a manifestaciones culturales e incluso institucionales recientes.

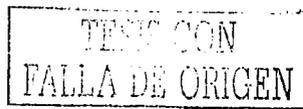
Así, para Anderson la imprenta dio al idioma, como ya vimos, la fijación que necesitaba para crearle la aureola de antigüedad tan necesaria para forjar el mito de una nación con raíces hundidas en tiempos remotos. Hobsbawm, de manera similar, arguye que “los lenguajes nacionales son por lo tanto casi siempre construcciones semiartificiales y, ocasionalmente (...) virtualmente inventados. Son lo opuesto de lo que la mitología nacionalista supone, es decir, los fundamentos primordiales de la cultura nacional y las matrices de la conciencia nacional” (*Ibid.*:54)



Hobsbawm, sin embargo, opta, a diferencia de Anderson, por centrar su atención en la construcción, o como él lo llama, la invención de las tradiciones y mitos desde las élites gobernantes más que resaltar el origen cultural de la nación y demás "artefactos" similares. Esto no significa, empero, que Anderson no se preocupe por o desconozca la creación y manipulación de mitos históricos por parte de las élites ni que Hobsbawm se desentienda de los factores culturales o sociales en la formación de las naciones, o que los menosprecie. Hobsbawm acepta que la nación "y sus fenómenos asociados" son "fenómenos duales, contruidos esencialmente desde arriba, pero que no pueden ser comprendidos a menos que también sean analizados desde abajo" (*Ibid.*:10), o sea, desde la perspectiva de la gente común¹⁵. Es una cuestión de qué factores y variables resalta cada uno de ellos, por lo que creo que tomar en cuenta las opiniones de ambos no puede ser contradictorio sino complementario. Por esto quisiera complementar la definición de nación de Anderson con las ideas que al respecto aporta Hobsbawm.

Así, para Hobsbawm la nación es una "innovación histórica comparativamente reciente (...) con sus fenómenos asociados: el nacionalismo, el Estado-nación, los símbolos nacionales, las historias y el resto. Todos ellos descansan sobre motivos de ingeniería social que son frecuentemente deliberados y siempre innovadores, aunque sea porque la novedad histórica implica innovación" (1983:13). Es notorio el acento que Hobsbawm hace sobre el factor político en la creación de la nación y del nacionalismo como unas de tantas "tradiciones inventadas". Más aún, para Hobsbawm es inútil discutir sobre la nación o el nacionalismo puesto que ambos son relativos al Estado-nación (1990:10). Este autor se esforzaría por resaltar "el carácter de artefacto, de invención y de ingeniería social que interviene en la hechura de las naciones" (*Ibid.*) Consecuentemente, para Hobsbawm es clara la intencionalidad política subyacente en el nacionalismo, lo que le lleva a coincidir con Gellner al definir al nacionalismo como "primordialmente un principio que sostiene que la unidad política y nacional deben ser congruentes" (Gellner, citado en *Ibid.*:9)

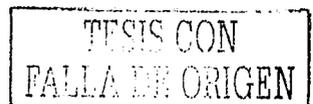
¹⁵ Aunque hay que admitir la extraordinaria dificultad para reconstruir las aspiraciones e ideas que emanan de las personas comunes y corrientes. Antiguamente, las crónicas eran escritas por clérigos o por escribanos que estaban al servicio de algún personaje poderoso y no se ocupaban de las personas de estratos sociales inferiores ni de sus ideas. Incluso hoy en día, a pesar de una mayor documentación sobre las opiniones de la calle, de la parafernalia de la democracia y de las encuestas, sería ingenuo creer que las declaraciones de cualquier presidente o primer ministro son la expresión del sentir popular de su país. Es más, la *vox populi* se fragmenta cada vez más en grupos de intereses encontrados y disímboles entre sí. Pero por otro lado, tampoco podemos negar la manipulación y la influencia que ejercen las élites sobre el sentir y las ideas de los gobernados. En este doble juego de influir y ser influido, una separación tajante entre la opinión o cultura popular y la opinión y cultura de las élites no puede ser clara ni tajante.



Con este recuento de las posturas de Anderson y de Hobsbawm que adoptaré creo haber completado el andamiaje teórico que, junto con las perspectivas metodológicas por las que me he decidido, sustentará la investigación que me propongo. A mi parecer, las teorías de Anderson y de Hobsbawm sobre la nación, el nacionalismo y la identidad nacional se complementan muy bien. Hay un punto que podría resultar dispar entre ambos, que es el grado de intersubjetividad en la formación de las naciones. Anderson coincide con Hugh Seton-Watson cuando éste escribe: "Así, llego a la conclusión de que no se puede encontrar ninguna 'definición científica'; sin embargo el fenómeno ha existido y existe. Lo único que puedo decir es que una nación existe cuando un número significativo de gente en una comunidad considera de sí mismo que forma una nación, y se comporta como si formara una" (1977:5). Hobsbawm, por su parte, rechaza las definiciones "objetivas" basadas en criterios como etnicidad, idioma o religión, pero también niega las definiciones completamente subjetivas, porque "definir una nación por la conciencia de sus miembros de pertenecer a ella es tautológico y da solamente indicios *a posteriori* de lo que es una nación" (1990:7-8). Más aún, cree que esto podría "llevar a los incautos a extremos de voluntarismo que sugeriría que todo lo que se necesita para ser o para crear o para recrear una nación es el deseo de ser una (...)" (*Ibid.*:8).

Como vemos, mientras Anderson parte de su definición atrevida y controvertida sobre la nación, Hobsbawm rechaza tanto las definiciones objetivistas como las subjetivistas y decide partir desde una postura agnóstica y sin adelantar definiciones de qué es una nación. Pero es aquí donde Hobsbawm parece hacer un quiebre inesperado hacia la posición compartida por Anderson y Seton-Watson, cuando agrega que "como postura inicial de trabajo, cualquier cuerpo suficientemente grande de gente cuyos miembros se consideren miembros de una 'nación' será tratado como tal" (*Ibid.*).

Como consecuencia de las acotaciones y citas anteriores, no sólo creo que los autores elegidos no se contradigan entre sí, sino que coinciden en la dirección que a sus opiniones y teorías imprimen. Por lo tanto, creo que la preferencia que muestro por sus ideas y teorías es consecuencia lógica de la metodología que he elegido y de la opinión que sostengo sobre la naturaleza de las ciencias sociales y, hablando más ampliamente, de los procesos y hechos históricos.



1.4 Nación, nacionalismo e identidad nacional

A continuación explicaré, sucintamente, la distinción que hago entre nacionalismo e identidad nacional. Ambos términos, no obstante, son subsidiarios del concepto de "nación", cuya definición ya vimos en la pluma de Anderson.

Así, el nacionalismo es la creencia en la pertenencia a una "comunidad política imaginada", cuyas raíces se hundirían en la historia, y con características y particularidades dables sólo a los miembros de tal comunidad. Tales particularidades son, según sea el caso, explicadas y asimiladas con y por argumentos religiosos, lingüísticos, étnicos, históricos, y un largo etcétera que también incluye cuantas combinaciones entre estas particularidades se puedan dar.

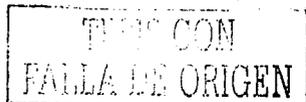
La identidad nacional es la manera en la que los integrantes de esta comunidad se reconocen entre sí como integrantes de la misma nación; es la expresión concreta del nacionalismo. Este es el elemento intersubjetivo que anula los peligros del subjetivismo extremo. Una persona no puede adscribirse a una nacionalidad a menos que los demás integrantes de ésta lo acepten como uno de ellos. En esto radica la tragedia de los inmigrantes que no son aceptados en su nuevo entorno social, o la de muchos habitantes de territorios anexados o conquistados que no son vistos ni tratados como "iguales" por los integrantes del nuevo grupo dominante.

Consecuentemente, el nacionalismo indica qué se es, en tanto la identidad nacional determina cómo se es lo que se es. En esta suerte de interdependencia, es menester observar que el nacionalismo desaparecería con la "comunidad política", esto es, el Estado-nación. Incluso si una colectividad amplia reclama para sí el estatuto de nación, las demás naciones le negarían, las más de las veces, este reconocimiento¹⁶.

Por su parte, la identidad nacional es más flexible y es muy frecuente que un mismo nacionalismo se manifieste a través de diversas identidades nacionales a través de la historia¹⁷.

¹⁶ Así, aunque haya líderes kurdos, como Abdalá Okalam, reclamen en el concierto internacional el título de nación, para la comunidad internacional los kurdos se subdividen según el estado-nación en el que residen, y distinguen entre kurdos turcos, kurdos iraquíes, kurdos iraníes, etc. Por su parte, en cuanto desapareció Checoslovaquia desaparecieron también los checoslovacos. Lo mismo sucedió con Prusia o con el reino de Piemonte. Es importante notar aquí la importancia del reconocimiento de otros pueblos al *status* de los demás.

¹⁷ Por mencionar un ejemplo, Alemania ahora se define como un integrante más de la "casa común europea", en tanto que a comienzos del siglo pasado, e incluso antes, estaba muy en boga la idea de que Alemania, *Mitteluropa*, tenía un destino aparte del resto del continente. El antisemitismo es ahora mucho peor visto entre la sociedad alemana que hace un siglo, el encono contra Francia — la canción *Wacht am Rhein* estuvo a punto de convertirse en el himno nacional alemán — cedió a la colaboración entre París y Berlín. Incluso en 1999 Alemania suavizó sus leyes



La identidad nacional recoge y expresa los elementos que el nacionalismo exige para expresarse. Consiguientemente, una comunidad política actualiza constantemente su identidad nacional para expresar siempre el mismo nacionalismo¹⁸.

de nacionalización, que databan de 1913, mezclando elementos de *jus soli* con el hasta entonces exclusivo *jus sanguinis*. Ser alemán, consecuentemente, ya no es algo exclusivamente relacionado con los ancestros.

¹⁸ Los alemanes, por ejemplo, pueden estar siempre orgullosos de ser alemanes, pero no siempre se ha manifestado de igual manera. Entre la idea del *Sonderweg* para *Mitteleuropa* y la identificación con la Unión Europea subyace toda una mutación de la identidad, aunque el nacionalismo sea siempre alemán.

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

CAPÍTULO 2

EL CONTEXTO HISTÓRICO

*Se повести временных лет, откуда есть
пошла Русская земля, кто в Киве нача правее
княжити, и откуда Русская земля есть.*
Néstor

2.1 Los orígenes de Rusia y el origen del debate

La redefinición de la identidad nacional rusa, como por cierto sucede con todas las identidades nacionales en cualquier parte del mundo, se nutre del pasado y se enraiza en la historia o, por lo menos, en lo que es la historia oficial. Y toda historia oficial, aunque manipule los hechos y las creencias, se esfuerce por crear mitos, revivir antiguos y borrar o por lo menos adormecer otros en la memoria colectiva, debe tener, por fuerza, algunos puntos de contacto con sucesos históricos que en realidad hayan sucedido. Si no fuera así las historias nacionales no serían otra cosa que una exhibición de ficción y fantasías mucho más cercana a las epopeyas y mitologías que prácticamente todas las civilizaciones antiguas – las que han dado en llamar clásicas – nos han legado. De aquí que la importancia de conocer el sustrato histórico del tema que se estudia no pueda ser exagerada, pues la historia es el caldo que nutre toda identidad nacional.

Así, en este capítulo trataré cómo se han percibido los rusos a partir de la formalización del debate, lo que sucedió a finales del siglo XVIII e inicios del siglo XIX, cuáles han sido los hechos históricos que sirven como fundamento para los argumentos de cada bando y cómo tales sucesos históricos son percibidos e interpretados por cada uno de ellos. Forzosamente, entonces, tendré que hacer una breve reseña sobre los orígenes de Rusia. También haré un recuento de

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

algunas particularidades de la lingüística rusa que intervienen directamente en la manera en la que los rusos se perciben a sí mismos.

2.1.1 La Rus' Kievita y algunas particularidades de la palabra "Rus'"

Todos los rusos afirman que el origen de Rusia yace en la Rus' Kievita (*Kievskaja Rus'*¹); ya sean miembros de la *intelligentsia* o ciudadanos de a pie, consideran y están convencidos que, en efecto, Rusia es la heredera natural de la Rus' Kievita. Sin embargo, esto representa ya el primer problema para la identidad nacional rusa. En efecto, la capital de la Rus' Kievita era, como el nombre lo indica, la ciudad de Kiev (Kyiv en ucraniano), capital de la actual Ucrania. Un vistazo a los acontecimientos históricos que condujeron a que Rusia clame una cuna que resulta ser también la cuna de otra nación nos ayudará a comprender la situación.

Aunque la mayoría de los pueblos que entre los siglos V y VI se asentaron en Europa Oriental – entre el río Elba, el báltico oriental, el mar de Azov: casi todos los Balcanes – eran eslavos, la presencia de tribus baltas, finnas y ugras en el norte; turcomanos en el sur, etc., ha sido bien documentada, de manera que es imposible hablar de pureza étnica entre los ancestros de los rusos incluso desde tiempos tan remotos. Sin embargo, repetimos, el factor predominante fue el eslavo.

Es interesante notar, además, que poco tiempo después las tribus eslavas se conocían entre sí por su lugar de establecimiento; así, los eslavos que, mezclados con los finnos, baltos y ugras habitaban las orillas del mar Báltico eran conocidos como *pomórskie slaviane* (eslavos de las orillas del mar), los que habitaban las estepas eran llamados *poliánskie slaviane* (*pólie* es campo en ruso y en varios idiomas eslavos), los que se establecieron en los grandes bosques eran denominados *drevliánskie slaviane* (eslavos de los bosques). O sea, entre los eslavos antiguos predominaron más los lazos territoriales que los de parentesco (Muncháev y Ustínov, 1999:14).

El primer Estado eslavo duradero en establecerse fue, precisamente, la Rus' Kievita, por lo menos para la mayoría de los investigadores², y su historia se inicia en el año 482, cuando fue

¹ Con esta transcripción al español respeto la pronunciación rusa y no la ucraniana, que sería *Kyivska Rus'*. Aunque muchos lingüistas aseguran que el ucraniano moderno se asemeja más al eslavo antiguo hablado en la Rus Kievita, creo que por el tema de la tesis es más apropiada la variante rusa.

² Para algunos historiadores, el primer Estado eslavo habría sido el reino de los Búlgaros en los Balcanes, fundado a mediados del siglo VII. Sin embargo, todavía no se sabe a ciencia cierta si fue fundado por eslavos o por pueblos turcomanos.

fundada la ciudad de Kiev, que a la postre sería la capital de la Rus' Kievita. Aunque en un principio regida por eslavos, no pudo fortalecerse³ y pronto se vio hostigada por clanes eslavos y tribus nómadas asiáticas como los jazaros, a quienes Kiev pagaba tributo.

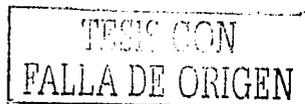
Fue precisamente la amenaza que los jazaros representaban lo que obligó a que varias ciudades eslavas, que dependían del comercio por el río Dniéper hasta el mar Negro y de allí a Constantinopla, a buscar aliados poderosos. Éstos resultaron ser los variegos (*variagui*), nombre con el cual se llamó a los vikingos que preferían las vías fluviales a las rutas navales⁴. Así, los variegos llegaron a la ciudad de Nóvgorod, en el norte, en el año 862, invitados por la población local como refuerzos militares. Riúrik (Hrúrrekr), el variego que con sus hermanos Sineus y Truvor (Throrvardr)⁵ aceptó el llamado y eventualmente se convirtió en gobernante de Nóvgorod y en fundador de la dinastía de los Riúrik (*Riurikovichi*) murió en el año de 873, cuando su hijo Igor (Ingvarr) tenía un año, así que el poder fue dejado a cargo de uno de los comandantes de Riúrik, Oleg (Olav). Fue Oleg quien fundó la Rus' Kievita, pues en el año 882 navegó río abajo por el Dniéper y tomó Kiev, matando a traición en el proceso a los variegos aposentados ya en esta ciudad, Oskold y Dir, antiguos integrantes de la tropa (*druzhina*) de Riúrik y quienes, mientras tanto, habían liberado a Kiev del tributo a los jazaros y del acoso de otros grupos eslavos. Este acontecimiento marca el inicio del nacimiento de la Rus' Kievita.

Antes de continuar con esta contextualización histórica, quisiera resaltar ya aquí tres problemas importantes en la historia sobre la cual se edifica la identidad Rusa. El primero es que Nóvgorod, ciudad rica y dedicada al comercio, integrante de la Liga Hanseática – si bien no como miembro formal, si como uno real –, ha proclamado ocasionalmente la paternidad de la Rus' Kievita, pues en el momento de la fundación de este Estado, Nóvgorod era una ciudad mucho más rica y fuerte que Kiev, además de que fue de Nóvgorod de donde partieron los variegos hacia Kiev. Esto se opone a la herencia que proclama Rusia, que se considera heredera de la Rus' Kievita mas no de Nóvgorod, pues fue el príncipe de Kiev Vladimir Sviatoslavich quien aceptó el cristianismo en el 988, y de ahí se extendió y oficializó al resto de las tierras Rusas, incluyendo Nóvgorod. Además, Nóvgorod tuvo un desarrollo bastante independiente de Moscú, pues la república de

³ Kiev fue fundada por el príncipe eslavo Kiy y por sus hermanos menores Shehek y Koriv, y su hermana menor, Iebul. Ninguno pudo dejar herederos para su sucesión.

⁴ El conocido historiador ruso Klimchevski opina que el nombre "variego" proviene de la corrupción del escandinavo "waering" o "warang", de significado desconocido (2000:51). Por su parte, Malinin escribe que en Escandinavia se empleaba el término islandés "varingjar" para denominar a los vikingos que se establecían en "en la Rus, entrando a su servicio", o que entraban a formar parte de la guardia del emperador bizantino en Constantinopla (2000:45)

⁵ Quienes se establecieron fueron Belouzero e Izborsk, respectivamente.



Nóvgorod (que era prácticamente una ciudad-Estado) se separó de la Rus' Kievita en 1136, y no fue sino hasta 1485, cuando Iván III logró anexarla al Estado moscovita.

El segundo problema es el origen vikingo de la Rus' Kievita, pues sin el concurso de éstos los *poliane* de Kiev hubieran seguido pagando tributo al kaganato Jazaro por no se sabe cuánto tiempo. Tan incómodo resulta esto a muchos nacionalistas rusos que han querido negar – como Lomonósov – el componente escandinavo de los orígenes de Rusia, afirmando que los variegos eran guerreros de Nóvgorod (argumento que reforzaría las pretensiones de Nóvgorod a ser “la madre de las ciudades Rusas” y no Kiev). Otros han optado por mediatizar y diluir la participación vikinga al insistir en que las tropas variegas que acudieron al llamado de las ciudades rusas eran originarias de Pomerania, donde algunas tribus eslavas se habían aposentado. Pero las más de las fuentes apuntan a un origen escandinavo de los variegos.

Finalmente, el tercer problema es el origen de la palabra “Rus” que, como ya dijimos, dio su nombre a todos los principados eslavos que confluyeron en la construcción de la Rusia moderna. Rusia, en efecto, con su mismo nombre reclama la herencia de la Rus' Kievita y por lo tanto este es el problema más acuciante de los tres a los que me refiero. Hasta ahora no se ha establecido a ciencia cierta el origen de la palabra, e incluso hay quienes dudan que sea eslavo. Para algunos historiadores la palabra “Rus” deriva del nombre que tenían las huestes de Igor, hijo de Riúrik: “Ros”. Para otros, el origen etimológico es la palabra finno-ugra *ruotsi*, que significa “gente con remos”, que sería una manera de referirse a los vikingos por ser precisamente los remeros el principal medio de locomoción de sus *drakkar*. Para un tercer grupo, identificado con algunos historiadores nacionalistas rusos, la palabra es de origen eslavo puesto que la palabra “Rus” ya es mencionada por el cronista Néstor⁶. Sin embargo, en la Crónica de Néstor “Rus” se emplea tanto para nombrar una de las varias tribus eslavas, para referirse a la Rus' Kievita, como para regiones y provincias de la última. De hecho, Néstor distingue entre la Alta Rus' – Nóvgorod –, y la Baja Rus' – Kiev – (Malinin, 2000:52). Néstor, sin embargo, escribe que durante el reinado del emperador bizantino Miquele, en el año 852, la región habitada por las tribus eslavas se comenzó a llamar “tierra Rusa” (*riússkaia zemliá*), aunque anteriormente los bizantinos se hayan referidos a los eslavos con nombres tan diversos como skifos, tavros, antos, etc. Este uso poco

⁶ Néstor fue un monje, y autor de la célebre Crónica de los años pasados (*Póviest' vrémennij list*), el más antiguo documento sobre la historia de la Rus Kievita. Néstor fue contemporáneo del principado de Vladimir II Monómaco (1113-1125), ya en la decadencia de la Rus Kievita. Su crónica, que registra hasta el año 1114, no sobrevivió hasta nuestros días, y se conoce por dos crónicas posteriores: la de lavrent'í (*Lavrén'tevskaja Ličtopis'*), de 1374; y el registro de Ipát'ev (*Ipát'evski Spisok*), de finales del siglo XIV o inicios del XV.

claro y difuso del término “Rus” se mantuvo durante toda la historia de la Rus’ Kievita, lo que dio lugar a que cada ciudad importante formara una Rus’. Esto lo veremos en la continuación de la reseña histórica.

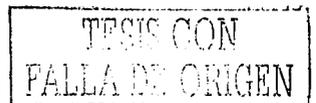
Como decíamos, Oleg se convirtió en príncipe de Kiev, fundando así el Gran principado Kievita, que con el paso del tiempo se convirtió en la Rus’ Kievita. Tras su pináculo, la Rus’ Kievita englobaba a Nóvgorod, a Smolensk, a Chernígov, y a otras ciudades que, tras repartirse entre los hijos Sviatoslav (hijo de Igor y nieto de Riúrik), muerto en el año 970, formaron los focos de poder desde los cuales los herederos siempre lucharon por el trono. Como notan Muncháev y Ustínov, “la adquisición del poder mediante el asesinato del rival ilustra toda la subsecuente historia de la Rus’ pagana” (2000:20). De esta manera, la costumbre de los príncipes Kievitas de dividir el territorio entre sus hijos⁷ causó que tras el apogeo de la Rus’ Kievita, en 1054, a la muerte de Iaroslav *el Sabio*, se iniciara un proceso de descomposición feudal de la Rus’ Kievita en numerosos principados rivales entre sí⁸.

Así, a mediados del siglo XII en el antiguo territorio de la Rus’ Kievita se formaron 15 grandes y pequeños principados, en vísperas de la invasión mongola (1237) la cifra aumentó a cerca de 50, y en el siglo XIV eran alrededor de 250 (Muncháev y Ustínov, 40). Simultáneamente, el centro de la riqueza y del poder político se desplazó paulatinamente hacia el noreste (donde se formaría la Rus’ de Vladímír-Súzdal’) y hacia el suroeste (donde se desarrollaría la Rus’ de Galinia-Volynia).

Esto fue provocado por el agotamiento de la Rus’ Kievita central, donde se encontraba Kiev, causado por las constantes incursiones de los polovtsianos, pueblo seminómada de origen turcomano. Así, en una crónica de 1187 se menciona por primera vez el término *okraina* (periferia, linderos), para referirse al sur de la Rus’ Kievita, donde se encontraban las provincias (tierras) de Kiev, Pereiaslav y Chernígov. Posteriormente el término también se aplicó a Volyn’ y a Galits, principados que formaron posteriormente la Rus’ de Galitsia-Volinia, uno de los pocos principados rusos que sobrevivió al ataque mongol. Este es un tema recurrente en la historiografía nacionalista ucraniana y hay que recordarlo.

⁷ Mediante un curioso sistema de sucesión, mediante el cual la riqueza y extensión de las tierras otorgadas a los sucesores eran directamente proporcionales con su edad, de manera que mientras mayor fuera el heredero, mayor y más rica era la provincia que heredaba. El fundamento era la convicción de que morirían también en estricto orden de mayor a menor, de manera que el más joven lo heredaría todo al final. Sobra decir que este sistema nunca funcionó.

⁸ Proceso que fue revertido temporalmente por los enérgicos gobiernos de Vladímír II Monómako (1113-1125) y de su hijo Mstislav el Grande (1125-1132).



En pocas palabras, a finales del siglo XII e inicios del XIII, de la multiplicidad de principados, tres comenzaron a destacar por su importancia política: El principado o Rus' de Vladimir-Súzdal' (*Vladimiro-Súzdal'skaia Rus'*) en el oeste y en el noreste; el principado o Rus' de Galinia-Volynia (*Galitsko-Volýnskaia Rus'*), y la república feudal de Nóvgorod. Y aquí tenemos que cada "Rus'" proclamara su soberanía sobre sus tierras rusas (*rússkie ziemi*). Es cierto que desde el periodo de una Rus' Kievita unificada se hablaba de las tierras rusas, pero éstas eran integrantes de un Estado unitario. En cambio, en la situación que nos ocupa, cada Rus' respondía a un centro político distinto.

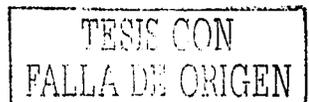
Es en este punto, referente a la formación de diversas Rus', en el que es menester hacer una ligera incursión en la lingüística rusa, en la que se refleja la ambigüedad que de esta situación se deriva.

2.1.2 Particularidades de la lingüística rusa

El idioma ruso tiene gentilicios – y consiguientemente, sustantivos – que difieren de los adjetivos. Para ilustrar un poco el tema, citaré algunos ejemplos:

El gentilicio de *Miçksika* (México) es *meksikániets* para el masculino y *meksikánka* para el femenino. Sin embargo, el adjetivo es *meksikánski* (mexicano) en masculino, y *meksikánskaia*, en femenino. Por ejemplo, "La niña mexicana" se traduce como *meksikánskaia diévochka*, pero "ella es mexicana" es *ona meksikanka*. Los gentilicios pueden variar un poco (*poliák* y *pol'ka* para polaco y polaca, *frantsiúz* y *frantsiúžen'ka* para francés y francesa, *niémets* y *niemka* para alemán y alemana, respectivamente), pero siempre se distinguen de los adjetivos (*pól'ski* y *pól'skaia* para Polonia, *frantsiúzki* y *frantsiúzskaia* para Francia, y *nemiétski* y *nemiétskaia* para Alemania).

Sin embargo, tanto el gentilicio como el adjetivo para Rusia es en idioma ruso el mismo: *rússki* para masculino y *rússkaia* para femenino; no hay diferencia entre ellos. Esto podría pasar por un mero divertimento idiomático, pero es menester recordar que el gentilicio responde a la pregunta *eto kto?* ("¿quién es?"), la respuesta en ruso sería *eto meksikániets* o *eto meksikánka* ("él es mexicano" y "ella es mexicana", respectivamente) lo que en cierta manera ayuda a definir, aunque sea pálidamente, algo similar a una pertenencia nacional. Esto determina que un ruso responda a la pregunta *ty kto?* ("¿quién eres?") con un término (*ia rússki* o *ia rússkaia*) que sea a



la vez gentilicio y sustantivo, pero que también es adjetivo – que, como tal, necesariamente debe ir unido a un sustantivo, tácito o no, para hacer lógica y comprensible su función –, algo que no sucede con ninguna otra nacionalidad. En efecto, adjetivo (*prilagátelnoie*) en ruso proviene de los verbos *prilagát'* o *priládti'*⁹, que significan “agregar, adjuntar; poner, aplicar”, para el primero; y “ajustar, adaptar” para el segundo. Ambos verbos responden a la pregunta *chto k chemú* (qué [se ajusta o se agrega o se adapta] a qué).

Esto explica por qué el gentilicio-adjetivo *rússki* se preste a un intraducible juego de palabras mitad bromista y mitad de autoescarnio¹⁰ que, no obstante, refleja algo de la concepción que muchos rusos hacen de sí mismos partiendo de su gentilicio/sustantivo/adjetivo: “*rússki ni komú nic prinadlezhíi, no prilagáetsia k tsariú*”¹¹.

Esta particularidad, que aunque parezca colateral o secundaria tiene consecuencias serias y palpables en el imaginario popular ruso, se explica por el surgimiento histórico de las *rússkie zemli* (“tierras de “Rus”” o “tierras rusas”). El carácter disperso que el nombre “tierras rusas” heredó de su formación merece una explicación un tanto detallada porque, como veremos, el legado de las tierras rusas puede ser reclamada por comunidades ahora distintas a la rusa. Todo depende de cómo se quiera interpretar la historia.

2.2 Las tres Rus' y Rusia

Como ya vimos, la Rus' Kievita, que fue el primer reino eslavo estable, poco antes de 1237 se dividió en alrededor de cincuenta principados, varios de los cuales – de hecho, sólo los más importantes – eran considerados – o, mejor dicho, llamados – una Rus'. Éstos principados principales eran las Rus' de Vladimir-Súzdal', la de Galinia-Volynia y la de Nóvgorod, que aunque era una república feudal con un sistema muy democrático – para su época – de gobierno (la *veche*), también a veces era llamada el Gran Nóvgorod (*veliki Nóvgorod*) o la Rus' de Nóvgorod (*Nóvgorodskaiá Rus'*).

⁹ Cada verbo en ruso tiene dos formas: la perfectiva (*sovershemnyi vid*) y la imperfectiva (*nesovershemnyi vid*), que aunque denoten la misma acción lo hacen con connotaciones distintas.

¹⁰ Tema que más adelante retomamos.

¹¹ Algo así como “[E]l ruso no pertenece a nadie, pero se adapta (o se ajusta, se adjunta) al zar”. Véase cómo el gentilicio sustantivo (*prilagátelnoe*) “*rússki*”, pasa a describir una dependencia o una relatividad (*prilagáetsia*: se adapta, se ajusta, se adjunta) del mismo “*rússki*”, ahora como adjetivo, del sustantivo zar (*tsar*)

Es necesario profundizar un poco en la administración territorial de que todavía nominalmente se llamaba la Rus' Kievita tras la muerte de Iaroslav *el Sabio*. El territorio de la Rus' Kievita se fracturó en varias regiones articuladas en torno a las antiguas ciudades comerciantes, tomando de ellas su nombre en la mayoría de los casos.

Las regiones eran llamadas "tierras" (*zemli*), y en ellas se acomodaron cada una de las ramas de la descendencia de cada una de las ramificaciones de la descendencia de Iaroslav *el Sabio*. Así, las tierras de Kiev, Pereiaslavl, Smolensk, Pólovtsk, Nóvgorod, Riazán, Múrom, Rostov, Galitz, etc. alojaron a familiares de Iaroslav. Sin embargo, era muy raro que el príncipe se ocupara de la administración de toda la tierra (*zemliá*). Lo más común era que la repartiera entre su propia descendencia, para lo cual la fragmentaba a su vez en principados, que podríamos considerar "menores" o "internos". Así, la tierra de Chernígov (*Chernígovskaia zemliá*) incluía los principados de Chernígov (*Chernígovskoie kniazhestvo*), de Siéver, de Kursk y de Trubchev (Kliuchevski, 2000). Las uniones dinásticas o sometimientos *manu militari* que ocurrían entre los principados hacían que los principados "menores" o "internos" cambiaran de tierra, si es que eran anexados o conquistados por un principado "menor" o "interno" de una tierra vecina.

La invasión mongola destruyó muchas ciudades y principados rusos. Entre 1236 y 1240 Batu Jan tomó y destruyó las ciudades de Riazán, Vladimir, Súzdal, Moscú – con lo que la Rus' de Vladimir-Súzdal' se vio arrasada casi por completo –, y entró en la tierra de Nóvgorod, destruyendo Torzhók y Kozel'sk. Nóvgorod fue la única que se salvó¹², gracias en parte a su entorno pantanoso y a que el deshielo primaveral de 1238 volvió sus accesos intransitables. A finales de ese mismo año las huestes mongolas tomaron e incendiaron Pereiaslavl, Chernígov, algunas ciudades de la Rus' de Galinia-Volyinia, y Kiev, en diciembre. Con la caída de esta última, se cierra el ciclo de vida de la Rus' Kievita, que por lo menos de manera nominal se conservaba gracias a esta ciudad.

La invasión mongola fue muy violenta. De Kiev quedaron en pie no más de 200 edificios. De las 74 ciudades que había en la Rus' Kievita unas 50 fueron devastadas por Batu Jan, 14 de ellas jamás volvieron a poblarse y 15 quedaron reducidas a pequeños asentamientos (Muncháev y Ustínov, 1999:48).

De esta manera, las tres principales Rus' herederas de la Rus' Kievita se hallaron en situaciones diferentes, y cada una de ellas influye en el debate sobre las identidades nacionales

¹² Aunque principados y ciudades del sur de la tierra de Nóvgorod fueron vencidos y destruidos.

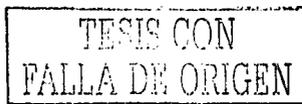
de Rusia y Ucrania e incluso en las de Polonia, y de Bielorrusia, aunque en menor grado. Nos concentraremos en lo que a Rusia concierne. Brevemente, describiremos las condiciones de cada una de ellas. El resto de lo que fue la Rus' Kievita permaneció bajo dominio del reino que fundó Batu Jan a finales de 1242, la Horda de Oro, alrededor de 200 años.

2.2.1 La Rus' de Galinia-Volynia

Esta Rus', aunque vio pasar por sus tierras al ejército mongol, no se vio muy afectada por ello, porque el príncipe Danylo Romanovich Galitski rehuyó el enfrentamiento directo y trató de granjearse la simpatía de Batu Jan, al tiempo que la línea de fortificaciones que erigió en el este disminuyó considerablemente el número de incursiones mongolas en su Rus'. Simultáneamente, intentó llevar una política muy activa en occidente, al relacionarse dinásticamente en 1230 con la familia del rey húngaro Bela IX, para buscar apoyo occidental en su lucha con la Horda de Oro. También derrotó al rey lituano Mendog y a una coalición de polacos, húngaros y chernígovianos en 1245, con lo que Kiev quedó bajo su poder, y pudo nombrar un gobernador general (*namiéstnik*) en ella.

También se anexó Smolensk y, alentado por estos triunfos, efectuó expediciones al Gran Reino Moravo (victoria de Brno, 1253), Hungría y a Polonia (victoria de Lublín, 1255). Con esta actividad la Rus' de Galinia-Volynia incrementó notablemente su prestigio internacional y el Papa Inocencio IX, buscando adeptos y aliados en Oriente, lo coronó rey en 1253. Sin embargo esta misma actividad alertó a la Horda de Oro y en 1259 el Jan Burundai derrotó y asoló a la Rus' de Galinia-Volynia. Andréi Románovich intentó todavía reanudar una política exterior independiente de los mongoles, pero en 1264 dejó el trono a su hijo, Liev I, y murió en 1266. Liev alcanzó todavía a fundar la ciudad de L'viv, pero fue el último hito de la Rus' de Galinia-Volynia.

La decadencia de la Rus' y la permanencia de la amenaza mongola obligó a muchos principados rusos a unirse al reorganizado reino Lituano: Polotsk (1307), Pinsk (1315), Vitebsk (1320) y Kiev (1320), lo que condujo a la creación del Gran Ducado Lituano, en el que a pesar del nombre el idioma más frecuente era el eslavo. El Gran Ducado disputó con Polonia los territorios de lo que quedaba de la Rus' en la guerra de 1352-1353. Galitsia y Volynia occidental quedaron bajo dominio polaco (la ciudad de Volyn' había sido conquistada por Polonia en la



década pasada). Por su parte, Kiev, Pereiaslavl' y otras permanecieron, con gran autonomía e incluso ejerciendo una gran influencia religiosa y cultural, en el Gran Ducado Lituano. Sin embargo, ante la necesidad de resistir la presión de los Caballeros Teutones germánicos y de la misma Horda de Oro, el gran duque Yagailo logró una unión (*uniia*) con el Reino de Polonia en 1386 al casarse con la heredera al trono polaco. Esto creó el Imperio Polaco-Lituano, que al centralizarse anuló la autonomía de las ciudades rusas y su influjo cultural. Por cuestiones pragmáticas Jagailo se convirtió al catolicismo y se inició así la serie de esfuerzos por introducir el catolicismo a lo que ahora es Ucrania Occidental, en detrimento de la iglesia ortodoxa. Así mismo, la cultura occidental se hizo cada vez más patente en lo que fuera la Rus' de Galinia-Volynia.

Como hemos visto, Danylo Románovich Galitski intentó erigirse en heredero de la Rus' Kievita. El siglo de supervivencia que tuvo la Rus' de Galinia-Volynia a la caída de la Rus' Kievita, su trato de igual que tuvo durante un periodo de tiempo con otros reinos de Europa, su relativa independencia ante la Horda de Oro, y sobre todo la recuperación de Kiev – así haya sido temporal –, han sido elementos que los nacionalistas ucranianos han tomado para argumentar que esta Rus' fue el primer “Estado nacional ucraniano”, como fue el caso del historiador Stefan Tomashivski (1875-1930). Los seguidores de Tomashivski agregan que si bien la Rus' Kievita era un Estado multinacional bajo fuerte influencia bizantina, la Rus' de Galinia-Volynia era un Estado étnicamente homogéneo que se distanciaba rápidamente de la Rus' de Vladimir-Súzdal' (en donde se encontraba Moscú) y cada vez más cercano a la cultura europea.

Otros historiadores, como Myjailo Hrushevski, sostuvieron que la falta de un dominio claro y duradero sobre Kiev anula la posibilidad de hablar de esta Rus' como del primer Estado nacional ucraniano, pues es proyectar retrospectivamente el nacionalismo ucraniano. No obstante, es cierto que algunos elementos rusos pervivieron, sobre todo en el Gran Ducado de Lituania – cuyo nombre completo era el Gran Ducado de Lituania, Rus' y Samogitia –, en el que la lengua administrativa era rusa y la religión predominante era la ortodoxa, como ya mencionamos.

No obstante, ante el acoso de Moscú y de la Horda de Crimea – desprendimiento de la Horda de Oro - Lituania se acercó aún más a Polonia, y logró una segunda *uniia* en 1569. Este acuerdo formalizó la unión de ambos reinos en un mismo Estado – la *Rzeczpospolita Obojga Narodów* – bajo la soberanía del rey polaco (Jagellon Segismundo Augusto) y con una política exterior, moneda y sistema legal comunes. El Gran Ducado mantenía la autonomía con una

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

administración local separada y con su propio ejército. La *mitia* también introdujo cambios territoriales, pues Kiev, Volyn', y otras ciudades otrora pertenecientes a la Rus' Kievita quedaron bajo administración directa de Polonia. La presencia del catolicismo polaco en Kiev y otras regiones antiguamente incorporadas a la Rus' Kievita y de religión preminentemente ortodoxa, causó levantamientos populares en lo que ahora es Ucrania y guerras con Rusia, que con el mesianismo que caracterizó su desarrollo siempre buscó reunir en torno suyo todas las tierras que antiguamente pertenecieron a la Rus' Kievita, "la madre de todas las ciudades rusas".

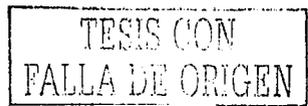
2.2.2 La Rus' de Nóvgorod

La ciudad más importante de esta Rus' era, como su nombre lo indica, Nóvgorod. La ciudad no fue sometida a ningún ataque mongol por su situación geográfica y también porque los mongoles dieron prioridad a su marcha hacia occidente. Sea como fuere, Nóvgorod permaneció como un principado ruso floreciente. Su historia es reclamada por la historiografía oficial y por los occidentalistas, aunque esta Rus' nunca intentó reunificar en su beneficio las antiguas tierras de la Rus' Kievita ni reclamó directamente su herencia. En esto influyeron situaciones que podemos dividir en dos grandes grupos: comerciales y geopolíticos.

En efecto, los habitantes y administradores de Nóvgorod estaban mucho más concentrados en el comercio con las ciudades de la Liga Hanseática que en los asuntos de las tierras rusas interiores. Además, monopolizaban el comercio, de manera que todas las ciudades rusas tenían que acudir a ellos para proveerse de mercancía europea. Igualmente, gran parte de los productos que salían de las tierras rusas pasaban por sus manos. Los motivos geoestratégicos pueden resumirse en que su posición geográfica era tan ventajosa para el comercio como mala para emprender campañas: se ubicaba en las orillas de las tierras rusas, lejos de los centros políticos y religiosos, y en terrenos difíciles. Siempre se mostró más atenta a los intentos de expansión de Lituania, de los suecos y de los caballeros teutones, por lo que su política militar se concentraba en occidente, y era más bien reactiva.

Nóvgorod fue una entidad rusa única en lo que a su forma de gobierno respecta. Conservaba la antigua costumbre de la *veche*, especie de concejo ciudadano¹³. Este concejo nombró en 1126, por primera vez, al gobernador (*posádnik*) que, junto con el príncipe, gobernaría la ciudad. El

¹³ Este concejo ciudadano estaba conformado por hombres linajudos y financieramente bien acomodados.



príncipe gobernante también era elegido por la *veche* de entre varios príncipes rivales, y tenía que comprometerse a respetar los preceptos que se le extendían mediante las “cartas de acuerdos” (*dogovórnye grámoty*). De esta manera el trono de Nóvgorod era ocupado por invitación, no por una dinastía hereditaria. El príncipe era la máxima autoridad judicial y gobernante, pero sus actos debían contar con la aprobación del la *veche*. Así mismo, el príncipe tenía que nombrar como funcionarios a habitantes de la ciudad y no a miembros de su séquito o guardia (*druzhina*). El príncipe, por último, tenía que gobernar dentro de Nóvgorod, pero residir en sus propias tierras, y sus ingresos eran determinados “con suspicacia mezquina” por la ciudad (Kliuchevski, 2000:111-113). Debido a este sistema de gobierno la Rus’ de Nóvgorod también era conocida como la República de Nóvgorod.

La *veche* invitó en 1238 al joven príncipe Alexandr Iaroslávich, hijo del Gran Príncipe (*veliki kniaz*’) de la Rus’ de Vladímir-Súzdal’ Iaroslav Vsievodovich. Así, al momento de la invasión de Batu Jan a las tierras rusas, Nóvgorod era gobernada por Alexandr Iaroslávich. En julio de 1240 el joven príncipe derrotó al ejército sueco que se adentró por el río Neva, por lo que desde entonces se conoció como Alexandr Nevski. Nevski también derrotó a los caballeros teutones Livonios – pertenecientes a la orden de los Cruzados – en 1242, lo que explica gran parte de la desconfianza rusa hacia occidente, como explicaré más adelante en este mismo capítulo.

A pesar de estas victorias, Nevski comprendió muy bien que no podría resistir un enfrentamiento con los mongoles, por lo que inició una política de acercamiento con ellos para garantizar y posteriormente incrementar su propia influencia. Esto lo logró despojando a Andréi Iaroslávich, su hermano mayor, del título de Gran Príncipe (*veliki kniaz*’) de Vladímir, importante ciudad de la Rus’ de Vladímir-Súzdal’. El motivo para ello fue la efímera alianza para defenderse de la Horda de Oro que establecieron entre 1250 y 1251 Andréi Iaroslávich y Danylo Románovich Galitski, príncipe, como recordamos, de la Rus’ de Galinias-Vólynia. Así, Aleksandr Nevski derrotó a su hermano y recibió de manos de Batu Jan el título de Gran Príncipe de Vladímir en 1252.

La Horda de Oro, aunque contaba con un gobernante propio, era parte del imperio mongol, cuya capital era Karakorum, en la actual Mongolia, y era ahí donde se confirmaban los títulos mayores para los príncipes rusos vasallos de los mongoles. En la capital de la Horda de Oro, Sarai (localizada cerca de la moderna Astraján, en la desembocadura del Volga en el Mar Caspio), sólo era posible confirmar los cargos a nobles rusos menores. Consecuentemente,

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

Aleksandr Nevski viajó hasta Karakorum para obtener el título de Gran Príncipe de Vladimir, gracias a lo cual pudo repartir a sus propios herederos en Vladimir y en otros principados de la Rus' de Vladimir-Súzdal'. A pesar de sus buenas relaciones con la Horda, empero, Nevski y sus sucesores siempre tuvieron buen cuidado de cobrar tributo en Nóvgorod para entregarlo a los mongoles. Sin embargo, el mismo hecho de que fuera el príncipe quien recolectara el dinero y los bienes y no los funcionarios mongoles, que siempre se hacían acompañar por tropas y destacamentos punitivos, incrementó el prestigio y el renombre de Nevski entre los principados rusos sujetos de tributo a los mongoles.

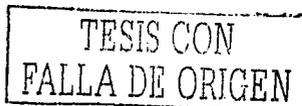
A pesar de todas estas ocupaciones en el oriente y en el sur, Nevski mantuvo una política occidental bastante activa, aunque a diferencia de Danylo Galitski sus acciones eran más bien reactivas. Al sentirse siempre inseguro con la cercanía de los mongoles, no podía arriesgarse a prolongadas campañas en occidente. De esta manera, se dedicó a defender y a ampliar progresivamente los dominios de la Rus' de Nóvgorod. Derrotó dos veces a los lituanos, en 1244 y en 1246; desalojó a los suecos de Narva y cobró tributo a los pueblos finlandeses (1256), y en 1262 batió de nuevo a los caballeros teutones de la Orden Livonia.

El prestigio obtenido con esta serie de victorias influyó de manera importante en la lucha que habrían de sostener sus hijos, ya sea entre sí o con otros príncipes, para afianzarse en los más importantes tronos del noreste de la antigua Rus' Kievita.

2.2.3 La Rus' de Vladimir-Súzdal'

Esta Rus', situada al noreste y al oeste del territorio que ocupó la Rus' Kievita, fue devastada por la invasión mongola en el invierno 1237-1238, y fue sometida a un régimen de tributo mucho más estricto y severo que la Rus' de Galinia-Volynia o Nóvgorod. Fue un pequeño poblado fronterizo de esta Rus', mencionado por primera vez en 1147 y de nombre Kutskova el que reclamaría con mayor vehemencia la herencia de la Rus' Kievita y se proclamaría patria de los "grandes rusos" (*velikorossy*): Moscú. Las causas de su ulterior fortalecimiento pueden dividirse en dos: la ubicación geográfica y la política exterior de sus príncipes.

Los factores geográficos en un inicio parecían condenar a Moscú a un papel secundario en las tierras de esta Rus'. En efecto, Moscú era una ciudad pequeña y fronteriza – estaba a unos 70 kilómetros de la frontera con la Rus' de Chernígov y muy alejada de Súzdal', Vladimir o Rostov,



centros políticos de su propia Rus' –. Sin embargo, tras su asolamiento a manos de las tropas mongolas en el invierno de 1237 Moscú fue raras veces sometida a ataques por parte de las expediciones punitivas mongolas, gracias a su situación geográfica. La ciudad estaba protegida por los principados rusos vecinos de Riazán, Rostov, Iaroslavl, Smolensk y otros, que eran los que absorbían la mayoría de tales embates. Así, Moscú experimentó un constante flujo de personas provenientes de Múrom, Rostov, Chernígov e incluso de Kiev y Volyn'.

Otro factor derivado de su ubicación geográfica fue la importancia comercial del río Moscova¹⁴, que en su parte inferior une a la ciudad con la región del río Oka, y en la superior es muy cercano al Volga, algo que fue aprovechado por los comerciantes de Nóvgorod, quienes fundaron el centro comercial Volok na Lame – la actual ciudad Volokolamsk – para pasar sus mercancías del Volga al Moscova. Si a esto unimos el rápido incremento poblacional por la inmigración de otras tierras rusas, el resultado es la activación del comercio tanto en la ciudad como en el río y la fuerte alza de ingresos a las arcas del príncipe local.

El segundo grupo de factores es político, y se explica por la antigua posición genealógica de sus príncipes. Esto es, por la costumbre, que ya mencionamos, que tenían los príncipes rusos de repartir sus tierras entre sus hijos de manera que el mayor gobernara sobre la más importante y el menor quedara al frente de la menos próspera. Moscú, por lo tanto, en sus inicios siempre era entregada al menor de los herederos de Vladímir. Consecuentemente, los príncipes moscovitas se sentían en desventaja ante sus hermanos mayores o entre los demás príncipes de otras tierras, y pronto aprendieron a actuar de manera oportunista y taimada. Así, el príncipe fundador de la dinastía moscovita, Daniil Alexándrovich – el hijo menor de Alexandr Nevski quien, como ya vimos, había logrado arrebatarse a su hermano Andréi el título de Gran Príncipe de Vladímir – atacó sorpresivamente a su vecino Konstantín, príncipe de Riazán, y lo hizo prisionero, pidiéndole a cambio de su libertad la cesión de varias tierras; y luchó denodadamente incluso contra su hermano Dmitri, príncipe de Pereiaslavl. Curiosamente, al morir Dmitri, su hijo Iuri Dmitírevich, que no tuvo descendencia, heredó el principado a su tío Daniil. Iuri Danílovich, hijo de Daniil Alexándrovich, continuó con esta costumbre de incrementar el territorio del pequeño principado de Moscú atacando y anexándose tierras vecinas, o bien comprándolas.

¹⁴ En ruso, Moscú es *Moskvá*, y el río lleva el mismo nombre (*reká Moskvá* - río Moscú). En español, sin embargo, he encontrado siempre la denominación "Moscova".



Esta política agresiva, sustentada por los ricos ingresos del comercio en el río Moscova, llevó a los príncipes de Moscú a luchar por el título de Gran Príncipe de Vladímir. Menores y sin derecho a él por genealogía, pero atrevidos y ricos, se enfrentaron a sus hermanos, tíos y sobrinos del principado de Tver', sus parientes mayores. En pocas palabras, los príncipes moscovitas empleaban el dinero y las oportunidades, en tanto sus parientes de Tver' hacían hincapié en la genealogía y en el derecho establecido para reclamar el título de Gran Príncipe. En aquellos tiempos, sobra decirlo, los primeros eran mucho más prácticos que los segundos. La lucha se decidió en 1327 cuando el príncipe de Tver', Alexandr Mijáilovich, no soportó las humillaciones y encabezó una rebelión contra los mongoles. Éstos encomendaron a Iván Kalita, hermano de Yuri Danilovich y a la sazón príncipe de Moscú, castigar a su primo, cosa que hizo cumplidamente en 1328 y así recibió de manos de los mongoles el título de Gran Príncipe. y, poco después, el permiso de recolectar entre los príncipes rusos el tributo que se destinaba a los mongoles, lo que incrementó su prestigio en las tierras rusas.

Un factor más que influyó notoriamente en el crecimiento de la fama de Iván I fama fue que desde el momento de su regreso de la sede de la Horda de Oro, con el título de Gran Príncipe, cesaron las incursiones mongolas en las tierras que gobernaba. Por lo anterior, el periodo que va de 1328 a 1369 – cuando el rey lituano Olgerd atacó por el noroeste – sirvió de descanso y de reorganización para Moscú. Además, la Horda obligó a los príncipes de Belozero, Galich y Uglich, empobrecidos e incapaces de seguirles pagando tributo, a vender sus posesiones a Kalita, quien es llamado en la historiografía rusa “el primer colector de la tierra rusa” (Muncháev y Ustinov, 1999:61) Obvia decir que gracias a la política familiar y a la amistad con los mongoles el reino de Moscú ya no era el reino más pequeño de esta Rus', sino una posesión de cerca de mil 300 kilómetros cuadrados.

Un factor determinante en el fortalecimiento de Moscú y en su consagración como nuevo centro de unión de las tierras rusas fue el establecimiento del metropolitano ortodoxo en ella. En 1299, harto de las correrías mongolas, el metropolitano Maxím mudó la sede de la iglesia ortodoxa rusa de Kiev a Vladímir, aunque continuó haciendo visitas al sur de las otrora tierras de la Rus' Kievita, y su ciudad de paso era Moscú. Su heredero, el metropolitano Piotr también pasaba largas temporadas en Moscú, aunque la residencia metropolitana seguía siendo Vladímir. Sin embargo, quiso la casualidad que muriera en 1326 durante una de sus tantas estadias en Moscú, de manera que los metropolitanos subsecuentes hicieron de Moscú la nueva sede de la

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

iglesia ortodoxa rusa. El título de metropolitano de Kiev cambió a metropolitano de Moscú y de toda la Rus'. Obviamente, Rus' aquí no se refiere a la de Vladímir-Súzdal', sino a todas las tierras otrora ocupadas por la Rus' Kievita.

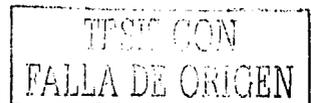
Esta serie de factores y de condiciones derivaron en que fuera dentro de la Rus' de Vladímir-Súzdal' donde se desarrollara un Estado ruso que se apropiara de la herencia de la Rus' Kievita, aunque inicialmente pareciera que las Rus' de Galinia-Volynia o de Nóvgorod tuvieran una posición más ventajosa para ello. Aunque pasó por algunas dificultades¹⁵, el principado moscovita no terminó repartido entre dos reinos o anexado por otro, como sucedió con la Rus' de Galitisa-Volynia, ni se concentró prioritariamente en el comercio, como lo hizo la Rus' de Nóvgorod. Ni Kiev ni los ucranianos pudieron reclamar la herencia de la Rus' Kievita, pues Kiev estuvo siempre bajo dominio mongol o lituano o polaco, si exceptuamos el breve período en el que Danylo Galítski pudo nombrar un gobernador. Moscú, que si bien un tiempo fue tributaria de la Horda de Oro, mantuvo su independencia y basó gran parte de su identidad en reclamar la herencia de la Rus' Kievita. Ya era su sucesora religiosa en el momento en el que el Metropolitano se estableció en Moscú. Ahora faltaba liberar y apropiarse de la misma ciudad de Kiev.

2.3 El nacimiento de Rusia

Esta vocación restauracionista primero e imperialista después se puso de manifiesto cuando Iván III *el Grande* se autoproclamó Zar y soberano de toda la Rus' (*gosudar' vseia Rus' i'*)¹⁶ en 1493, para desagrado de polacos y lituanos, que comprendían bien cuál era su intención, pues las únicas tierras de la antigua Rus' Kievita fuera del control de Moscú eran las que ocupaban el

¹⁵ Entre 1359 y 1363 el título de Gran Príncipe pasó a la ciudad de Súzdal', pero los boyardos y el metropolitano Alexéi lograron que los mongoles regresaran el título al joven Dimitri, nieto de Iván I Kalita. Irónicamente, fue Dimitri Ivanovich quien en 1380 derrotó a los mongoles en la batalla de Kulikovo Polie, en lo que fue la primera victoria rusa sobre la Horda de Oro.

¹⁶ El nombre "Rusia" se menciona por primera vez en crónicas de la segunda mitad del siglo XV, mas no en documentos oficiales. Se escribía primordialmente *Rossia* aunque a veces también como *Rossita*, que es el nombre actual del país. Así, Iván III era Gran Príncipe "de Rusia" (*Russia*), porque, como ya vimos, reclamaba posesión de los antiguos territorios de la Rus' Kievita. Tras la coronación de Iván IV el Terrible en 1547 los términos *Rossia* y *Rossiskoe tsarstvo* se volvieron los nombres oficiales del Estado ruso, aunque el Gran Ducado lituano y el Reino Polaco, por razones obvias, no reconocían tal nombre y preferían llamarlo Moscovia o Rus de Moscú (*Moskóvskaa Rus'*). También se han documentos del siglo XVI que incluyen el nombre "Rusia", como la carta del patriarca Iosaf de Constantinopla reconociendo el título de zar de Iván IV, aunque seguramente "Rossia" deriva del griego "rhossia", y se impuso sobre el más eslavico "Russna", proveniente de "Rus". Para otros, Rossia viene del polaco (*Rossia*).



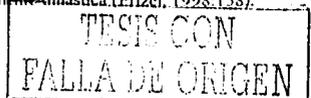
reino de Polonia y el Gran Ducado de Lituania. En efecto, Iván III había continuado con la "reunión de la tierra rusa", de manera que a finales del siglo XV y a inicios del XVI Moscú logró la unidad de casi todas las otrora tierras de la Rus' Kievita. Iván III liquidó los últimos principados independientes, y entre 1462 y 1485 sometió e incorporó a su territorio los de Iaroslav, Rostov, Vereia, Tver' y Nóvgorod. En esta última ciudad las clases populares pugnaban por una unión con Moscú, en tanto las dominantes se acercaban cada vez más a Lituania. Iván III la atacó precisamente cuando la elite de Nóvgorod pactó su unión con Lituania.

Ya antes, el padre y antecesor de Iván III, Vasili II *el Sombrio* (*Tiómny*) había logrado en 1439 la separación de la iglesia ortodoxa rusa de Constantinopla. Esto se debió al concilio de Florencia (1438-1445), que supuso la reconciliación entre la iglesia ortodoxa de Constantinopla y la católica de Roma. Los religiosos rusos consideraron esto una traición a la iglesia ortodoxa, y en 1442 la iglesia moscovita nombró a Iona como metropolitano, sin que éste visitara Constantinopla para recibir la aprobación del patriarca bizantino. Esto fue de gran importancia para la identidad rusa, pues fue la primera vez que el metropolitano no era aprobado por Constantinopla desde que el príncipe Vladímir Sviatoslávich aceptó el cristianismo en la Rus' Kievita en el año 988. La iglesia ortodoxa rusa incluso consideró la caída de Constantinopla en manos de los turcos en 1453 como un castigo divino por la traición a la "fe verdadera". Sin embargo, la iglesia ortodoxa rusa quedó bajo dominio del gobierno ruso, porque al perder el apoyo de Constantinopla sólo pudo hallar en aquél el apoyo para erigirse en la garante de la vigencia de la ortodoxia como religión de Estado y en su "pureza" ante la influencia de otras religiones, especialmente del catolicismo.

La permanencia de Rusia como único Estado ortodoxo independiente acrecentó la sensación de ser los herederos de la Rus' Kievita, y añadió otro factor importante en la identidad rusa: la de ser guardianes de la única fe religiosa verdadera, con la que terminarían de revangelizar al resto de Europa algún día. O sea, a los sentimientos restauracionistas y pronto imperialistas se agregaba el mesianismo.

Hasta este momento la expansión del Estado moscovita se dio con la incorporación de otros principados y tierras rusas, habitadas en su gran mayoría por Rusos ortodoxos¹⁷. Pero su

¹⁷ Curiosamente, es precisamente el noreste de Rusia -- donde se ubicó la Rus de Vladimir-Súzdal' -- donde los colonizadores de la Rus Kievita se mezclaron con las tribus finnas y ugras que habitaban la región. Esto ha dado pie a mentos como los del etnógrafo polaco Franciszek Duchinski quien sostiene que los rusos no son eslavos sino un pueblo finno-ugro cuya única relación con los eslavos de la Rus Kievita fue meramente dinástica. (Prizel, 1998:158).



vocación imperialista se mostró por primera vez durante el reinado de Iván IV *el Terrible*, quien entre 1552 y 1556 capturó los janatos de Kazán, Astraján y Nogay – desprendimientos de la otrora Horda de Oro –, con lo que por primera vez grandes poblaciones de personas que no eran rusoparlantes y de religión distinta a la ortodoxa quedaban bajo soberanía de Moscú. Aquí tenemos presentes los elementos que influirán en el posterior debate sobre la identidad rusa: la iglesia ortodoxa y el Estado.

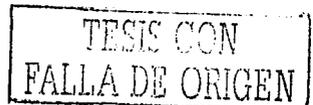
Ahondaremos un poco más en estos dos elementos para vincular la reseña histórica, que hasta ahora hemos hecho, con el debate sobre la identidad nacional rusa que arreció en el siglo XIX y cuyos parámetros siguen influyendo marcadamente en la discusión a la que asistimos, en las postrimerías del siglo XX e inicios del XXI.

2.4 La iglesia y el imperio

La Rus' Kievita, fundada por los variegos que buscaban comerciar con – o bien saquear – Bizancio, recibió el cristianismo en el 988 cuando el príncipe Vladímir Sviatoslávich se bautizó, bautizó a su *druzhina* y obligó a bautizarse a cuantos campesinos pudo. Así, la Rus' Kievita nació en gran medida por la presencia y el empuje de quienes hacían el recorrido fluvial – por el Dniéper – “de los variegos hacia los griegos” (*iz variág v grički*) y al flujo cultural que circulaba el sentido contrario. Esta confluencia norte-sur, representada por la Rus' Kievita, saltó de sus ejes a causa del brutal golpe mongol y dio origen a una contraposición este-oeste, donde el este es representado por Batu Jan y la Horda de Oro, y el oeste por Lituania, Polonia, Suecia e incluso por los caballeros teutones de la Orden Livona, subsidiarios de los Cruzados. Moscú es el resultante de esta contraposición, y nunca pudo mirar con confianza ni a unos ni a otros.

Moscú, no obstante, aprendió bien pronto a lidiar con los mongoles no mediante las armas sino por medio del dinero, hasta que se sintió lo suficientemente fuerte para enfrentarse directamente a ellos, y aún así el último rescoldo de la Horda de Oro, el Janato de Crimea, fue derrotado por Rusia apenas en 1783. Para ubicarlo, basta imaginar que cuando las tropas rusas se enfrentaban al janato, Estados Unidos ya había logrado su independencia y en Francia bullían las pasiones

Aunque muy pocos suscriben esta posición extremista, los propios rusos admiten que la terminación *-va* de *Maskvá* y de los nombres de ríos Nrotva, Sylva, Kosva, etc. es de origen finno, pues *va* significa agua en finlandés. Además, los historiadores rusos aceptan la mezcla de eslavos con las tribus finnas *muroma*, *meria*, *ves'*, *mordva*, *chud'* y otras (Kluichevski, 2000:88)



que a la postre desencadenarían la revolución. Los mongoles, sin embargo, eran tolerantes en extremo con las religiones y credos locales. Los polacos – que en Rusia casi siempre representaron la influencia occidental – siempre hacían labor de adoctrinamiento religioso en las tierras de la otrora Rus' Kievita que dominaban, por lo que los ortodoxos terminaban prefiriendo tratar, aunque con muchos cuidados y reservas, con los mongoles. Prueba de ello son los acercamientos de Iván Kalita, Vasili II o del mismo Alexandr Nevski con la Horda de Oro.

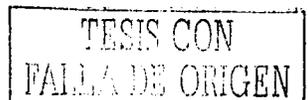
La caída de la “traidora Constantinopla” (1453) en manos de “infieles” – musulmanes – pocos años después de reconciliarse con los “herejes” – católicos – en el concilio de Florencia causó honda impresión en Rusia, donde el hecho tomó dos interpretaciones: una, que era un “castigo divino”; y la otra fue de una acendrada desconfianza hacia occidente, que ya antes había dado motivos para que Rusia lo mirara con malos ojos (recordemos los ataques suecos y teutones a Nóvgorod precisamente cuando el resto de las tierras rusas era desolado por Batu Jan).

Efectivamente, tras la derrota serbia en la batalla de Kosovo Polje en 1389 ante los turcos, Rusia permaneció como el único Estado ortodoxo independiente. Esto causó un notorio sentimiento de soledad y de acoso entre los círculos religiosos moscovitas. Y como ya en 1326 el metropolitano había establecido su residencia en esta ciudad, es fácil comprender cómo la iglesia rusa, dependiente del Estado, desarrolló un fuerte mesianismo que mezclaba la religión ortodoxa con el ser ruso. Rusia tenía una vocación que cumplir¹⁸.

El Estado representa el otro lado de la moneda. Las pretensiones de Moscú sobre toda la Rus' – Rusia – y sobre Kiev en particular se incrementaron también tras la caída de Constantinopla y de Serbia, pues así Moscú liberaría la cuna de su religión de la presencia de “infieles” o de “herejes” católicos – aquí representados por los polacos –. Y esta intención, aunque de origen religioso, sólo se podía realizar mediante la fuerza del estado, o sea, de su ejército.

Esta combinación de Estado e Iglesia forjó la teoría religiosa de Moscú como la tercera Roma, creada por el monje Filoféi del monasterio Elizárov de Pskov, quien la expresó en una carta escrita entre 1521 y 1526. Algunos historiadores creen que la envió a Iván III, otros, que a Iván IV *el Terrible*, pero el historiador Malinin argumenta convincentemente que a Vasili III

¹⁸ Otros países y naciones se han considerado a sí mismos como “los elegidos”. Muchos autores han escrito sobre el *american exceptionalism*, por no hablar de su “Destino Manifiesto”. Por otro lado, el filósofo alemán Jürgen Habermas expone cómo la creencia en un destino especial para *Mittleuropa*, en un *Sonderweg* para Alemania, influyó en la manera en la que los habitantes, tanto gobernantes como ciudadanos, se imaginaban y por ende determinaban a Alemania: “la conciencia de haber emprendido un camino especial, un camino que separaba a Alemania de Occidente y le otorgaba frente a éste una posición privilegiada” (Habermas, 1989:84). Para no ir más lejos, en nuestro país es recurrente la frase “como México no hay dos”.



(2000:248). La doctrina de la tercera Roma se resume excelentemente en una frase de la carta: "Dos Romas cayeron, y una se mantiene, y no habrá una cuarta: tu Reino cristiano ya no será otro" (*Dva Rima padosha, a triéti stoit, a chetviórtomu ne byváti: uzhé tvoió jristiánskoie Tsársstvo inem nié stánet*) (*Ibid.*). Es claro que la primera Roma es propiamente Roma; la segunda, Constantinopla, y la tercera es Moscú¹⁹. El milenarismo explícito de esta concepción se complementa con la vocación imperialista y mesiánica de la conminación que Filoféi hace al destinatario de la misiva: "Todos los reinos ortodoxos son de fe cristiana. Únicamente tú eres bajo los cielos rey para los cristianos" (*Ibid.*:250).

Por supuesto Filoféi sabía que el zar no era ni mucho menos rey de todos los cristianos, pero le plantea un proyecto a futuro que, sin embargo, no fue adoptado por la familia real rusa – ya estaba en boga un árbol genealógico de la dinastía real que era totalmente correcto cuando mostraba su descendencia de Ríurik el variego, pero que luego se volvía tan disparatado que terminaba haciendo al variego y por supuesto al zar descendientes de Julio César –. No obstante, esta doctrina tuvo una influencia poderosa en la autoconciencia política de los gobernantes rusos posiblemente hasta Nicolás II.

De cualquier manera, esta teoría expresa muy bien el maridaje entre la iglesia ortodoxa rusa y la autocracia gobernante y su subsecuente fusión en una forma de identidad nacional que siglos más tarde, y añadiendo un tercer factor – la nacionalidad (*natsionál'nost'*) – manejaría el conde Uvárov. Así, pues, "la seducción imperialista entra en una conciencia mesiánica, que es la misma dualidad presente en el mesianismo hebreo antiguo" (Berdiáev, *cit.* en Básov (rec.), 2001:495).

A esto contribuyó también en 1472 el matrimonio en segundas nupcias de Iván III con Sofía Paleóloga, sobrina del último emperador bizantino, Constantino IX Paleólogo, muerto durante el asalto final de los turcos osmanos a Constantinopla el 29 de mayo de 1453. Con lo anterior y algunos eventos más²⁰ Iván III adquirió, por nebulosos que hayan sido en la realidad, ciertos derechos al trono de Constantinopla y por ende, al título de Emperador del Imperio Romano de Oriente.

¹⁹ Entre los nacionalistas ucranianos se dice que la tercera Roma era Kiev, pero que el mote (no se me ocurre mejor palabra) fue "robado" por Moscú. No sé hasta dónde esta aseveración provenga de la historiografía nacionalista ucraniana, pero entre la población ucraniana es frecuente esta convicción.

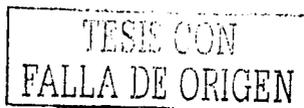
²⁰ El heredero al trono de Constantinopla era el hermano de Sofía, Andrés Paleólogo, quien intentó vender el título a Iván III en 1480 y en 1490 durante sendas visitas a Moscú, pero quien terminó adquiriéndolo fue Fernando de Castilla (!). A su vez, el senado veneciano le reconoció a Iván III sus derechos al trono bizantino en 1473.

Consiguientemente, la tesis del monje Fimoféi adquirió cierta legitimidad, si no de manera oficial, por lo menos –que no es menos importante – entre las conciencias no sólo de los gobernantes, sino en gran parte del pueblo ruso. Como bien anota el historiador Malinin, en la edad media el sentido del deber ante la Patria (*Ródina*) – que más bien era el pueblo o provincia natal – se expresaba con la frase “sufrir por la tierra rusa”; pero en la Rusia moscovita, y sobre todo a partir de Iván III, en la conciencia popular se implanta la noción de un sacrificio heroico por el zar y por la Patria (*Otiéchestvo*²¹) (*Ibid.*:255).

El resultado de este sentimiento de soledad y de ser los únicos “verdaderos” cristianos fue que la autoconcepción rusa se desarrollara sobre la creencia de ser una civilización aparte de “Occidente”, por no hablar de “Oriente”. En este sentido, la iglesia ortodoxa jugó un papel opuesto al del catolicismo en Polonia, en donde creó la conciencia de ser parte de una civilización aún mayor (Prizel). Rusia, en cambio, desarrolló una conciencia mesiánica e imperialista – como ya vimos, con la anexión de Kazán, de Aztraján y de Nogay por Iván IV el Terrible – mucho antes de lograr una identidad nacional. La adquisición de Ucrania Oriental – toda la ribera este del Dniéper – tras los acuerdos de Pereiaslavl en 1654 y de Andrus’ov en 1686 entre la Rusia del zar Alexéi Mijaílovich y la *Rzeczpospolita Obojga Narodów* impulsó la idea de haber recuperado el corazón mismo de la Rus’ Kievita, o sea, de las tierras rusas: la misma ciudad de Kiev, con lo que se reforzó el sentido mesiánico e imperialista emanado de la doctrina de Moscú como la tercera Roma. La victoria lograda sobre un reino católico – Polonia – y por eso mismo hereje habría sido la demostración del favor divino. Al fortalecimiento de esta idea colaboraron muchos popes y religiosos ucranianos y bielorrusos, decididamente anticatólicos, que arribaron a Moscú tras la anexión de Ucrania oriental. Así, el sacerdote bielorruso Simión Polótski, tutor de los hijos del zar, siempre escribió y habló del destino inevitable del zar como emperador “de todo el mundo” (Prizel:156); en tanto el pope ucraniano Teofán Prokopovich acuñó un nuevo gentilicio, *rossianin*, opuesto al *riúski* que hasta entonces se empleaba²², y que denota una pertenencia al imperio ruso (Rusia), a diferencia de *riúski*, que se refiere primordialmente a lo que generalmente se conoce como rusos étnicos. Así, un lituano, un

²¹ *Ródina*, que tiene las mismas raíces que los verbos *rodít’* y *rozhát’* (ambos: parir, dar a luz – recordemos las formas perfectivas e imperfectivas –) y que el verbo reflexivo *rodítisia* (nacer) es femenino y tiene una connotación más suave y afable que *Otiéchestvo*, que tiene el mismo origen que *otets* (padre) y tiene claramente un sentido más rudo y viril.

²² Los rusos se llaman a sí mismos *riúskie* (rusos), aunque existen otros gentilicios o etnónimos: *rossiane* y *rossiákie*. Me reservo una explicación más profunda para las conclusiones.



georgiano o un uzbeko serían *rossiane* mas no *rússkie*. Es revelador, entonces, que los ucranianos y bielorruos eran *rússkie* para Moscú²³.

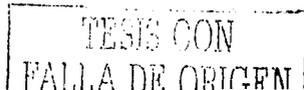
Empero, estos religiosos ucranianos eran egresados o profesores de la Academia de Kiev-Mohyla, que aunque ortodoxa, no podía evitar la influencia occidental por haber estado bajo dominio polaco por tantos años. Así, las reformas en la liturgia, en los textos sagrados y en la organización eclesiástica fueron en gran medida consecuencia de su llegada a Moscú. El zar Mijail apoyó al Patriarca Nikon de Moscú para sacar adelante estas reformas eclesiásticas, ante la oposición y el encono de los tradicionalistas, quienes alegaban que los cambios no eran sino producto de la contaminación occidental y romana que habrían introducido los polacos en la Kiev ortodoxa. Pero cuando Nikon reclamó para la iglesia una parcela de poder bastante grande, con el argumento de que la iglesia representa un reino superior al reino terreno de los zares, Mijail se unió a sus detractores y logró su remoción en 1666, cuando el concilio eclesiástico (*tserkovni sobór*) lo recluyó como simple monje en un monasterio.

Si con esta resolución la iglesia ortodoxa rusa renunció a su independencia ante el poder, fue Pedro I *el Grande* quien la doblegó por completo, cuando abolió el Patriarcado y creó el Santo Sinodo, que subordinaba a la iglesia a la autoridad civil. La consecuencia más notoria de esta medida fue que la iglesia oficial se diluyó en la noción del imperio, y puesto que los zares heredaron de Bizancio la autoocracia (*samoderzhavie*), el apoyo de la iglesia al poder devino en un apoyo de la iglesia a la persona del zar.

La interconexión entre Imperio-zar-iglesia-mesianismo- se constituye así en una constante en la historia rusa hasta la misma revolución. Esta compleja mixtura de creencias y relaciones permeó en todo el cuerpo social ruso²⁴. Pero la piedra angular de esta construcción es el determinismo y la escatología contenidos en la idea de "Moscú como la tercera Roma". Si bien "la sociedad entre el Estado y la iglesia (...) iría a ser como la sociedad del jinete con el caballo"

²³ Esto se debe a que desde la edad media se diferenciaron tres ramas de "rusos": los rusos blancos (*bielorusy*), son los actuales bielorrusos; los pequeños rusos (*malorusy*) son los actuales ucranianos; y los grandes rusos (*velikorróssy*) son los rusos. Así, en 1960 el título de Pedro I *el Grande* era "autócrata de todas las Rusias Grande, Pequeña y Blanca" (*vséia Velikua i Máluya i Bélyia Rossii samodíerzhets*).

²⁴ El personaje tolstoriano Anna Pávlovna Scherer, en *La Guerra y La Paz*, dice, mientras discute con el príncipe Vasily los últimos acontecimientos de las guerras napoleónicas: "Rusia sola debe ser la salvadora de Europa. Nuestro bienhechor [el zar Alejandro I] conoce su elevada vocación y le será fiel (...) A nuestro bondadoso y matavilloso gobernante le corresponde el más elevado papel en el mundo (...) Yo creo solamente en Dios y en el elevado destino de nuestro gentil emperador. ¡El salvará a Europa!..." (Tolstoi, 7:1978). Todos los elementos que mencionamos están presentes. De manera abierta, el papel de Rusia como favorita del Destino; la vocación de salvar a Europa - lo que se haría mediante la revangelización -, y el papel central del zar en ello. Implícitamente, la religión ortodoxa sería el soporte de todo lo anterior, gracias a haber preservado la verdadera religión.



(Seton-Watson, 1977:82), es cierto que el caballo tendría el pienso asegurado, porque el Estado se encargaría de librar a la iglesia ortodoxa de la presencia de su más odiado y temido rival: el catolicismo. El Estado no cambiaría, pues, de caballo en medio del río. Por un lado, la iglesia apoya al Estado, y por otro, éste le abre espacios y le gana adeptos a aquélla. Piotr Dumovo dijo en 1910 que "Si queremos preservar la unidad del Estado ruso sería una locura debilitar la fuerza que lo mantiene unido – esto es, a la iglesia ortodoxa rusa (...) [la iglesia] enseña a la gente no sólo la verdad de Cristo, sino también la necesidad de la obediencia al poder imperial" (cit. en Prizel:164-165).

Así, la anexión de Ucrania oriental y de Bielorusia ayudó aún más a fundir la nacionalidad rusa con el mesianismo religioso y el imperio político. Como escribió Berdiáev, "Los 'rusos' se definen por la 'ortodoxia' (...) En este contexto se dio una aguda nacionalización de la iglesia ortodoxa. La ortodoxia resultó ser la fe rusa (Berdiáev, *op. cit.*: 495). Consecuentemente, "la ideología de Moscú como la tercera Roma contribuyó al fortalecimiento y al poderío del Estado moscovita, de la autocracia zarista, no al florecimiento de la iglesia, no al crecimiento de la vida espiritual. La vocación cristiana del pueblo ruso fue desfigurada" (*Ibid.*:496). El desarrollo de una identidad propia fue impedido, de esta manera, tanto para rusos como para ucranianos, e incluso para los bielorrusos.

La falta de asideros que no sean religiosos dificulta enormidades la creación de una identidad rusa; buscar *mythomoteurs* smithianos o inventar tradiciones a la Hobsbawm en el movedizo terreno de la historia rusa – ya vimos que Ucrania disputa a Rusia la herencia de la Rus' Kievita, que existieron varias Rus' y por ende varias "tierras rusas", etc. –, puede resultar asaz complejo. Es por eso el conde Uvarov, que sería nombrado ministro de educación por el reaccionario Nicolás I, propuso en 1832 que Rusia debería basarse en tres principios: la autocracia, la ortodoxia y la nacionalidad (*Samoderzhavie, Pravoslavie, Natsional'nost'*). Los dos primeros elementos ya los conocíamos, pero el tercero resulta novedoso. Es muy significativo que haya sido colocado en tercer lugar, después de los viejos pilares de la identificación con el zar y con la iglesia. Resultaba difícil rusificar el imperio, dada la dificultad por definir qué es "ser ruso".

Pero de cualquier manera, ahora sería lo que se conoce como cultura rusa lo que tendría que expandirse por el imperio. Antes, la mayoría de los intentos por rusificar el imperio se basaban no en la diseminación del idioma o de la cultura rusa mediante la enseñanza en la escuela sino de la fe ortodoxa mediante la traducción de los textos teológicos ortodoxos al tártaro, por ejemplo

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

(Prizel:162-163). Fue hasta ya muy entrado el siglo XIX cuando Alejandro III, casi medio siglo después de la fórmula de Uvárov, se decidió a rusificar toda la población del imperio ruso según los estándares "occidentales": idioma común en la enseñanza pública, la identificación del Estado con una "nación"²⁵, etc. con resultados desoladores. Como nota Seton-Watson, quienes más y primero resintieron el golpe fueron los alemanes del Báltico, los armenios – que hasta ese momento se contaban entre los más fieles al régimen – y los finlandeses. La revolución de 1905 fue "tanto una revolución de no rusos contra la rusificación como fue una revolución de obreros, campesinos e intelectuales radicales en contra de la autocracia" (*op.cit.*:87). Seton-Watson y Prizel coinciden en la opinión de que este nacionalismo no era únicamente el resultado de una obstinación burocrática en uniformizar el imperio, sino también consecuencia del creciente nacionalismo ruso entre la minoría educada, orgullosa primero por los éxitos militares de Rusia – lo que confirmaba su carácter de potencia (*derzhava*) a pesar de su complejo de inferioridad ante "Occidente"²⁶ – y luego por sus grandes e indiscutibles logros en la literatura, en la música y en general en las artes, con algunas aportaciones mundiales también en las ciencias. Este orgullo nacionalista que en muchos casos llegó al chauvinismo se nutrió de la percepción de la originalidad (*samobytnost'*) rusa enraizada en su destino mundial, su papel protagónico ante la Providencia.

Esta suerte de imperialismo religioso estaba indisolublemente ligada a la convicción de que Rusia era en efecto la heredera de la Rus' Kievita. Lógicamente, esto determinaría que los ucranianos – y también los bielorrusos – son rusos y por ende no existen ni la nacionalidad ucraniana ni la bielorrusa. De la misma manera, el ucraniano y el bielorruso serían dialectos o variedades del ruso mas no idiomas propiamente dicho. Ya vimos líneas arriba cómo algunos historiadores nacionalistas ucranianos e incluso polacos intentan responder a esto, desplazándose hasta el otro extremo y afirmando que los colonizadores eslavos del noreste de Rusia se mezclaron de tal manera con las tribus finno-ugras de la región que perdieron su carácter eslavo,

²⁵ Así, en Francia se insiste en el francés, olvidando el provenzal o incluso el alemán (Hochdeutsch) o el steckelburjerditsch, dialecto alemán propio de Alsacia, por no hablar ya del vascoense. Además, los franceses son representados por el galo Asterix, igual que los británicos por John Bull o los alemanes por el deutsche Michel. En México, todos los aficionados al fútbol y que se sientan lo debidamente patriotas deben seguir las actuaciones de la selección azteca, aunque sean yucatecos o sonorenses.

²⁶ Este complejo de inferioridad ante el resto de Europa antes y ahora también ante Estados Unidos, la compleja y extraña mixtura amor-odio ante "occidente" se explica en gran parte con la necesidad rusa de recurrir constantemente al espejo "occidental" para conocer su rostro, por la compulsión de usar el parangón "europeo" para medir su vanguardismo o su retraso. Huelga decir que esto es totalmente eurocéntrico y ahistórico, pero algo que aún persiste – y con gran fuerza – en Rusia. Me reservo un análisis más detallado para las conclusiones del trabajo.

o que la Rus' de Galinia-Volynia fue no sólo la verdadera heredera de la Rus' Kievita, sino un Estado-nación ucraniano. Cuando los nacionalistas ucranianos reclaman para sí el título de herederos universales de la Rus' Kievita golpean dura y rudamente el corazón mismo del nacionalismo ruso: Rusia no sería la heredera de la religión de Bizancio, Moscú no sería la tercera Roma y no tendrían un papel diseñado por la Providencia para ellos. Habría quedado fuera de "Occidente" sin nada a cambio.

2.5 Rusia y "Occidente"

Como vemos, la identidad rusa, tan ligada al poderío estatal y a la iglesia ortodoxa está condicionada a que la Rus' de Vladímir-Súzdal' – y consecuentemente Moscú – haya sido la heredera de la Rus' Kievita, que fue la entidad política que introdujo el cristianismo en el año 988, como ya mencionamos. Esto llevaría necesariamente a que ni los ucranianos ni los bielorrusos sean una nación o cultura independiente de la rusa. La identidad rusa, así, se relaciona con la manera en la que en Moscú se percibió la influencia cultural occidental que introdujeron los nuevos súbditos del imperio.

Todo esto influye directamente en la identidad rusa, que nunca tuvo otros estímulos para desarrollarse que no fueran los del imperio y de la iglesia. La contraposición Este-Oeste ya no se dio entre el mal menor de los enemigos externos (succos, livonios, polacos, lituanos, mongoles), sino entre elementos constitutivos de Rusia (la influencia cultural occidental de los ucranianos y la repulsión de la ortodoxia rusa hacia todo lo "occidental" y católico). La disputa sobre la herencia de la Rus' Kievita, finalmente, es un debate sobre si Rusia pertenece a "Occidente" o bien, si constituye una cultura aparte. La mezcla de sentimientos que despierta "Occidente" en el imaginario popular ruso, la intensidad que alcanzan, el sustrato histórico que los nutre – tan distinto de la mayoría de Europa – hace que la conducta de los rusos aparezca "misteriosa" o "insondable" ante los cronistas extranjeros.

En efecto, casi se ha vuelto un lugar común hablar del "enigma ruso", de la insondable "alma rusa", de la misteriosa Madre Rusia. Esta constante encuentra sus orígenes en el eurocentrismo de muchos de los viajeros y estudiosos que escribieron sobre Rusia, y en la compleja relación de amor-odio que ha guardado este país con Europa, u "Occidente", a lo largo de varios siglos.

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

Pero, de cualquier manera, es frecuente escuchar que los “occidentales”²⁷ no entienden a Rusia – como dijo Winston Churchill, “Rusia es un acertijo en un misterio dentro de un enigma” (Rancour-Laferriere, 2000) –, en tanto que los rusos también se ven a sí mismos como un enigma: “...resolver la adivinanza de Rusia, entender la idea de Rusia (...) para nosotros mismos Rusia permanece como un misterio irresuelto” (Berdiáev, 1998:271, 273).

¿Es Rusia, en efecto, europea? ¿o es un país asiático, puesto que en este continente se encuentran 12 millones 493 mil 400 de sus 17 millones 75 mil 400 kilómetros cuadrados? De cómo se respondan estas preguntas depende cómo se definan y se imaginen los rusos a sí mismos.

Europa ha sido para Rusia el ideal al que han tendido todas sus reformas modernizadoras, desde las emprendidas por Pedro I *el Grande* (1672-1725)²⁸ hasta las de Boris Iel'tsin, que fueron iniciadas en 1992²⁹.

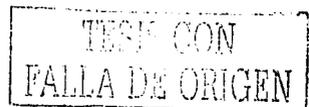
Pero también es cierto que los rusos han mirado con desconfianza a occidente. Como vimos, en 1240 los caballeros teutones livonios, atacaron ciudades rusas y tuvieron que ser rechazados por Alexandr Nevski. Esto sucedió precisamente cuando el resto de las tierras y principados rusos era atacado, derrotado y sometido por Batu Jan. Los rusos esperaban apoyo de la Europa cristiana en contra de la “peste tártara”. Lo que vino de occidente no fue ayuda sino el ataque teutón. Así, el ataque “occidental” dejó una sensación de traición en el pueblo ruso. Esta impresión de desconfianza se tornó en una desazonante sensación de amargura ante la pasividad con la que Europa asistió a la caída de Bizancio en poder del imperio turco otomano en 1453. Los rusos habían abrazado el catolicismo de manos de Bizancio en el 988, y la consideraban la cuna de la “Fe Verdadera” y heredera de Roma, y pensaban que era obligación de la Europa cristiana acudir en auxilio de Bizancio frente a los “infieles” musulmanes.

Esta dualidad de sentimientos y de imágenes ante “Occidente” origina la división de los participantes en el debate en dos grandes campos bien definidos mas con importantes diferencias en su interior. Quienes pugnan por un mayor acercamiento a “Occidente” son llamados

²⁷ “Occidente” (*Zapad*) es un concepto recurrente en este debate, al igual que “Oriente” (*Vostok*). Como se explicará más adelante, más que referirse a puntos cardinales o ubicaciones geográficas, son abstracciones que representan tradiciones filosóficas diferentes. Así, Europa ha sido occidente y, recientemente, también Estados Unidos, obviando las diferencias culturales y sociales existentes entre Holanda y Portugal, o entre Austria e Irlanda.

²⁸ Incluso antes. Ya Iván III, aprovechando las relaciones italianas de su segunda esposa, Sofia Paleóloga, contrataba armeros, arquitectos, médicos y mecánicos italianos.

²⁹ Aunque ahora “Occidente” es, casi exclusivamente, Estados Unidos.



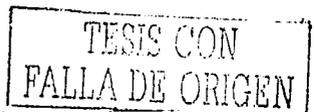
occidentalistas (*západniki*), en tanto que el bando contrario a "Occidente" se define como eslavófilo (*slavianofil*).

Aquí es menester llamar la atención sobre un punto que suele pasar inadvertido. A pesar de la influencia de la dicotomía Europa-Asia en Rusia, sólo el primer elemento de esta contraposición axial ha tenido un papel activo en la historia rusa. Por lo menos así es para la mayoría de los historiadores y filósofos rusos. Por ende, la admiración e incluso el complejo de inferioridad o el rechazo que suele despertar en los rusos es claro y definido. El papel de Asia en la historia rusa ha sido más bien pasivo, y no ha ejercido un influjo tan importante en la cultura rusa. Por eso las emociones e imágenes que despierta en los rusos son más serenas cuando no francamente de indiferencia y apatía, lo que ha motivado el "enriquecimiento" del factor asiático con elementos "europeos": el euroasiatismo. En pocas palabras, la presencia de elementos "orientales" se da por un hecho, en tanto que los "occidentales" no: deben ser implantados o rechazados, pero son posteriores a los primeros.

Considerando lo anterior resulta claro por qué las posturas occidentalistas han sido más constantes durante el desarrollo del debate, con una clara tendencia a señalar que el único camino viable para Rusia es hacia "Occidente". Sus opositores, en cambio, tienen asideros e imágenes más difusos con los que oponerse, y recurrieron primero, durante la preponderancia eslavofílica, a la iglesia ortodoxa para enfrentarse a los occidentalistas. Posteriormente se amplió su abanico discursivo con la inclusión de Asia en sus argumentaciones, aunque como un elemento pasivo, como una no-Europa. Asia, así, se define más por lo que no es que por lo que es, en una suerte de definición por oposición al contrario, aunque últimamente se ha afinado la postura euroasiática, gracias en su gran parte a aportaciones de pensadores moderados, lo que la ha vuelto más inclusiva y tolerante. En pocas palabras, el occidentalismo es más agresivo, constante e incisivo en sus postulados, en tanto sus opositores han fluctuado entre la eslavofilia y el euroasiatismo, con posturas defensivas y hasta reactivas, pues casi siempre se manifestaron en contra de las innovaciones políticas y sociales hechas en aras de "occidentalizar" al país.

2.6 El inicio del debate

Estas dos corrientes se inician, bajo su forma contemporánea, en 1836, aunque fue el historiador y poeta Nikolái Karamzín quien en 1802 delineó los contornos de algunos de los



puntos de desacuerdo entre los bandos. El inicio del debate se dio cuando Karamzín quiso poner sobre la balanza los resultados obtenidos por el primer gran salto "occidentalizador" en la historia de Rusia.

El origen se localiza, en efecto, en las reformas de Pedro I *el Grande*. Éstas, entre otras³⁰, incluyeron una reforma a la escritura, de manera que los textos anteriores a su reinado muy pronto resultaron ilegibles para los rusos. Además, la "europeización" de la administración del Estado y de la educación de las elites logró que en pocas generaciones el idioma de las cortes y de nobleza fuera el francés, y que en Moscú, en San Petersburgo, y en todas las ciudades rusas en general los hábitos, las costumbres y la educación de los pudientes se moldearan según patrones occidentales.

La rapidez con la que se "europeizó" Rusia impulsó a Karamzín a escribir en 1802 que, no obstante la tardía incorporación de Rusia al mundo europeo³¹, la capacidad de asimilación de los rusos les habría permitido "de una ojeada apropiarnos de las antiguas labores" (Nóvikova, 1997:9), pero a continuación señala que "todo tiene su límite y su medida: como un hombre, un pueblo casi siempre empieza imitando, pero con el tiempo ha de ser él mismo para poder decir: 'yo tengo una existencia moral!'" (Nóvikova, 1997: 11).

Karamzín es considerado, precisamente, el precursor del debate, y su postura, aunque aboga por dejar de imitar a "Occidente" para iniciar un camino propio, reconoce una influencia "europea" decididamente positiva. Este optimismo de Karamzín parte de la idea de que las reformas de Pedro I *el Grande* habrían hecho de Rusia una especie de *tabula rasa* (no olvidemos las reformas a la escritura, que pretendieron borrar la influencia de 700 años de literatura rusa en la sociedad), de manera que era posible escribir o dibujar en ella lo que se quisiera, aprovechando para ello la experiencia histórica de las naciones "occidentales". El mismo Karamzín diría que "todas las quejas son inútiles. La relación entre las mentes de los rusos antiguos y los modernos se ha roto para siempre" (Nóvikova, 1997: XXIII)

Cuando Karamzín escribió todo lo anterior, Rusia, bajo el reinado de Alejandro I, ya se hallaba metida de lleno en las guerras napoleónicas y, oficialmente, en contra de las ideas de la Ilustración y de la Revolución Francesa. Sin embargo, muchos jóvenes oficiales del ejército se

³⁰ La reorganización del ejército y de la administración del reino según modelos europeos, normas de conducta y socialización que llevaron incluso a su famosa campaña para cortar las barbas de los rusos.

³¹ Rusia ingresó a fuerza de cañonazos en la "familia europea" luego de la victoria de Pedro I *el Grande* sobre los suecos en la Guerra del Norte (1700-1721). Rusia se aseguró así una salida al mar Báltico y los terrenos donde poco tiempo después Pedro I *el Grande* comenzó la construcción de San Petersburgo.

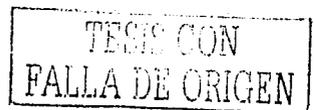
hallaban imbuidos de estas mismas ideas. Así, al finalizar las guerras napoleónicas, varios militares formaron grupos de discusión en los que la idea predominante era la necesidad de establecer una monarquía constitucional y, consiguientemente, reducir las facultades y privilegios de la realeza y de la nobleza. Aunque ya antes se habían intentado reformas similares³², tales esfuerzos fueron vanos. Esto provocó que gran parte de estos jóvenes oficiales, conocidos como Los Decembristas, llegara a la conclusión de que sólo mediante un golpe militar se podría establecer un gobierno reformista. Creyeron encontrar un momento propicio a la muerte de Alejandro I, pero los alzamientos militares del 14 de diciembre en San Petersburgo y del 20 del mismo mes en Chernígov fueron aplastados. Muchos líderes decembristas fueron condenados a la horca (curiosamente muchos de ellos eran veteranos de la llamada Guerra Patria de 1812, contra Napoleón³³).

Nicolás I, quien llegó al trono en el mismo mes de diciembre de 1825 y quien gobernaría durante los próximos 30 años, asustado por la diseminación de ideas revolucionarias y reformistas en Rusia, expresó su deseo de "congelar" la sociedad rusa por lo menos unos 50 años (Nóvikova, 1997:XXIX). A guisa de congeladora dispuso de la censura, de la educación conservadora y, por supuesto, de Siberia. Como breve y único ejemplo de lo que esta postura implicaba, solamente mencionaremos que para uno de los más encumbrados funcionarios del reinado de Nicolás I, Leónti Vasilievich Dúbel't afirmaba que "el primer deber de todo hombre honrado es amar más que nada a la Patria y ser el más fiel súbdito de su gobernante" (Muncháev y Ustínov, 1999:155).

Debido a la censura imperante la vida intelectual rusa desapareció de las páginas impresas para refugiarse en las veladas de los salones moscovitas y peterburgueses, donde floreció, pero pagó el terrible costo de no poderse difundir. Así, las cartas o exposiciones que cada escritor o pensador preparaba eran posteriormente copiados a mano para ser repartido en los salones de otras ciudades, como Smolensk o Kiev, aunque bajo el riesgo del autor de ser descubierto y deportado a Siberia.

³² Mijail Mijáilovich Speranski, ministro de Estado de Alejandro I, comenzó a introducir a partir de 1809 varias reformas, entre ellas la promoción del derogamiento de la servidumbre. La reacción de la aristocracia y de la nobleza en su contra lo hicieron caer en desgracia. Fue rehabilitado por Nicolás I.

³³ De hecho, los decembristas se autodenominaban "hijos de 1812", pues llegaron a la conclusión de que la Guerra Patria se ganó gracias al pueblo ruso, que se alzó en defensa de la "tierra rusa". Los decembristas quisieron aligerar la carga del pueblo introduciendo reformas sociales liberales. El escritor Lev Nikoláievich Tolstói escribe ampliamente al respecto en su epopeya "La Guerra y la paz".



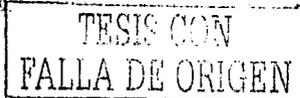
2.7 Del occidentalismo y de la eslavofilia

Fue en esta pesada atmósfera represiva que la revista *Teleskop* publicó la *Primera carta filosófica*¹⁴ del filósofo Piotr Chaadáev. En ella, Chaadáev se muestra demoledor en contra de la optimista idea oficial de que la tardíamente “occidentalizada” Rusia alcanzaba a pasos agigantados a “Occidente” y se aseguraría de manera definitiva e indiscutible el lugar en la sociedad y en la política europeas que Pedro *el Grande* había logrado por vez primera. Así, Chaadáev es más que escéptico sobre toda la historia rusa cuando escribe que ésta se reduce a “Primero, una barbarie brutal, luego una grosera superstición, seguida de una dominación extranjera, feroz y envejecedora cuyo espíritu más tarde heredó nuestro poder nacional” (Nóvikova, 1997:18-19).

A diferencia de Karamzín, quien aunque consideraba que era tiempo de que Rusia siguiera su propio camino, otorgó un papel indudablemente positivo a la asimilación, al escribir que “Quienes envidian a los rusos dicen que tenemos sólo el don de la asimilación, pero ¿acaso tal don no indica una perfecta formación del alma? Cuentan que los profesores de Leibniz también encontraban en él sólo el don de la asimilación” (Nóvikova, 1997:9), Chaadáev encuentra ominosa la imitación: “Aceptamos las ideas ya hechas, y por eso nuestras inteligencias no están surcadas por la huella imborrable que el movimiento de las ideas progresivas graba en los espíritus (...) Somos como niños a quienes nunca se les ha hecho reflexionar por su propia cuenta; cuando se hacen hombres no tienen nada suyo (...) y su alma está fuera de ellos” (Nóvikova, 1997:21).

Otra notable diferencia con el optimista Karamzín es la percepción sobre las reformas de Pedro *el Grande* en la escritura (ya mencionadas aquí), pues mientras para Karamzín hacen de Rusia una hoja en blanco sobre la cual se puede escribir una historia casi perfecta, tomando en cuenta los errores y aciertos de “Occidente”, Chaadáev opina que “Los pueblos existen en virtud de las fuertes impresiones que los siglos pasados dejaron en sus espíritus y en virtud de sus contactos con otros pueblos. De esta manera cada individuo siente su relación con la humanidad entera (...) nosotros, en cambio, venidos al mundo como hijos ilegítimos, sin herencia (...) recorreremos el tiempo de manera tan singular que, a medida que avanzamos, lo vívido desaparece para nosotros sin posibilidad de retorno” (Nóvikova, 1997:20).

¹⁴ La *Carta filosófica* fue publicada en 1836, aunque Chaadáev la escribió en 1829.



Lo que preocupaba a Chaadáev era la impresión de que todos los "pueblos" (*narody*) de Europa avanzaban hacia sistemas sociales progresivamente más justos, hasta derivar en una especie de hermandad social que acabaría con las divisiones políticas, culturales y sociales. Esta idea, a pesar de ser muy similar a algunas utopías de la Ilustración, tenía en Chaadáev profundos fundamentos religiosos, porque una sociedad cada vez más justa que comparte crecientemente ideas similares sobre derechos de los hombres, libertades sociales y políticas, cada vez más cercana a la perfección en resumidas cuentas, sólo indicaría, ni más ni menos, que el advenimiento del Reino de Dios en la Tierra.

Era esta supuesta ausencia de Rusia en tal marcha progresiva y convergente hacia la Llegada del Señor atormentaba a Chaadáev, por dos motivos de aislamiento: el temporal u histórico: "Los pueblos son seres morales de la misma manera que los individuos. Los educan los siglos, al igual que los años forman a las personas. Pero de nosotros casi se puede decir que somos una excepción entre los pueblos. Pertenece a aquellos que no parecen formar parte integrante del género humano(...)" (Nóvikova, 1997:21), y geográfico: "(...) estamos descubriendo ahora muchas verdades que se consideran triviales en otros países (...) Esto se debe a que nunca hemos marchado junto a otros pueblos ni pertenecemos a ninguna de las grandes familias del género humano: no somos ni oriente ni occidente y no poseemos tradiciones ni del uno ni del otro" (Nóvikova, 1997:17). Este aislamiento temporal e histórico es tanto más grave para Chaadáev en cuanto su tesis estipula que la paulatina conjunción de los destinos de todos los "pueblos" se puso en marcha gracias al progreso, resultado del designio divino contenido en la religión católica. Y este designio se transmitiría, según el filósofo, de generación en generación, con su subsecuente perfeccionamiento, que se reflejaría en la mejora paulatina de la vida de "los pueblos". Por esto en la filosofía de Chaadáev el aislamiento ruso toma tintes de tragedia. El error de Rusia, según Chaadáev, fue haber aceptado la religión de un Bizancio cismático, condenándose así al ostracismo, pues la Europa católica, la "Cristiandad", marchaba unida hacia la consumación de su destino. "Que la filosofía superficial haga todo el ruido que quiera al referirse a las guerras de religión y las hogueras que encendió la intolerancia; en cuanto a nosotros, sólo podemos envidiar el destino de los pueblos que en ese choque de opiniones, en estos sangrientos conflictos por la causa de la verdad construyeron un mundo de ideas que nosotros ni siquiera podíamos imaginar (...)" (Nóvikova, 1997:32).



Otro error, que habría hundido aún más a Rusia en el aislamiento fue la instauración de la servidumbre. Chaadáev, en suma, consideraba que ni el pasado ni el presente de Rusia daban motivo alguno de optimismo ni esperanzas de un verdadero progreso. Ciertamente, las opiniones de Chaadáev evolucionaron posteriormente, pero siempre mantuvo una visión negativa sobre el pasado ruso.

La publicación de la Carta filosófica causó un gran revuelo y también actos represivos del régimen de Nicolás I, y Chaadáev nunca más pudo publicar nada³⁵. Quienes adoptaron la tesis chaadaeviana fueron conocidos como occidentalistas, y quienes salieron en defensa del pasado y de la cultura rusas se conocieron como eslavófilos.

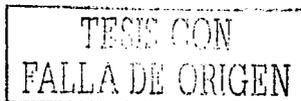
La primera respuesta a Chaadáev la formuló el ensayista y filósofo Alekséi Jomiakov, quien sostuvo en *Algunas palabras sobre la carta filosófica* que la "Verdad revelada" no se puede perfeccionar de generación en generación, sino que es revelada una sola vez: "Si un día ya has comprendido la Verdad y la sigues, no creas que sea posible perfeccionarla; su revelación se produjo de una vez para siempre (...)" (Nóvikova, 1997:61). De esta manera, aunque coincidía con Chaadáev en el carácter divino de la "Verdad", anulaba la idea chaadeviana de que el aislamiento ruso tuviese consecuencias funestas para su preparación para la conjunción de todos los "pueblos" en un cristianismo universal ("En el mundo cristiano todo debe concurrir necesariamente a la instauración del orden perfecto en la Tierra, y en efecto concurre a ello" (Nóvikova, 1997:29), escribe Chaadáev).

Jomiakov, así mismo, niega que los rusos sean "venidos al mundo como hijos ilegítimos, sin herencia", y para respaldar su aseveración menciona los textos épicos antiguos rusos y la resistencia de la iglesia ortodoxa y de la población rusa ante algunos acontecimientos y presiones "occidentales": "Si no quedaran en nosotros fuertes huellas de los tiempos pasados no podríamos enorgullecernos de nuestro nombre, (...) hace tiempo que nos habríamos inclinado ante el poder de algún Sixto V o de algún Napoleón (...)" (Nóvikova, 1997:62).

El problema de Rusia, según este autor, consistiría en que "hemos aplazado la tarea de perfeccionar nuestras propias cosas porque nos han enseñado a amar y venerar exclusivamente lo extraño, y eso es lo que nos humilla moralmente. No reverenciamos nuestra lengua materna"³⁶

³⁵ La revista fue clausurada, su editor desterrado y, por decreto del zar, Chaadáev fue declarado loco (Nóvikova, 1997:XXXIII)

³⁶ Jomiakov se refiere a la costumbre de la realeza y de la aristocracia, introducida desde las reformas de Pedro I *el Grande*, de hablar en francés.



(...) ¿no somos nosotros mismos quienes rompemos la unión con los recuerdos de nuestro pasado? ¿Por qué separamos las cumbres de sus bases? ¿Por qué hay quienes viven como invitados en su país, por qué hablan, escriben e incluso piensan en una lengua extranjera?" (Nóvikova, 1997:63-64).

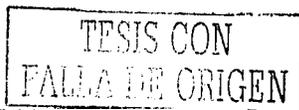
En lo que respecta a la religión tomada de la "miserable Bizancio" (Chaadáev *dixit*), Jomiakov, refiriéndose a las guerras religiosas, afirma que "el triunfo de la religión cristiana no se basa en la violencia (...) el mundo de las ideas sólo puede ser creado en la confrontación de opiniones." (Nóvikova, 1997:67). Jomiakov, a diferencia de Chaadáev, encuentra elementos positivos en el pasado ruso, y en abierta contraposición con su interlocutor, culpa la admiración por "lo extraño" de las "humillaciones morales" de la sociedad rusa.

Grosso modo, estas son las posturas que se enfrentan en el debate. Como vemos, cada bando edifica su argumentación sobre el mismo terreno histórico, y las preguntas "¿Qué o quiénes somos?" y "¿Qué o quiénes hemos sido?" son disímbolas, por no decir francamente opuestas.

A continuación profundizaremos en las similitudes y divergencias que presentan estos dos bandos. No creo superfluo añadir que los argumentos que serán enfrentados provienen de un número reducido de autores, a los que elegí por la influencia que han ejercido sobre el debate, y también por la disposición del material disponible en nuestro país.

2.8 De las diferencias entre occidentalistas y eslavófilos

Diferencias y coincidencias pueden hallarse tras una lectura atenta. Las diferencias son claras. Mientras los eslavófilos consideraban la "originalidad" (*samobytnost'*) rusa como un indicio de un destino especial, los occidentalistas la consideraban como una señal de atraso con respecto al "Occidente desarrollado", aunque también estaban convencidos del importante papel que Rusia habría de jugar para "redimir" a "Occidente". La influencia "occidental" en Rusia, consecuentemente, también fue sujeta a calificaciones a veces diametralmente opuestas, aunque algunos eslavófilos se mostraron tolerantes con la presencia de elementos "occidentales" en la cultura y costumbres rusas. Esta vertiente de la eslavofilia no se fundamenta en una oposición de Rusia en contra de "Occidente", sino en una idea de complementariedad, sin la cual cada una de las partes componentes permanece incompleta. Empero, las propiedades y características más importantes las seguían otorgando a Rusia. Así, el filósofo Iván Kiréevski escribió "soy parte de

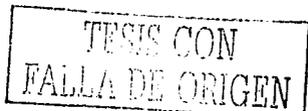


occidente en virtud de mi educación, mis hábitos de vida, mis gustos, mi forma crítica de pensar e incluso por mis hábitos sentimentales, pero (...) aunque aprecio algunos beneficios de la racionalidad [que él asocia a Occidente, M.G.], considero que en su último desarrollo resulta ser evidente, a causa de la insatisfacción enfermiza que produce, un principio unilateral, engañoso, seductor y traidor." (Nóvikova, 1997:75).

Es curioso constatar que Karamzín se ufana, como vimos, de la capacidad de asimilación de los rusos en una época en la que la mayoría de los historiadores nacionalistas de Europa Occidental proclamaban un nacionalismo basado en la búsqueda de orígenes étnicos comunes – las “tradiciones inventadas” de Hobsbawm o los *mythomoteur* de Smith –. En cambio, los occidentalistas siempre lamentaron que Rusia se haya apartado del destino común europeo, cuya influencia no podría ser sino benéfica para el país. En este último caso, no es difícil encontrar en el discurso occidentalista un eurocentrismo nítido y diáfano. Escribe el propio Chaadáev: “Pero, en fin, me diréis, ¿acaso no somos cristianos nosotros?, ¿y acaso es posible otra civilización que no sea la europea? Sin duda, somos cristianos: pero ¿no lo son también los abisinios? Por supuesto, es posible otra civilización distinta a la de Europa: ¿acaso no es civilizado Japón (...)? Pero ¿podéis vos creer que el cristianismo abisinio o la civilización japonesa son capaces de construir el orden de cosas del que acabo de hablarlos [Chaadáev se refiere a la convergencia progresiva de los “pueblos” europeos en “la instauración del orden perfecto en la Tierra”. M.G.] y que constituye el destino final de la especie humana?” (Nóvikova, 1997:29-30). O sea los occidentalistas consideraban que sólo la cultura identificada como “occidental” o “europea” es válida o “elevada”, en un eurocentrismo propio del positivismo y de una filosofía de la historia lineal y ascendente.

Los eslavófilos, por su parte, consideraban a “Occidente” agotado, decadente, racionalista en exceso y por ende carente de espíritu. No en vano un eslavófilo³⁷, Konstantín León'tev, fue un precursor de Friedrich Nietzsche y de Oswald Spencer, pues ya en 1873 escribió una feroz y despiadada crítica de la idea de “progreso” y “desarrollo”, demostrando así que era posible,

³⁷ O, mejor dicho, un bizantino. En efecto, León'tev expresa un gran apego a la herencia de Bizancio, por su carácter definido, por sus claras y bien delineadas “ideas religiosas, gubernamentales, morales, filosóficas y artísticas” (León'tev, 2001:23), en tanto que el eslavismo es “una esfinge, una adivinanza (...) al imaginarnos el paneslavismo, obtenemos sólo una imagen amorfa, caótica, desorganizada (...)” (León'tev, 2001:23). Por estas características de su pensamiento, León'tev consideraba muy peligroso el acercamiento con la recién nacida iglesia ortodoxa búlgara, formada con la aprobación del imperio turco otomano y en desacato a la iglesia ortodoxa griega, porque, según el mismo León'tev, atentaba contra la pureza del legado bizantino.



deseable incluso, una civilización distinta a la "occidental"³⁸, de manera que en los eslavófilos hallamos elementos de lo que podría parecer en un primer momento una postura relativista. Pero una mirada más atenta nos revela que el aparente relativismo es en realidad una manera de justificar el mesianismo ortodoxo, porque si la Europa occidental y no ortodoxa – católica o protestante – no es decadente, ¿de qué la redimiría Rusia con su fe ortodoxa? Y esta fe debería conservarse libre de la influencia occidental. Así, el eslavófilo Iván Aksakov dijo que "Rusia engulló a Polonia y se envenenó en el proceso" (Gerdeskul, cit. en Prizel, *op. cit.*:165).

En pocas palabras, podríamos resumir las diferencias entre occidentalistas y eslavófilos en que mientras los primeros veían a Rusia como la víctima de una autocracia milenaria, los segundos la consideraban víctima de ideologías ajenas al desarrollo histórico de Rusia.

2.9 De las coincidencias entre eslavófilos y occidentalistas

Las coincidencias serían, básicamente, la crítica e insatisfacción con la actual situación de la vida social, cultura y política rusa, caracterizada por la reacción y la represión del régimen zarista, que se inscribió dentro de un contexto más amplio de conservadurismo en el ámbito europeo tras el restablecimiento del equilibrio continental en la Convención de Viena en 1815.

Tanto los occidentalistas como los eslavófilos criticaban el sistema de servidumbre preponderante en la mayoría, aunque no en todo, el campo ruso. La conservación de la servidumbre fue uno de los logros de los rivales conservadores del reformista Speranski en 1811, durante el reinado de Alejandro I, y uno de los pilares del gobierno reaccionario de Nicolás I. En este sentido podemos considerar que el debate mismo entre eslavófilos y occidentalistas es el resultado de la crisis del modelo de servidumbre y con grandes rasgos del feudalismo, predominante en gran parte de Rusia – recalamos que no en toda – ante el avance y la

³⁸ Para Leónt'ev el Estado debe ser "variado, complejo, fuerte, estamental y cuidadosamente móvil, en general severo, en ocasiones hasta brutal; la iglesia debe ser más independiente que la actual [último cuarto del siglo XIX. M.G.], la jerarquía debe ser más audaz, más poderosa y más concentrada; el "ser" debe ser poético, diferenciado, sobre todo de occidente, pero dentro de una unidad nacional; las leyes deben ser más severas, la gente debe intentar ser más bondadosa en lo personal – así uno compensará lo otro–; la ciencia debe desarrollarse en un contexto de un profundo desprecio hacia su utilidad". En la desconfianza hacia la racionalidad y la idea de progreso, la admiración hacia lo poético y la fuerza, Leónt'ev, quien escribió su obra mayor "Bizantinismo y eslavismo" en 1873, preconiza a Nietzsche; y en su idea de que los Estados pasan por las etapas de 1. simplicidad inicial, 2. florecimiento y complejización, 3. segunda simplificación, igualdad interna y decadencia, resulta afín a Oswald Spencer, sobre todo cuando afirma que ninguna civilización "vivió" más de 1 200 años, y ubica a occidente metido de lleno en el proceso de segunda simplificación (de aquí su desprecio por la democratización, el "bien común", etc.) y muy próximo a una decadencia ineluctablemente conducente a la "muerte" de esta civilización.

propagación de la ideología liberal y burguesa entre grandes sectores de la *intelligentsia*, sobre todo a raíz de la Revolución Francesa. Así, tanto eslavófilos como occidentalistas confluyeron en el mismo grupo liberal que participó en la elaboración de la reforma campesina de 1861 que abolió la servidumbre. Este hecho marca otra similitud entre ambos bandos, que es su rechazo de la vía revolucionaria y su abierta preferencia por el reformismo.

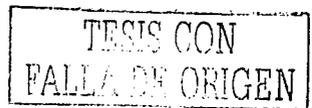
Otra similitud entre ambos bandos es la preeminencia que tiene la religión cristiana ortodoxa en sus tesis. Esto no debe extrañarnos si consideramos la profunda religiosidad de la sociedad rusa. Es precisamente la religión la que aporta la visión primordialmente mesiánica y telológica en la mayoría – aunque no en todas – de las construcciones argumentativas eslavófilas, y, como vemos en Chaadáv, entre algunos occidentalistas.

En efecto, para Chaadáv la religión ortodoxa es uno de los factores del aislamiento de Rusia con respecto a “Occidente”, para Jomiakov la “Verdad” se revela por una única vez, y se hace a través de la religión; de la ortodoxa para ser más precisos. Leónt’ev, por su parte, se pregunta “¿Pero qué es una familia sin religión? ¿Qué es la familia rusa sin cristianismo? ¿Qué es, en fin, el cristianismo en Rusia sin los fundamentos bizantinos y sin formas bizantinas?” (Leónt’ev, 2001:28).

Como vemos, Leónt’ev y Chaadáv son antípodas en su juicio sobre la influencia de Bizancio, o sea de la religión cristiana ortodoxa, en Rusia. Si para Chaadáv es motivo de aislamiento de la “Cristiandad” – la Europa católica, apostólica y romana –, para Leónt’ev es motivo y causa primera de identidad nacional: durante la “Época confusa”³⁹ “Los polacos estaban en Moscú; o de plano no había zar o se presentaban diversos impostores en varias partes, uno tras del otro. La tropa era derrotada por doquier. Los boyardos eran traidores, dudaban o eran impotentes y mudos. En las mismas *obshchinas*⁴⁰ aldeanas reinaba un profundo caos. Pero bastaba con que un polaco entrara con gorro a una iglesia o mostrara la más pequeña falta de respeto a la iglesia

³⁹ La mejor traducción de *Smútnoe vrémia* es “tiempo confuso”. Así se denomina en la historia rusa al periodo comprendido entre la muerte del zar Fiódor, hijo de Iván IV el Terrible, en 1598, y la elección de Mijail Fiódorovich Romanov, pariente de la primera esposa de Iván IV el Terrible, en 1613. Durante este periodo Rusia tuvo su primer zar que llegó al poder por elección del consejo de nobles: Boris Godunov. Además, tuvo dos zares impostores, los “Falsos Dmútris” (*Lzhedmútri*), así conocidos pues se hicieron pasar cada uno por el zarevich Dmútri, hijo menor de Iván IV el Terrible y quien en realidad murió en 1591. Cada uno de estos impostores gozó del apoyo del reino de Polonia, especialmente el segundo *falso Dmútri*, impulsado por el rey Segismundo III. De manera que Moscú estuvo en diversas ocasiones ocupada y controlada por tropas y cortesanos polacos, en tanto el norte de Rusia tomado (Nóvgorod) o sitiado (Pskov) por los suecos.

⁴⁰ Las *obshchinas* eran comunidades de trabajadores libres, casi siempre labradores, que trabajaban la tierra de manera mancomunada

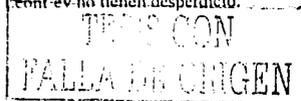


ortodoxa para que inmediatamente se encendiera apasionadamente el nacionalismo ruso" (León'tev, 2001:44)⁴¹.

Opiniones y veredictos diametralmente opuestos, sí, pero que demuestran la omnipresencia de la religión ortodoxa en la manera de imaginar a y de pensar en Rusia. Como ya dijimos, esta presencia del pensamiento religioso impregna a muchos autores, independientemente de su militancia en uno u otro bando.

El eslavófilo Jomiakov, como ya vimos, se enorgullece de que Rusia haya evitado las guerras religiosas, tanto las Cruzadas como las de la Reforma y Contrarreforma, según él propiciadas por la ambición de la Roma del Papa católico; Rusia, en cambio, habría conservado la pureza de la "Verdad revelada": "Recibíamos de la Grecia agonizante la sagrada herencia, el símbolo de la redención, y asimilábamos el Verbo, lo defendíamos de la invasión del Corán y lo salvaguardábamos del poder del Papa (...)" (Nóvikova, 1997:66). Tal herencia acercaba a Rusia a la Universalidad espiritual y de este modo se transformaba en el receptáculo que acogería las verdades y aportaciones de cada pueblo, para darles forma final y erigirlos en lo que ya había mencionado su rival Chaadáev: la formación de un orden social y humano perfecto, signo y producto de la instauración del Orden Divino en la Tierra ("Somos el centro de la humanidad del hemisferio europeo, el mar adonde fluyen todas las ideas. Cuando se desborde de verdades particulares, invadirá sus orillas con la verdad general. Ésta es, me parece, la misteriosa predestinación de Rusia que preocupa al autor del ensayo [Chaadáev, a quien Jomiakov responde. M.G.]" (Nóvikova, 1997:60). Curiosamente Chaadáev, quien parece demoleedor en su cruda visión del pasado ruso, también reserva un futuro especial para Rusia. Si prolongamos su cita que figura páginas arriba, leeremos: "Pero de nosotros se puede decir que somos una excepción entre los pueblos. Pertenece a aquellos que no parecen formar parte integrante del género humano, sino que existen para dar al mundo alguna importante lección. Seguramente, la enseñanza que estamos destinados a impartir no pasará en vano (...)" (Nóvikova, 1997:21).

⁴¹ La resistencia encabezada por las milicias populares del mercader Kuz'má Minin y del noble de Nizhniy Nóvgorod Dmitry Pozhárski, en 1611, es para Smith un ejemplo de territorialismo étnico – que para él es una de las tres manifestaciones del etnicismo – aunque con ciertas reservas sobre la justeza del término "etnicismo "ruso" (*op. cit.*: 51). Seton-Watson, por su parte, duda que el "sentimiento patriótico" que Minin y Pozharski despertaron pueda ser equiparado con una conciencia nacional, pues los rusos salieron en defensa de "la ortodoxia, de la Santa Rusia y de la tierra rusa" (*op. cit.*: 81). Creo que quien se acerca más a la verdad es Seton-Watson, puesto que el mismo León'tev escribe que la resistencia a los polacos se manifestaba ante lo que los ortodoxos consideraban faltas de respeto a su religión. Es más, Minin y Pozharski invitaron a un príncipe sueco a ocupar el trono de Moscú para terminar con las disputas por la sucesión, sin embargo, su idea no prosperó. Pero la confusión o, mejor dicho, ambigüedad entre la ortodoxia, la "tierra rusa" y el sentimiento nacional de León'tev no tienen desperdicio.

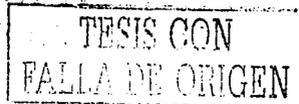


Incluso Fiodor Dostoievski fue seducido por la idea de la "universalidad del alma rusa", a la que se refirió en su discurso sobre el poeta Aleksandr Pushkin, del 8 de junio de 1880. En pocas palabras, Dostoievski escribe que los rusos se caracterizan por una gran capacidad de asimilación; capacidad que "es decididamente un don del pueblo ruso (...) Todo nuestro pueblo lleva en su alma esa tendencia a asimilarse al espíritu de los demás pueblos y, por ende, la tendencia a la reconciliación universal." (Dostoievski, 1982:1430). De nueva cuenta, este "don" haría posible que "los rusos venideros, comprenderán todos, sin excepción, que eso de ser un ruso auténtico no significa otra cosa que afanarse por conciliar en sí mismo definitivamente las antítesis europeas, mostrarle a la nostalgia europea su salvación en la omniumana y omniconciliadora alma rusa, albergar a todos en esa alma con amor fraternal, y de ese modo decir acaso la última palabra de la grande, general armonía, de la fraternal inteligencia de todos los pueblos, según la evangélica ley de Cristo." (Dostoievski, 1982:1445).

La importancia del factor religioso en ambos bandos demuestra que tanto eslavófilos como euroasiáticos edifican sus argumentaciones partiendo del mismo fundamento: Rusia es, en efecto, la heredera de la Rus' Kievita y consecuentemente del cristianismo en ella aceptado en el año 988. Obligadamente, Ucrania es parte constitutiva de Rusia.

Puesto que los occidentalistas insistían en que Rusia era parte de la familia europea pero trágicamente separada de ella por los dos siglos de yugo mongol, la "occidentalizada" Ucrania como parte integral de Rusia haría naturales en este país a las reformas occidentalizadoras de Pedro I *el Grande*. Si hubieran aceptado una identidad diferente para Ucrania, las reformas occidentalizadoras resultarían ser una imposición voluntarista y ajena a la naturaleza misma del Estado y del pueblo ruso. Además, el milenarismo religioso se manifestaba en ellos en la convicción de que Rusia tenía un destino especial que cumplir. Si recordamos la doctrina de Moscú como la tercera Roma, será fácil hallar esta misión especial: revangelizar a la decadente Europa.

La imposibilidad para las posturas eslavófilas de concebir una identidad ucraniana distinta de la rusa es aún más fácil de encontrar. La misma filosofía de la historia escatológica que anima a los occidentalistas está presente en los eslavófilos. Pero a diferencia de los primeros, los eslavófilos insisten en que Rusia es una civilización particular, resultante - como vimos con Jomiakov - de la preservación de la única verdadera religión. Para que la tesis eslavófila sea coherente, Rusia



debe ser la heredera directa de la Rus' Kievita, y los ucranianos así son rusos occidentales mas no ucranianos.

Cierto es, empero, que no todos los participantes en el debate tenían una filosofía de la historia lineal y mística. Por ejemplo, para Karamzín Rusia no estaba destinada por la Providencia a un papel especial en la historia de la Humanidad, y el eslavófilo Leónt'ev opinaba que Rusia podría tener un futuro grandioso, mas no forzosamente, y este porvenir venturoso se condicionaba a ciertas acciones políticas y gubernamentales; sería deseable y posible mas no ineludible. Complementando esta postura, Leónt'ev juzgaba la "descomposición" de "Occidente" como consecuencia natural de las leyes sobre la longevidad de las civilizaciones y no como castigo o consecuencia de las taras subyacentes en sus mismos fundamentos (la iglesia de la Roma papal y no del Bizancio ortodoxo), de las cuales Rusia estaría supuestamente libre.

En fin, tanto eslavófilos como occidentales esperaban mucho – demasiado, parecería enmendarles la plana la historia – del futuro de Rusia, más con base en la convicción de fatalismos o vocaciones de índole eminentemente religiosa que otra cosa. Así, los autores decimonónicos no pudieron escapar de la carga religiosa – y en el caso de Berdiáev y otros hasta mística – que dominaba la identificación entre la ortodoxia y el Estado.

Con todo, gracias al nacionalismo ruso impulsado desde el poder en los reinados de Alejandro III y de Nicolás II se empezaba a dar cierta conciencia del ser ruso, impulsada por los éxitos de los músicos – Glinka, Chaikovski, Mussorgski, Rimski-Korsakov y otros, que por cierto escribieron temas eminentemente nacionalistas – y de los escritores rusos. Sin embargo, esta incipiente identidad nacional se limitó a las magras clases medias del país, por lo que no podemos hablar de una auténtica identidad nacional rusa.

En el capítulo siguiente retomaremos algunas características del imaginario popular ruso recogidas tanto por eslavófilos y occidentalistas y que influyen directamente en el cauce que toma actualmente este debate, revivido luego de la "calma chicha" que representó la Unión Soviética. Los problemas con la identidad rusa, por supuesto, persistieron dentro de la URSS – e incluso la cuestión nacional en la URSS dio pie a un sinnúmero de publicaciones, siempre fuera de sus fronteras –, pero no fue un debate que implicara a grandes sectores de la sociedad. Por la naturaleza misma del Estado soviético, la discusión se concentró entre quienes podían opinar al

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

respecto, o sea, casi nunca el ciudadano de a pie. Pero aún así la actuación del régimen soviético en el plano nacionalista causó reacciones y respuestas por parte del mundillo literario.

La URSS fue una especie de dique que contuvo el libre fluir de las ideas al respecto; ideas que no obstante siguieron fermentando. Precisamente fue la repentina desaparición de este dique lo que causó el resurgimiento de la discusión sobre qué es Rusia y, por ende, qué son los rusos. A diez años de la disolución de la URSS y por extensión, del último imperio colonial, gran parte de las ideas al respecto comienza a ordenarse y a tomar la indispensable perspectiva histórica de la que carecía al principio.

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

CAPÍTULO 3

LA IDENTIDAD RUSA Y LA UNIÓN SOVIÉTICA

*Мильоны - вас. Нас - тьма, и тьма, и тьма.
 Попробуйте, сравнитесь с нами!
 Да, скифы - мы! Да, ашаты - мы,
 С раскосыми и жадными очами!*

*Вот - срок настал. Крылами бьет беда,
 И каждый день обиды мнѣжит,
 И день придет - не будет и следа
 От наших Пестунов, быть мѣжит!*

*О, старый мир! Пока ты не полюб,
 Пока томишься мукой сладкой,
 Остановись, премудрой, как лѣни,
 Пред Сфинксом с орешком палочкой!*

*Росси - Сфинкс, Ливу и скорбя,
 И облизает черной кровью,
 Она глядит, глядит, глядит в тебя
 И с ненавистью, и с любовью!...*

*Alexandr Alexandrovich Blok, 1918.
 "Los escitas" (fragmento)*

3.1 Rasgos generales de esta relación

La naciente, débil y aún no consolidada identidad rusa de la clase media zarista⁶⁹ fue duramente vapuleada por el régimen soviético. Durante la existencia de la URSS podemos hallar

⁶⁹ Para que exista una nación, dice Anderson, es necesario que una cantidad considerable de personas se sienta o se comporte como si formara parte de ella. Consecuentemente, la conciencia nacional que demostraba esta clase media, al no ser compartida por los *muzhiki* (campesinos) ni por la mayoría de la población, no puede considerarse como una manifestación de una identidad nacional tal como la entendemos ahora. Por ejemplo, un ilustrado alemán del báltico escribió en la última década del siglo XVII que, por cuestiones de venganza nacional, los campesinos estonios y letones tenían muchas razones para odiar a la clase hegemónica alemana, a la que el mismo pertenecía.

cuatro momentos distintos en los que el nacionalismo ruso fue sucesivamente castigado e impulsado pero siempre manipulado y confrontado con las identidades de los otros grupos étnicos dentro de la Unión Soviética, que para fines prácticos fue el segundo aliento del imperio zarista, efímeramente diluido en 1918.

En efecto, Lenin utilizó la creciente resistencia nacionalista que en muchas partes del imperio provocó la torpe campaña de rusificación de los dos últimos zares para golpear y debilitar al régimen de Nicolás II. Empero, tras haberse acogido a la libre determinación de los pueblos los revolucionarios, ya instalados en el poder, se dedicaron a rearticular el imperio, agregando las últimas piezas – excepto Finlandia – tan tarde como en vísperas de su entrada a la Segunda Guerra Mundial, con la anexión de Estonia, Letonia y Lituania en 1940.

Este capítulo se subdividirá en cinco partes, cada una correspondiente con una de las fases que identificamos en la relación del poder soviético con la identidad rusa. Así, los periodos 1917-1934, 1934-1953, 1953-1964, 1964-1985 y 1985-1991, serán cubiertos en sendos apartados.

Aunque la URSS se disolvió hasta 1991, ya desde los primeros años correspondientes al gobierno de Mijaíl Gorbachov (1985-1991) se logró una atmósfera más apropiada para la libre discusión sobre diversos temas, sobre todo para visiones revisionistas de la historiografía soviética. Sin embargo, a pesar de que la *glasnost* gorbachoviana estuvo íntimamente ligada a los nacionalismos de las 14 repúblicas que junto con Rusia conformaban la Unión Soviética, no se dio un debate a fondo sobre la cuestión nacional rusa. El porqué de esto lo veremos en este capítulo. Lo importante por el momento es señalar que la verdadera discusión sobre lo que es o representa el ser ruso en la actualidad se inició después de la disolución soviética mas no antes.

La relación entre el sistema soviético y la identidad rusa fue fluctuante y ambigua, de manera similar a la que existió entre la identidad rusa y el zarismo a partir de Pedro I *el Grande*. El tema del poder soviético y las nacionalidades – en particular el de la nacionalidad rusa –, es bastante complejo y por sí mismo es un tema de estudios bastante común, sobre todo en lo que hemos dado en llamar “Occidente”. No hay conclusiones definitivas en este campo – como dudo que las haya en cualquiera –, de manera que la división que elegí – inspirado en Ilya Prizel – no sólo no

Sin embargo, los campesinos estonios no se asumían como “estonios” – hasta antes de 1860 los estonios se autodenominaban *maarahvas*: gente del campo –, y el término *saks* (sajón) tenía un significado predominante como “señor” o “amo”, y sólo su significado secundario era “alemán” (Kahk, cit. en Hobsbawm, 1990:48-49). Como se ve, la clase educada podía pensar en términos nacionales mucho antes que el grueso de la población, pero no por ello podemos hablar de un nacionalismo, sino a lo más de una forma embrionaria que puede durar siglos en lograr su maduración.

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

pretende ser tomada como definitiva sino que asumo que bien puede ser convencional y susceptible de perfeccionamiento con un estudio mucho más profundo sobre la URSS y la cuestión nacional, tema que no corresponde a esta tesis y que, además, ya ha dado pie a una amplísima literatura.

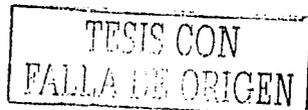
3.2 1917-1934 La *korentzatsiia*

En medio del caos de la revolución, entre noviembre de 1917 y febrero de 1918 Polonia, Finlandia, Letonia, Lituania, Armenia, Azerbaiyán, Georgia, Ucrania y Estonia proclamaron su independencia. Lenin, que creía que el nacionalismo era un producto subsidiario del capitalismo y que desaparecería con él, hasta ese momento sólo se había preocupado de los temas nacionales para emplearlos como arietes en su golpeo al imperio zarista. Sin embargo hubo de rendirse ante la evidencia e inició una campaña de reconquista que duró hasta 1921, aunque Polonia, Finlandia, Estonia, Letonia y Lituania quedaron fuera la URSS.

Para ampliar la base del poder soviético más allá de las zonas habitadas por rusos, el régimen soviético otorgó en sus inicios un trato que en el discurso se presentaba como bastante igualitario a los pueblos no rusos en relación con estos últimos. En realidad, era una política bastante ambigua, porque junto con la retórica estatal y el trato a ciertas nacionalidades, que apuntaban en este sentido, otras naciones eran duramente reprimidas (Antal, 1994:80-83).

Además, para justificar la reconquista de las efímeramente independientes repúblicas soviéticas, la historiografía soviética rescribió la presencia zarista en esas regiones y la presentó como una inelmente ocupación y explotación sustentada meramente por el imperialismo ruso. Como escribió el historiador soviético Mijaíl Pokrovski, portavoz de esta nueva perspectiva histórica, "en el pasado nosotros los rusos -- y yo soy un gran ruso⁷⁰ de pura cepa -- fuimos los más grandes ladrones que se pueda imaginar" (cit. en Prizel, *op. cit.*:185). Así, la presencia soviética se presentaba no como una redición de la ocupación zarista, sino como el cumplimiento del mandato del proletariado ruso, esto es, "ayudar a las partes menos desarrolladas de la URSS" (cit. en *Ibid.*:186), según una declaración del 12º Congreso del Partido. Fue en el marco de esta nueva concepción de la identidad rusa que durante el Décimo Congreso del Partido Comunista

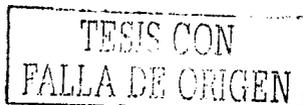
⁷⁰ Se refiere a la distinción entre grandes rusos (rusos), pequeños rusos (ucranianos) y rusos blancos (bielorrusos) que ya vimos en el capítulo anterior.



de la Unión Soviética se declaró que "sin superar los remanentes colonialistas y nacionalistas [rusos] el Partido considera imposible la creación de una organización fuerte y verdaderamente comunista dentro de las fronteras" (cit. en *Ibid.*:185) incluso, Nikolái Bujarin pidió a los rusos fingir que estaban conformes con este nuevo papel (cit. en *Ibid.*:186). Estos intentos por disimular la preeminencia de los rusos en la revolución, y las denuncias del nacionalismo ruso como imperialismo vergonzante – "los rusos no tenían ventajas culturales que ofrecer a sus nuevos súbditos – razón mayor para que la anexión de no rusos a Rusia haya sido una maldad absoluta" (cit. en *Ibid.*:185), decía Pokrovski – sólo sirvieron para golpear y confundir aún más la identidad rusa o para fusionarla de nuevo con una entidad supranacional casi igual al imperio zarista, ahora sustituido por la "hermandad soviética", como dijo Grigori Zinoviev en relación con la reconquista de Azerbaiyán: "No tomamos el indispensable petróleo de Azerbaiyán y el necesario algodón de Turkestán como lo tomaban los antiguos explotadores, sino como hermanos mayores que cargan la antorcha de la civilización" (cit. en Meyer, 1997:133).

Hasta los campesinos rusos, que para los eslavófilos decimonónicos habían representado a la verdadera comunidad rusa cristiana y no capitalista, fueron demonizados durante los primeros años del régimen soviético, como lo hizo el escritor Máxim Gorki al considerarlos apáticos y un lastre: "medio salvajes, estúpidos, la gente difícil del pueblo ruso morirá (...) y su lugar será tomado por una nueva casta de los letrados, los inteligentes, los vigorosos" (cit. en Prizel, *op. cit.*:186). La política a favor de los pueblos no rusos, llamada *korenizatsiia*⁷¹ consiguió debilitar la estructura del régimen soviético porque, como explica Prizel, muchos pueblos, cuyas mitologías nacionales eran alentadas por la dirigencia soviética, se cuestionaron cuál era entonces la ventaja de permanecer en un país con los rusos, si éstos mismos afirmaban haber sido los "peores ladrones" y no tener ninguna "ventaja cultural" que ofrecerles. Así, la cúpula del partido decidió poner fin a la *korenizatsiia* en 1934, cuando Stalin declaró que el "tema del nacionalismo ruso compete a los historiadores" (*Ibid.*:189). Los activistas y líderes de los grupos nacionales no rusos que habían destacado durante la *korenizatsiia* – incluyendo los ucranianos, como fue el caso de Myjaiło Hrushevski, historiador que había fungido como presidente de la Ucrania independiente entre 1918 y 1919, y era el principal exponente de la historiografía nacionalista y revisionista ucraniana – fueron purgados. Consecuentemente, las minorías fueron reprimidas y el sistema soviético dio un giro, primero suave pero cada vez más notorio, hacia el

⁷¹ La palabra deriva de *kóren* (raíz) y de *korennoý* (autóctono, en una de sus acepciones).



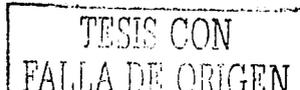
nacionalismo ruso. Sin embargo, este nacionalismo ruso acentuaba más la identificación con la URSS que con Rusia. Así, la identidad rusa tuvo que "estirarse", para cubrir un cuerpo más grande que el de Rusia: el de la Unión Soviética. Por si fuera poco, los anteriores ataques del régimen al nacionalismo ruso, la feroz crítica al imperialismo ruso y la campaña emprendida en contra de la iglesia, junto con la sensación de transferencia de recursos de Rusia hacia regiones más pobres crearon entre muchos rusos la idea de ser victimizados por el régimen soviético.

3.3 1934-1953 La identidad rusa al servicio de la URSS

Con este cambio del régimen soviético con respecto a la cuestión nacional se extendió notoriamente la educación básica impartida en todo el territorio de la Unión Soviética, siguiendo el ejemplo de la campaña de rusificación emprendida por el zar Alejandro III. También hubo que cambiar la historiografía del imperialismo ruso y así nació la "teoría del mal menor". Dentro de este nuevo punto de vista el imperialismo ruso siguió siendo censurable, pero tenía que ser considerado como mucho más benigno que el británico, el francés u otros. Esta teoría fue sugerida por primera vez en 1937 pero fue completamente aceptada oficialmente hasta 1951 (Sheppa, cit. en *Ibid.*:189).

Pero la plena identificación entre el régimen soviético y el nacionalismo ruso ocurrió en la guerra con la Alemania nazi durante la Segunda Guerra Mundial. En efecto, la guerra con Alemania era llamada en la URSS "la Gran Guerra Patriótica" (*Velikaia Otiéchestvennaia Voiná*), lo que remite claramente a la guerra del imperio ruso de Alejandro I con la Francia napoleónica de 1812: la "Guerra Patriótica del año 12" (*Otiéchestvennaia Voiná Dvianásetovo Goda*). Todavía hoy, en la Rusia postsoviética, se distingue entre "la Guerra Patriótica del 12" y "la Gran Guerra Patriótica". Por supuesto, para un kazajo o un armenio ninguna de las dos fue una guerra patriótica, pero es muy significativa la continuidad que eligió el sistema soviético con la historiografía zarista. Las exigencias que impuso la guerra contra los nazis obligaron prácticamente a Stalin a recurrir al nacionalismo ruso porque las demás nacionalidades estaban muy resentidas por las purgas y la represión cultural que siguió al término de la *korenizatsiia*⁷², e

⁷² Por ejemplo, uno de los mitos fundadores de la identidad nacional ucraniana es la hambruna de principio de los treinta, que costó la vida a millones de ucranianos. Los historiadores nacionalistas – y de hecho la mayoría de la población, que es lo importante en realidad – la consideran una hambruna creada por el régimen soviético para doblegar al nacionalismo ucraniano. Por otra parte, la URSS simplemente no podía apelar al nacionalismo moldavo.



incluso por la reabsorción de sus territorios en la URSS después de la temporal disolución del imperio ruso.

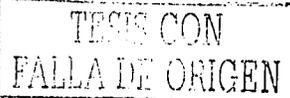
Así, en su discurso del 3 de julio de 1941, el primero pronunciado tras el inicio de la guerra el 22 de junio, Stalin apela a “la gente soviética” y a “todos los pueblos de la Unión Soviética”, al pedir a “nuestra gente, la gente soviética, que comprenda la dimensión del peligro”. También advierte que el enemigo “tiene por objetivo el restablecimiento del poder de los terratenientes, el restablecimiento del zarismo, la destrucción de la cultura nacional y de la estadidad (*gosudarstvennost'*) nacional de los rusos, ucranianos, bielorrusos, lituanos, letones, estonios, uzbekos, tártaros, moldavos, georgianos, armenios, azerbaiyanos y de los otros pueblos libres de la Unión Soviética, su germanización, su conversión en esclavos de príncipes y barones alemanes. El asunto va, de esta manera, de la vida o muerte del Estado soviético, de la vida o muerte de los pueblos de la URSS, de ser pueblos libres de la Unión Soviética o de caer en la esclavitud. Es necesario, que la gente soviética entienda esto (...)” (Stalin, s/f a).

Pero en noviembre del mismo año, en el discurso conmemorativo del 24 aniversario de la revolución, Stalin ya no recuerda a “los pueblos libres” de la URSS, sino que los substituye con un pase de lista de las ocupaciones más importantes para el esfuerzo bélico, o bien de condiciones de guerra, alejadas todas ellas de cualquier identificación nacional: “¡Comaradas soldados del Ejército Rojo y marinos de la Flota⁷³, comandantes y comisarios políticos, obreros y obreras, coljozianos y coljozianas, trabajadores del quehacer intelectual, hermanos y hermanas en la retaguardia de nuestro enemigo, temporalmente caídos bajo el yugo de los bandidos alemanes, nuestros gloriosos partisanos y partisanas que destruyen las retaguardias de los invasores alemanes!

“En nombre del gobierno soviético y de nuestro partido bolchevique los saludo y felicito por el 24 aniversario de la Gran Revolución Socialista de octubre.” (Stalin, s/f b). Esta es la única mención al régimen soviético en todo el discurso. Vale la pena comparar esta única mención con

letón, lituano o estoniano. Los chechenos habían sido deportados bajo la acusación de colaborar con los alemanes, etc. Sólo le quedaba el pueblo ruso y luego el heroísmo mostrado por los bielorrusos, que fueron tratados bestialmente por los alemanes porque Bielorrusia es una república sin muchas riquezas materiales. La parte de la población ucraniana, que recibió a los alemanes como “liberadores” tampoco tardó mucho en organizar una feroz resistencia contra los alemanes, dado el desprecio de los alemanes hacia todos los esclavos, a los que calificaban de “subhumanos” (*Untermenschen*). Sin embargo, hubo unidades enteras de la *Wehrmacht* formadas por ucranianos, algo de lo que Stalin estaba muy enterado.

⁷³ Los términos *krasnodarmitsy* y *krasnoflotitsy* tienen ambas el prefijo *krasno-*, que viene de *krasny-* rojo. La traducción más literal como “soldados rojos y marinos rojos” estilísticamente es horripolosa.

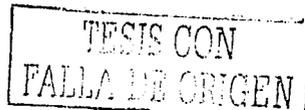


la insistencia del primer discurso en mencionar a los pueblos de la URSS, el peligro de ver destruida la cultura nacional de cada uno de ellos, en una lista en la que los rusos, si bien son los primeros de la lista, figuran al lado de los uzbekos, letones o tártaros. El segundo discurso, no obstante, funde el patriotismo soviético al nacionalismo ruso cuando Stalin prosigue con: "¡Camaradas soldados del Ejército Rojo y de la Flota, partisanos y partisanas! Todo el mundo los ve como a la fuerza capaz de aniquilar las huestes bandoleras de los invasores alemanes. Los pueblos esclavizados de Europa los ven como a sus liberadores. Una gran misión libertaria apareció en su suerte. ¡Sean pues dignos de tal misión! La guerra que sostienen es una guerra de liberación, una guerra justa. ¡Que los inspire en esta guerra el valeroso ejemplo de nuestros grandiosos ancestros: Alexandr Névski, Dimitri Donskói, Kuz'má Minin, Dimitri Pozhárski, Alexandr Suvórov, Mijail Kutúzov! ¡Que los proteja la victoriosa bandera del gran Lenin!"(Stalin, s/f b). Todos estos nombres pertenecen a héroes de la historia rusa o, es más, del imperio ruso, pero de ninguna manera pueden ser héroes soviéticos, puesto que pertenecen al pasado "imperialista" y "chauvinista" del zarismo, por no hablar ya de que todos son lo que se conoce como rusos étnicos – que es un concepto que revisaremos más adelante –. Todos ellos, con excepción de Dimitri Donskói, que derrotó a la Horda de Oro en 1380, se ganaron su fama derrotando europeos (suecos, polacos, letones, franceses), y todos también, excepto Suvórov, combatiendo invasores de "la tierra rusa"⁷⁴. Tampoco será difícil adivinar por qué Stalin encargó a Eisenstein el rodaje de la película "Alexandr Nevski", en vísperas de la Segunda Guerra Mundial.

Para completar esta fundición de la identidad rusa con la soviética, en su comunicado al pueblo del 2 de septiembre de 1945, con motivo de la rendición de Japón, Stalin declaró que "Hay que notar que los invasores japoneses hicieron daño no sólo a nuestros aliados – China, Estados Unidos de América, Gran Bretaña. Causaron un gran daño también a nuestro país. Por eso tenemos nuestras propias cuentas pendientes con Japón. Japón inició su agresión contra nuestro país todavía en 1904, durante la guerra ruso-japonesa (...)" (Stalin, s/f c).

Una vez más, la URSS se muestra de esta manera como heredera del imperio ruso y consecuentemente los rusos vieron rehabilitado su nacionalidad, tan castigada durante la fase anterior de la *korenizatsiia*. El punto culminante de la rehabilitación del pueblo ruso como

⁷⁴ Nevski es un héroe nacional ruso – incluso existe una orden militar con su nombre – a pesar de que cuando derrotó a los suecos y a los teutones Nóvgorod encabezaba una Rus' distinta a la Rus' en la que Moscú comenzaba a destacar. Moscú, posteriormente, reclamó la herencia de todas las Rus', como ya vimos.



primus inter pares se dio el 24 de mayo de 1945, durante la recepción en honor de los comandantes del Ejército Rojo en el Kremlin. Por la claridad con la que expresa una idea nacional rusa casi idéntica a la del zarismo rusificador, vale la pena citar el discurso de Stalin en su totalidad:

"Camaradas, permítanme hacer un último brindis.

"Quisiera brindar por la salud de nuestro pueblo ruso, y antes que nada por todo el pueblo ruso.

"Tomo antes que nada por la salud del pueblo ruso porque es la nación más notable de todas las naciones dentro de la Unión Soviética.

"Brindo por la salud del pueblo ruso porque en esta guerra mereció el reconocimiento general como la fuerza directriz de la Unión Soviética entre el resto de las naciones de nuestro país.

"Brindo por la salud del pueblo ruso no sólo porque es la fuerza directriz del país, sino también porque posee una mente clara, un carácter firme y paciencia.

"Nuestro gobierno cometió no pocos errores, hubo momentos en los que tuvimos situaciones desesperadas en 1941 y en 1942, cuando nuestro ejército retrocedía, abandonaba nuestros pueblos y ciudades maternas de Ucrania, Moldavia, de la región de Leningrado, del Báltico, de la república Karelo-finesa⁷⁵; las abandonaba porque no había otra salida. Otro pueblo pudo haber dicho al gobierno: ustedes no cumplieron nuestras expectativas, lárquense y pondremos otro gobierno que firme la paz con Alemania y nos traiga tranquilidad. Pero el pueblo ruso no hizo esto, porque creía en la corrección de la política de su gobierno, y aceptó sacrificios para garantizar la derrota total de Alemania. Y esta confianza del pueblo ruso al gobierno soviético resultó ser esa fuerza decisiva que permitió una victoria histórica sobre el enemigo de la humanidad - el fascismo.

"¡Demos gracias a él, al pueblo ruso, por esta confianza!

"¡A la salud del pueblo ruso!" (Stalin, s/f d).

A esta política de recurrir al nacionalismo ruso en los momentos desesperados de la guerra, cuando la legitimidad del partido era nula o incluso contraproducente en las repúblicas recién anexadas o que resentían el nuevo colonialismo soviético, se unió la súbita rehabilitación de la iglesia ortodoxa en 1943. Con esta medida el régimen soviético jugó con uno de los principales símbolos de la identidad rusa para fundir aún más la identidad rusa con el régimen soviético, ganando un importante soporte en momentos en los que Stalin desconfiaba de los otros pueblos

⁷⁵ Se refiere a la península de Karelia, ganada a Finlandia durante la desastrosa guerra de 1940



de la URSS, como lo demostró con las deportaciones de los chechenos y de otros pueblos del Cáucaso o de los tártaros de Crimea en 1943, acusándolos de traidores. Así, la rehabilitada iglesia ortodoxa anidó entre los rusos un sentimiento de reivindicación muy útil durante el periodo bélico.

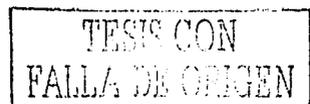
Empero, la identificación de lo ruso como lo soviético no ayudó a fortalecer una identidad rusa, pues se seguía relacionando con una entidad política mucho más grande que Rusia, que comprendía poblaciones claramente diferentes a la rusa; pero sí favoreció el surgimiento de resentimientos entre los pueblos no rusos. Este nacionalismo ruso dirigido desde arriba tenía un carácter meramente instrumental, porque a pesar de que en 1950 Stalin demandó la enseñanza del ruso en todo el país para lograr una homogeneidad administrativa y el comienzo de un pueblo soviético. Gracias a esta y otro tipo de medidas integristas, Rusia era la única república de la URSS que no tenía su propio partido comunista ni su Ministerio de Relaciones Exteriores. En la ONU, aparte de la URSS como conjunto, sólo Ucrania y Bielorrusia tenían voto, mas no Rusia (Prizel, *op. cit.*:191)

3.4 1953-1964 *La sliianie*

Los espectaculares éxitos de la investigación espacial soviética, un crecimiento económico elevado y la victoria en la segunda guerra mundial permitieron al gobierno de Nikita Jruschov legitimarse de nuevo más en la ideología del Partido y menos en el nacionalismo ruso. Además, el discurso en el que Jruschov fustigó al régimen stalinista y la relativa libertad que caracterizaron su periodo permitieron un cierto reavivamiento en los debates de todas las nacionalidades integrantes de la URSS, la rusa entre ellas.

Así, el resurgimiento del debate entre occidentalistas y nacionalistas se dio en el periodo de Jruschov. No obstante, esta discusión surgió tras la desilusión con la efímera primavera que significó el inicio del régimen jruschoviano.

En un principio, todos parecían encantados con él. Los intelectuales de las nacionalidades no rusas pudieron discutir más libremente sus historias nacionales, sobre todo porque la denuncia de Jruschov contra Stalin durante el 20 Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética acabó con el mito de la infalibilidad marxista-leninista. Las campañas de rehabilitación de miles y miles de prisioneros políticos del gobierno de Stalin y la clausura de muchos *gulags* cayó muy



bien entre los viejos comunistas y bolcheviques que veían en los actos de Stalin una desviación tremenda de las políticas leninistas, a las que urgiría regresar. Los occidentalistas consideraron que la apertura a manifestaciones culturales occidentales como el jazz o festivales cinematográficos con películas francesas o británicas eran síntoma de una creciente democratización y de la normalización gradual de las relaciones con "Occidente". Finalmente, los nacionalistas rusos miraron con beneplácito las medidas destinadas a incrementar el nivel de vida de los campesinos – en 1953 se legalizó el pequeño mercado koljoziano, que permitía a los koljozianos vender directamente al consumidor la producción de sus pequeñas huertas personales (Meyer, 1999:412) y el otorgamiento de pasaportes internos a los koljozianos⁷⁶.

Sin embargo, el corto alcance de los cambios del gobierno de Jruschov y de su "deshielo cultural" terminó desilusionando a los dos principales grupos: a los viejos bolcheviques y a los nacionalistas rusos. Así, los primeros, que creían posible retornar a los ideales leninistas supuestamente distorsionados por Stalin, y que proponían una convergencia entre el capitalismo y el socialismo – opinión compartida por Andréi Sajarov en aquella época – en una especie de régimen económico mixto, se fueron decepcionando progresiva pero definitivamente tras la represión en Hungría en 1956, el castigo al escritor Boris Pasternak tras la publicación de su *Doctor Zhivago* en el extranjero en 1958 y el aplastamiento de la *Primavera de Praga* de 1968 (Prizel, *op. cit.*:193). Este desencantamiento provocó que muchos antiguos marxistas abandonaran sus planteamientos originales para adoptar posturas cada vez más críticas del sistema soviético en general, hasta llegar a proponer sistemas políticos cada vez más parecidos a lo que se consideraba "una democracia occidental". Es este grupo de reformistas, precisamente, el germen del que surgiría la siguiente hornada de occidentalistas.

Los nacionalistas rusos, por su parte, se mostraron sumamente confundidos primero y disgustados después por el inicio de la campaña antirreligiosa emprendida por Jruschov, un ateo

⁷⁶ El pasaporte interno era el documento oficial de identificación por excelencia en la URSS. Hasta ese entonces, los koljozianos no tenían derecho a uno, de manera que no podían mudarse de su koljóz, lo que los mantenía, en ese sentido, en una situación muy parecida a la del campesinado de Iván IV el Terrible, quien creó la *krepostnichestvo* (de *krepóst* – fortaleza), regulación que obligaba al campesino a radicar siempre en la misma aldea, y ésta casi siempre adscrita a un señor o al reinado directamente, para impedir que los campesinos huyeran de las cada vez más difíciles condiciones fiscales y tributarias, causadas por el casi permanente estado de guerra que desde entonces ya padecía el reino ruso. Nota aparte, merece ser mencionado que la fuga de los campesinos se daba hacia el este, de manera que la conquista de Siberia a manos del cosaco Iermak fue de la mano con la colonización rusa. Hoy mismo hay un animado debate sobre las posibles similitudes entre la conquista del Oeste estadounidense como la interpreta el historiador estadounidense Frederick Jackson Turner en su teoría de la *frontier* (1893) y la asimilación de Siberia por parte de los rusos que ahí llegaron: cosacos, deportados políticos, forzados y campesinos que huían del vasallaje.

convencido. Los nacionalistas veían – como de hecho siempre ha pasado con los nacionalistas rusos – a la iglesia ortodoxa como la piedra angular del ser ruso. Más aún, la consideraban el único vestigio de la identidad rusa, tras la soviétización de la identidad rusa, consecuencia directa de la rusificación de la URSS. El ataque contra la religión se inició en 1957, y para 1964 la cifra de iglesias abiertas disminuyó de 20 mil a siete mil, los seminarios de ocho a tres y los conventos de 79 a 17⁷⁷ (Meyer, *op.cit.*:417). El resentimiento de los nacionalistas era más fuerte aún por las declaraciones de Jruschov, quien de manera similar a la *korenizatsiia* de los años 20, pensaba, como marxista convencido, que la cuestión nacional se resolvería mediante la fusión – *sliianie* – de las nacionalidades de la URSS en una sola, en la nación soviética. Es irónico que para los rusos el *homo sovieticus* no fuera lo suficientemente ruso sino una falsificación cultural que acabaría por borrar la cultura y la identidad rusas; en tanto para los nacionalistas de las demás nacionalidades – armenios, georgianos, ucranianos, estonianos, uzbekos – el habitante ideal de la URSS era un ciudadano totalmente rusificado, lo que se percibía como una humillación a sus propias tradiciones y herencia cultural.

3.5 1964-85 La cultura rusa al servicio de la URSS

El periodo de Leonid Brézhnev⁷⁸ se caracterizó por tasas de crecimiento económico cada vez más decrecientes – y en algunos casos recesivas – en todos los rubros de la producción, y por una innovación tecnológica de cada vez menor valía. Como era de esperarse, el sistema se recargó cada vez más en el nacionalismo ruso para retener – o al menos intentarlo – la legitimidad que la decepcionante y languideciente ideología partidista dejaba escapar. Como en toda potencia en decadencia, los debates en su interior, tal vez soterrados en su mayoría pero indudablemente crecientes, no pudieron ser controlados o suprimidos como lo hizo Stalin, a pesar de la represión que se ejerció contra los disidentes. El debate que ya se delineaba en el gobierno de Jruschov, entre occidentalistas y nacionalistas, se manifestó plenamente y con creciente vigor durante el

⁷⁷ La iglesia ortodoxa no fue la única reprimida. También lo fueron los uniatas – ortodoxos que en 1596 aceptaron la unión con Roma, con gran presencia en el suroeste y oeste de Ucrania pero también en Rumania y Eslovaquia –, los musulmanes, protestantes y luteranos del Báltico, y en general todo tipo de creencias. Es materia de estudio y de debate la manera en la que la iglesia ortodoxa se benefició, cuando fue útil al sistema, de la represión que solicitó en contra de las iglesias competidoras.

⁷⁸ Aunque el periodo de Brézhnev terminó en 1982. Yuriy Andropov y Konstantín Chernenko gobernaron demasado poco tiempo para imprimir un carácter particular a su relación con el tema del nacionalismo ruso. Así que considere apropiado incluirlos en el periodo de Brézhnev, en la antesala del de Mijail Gorbachov.

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

decadente gobierno de Brézhnev, como síntomas y motivos a la vez de la fuerza centrífuga de un sistema que iba entrando a un callejón sin salida.

De nueva cuenta el gobierno recurrió al nacionalismo ruso pero ahora hubo de administrar también las manifestaciones crecientes de un nacionalismo ruso distinto al difundido y manipulado desde el sistema, y surgido entre escritores e intelectuales rusos. Sin embargo, hay que precisar que este nacionalismo desde abajo no se manifestó en el grueso de la población común, sino entre intelectuales descontentos. Sin embargo, Rusia permaneció sin tener su propio Partido Comunista, siendo la excepción de entre todas las quince repúblicas integrantes de la URSS. En general, el verbo "administrar" es el más apropiado para describir la relación entre Brézhnev y el nacionalismo ruso. Exacerbar demasiado el nacionalismo ruso lograría únicamente provocar reacciones similares entre las diversas nacionalidades del país, lo que sería desastroso porque la debilidad económica restaba toda autoridad y legitimidad al régimen.

Empero, la enorme mayoría de las manifestaciones del nacionalismo ruso provinieron de miembros rusos de la *intelligentsia*, y no de los ciudadanos rusos de a pie. Las décadas de régimen soviético lograron cierto éxito en la creación de una identidad soviética, por lo menos en gran parte de los rusos. Encuestas realizadas a finales de la década de los setenta y a inicios de los ochenta muestran que el 70% o más de los rusos de Moscú, Kishiniov – capital de Moldavia, actualmente Chishinau – y de Tashkent – capital de Uzbekistán – consideraban a la URSS en general como su patria (Drobízheva, cit. en Melvin, 1995:9). Además, la creciente conciencia étnica entre los rusos – fenómeno registrado por el Instituto Etnográfico de Moscú desde los años ochenta, según Neil Melvin – no parecía ir aparejada con una identidad nacional. A esto colaborarían tres razones. Primero, los rusos eran la nacionalidad con más movilidad y al estar repartidos entre los puestos clave de la economía nacional, estaban más en contacto con nociones y objetivos nacionales y no con los de alguna república en específico. Segundo, por el mismo papel rusificador de los flujos internos de población creados por el régimen, las poblaciones rusas que se asentaban en el resto de las repúblicas se identificaban más con la URSS que con Rusia. Finalmente, el enorme tamaño de Rusia y la presencia de repúblicas autónomas en su seno, habitadas por etnias no eslavas – como los tártaros, los chechenos, los daguestanicos, los chukchas, etc. – dificultan la identificación con un "terruño materno", de una patria lo suficientemente definida como para servir de foco de las nostalgias y fervores patrióticos.

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

Pero de cualquier manera, las manifestaciones de un nacionalismo ruso descontento con la situación dominante en el país eran inéditas en la Unión Soviética. El estancamiento – *Zastói*, nombre con el que en la Unión Soviética de Gorbachov se conoció al régimen de Brézhnev y que expresa muy bien la percepción que tienen los rusos de aquellos años – causó que los discursos de ambos grupos, nacionalistas y occidentalistas, como ya se auguraba desde el gobierno anterior, se dirigieran cada vez más hacia los extremos.

Los reformistas terminaron su mutación en occidentalistas, como ya vimos. Abandonaron por completo la creencia de que Stalin había pervertido los fundamentos de lo que en principio sería una formación social justa y apropiada, como la comunista, y desecharon también la idea original de lograr una mixtura entre socialismo y capitalismo, con la romántica e idealista esperanza de rescatar lo valioso de ambos y evitar los vicios de cada uno de ellos. Los reformistas – que de ahora en adelante llamaremos occidentalistas – terminaron igualando a sus antecesores decimonónicos en su idealización de “Occidente”, que ahora era Estados Unidos y la Unión Europea; y en su desesperación ante la historia rusa, a la que juzgaban duramente. En efecto, los occidentalistas de la era de Brézhnev terminaron también abominando de todo el pasado ruso, y junto con los occidentalistas del siglo XIX creían firmemente en que “Rusia era víctima de una autocracia milenaria, y que la desgracia de Rusia era su falla en incorporarse al flujo de la civilización occidental” (Prizel, *op. cit.*:197). De nueva cuenta, los occidentalistas contemporáneos practicaban un eurocentrismo desmedido que llevaba como correlato manifestaciones muy rusas de autoflagelación. Así, la fundación Herzen publicó en 1970 el programa político del Movimiento democrático de la Unión Soviética, en el que se lee lo siguiente: “La URSS es una amalgama imperialista creada en torno del núcleo del nacionalismo granruso (...) la hegemonía del Estado ruso sobre otras nacionalidades y sus tierras es el resultado de 500 años de expansión (Prizel, *ibid.*:199)”. Esta expansión es explicada por los autores de la siguiente manera: “Rusia siempre estuvo obsesionada por la quiebra interna, por una economía débil comparada con los Estados europeos. Culturalmente Rusia era un charco de agua estancada (...) con relaciones sociales semibarbáricas, y un despotismo político heredado de las hordas orientales” (Prizel, *ibid.*). De manera similar a lo que hizo la dirección del Partido en el período 1917-1934, los occidentalistas exhibían su desaliento y la impaciencia que les causaba “el pueblo ruso”. El disidente liberal – o sea, occidentalista – Andréi Amalrik, por ejemplo, muy a la Gorki, escribió que “ya sea a causa de su tradición histórica o por algún otro motivo, la idea

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

del autogobierno o de la equidad ante la ley, de la libertad personal y de la responsabilidad que de ella emana es casi incomprensible para el pueblo ruso." (Prizel, *ibid.*:200). La certeza de que la Unión Soviética debía abandonar toda noción de un futuro predeterminado se tornó, al igual que con los occidentalistas decimonónicos, en la creencia de que ni Rusia ni la URSS tenían un "pasado útil", carecían de la herencia histórica apropiada para sobre ella erigir un Estado y una sociedad justa y democrática. Como era de esperarse, el modelo de "historia útil" era, de nueva cuenta, "Occidente", pero ahora no sólo Europa occidental sino también Estados Unidos. El viraje que dieron las perspectivas occidentalistas las ejemplifica muy bien Andréi Sajárov, quien ya en 1970 había abandonado su idea de una síntesis que rescatara lo mejor del capitalismo y del socialismo, y se pronunciaba por el establecimiento de un sistema político y social igual al de las democracias liberales.

Curiosamente, los occidentales contemporáneos repitieron el mismo error que sus pares del siglo XIX: relegaron a un segundo plano el asunto de las nacionalidades. Así, los contemporáneos creyeron que la corriente dominante de la cultura occidental a la que había que incorporarse urgentemente – en general, los occidentalistas rusos, tanto ahora como en el siglo XIX siempre han querido "incorporarse" a la "corriente principal" de la "cultura occidental", como si todo lo que no pareciera "cultura occidental" fuera primitivo; recordemos a Chaadáev – era la convergencia en presupuestos universalmente compartidos como la defensa de los derechos humanos – no en vano Sajárov eligió este rubro para manifestar su militancia disidente –, el comercio, etc. Así, los modelos occidentales a seguir serían la Unión Europea (UE), Estados Unidos o incluso la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), por lo que de manera ingenua creían que en una URSS cohesionada en torno a la igualdad de derechos para todas las nacionalidades y repúblicas, con un sistema político *à la* "Occidental" fundamentado en la equidad ante la ley y en el respeto a los derechos humanos (como se hace en "Occidente", podrían completar algunos occidentalistas) ninguna república ni nacionalidad alguna – con la posible excepción de las tres repúblicas bálticas: Estonia, Letonia y Lituania – querría abandonar la estructura de la Unión Soviética.

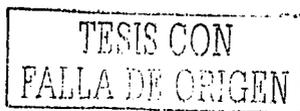
Los nacionalistas, por su parte, pasaron de una oposición abierta al sistema soviético a una suerte de fusión de la potencia (*derzhava*) rusa y soviética con los mesianismos ruso ortodoxo y soviético – la construcción del comunismo – que revivió la identificación rusa con el poder del Estado. En efecto, los nacionalistas, que en un principio consideraban que la soviétización de la

cultura rusa tenía efectos deletéreos en la identidad rusa, y que consideraban que la ayuda a los "pueblos menos avanzados" de la URSS, tal como lo plantearon los bolcheviques en el período 1917-1944, no era sino una sangría de recursos de Rusia hacia la periferia, terminaron jugando un papel similar al de una "oposición útil". Esto se debió a que una de las características históricas de la relación de Rusia con "Occidente" es que a pesar del eurocentrismo propio del positivismo y del cientificismo decimonónico y del supuesto "atraso" de Rusia con respecto a "Occidente", los rusos se enorgullecían de su país segua siendo una gran potencia militar.

También el mesianismo ruso, presente en el himno nacional - "Una unión inquebrantable de repúblicas libres logró para los siglos la Gran Rus'(o sea, Rusia, porque como vimos, a la Rus' de Vladimir-Súzdal' dominada por Moscú se le empezó a llamar la Gran Rus')", dice la primera frase del mismo -, aportó su cuota a la equiparación de la identidad rusa, o mejor dicho, la parte de su identidad referente a la grandeza del imperio y de la dinastía, con la potencia y el tamaño de la Unión Soviética. Para los nacionalistas, Rusia, al jugar su papel de "hermano mayor" con las demás repúblicas, con los países de la esfera de influencia soviética en Europa Oriental, y más aún en África, era explotada y utilizada por una camarilla de personas imbuidas de una ideología ajena a la rusa, como el marxismo. Como es de esperarse, los nacionalistas cubrían un espectro muy amplio que va desde los nacionalistas moderados que no eran xenófobos, hasta los estalinistas antisemitas y racistas.

Son dignas de mención dos observaciones de Prizel con respecto a las diferencias entre los occidentalistas y los nacionalistas rusos que surgieron durante el régimen de Brézhnev. La primera es que, a diferencia de los occidentalistas que querían modificar o incluso anular por completo el sistema mismo, los nacionalistas se preocupaban primordialmente por las condiciones y el *status* de la cultura rusa y del "pueblo ruso" (*rússki narod*) dentro de la Unión Soviética. Así, los occidentalistas y los nacionalistas intercambiaron posiciones en el período que va del inicio del gobierno de Jruschov a mediados del de Brézhnev: "En gran parte, los liberales [los futuros occidentalistas. M.G.] empezaron como una oposición leal, intentando rectificar los excesos stalinistas antes de degenerar finalmente en francos opositores del régimen, los nacionalistas empezaron como oponentes implacables del régimen pero a mediados de los setenta se habían vuelto pilares del poder soviético" (*ibid.*:207).

La segunda observación es que los occidentalistas concentraban sus denuncias contra Stalin en las purgas de 1937. Los nacionalistas "percibían esta obsesión como páfida y utilitarista, por



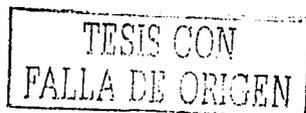
argumentar que el terror de 1937 fue único simplemente por el hecho de que muchas de sus víctimas fueron viejos bolcheviques de quienes muchos occidentalistas contemporáneos eran herederos. Los liberales, argumentaban, ignoraban el hecho de que el Terror Rojo comenzó desde 1918 y que hacia 1929, como afirmaba Solzhenitsyn, el espinazo de la nación rusa fue quebrado precisamente por la misma gente que sería consumida por el terror de 1937" (*ibid.*:203).

A pesar de las diferencias de percepción de ambos bandos, tanto los occidentalistas como los nacionalistas coincidían en que una Unión Soviética reformada y democratizada o incluso sustituida por un pacto similar al de la Unión Europea, o una URSS en la que el pueblo ruso dejara de ser "la nodriza" de los demás pueblos, y en la que el pueblo ruso lograra que se admitiera su supremacía, debería permanecer unificada. Más aún, el peligro de una disolución no fue considerado seriamente ni por uno ni por otro bando.

3.6 1985-1991 La *perestroika*

Los ímpetus modernizadores de Mijaíl Gorbachov se enfrentaron desde un inicio a la burocracia soviética, que durante el periodo de Brézhnev había cobrado una fuerza formidable. Yuri Andropov gobernó tan poco tiempo que no alcanzó a sacudirla, como era su objetivo, y el gobierno de Konstantín Chernenko fue una corta rememoración del periodo de Brézhnev. Gorbachov, consciente de la magnitud del reto que asumía, se alió con la única clase que, según él entendió, podía desear profundamente un cambio del sistema: los occidentalistas. Falló porque estos no deseaban un cambio dentro del sistema sino un cambio del mismo. Los reformistas se aliaron a Gorbachov porque en él vieron su oportunidad para democratizar al régimen, aunque esta misma democratización acabara con los pilares que sostenían al sistema soviético, como el monopolio político del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS). Gorbachov los llamó porque buscaba vigorizar al sistema soviético, pero jamás se le ocurrió acabar con la URSS. Podríamos decir que la *glasnost* gorbachoviana logró lo que Stalin y los bolcheviques temieron que causara la *korenizatsiia*: la deslegitimación del gobierno soviético y del poder central, que en todas las repúblicas era concebido como, antes que nada, ruso.

Mucho se ha debatido y discutido sobre el papel que tuvo la cuestión nacional en el desplazamiento de la Unión Soviética. Indudablemente, la serie de declaraciones de independencia



que siguieron a la intentona militar de agosto de 1991 -- ya antes, en 1990 y en abril de 1991 los lituanos y los georgianos, respectivamente, habían proclamado su independencia -- signó el hecho. Pero es muy posible que los nacionalismos no hayan sido las inesperadas fuerzas desatadas por los aprendices de brujo que participaron en la aventura gorbachoviana, primero a su favor y luego en su contra. De cualquier manera, más que un trabajo sobre los motivos verdaderos y profundos de semejante acontecimiento, único casi en la historia, este es uno sobre el nacionalismo ruso.

La deslegitimación ideológica arrastró como consecuencia directa la deslegitimación de Rusia a ser "la fuerza directriz" de la Unión Soviética y, por ende, minó irremediablemente la *raison d'être* de la misma URSS. En efecto, la URSS era la recreación del imperio zarista, el último imperio sobreviviente, hecho sorprendente si recordamos que todos los imperios derrotados de la Primera Guerra Mundial terminaron desmembrados al firmarse la paz en 1918.

Desde sus inicios, Gorbachov dejó claro que su propósito inicial era vigorizar, reformar el sistema soviético, mas no desarmarlo. Así lo prueba su plan primero, el de la aceleración (*uskoriénie*) de la producción industrial, agropecuaria y tecnológica. La burocracia soviética, temerosa de perder el *status quo*, bloqueó sistemáticamente sus intentos y entonces Gorbachov decidió utilizar como punta de lanza a los occidentalistas, quienes a su vez vieron la oportunidad de saltar a la palestra para acabar con la Unión Soviética. En este doble juego en el que uno pensaba usar a los otros y viceversa las apuestas eran de corto plazo, y el objetivo más cercano era debilitar al aparato partidista. La revelación de los acuerdos secretos Molotov-Ribbentrop de 1939 o de la matanza de entre 25 y 30 mil oficiales polacos en el bosque de Katyn en 1940 son el mejor ejemplo de la libertad de prensa imperante en el espíritu de la *glasnost*. Como lo describe Antal, "de golpe fueron destapados ante los ojos de los soviéticos todos los horrores del stalinismo; la infamia parecía inacabable, 'nuestro pasado es impredecible', se quejaban los historiadores. Naturalmente este proceso dio origen a una crisis moral a lo largo y a lo ancho de la sociedad" (1994:229)

El resultado fue una desesperanza generalizada entre la población que iba de la mano con el entusiasmo de los occidentalistas: "No obstante, la *inteligentsia* se entusiasmó de inmediato a causa del contenido liberador de los cambios: "'No nos den de comer, pero déjennos decir que no hay nada que comer', decían, y el pueblo contestaba: 'Qué nos importa esta perestroika, si de todos modos no hay nada que comer'" (*ibid.*:229). Además, preconizó el inicio de problemas

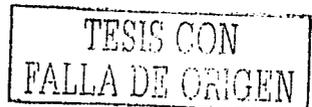
TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

étnicos en repúblicas como Armenia y Azerbaiyán. Sin embargo, como bien apunta Meyer, fueron manifestaciones de rencor étnico entre armenios y azerbaijanos, no contra rusos (*op. cit.*:486). Empero, los occidentalistas permanecían ciegos ante las implicaciones que en el campo de los nacionalismos tenían sus ataques a los pilares del sistema. Mientras ellos pensaban derrumbar los fundamentos del sistema soviético, en realidad golpeaban los pilares de la misma Unión Soviética e incluso del Estado ruso.

En 1990, al percatarse de los efectos destructivos de la *glasnost*, Gorbachov intentó recular y suprimirla. El resultado de esta acción fue una fuga hacia adelante de los occidentalistas que se aliaron entonces con el principal rival de Gorbachov, Boris Iel'tsin. No podía haber pasado otra cosa. Gorbachov y los occidentalistas marcharon juntos mientras así se los indicaban sus respectivos objetivos, que sólo compartían una premisa: debilitar al aparato estatal. Una vez logrado esto, sus caminos se separaron: Gorbachov pugnó ya no para fortalecer a la URSS – el sentido final de la *perestroika*, que significa, literalmente, “reconstrucción” – sino para intentar salvarla, y los occidentalistas para destruir el sistema soviético. Muchos de ellos, aunque no todos, no se percataron que esto acarrearía forzosamente la implosión de la Unión Soviética.

A partir de 1990, decíamos, Gorbachov se recargó cada vez más en la estructura del Partido y del sistema para intentar salvar a la Unión Soviética. Con este objetivo se convocó a un referéndum popular el 17 de marzo de 1991 sobre la conservación o no de la Unión Soviética. El 75% de los participantes – que fueron el 80% del padrón electoral (*ibid.*:486) – se manifestó a favor de preservar la URSS, aunque con grandes fluctuaciones regionales, además de que seis de las quince repúblicas – Estonia, Letonia, Lituania, Georgia, Armenia y Moldavia – no sólo se negaron a participar sino que prepararon sus propias consultas populares sobre su independencia.

Este referéndum, muy posiblemente, ayudó a mantener en la ceguera a la gran mayoría de los occidentalistas en lo que respecta a la destrucción de la URSS y junto con la del sistema soviético. Iel'tsin, ya para ese entonces presidente de Rusia, aglutinaba en torno suyo a los occidentalistas decepcionados por el giro de Gorbachov. De nueva cuenta, los occidentalistas estaban presentes en un juego de doble uso: Iel'tsin los usó para luchar por la acumulación de poder, y ellos lo usaron para acabar con el sistema soviético. En efecto, la única manera en la que Iel'tsin podía lograr un poder aún mayor era con una Rusia independiente, y fue lo que buscó y logró. Por su parte, los occidentalistas vieron en estos intentos una manera de continuar socavando al sistema soviético y lograr su democratización.

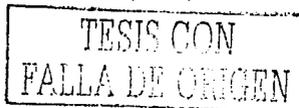


Así las cosas, en noviembre de 1991 Iel'tsin y el presidente bielorruso, Stanislav Shushkiévich, bloquearon un proyecto de reforma al tratado de la Unión, presentado por Gorbachov el 25 de noviembre de 1991. Al mes siguiente, primero en Minsk y luego en el bosque de Bielobiezh, Bielorrusia, Iel'tsin, Shushkiévich y su colega ucraniano, Leonid Kravchuk, acordaron anunciar el fin de la Unión Soviética. Es por lo menos de llamar la atención que luego de enterarse de este acuerdo, muchos occidentalistas creyeran todavía que la URSS se mantendría unida. Por ejemplo, Galina Starovoitova, exconsejera de Iel'tsin sobre temas de nacionalidades y asesinada hace unos años en San Petersburgo, declaró: "los acuerdos de Brest [también así se conoce a los acuerdos de Bielobiezh. M.G.] nos dan la esperanza de una futura confederación" (Hewett y Winston, cit. en Prizel, *op. cit.*:216), en tanto el editor del diario *Moscow News*, Lien Karpinski, escribió que "el acuerdo firmado en Brest se ve bien porque impulsa, al fin, el proceso de integración" (*ibid.*). Hasta el final mismo, literalmente, de la URSS se mostró el mismo optimismo del que hizo gala Sajárov cuando en 1989 presentó su proyecto de constitución de la "Unión de Repúblicas Soviéticas de Europa y Asia", con las reformas democráticas que, según él, mantendrían incólume la extensión territorial de la URSS (*ibid.*:215-216). Los occidentalistas, tan ocupados en su lucha contra la estructura del sistema, no prestaron suficiente atención al nacionalismo de las catorce repúblicas que además de Rusia conformaban la Unión Soviética. Los líderes de cada una de ellas, entre el pragmatismo de sobrevivir sin el apoyo del centro y el oportunismo de volverse presidentes no de una república soviética, sino de un Estado-nación independiente, se montaron en el nacionalismo para afirmarse en el poder, e incluso disputaron exitosamente la simpatía popular a los antiguos disidentes nacionalistas.

Los nacionalistas se mostraron divididos y sorprendidos ante el desenvolvimiento de los acontecimientos. Como nota Prizel, el populismo nacionalista de Iel'tsin lanzado en contra del Estado y para acercarse a posturas occidentalistas los confundió aún más. Los nacionalistas compartían varios puntos entre sí, a pesar de la amplia gama de posturas ideológicas y políticas que se podían encontrar en su seno.

Estos puntos eran los siguientes:

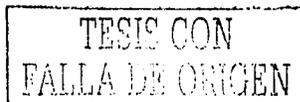
- a) la convicción de que Rusia debería mantenerse alejada de "Occidente" y desconfiar de él. Esta opinión se nutría de los hechos históricos que la historiografía rusa percibía como "traiciones" e "ingratitude" de "Occidente", como por ejemplo los ataques suecos y teutones justo durante la invasión mongola desde el Este, el cisma que separó a los



católicos de los ortodoxos, la inacción de "Occidente" durante la caída de la ortodoxa Constantinopla en manos de los "infieles" turcos, o incluso la intervención extranjera durante la guerra civil;

- b) Las dificultades de Rusia se debían siempre a que una minoría extranjerizante – o sea, "occidentalizada" – intentaba inculcar a rajatabla ideologías ajenas a la historia y a la cultura rusas, como habría sido el caso de Pedro I *el Grande*, de Catalina II *la Grande* e incluso de Lenin y los marxistas;
- c) El pueblo ruso era la mayor y principal víctima del régimen soviético, porque las campañas antirreligiosas y la colectivización habrían golpeado duramente a la iglesia ortodoxa – uno de los principales elementos de la cultura e identidad rusa, según ellos – y al campesino, que para los nacionalistas resumía en sí los valores y las tradiciones rusas. Además, la inexistencia de una Academia de Ciencias Rusa o de un Partido Comunista de Rusia dentro del mundo científico y académico o político de la URSS eran argumentos que reforzaban esta percepción;
- d) La preservación de la identidad rusa pasa inexorablemente por la iglesia ortodoxa. Después del arrasamiento del campesinado por la brutal colectivización stalinista, las duras condiciones de los koljozianos hasta bien entrado el gobierno de Jruschov, la mofa y el escarnio que los internacionalistas bolcheviques hicieron de la historia rusa, los nacionalistas sólo hallaron en la iglesia ortodoxa un elemento sobreviviente de la "auténtica" cultura rusa. Por si esto no bastara, recordemos la importancia de la iglesia ortodoxa en la identificación de Moscú como la tercera Roma y por ende la existencia de un sino especial para Rusia. Así como el *truly american* es un *wasp* (*white anglosaxon protestant*), un *nastoiaski rísski* es un eslavo granrruso ortodoxo. Esta reducción de la *rísskost'* (el ser ruso. Una traducción literal sería algo así como "la rusedad") a la confesión de la iglesia ortodoxa – imperial, para más señas –, es cierto, no era compartida por nacionalistas moderados como Lijachov, pero sí por muchos nacionalistas de muy diverso cuño.

Todos estos puntos fueron puestos bajo fuego constante y granearo desde el ascenso de los occidentalistas durante el gobierno de Gorbachov, y los nacionalistas no pudieron ofrecer una resistencia unida ni organizada. Además, las expresiones más extremistas y pedestres del



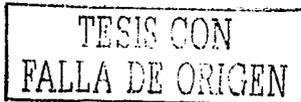
nacionalismo ruso caían muy frecuentemente en el antisemitismo o en la insistencia de que todo el proceso de la *perestroika* y la *glasnost*, junto con sus consecuencias, no eran sino un "complot occidental" contra Rusia.

Los nacionalistas se aferraban a la preservación de la unidad del Estado soviético, porque la igualaban a la conservación del poderío del Estado mismo, constante que, como vimos, se repite desde tiempos de los zares: la grandeza de la dinastía y del imperio es la medida que determina la grandeza de Rusia. Así se expresaba el general contrarrevolucionario Antón Denikin cuando declaró "en lo que a mí respecta, no pelearé por forma alguna de gobierno. Luché solamente por Rusia" (*ibid.*:177). Denikin debía saber de qué hablaba, pues como hijo de campesino pobre (Meyer, *op. cit.*:136) no podía comandar ejércitos blancos para pelear por la aristocracia o la nobleza. De manera muy similar se expresó el coronel Víctor Alksnis, entonces copresidente del grupo parlamentario conservador *Soyúz* ("unión" en ruso), quien dijo en noviembre de 1990: "somos intermediarios de aquellas personas a quienes no les importa si la URSS será capitalista o socialista, sino solamente el hecho de que el Estado se salve" (Antal, *op. cit.*:58). En efecto, para muchos nacionalistas la indivisibilidad del Estado era lo primordial, incluso muchos de ellos rechazaron la idea de Solzhenitsyn de reducir la Unión Soviética a su "núcleo eslavo" – Rusia, Ucrania, Bielorrusia – y a Kazajstán, o por lo menos el norte de esta república, muy rusificada –.

Más aún, incluso aquellos que llegaron a hablar de la desaparición de la URSS no creían que Rusia quedase constreñida a las fronteras trazadas en 1954 por el sistema soviético – cuando Jruschov, por ejemplo, transfirió la península de Crimea de Rusia a Ucrania, lo que hasta ahora es una fuente de disputas fuertes y amargas entre Kiev y la población rusa de la península –, sino a sus fronteras "históricas"⁷⁹

La rápida y aclimática desaparición de la Unión Soviética, simbolizada perfectamente por el simple arriamiento de la bandera roja en el Kremlin y el no menos liso y llano izamiento de la rusa tricolor, sin aspavientos, sin llamas y sin hecatombes, tomó por sorpresa tanto a occidentalistas como a nacionalistas. Rusia quedó como un país independiente, gobernado por Boris Iel'tsin y con las fronteras de la República Rusa de 1954, y que correspondían a las que tenía el Estado ruso a inicios del siglo XVII, anteriores al fundador de lo que se conoce como el Estado ruso moderno, Pedro I el Grande.

⁷⁹ Muchas regiones y provincias occidentales de Bielorrusia y de Ucrania pertenecían a Rusia, así como el norte de Kazajstán. Por su parte, las repúblicas de Asia Central – Turkmenia, Tayikistán, Uzbekistán y Kirgizán – pertenecían en su totalidad a Rusia, en la forma de Turkestan.

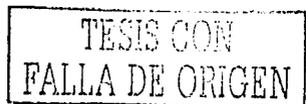


Para cuando esto sucedió, la Unión Soviética ya tenía una economía muy deteriorada y Rusia heredó no sólo los asientos de la Unión Soviética ante los diversos organismos internacionales – algo que, de nueva cuenta repitió el mismo patrón de identificar Rusia con la Unión Soviética – sino también la crisis económica, cuya factura, como era de esperarse, se cobró a los occidentalistas.

Fuera de las fronteras de la nueva Rusia quedaron millones de rusos, aún más millones de personas que se asumían como rusos, y dentro de Rusia quedaron millones de personas pertenecientes a grupos étnicos no rusos pero de pasaporte ruso. Esto fue muy claro en el caso de Chechenia, y causó gran inseguridad tanto entre el aparato gubernamental de Iel'tsin – aunque parece que no directamente en él – como entre la población en general: si repúblicas eslavas como Ucrania y Bielorrusia, tan íntimamente ligadas a la historia y a la identidad rusa pudieron independizarse sin que Moscú hiciera mayores objeciones, ¿por qué no lo harían las repúblicas rusas pobladas por no rusos? Rusia se divide en 50 regiones, 10 distritos autónomos subordinados, seis territorios y 20 repúblicas. Todas las repúblicas son relativas a grupos étnicos no rusos: Checheno-Ingushetia, Daguestán, Kalmykia, Adyguia, Bashkortostán, Gorno-Altai, Karachai-Cherkessia, Kabardino-Balkaria, Buryatia, Chuvashia, Karelia, Jakassia, Comi, Mari-El, Morvdiinia, Osetia Septentrional, Tatarstán, Tuva, Udmurtia, y Yakutia-Saja.

Al final del régimen soviético, los rusos hubieron de buscar una identidad que se forjara a partir de la pérdida de Kiev, considerada “la madre de las ciudades rusas” y puerta por la cual ingresó el cristianismo a Rusia (ortodoxia); del declive inocultable de la influencia de Rusia y del “poderio” de sus gobernantes (autocracia); y del hecho de que millones de rusos quedaran ubicados súbitamente fuera de las fronteras rusas, y de que millones de no rusos ahora fueran ciudadanos rusos (nacionalidad).

Como vemos, los tres elementos constitutivos de la identidad rusa, definidos e impulsados por el conde Uvárov (*Pravoslavie, Samoderzhavnost', Natsionalnost*), fueron golpeados y puestos en duda por las nuevas e imprevisas – tanto para las élites como para el pueblo de a pie – condiciones postsoviéticas. Los rusos se vieron así privados, pareciera, de muchos, si no es que de todos, de los elementos históricos tan caros a las tradiciones e historiografías que forjan a las identidades nacionales. Digerir esta serie de hechos y la situación resultante es la tarea que afronta la sociedad rusa postsoviética. La manera en la que los rusos intentan responder a este nuevo reto es el tema del capítulo siguiente.



CAPÍTULO 4

LA RUSIA POSTSOVIÉTICA Y SU IDENTIDAD

En la actualidad la gran mayoría del pueblo ruso está abrumada por la impotencia, la expoliación y la miseria; pero no ocultemos la realidad, tomemos conciencia de algo aún más terrible: a lo largo del siglo XX el pueblo ruso en su conjunto ha sufrido una derrota histórica, tanto espiritual como material.

Alexandr Isaievich Solzhenitsyn

4.1 El resurgimiento del debate en la Rusia postsoviética

Durante la existencia de la URSS el tema de la identidad rusa permaneció prácticamente intocado para la mayoría de la población – como vimos, incluso en vísperas de la desaparición de la URSS su integridad se consideraba como algo garantizado apriorísticamente –. Muchos intelectuales – o peor aún, agitadores políticos – lo retomaron, en los comienzos de la década pasada, no en términos de actualización sino mediante su mero desempolvamiento. Al igual que muchas otras medidas en la nueva Rusia, el debate en un principio se realizó mediante categorías descontextualizadas – la iglesia ortodoxa como único referente del “ser ruso”, denuncias de la iglesia ortodoxa de un “complot judeocristiano” o de otra naturaleza – cuando no francamente anacrónicas – las reiteradas menciones a Bizancio, etc.

En efecto, si recordamos las primeras manifestaciones del “ser ruso” tras la desaparición de la URSS, era notable la profusión de ancianos vestidos con raídos uniformes de oficiales o generales del ejército zarista, el surgimiento de comunidades que se dicen cosacas o, en fin, el inicio del debate sobre la canonización del zar Nicolás II, con no sólo la anuencia sino el apoyo

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

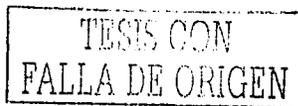
del entonces presidente, Boris Iel'tsin, y su círculo de occidentalistas¹. Ahora, tras una década, las preocupaciones y dudas actuales tanto del "ruso de la calle" como de la nueva *intelligentsia* comienzan a desplazar a las categorías retomadas extemporáneamente del siglo XIX.

Fueron las categorías que muchos actores sociales emplearon para discutir la identidad nacional rusa – Europa vs. Asia, la ortodoxia, la originalidad rusa, etc. – y los términos en los que lo hicieron –el milenarismo presente, una hipertrofiada presencia de la religión ortodoxa en los argumentos de muchos participantes en comparación con su influencia en la vida diaria de la enorme mayoría de la población, etc. – lo que me convenció de dedicar este capítulo primordialmente a las posturas menos radicales de cada bando, porque de otra manera tendría que pasar lista a muchas posturas que realmente no enriquecen el debate y son simple manifestación de coyunturas políticas que mueven a los oportunistas a probar suerte pescando en río revuelto.

También vale la pena mencionar que en el régimen soviético de Gorbachov, aparte de la incompreensión del tema que mostraron los occidentalistas, las pocas voces que lo abordaron lo hicieron desde posiciones preventivas, de manera similar a lo que sucedió durante la restauración que hicieron los bolcheviques del imperio, o de los motivos que suspendieron la *korenizatsiia*. Ahora el debate es abordado desde posiciones que intentan explicar un fenómeno consumado y hallar respuestas a condiciones presentes.

Podría decirse, consiguientemente, que el destino alcanzó a los rusos y por eso muchas categorías e ideas de los occidentalistas o eslavófilos decimonónicos resultaron anacrónicas. Esto no podría sorprender mucho, pues ideas surgidas de sociedades del siglo XIX debieran por lo menos actualizarse para que mantuvieran su vigencia a finales del siglo XX. Sin embargo, las mismas ideas y conceptos que animaron el debate sobre la identidad rusa en los años de la *perestroika* y de la *glasnost'* también quedaron rebasadas literalmente en horas. De ahí la dificultad que entrañó – y que aún implica – la rearticulación de un debate sobre el ser ruso. Es menester abrir paso al recuento de daños, al balance de ganancias y pérdidas, y a la discusión sobre cómo reformular una identidad rusa acorde con una situación que es inédita en la historia rusa. El debate envolvió a casi toda la sociedad rusa. Más aún, ahora son involucrados millones

¹ Aunque la idea de canonizar al zar Nicolás II y a su esposa, la zarina Aleksandra, y sus hijos, el zarevich Alekséi y las zarevnas Olga, María, Tatiana y Anastasia surgió en 1992, ésta no se concretó sino hasta el 20 de agosto de 2000, ya bajo la presidencia de Vladimir Putin. Iel'tsin impulsó la idea para romper aun más claramente con el pasado soviético, en tanto Putin recurrió a la imagen del zar como jefe de un imperio centralista para apuntalar su preferencia por un poder más centralizado que el de su predecesor.



de rusos radicados en las 14 exrepúblicas soviéticas. La identidad rusa no es un tema relegado a las páginas de escasas revistas moscovitas o peterburguesas del siglo XIX ni a las inefables cocinas de Moscú o de Leningrado². Ahora, la condición del *homo postsovieticus* se discute, a veces muy amargamente, en las cartas de lectores a redacciones de diarios y revistas, en debates y programas televisivos y radiofónicos, en programas y campañas de partidos políticos, y en toda revista o diario que pretenda incluir información política en sus páginas.

Esta profusión de información y de opiniones destaca dos puntos. El primero es que a diez años de ocurrida la implosión soviética es aún un hecho traumático para casi todos los rusos que lo vivieron, y ciertamente también marcó el sino de la joven generación que era muy chica o que nació tras el proceso.

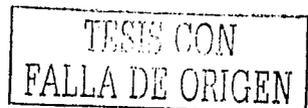
Otro es que, precisamente, el tema de la identidad rusa sigue siendo un capítulo abierto de la disolución rusa. En este sentido, el derrumbe de la URSS aún no termina. El imperio se deshizo, de eso estamos seguros, pero todavía no sabemos cómo ni dónde yacerán sus ruinas y fragmentos. No sabemos, incluso, cuántos ni cuáles son.

Tuve que hacer una selección un tanto rigurosa de las opiniones predominantes en el espectro político y cultural ruso. Por así decirlo, entre la nueva *intelligentsia* rusa. Para evitar el estar sacando opiniones de aquí y de allá, me apoyé fuertemente en el debate al que convocó el excelente periódico semanal *Literatúrnaia Gazieta* con motivo de los diez años de la caída del poder soviético. También extraje opiniones de diarios como *Niezavisimaia Gazieta* y de algunos otros. Como los aniversarios "redondos" son muy gustados para sacar conclusiones y hacer balances, muchos políticos y escritores acudieron al llamado de *Literatúrnaia Gazieta* para expresar sus opiniones sobre el curso actual de Rusia, incluyendo su identidad.

4.2 Los occidentalistas postsoviéticos

Como ya vimos, hasta el mismo final de la URSS los occidentalistas creían que se mantendría la integridad territorial del país. Con la creencia de que asegurando el respeto a las libertades personales se actuaba en consonancia con los intereses e ideas imperantes en toda sociedad "moderna", creían que la supervivencia de la Unión Soviética a la desaparición del sistema

² En efecto, por el temor al espionaje o a la delación, las más sinceras e íntimas críticas al sistema se daban en las entrañables "conversaciones de cocina" (*kujónnye razgovóry*); porque nadie tenía teléfonos en este cuarto y todos tenían vodka y entremeses (*zakúski*).



soviético estaba garantizado. Tanto así que el tema de las nacionalidades nunca fue considerado seriamente. Como recuerda Prizel, incluso el anuncio de la formación de la Comunidad de Estados Independientes (CEI) llegó a despertar infundadas esperanzas de que se lograría una "cámara eslava dentro de la casa común europea" (Rahr, cit. en Prizel, *op. cit.*:220). El golpe que significó para la población la desaparición de la URSS, la separación de Ucrania y de Bielorrusia, y el rápido e irrefrenable deterioro del nivel de vida en Rusia fue atribuido a los reformistas.

Y muy seguramente con razón. Antal nos narra cómo los occidentalistas manipularon conscientemente la información que dosificaban a la población, ocultando las consecuencias de los actos hacia los que impulsaban a los ciudadanos de a pie. Así, el entonces alcalde moscovita y "reformista radical", Gavril Popov, declaró en 1990 que "el problema fundamental es: no se puede establecer el nuevo sistema sin vencer al aparato burocrático del socialismo. Esta victoria sólo es posible apoyándose en las masas y contando con su lucha activa. Pero lo que promete el nuevo sistema es un aumento de las diferencias entre los ingresos de la gente. Entonces, según esto, las masas deberán luchar para que una parte de la sociedad gane 10 veces más que la otra. ¿Cómo se puede conseguir el apoyo de la sociedad a la conquista del nuevo sistema sin que mantengamos en secreto lo que les va a traer el mercado?" (*op. cit.*:40-41).

Este cinismo y crueldad no eran privativos de algunos cuantos occidentalistas. Otro destacado miembro de esta corriente, Tijonov, también declaró que para movilizar a la población rural hacia las reformas "va a haber necesidad de fuerza. Por supuesto, no estoy pensando en sangre y cárceles, sino en el empleo consciente de la coacción económica para así crear tales condiciones, donde sólo cuando uno trabaje bien, pueda vivir bien, y donde por todo lo que se logre el único responsable sea uno mismo" (*ibid.*:40). O sea, el darwinismo social proyectado hacia una sociedad ideal - "sólo cuando uno trabaje bien pueda vivir bien" - inexistente, planeado desde una mezcla de idealismo extremo con frío voluntarismo. No es de extrañar que la reacción popular haya responsabilizado a los occidentalistas de las crecientes dificultades en la Rusia postsoviética.

La crisis desatada por la disolución de la URSS tuvo el efecto esperado entre las filas occidentalistas: los que mantuvieron sus convicciones radicalizaron su discurso, y se decidieron por no sólo acompañar a Jel'tsin en su aventura hasta el final, sino incluso de impulsarlo en todo lo que pudieran. Así, unidos en el mismo carro, se mantuvieron en una constante fuga hacia

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

delante: apoyaron las terapias de choque y la ola de privatizaciones de Yegor Gaidar y de Anatoli Chubais, justificaron el sangriento episodio de septiembre-octubre de 1993, cuando Iel'tsin cañoneó la sede del Parlamento y, finalmente, lo apoyaron en su reelección en 1996 para oponerse al candidato del Partido Comunista, Guennadi Ziuganov.

Esta defensa de políticas autoritarias y antipopulares desprestigiaron aún más a los occidentalistas que permanecieron al lado de Boris Iel'tsin. No importaba que lo hicieran solamente para evitar un retorno al sistema soviético, como al parecer fue el caso de muchos. La sociedad rusa pareció comprender que los occidentalistas no se afanaron por aliviar las penurias de los pueblos de la URSS, sino por lograr un régimen de individualismo muy acorde con lo que se conoce como neoliberalismo – no entraremos aquí en discusiones sobre este tópico –.

Consecuentemente, en la Rusia postsoviética, tampoco era de esperarse – desde la perspectiva de la población – que los occidentalistas se preocupasen por las dificultades que pasaba el ciudadano de a pie en su vida diaria, sino que se concentrarían en la introducción definitiva y brutal – recordemos el “plan de los 500 días de Shatalin”, adoptado por Iel'tsin – del capitalismo de mercado. Además, este grupo continuó insistiendo en que Rusia carecía de una “historia útil” que sirviese de fundamento para la edificación de la sociedad deseable – que siempre es *à la* “occidental” –.

La notable persistencia con la que los occidentalistas se referían desdeñosamente de su pasado está presente incluso en fechas recientes, cuando la distancia temporal, pareciera, invitaría a juicios autocríticos. Empero, muchos mantienen sus ideas despectivas sobre la historia rusa.

Así, en los escritos tardíos del historiador Yuri Afanás'ev, occidentalista radical, leemos lo siguiente: “Tras la desintegración de la Unión Soviética y la caída del comunismo, la sensación de que la humanidad vive ‘bajo el signo de Rusia’ ha disminuido, pero no del todo. Hoy tal sensación se justifica más que nada porque el aporte de Rusia es significativo si queremos representarnos lo que vendrá: el comienzo del tercer milenio, incierto y alarmante. Y lo que es más: precisamente Rusia y sus más cercanos vecinos, las repúblicas de la ex URSS, se han convertido en la principal amenaza para el resto del mundo (...) la principal amenaza parte de la explosiva estructura social que se está formando en la Rusia moderna (...) la explosividad tiene sus raíces en aquellos lejanos tiempos cuando en el vasto espacio euroasiático se conformó el arquetipo de nuestra sociedad, en la que se dio una relación muy particular entre poder y propiedad. Estas relaciones, si las intentáramos reducir a su más breve forma, constituyeron una

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

síntesis ruso-mongola (...) 'La liberación del yugo tártaro mongol' transcurrió de un modo peculiar: no se logró eliminar el sistema de gobierno de la Horda, que no fue superado sino heredado (...) Durante la posguerra, en Europa occidental, mucho cambió a favor de un afianzamiento final de los valores liberales y la predominancia de los intereses individuales sobre los colectivos. Un enorme aporte en la reconstrucción de Europa y su resurgimiento con base en valores liberales, pertenece a Estados Unidos. Rusia, en cambio, siguió otros rumbos (...) La orientación cultural y mental de las capas altas de la sociedad rusa hacia Occidente, durante los siglos XVIII y XIX, contribuyó a que se llevaran a cabo reformas de gran magnitud (...) pero no se logró derretir del todo la *base glacial de la inmovilidad rusa* [cursivas en el original. M.G.]. La Revolución de Octubre parecía una muy radical ruptura con el pasado (...) ¿Pero qué ocurría en realidad? Esta revolución, en esencia, resultó ser la reacción negativa de toda la masa campesina ante aquellos cambios positivos en la sociedad rusa que habían comenzado a principios del siglo XX: el desarrollo capitalista con el subsecuente afianzamiento de la propiedad privada y del individualismo (...) De este modo, el socialismo soviético, aunque exteriormente era visto como la encarnación de un modernismo radical, una demostrativa ruptura con el pasado, en la práctica resultó un *potente refrigerador que conservó el tradicionalismo ruso* [en cursivas en el original. M.G.] (Afanás'ev, "Istor" 3/2000:8-13).

La cita puede parecer asaz extensa pero creo que muestra muy bien varios de los elementos predominantes entre los occidentalistas postsoviéticos: un complejo de inferioridad ante "Occidente" que los llevaba a reflejarse siempre en el espejo "occidental" y a tomarlo como parámetro de su propio atraso, porque siempre han asumido que Rusia/URSS/Rusia es un país retrógrado; la búsqueda de modelos de desarrollo "histórico normal", aceptando por inferencia que existen desarrollos históricos "anormales"; la creencia que la modernidad es directamente proporcional a la presencia e importancia de valores liberales, del individualismo y de la propiedad privada.

Todo esto terminó por crearles a los occidentalistas una aureola de conjunto de tecnócratas fríos y alejados de las clases populares. El tema de la corrupción y de la escandalosa ola de privatizaciones³, por supuesto, también influyó en esto. El discurso de este grupo, saturado de

³ Es curioso que sea el mismo Afanás'ev quien desespera al describir las privatizaciones emprendidas bajo la responsabilidad de Chubais: "Toda la propiedad de Rusia fue valorada - cómo y por quién, nadie lo sabe hasta el día de hoy - en mil millones y medio de rublos, o, si se tiene en cuenta la denominación posterior, en sesenta millones de dólares (...) Cada ciudadano de Rusia recibió un *vaucher* valorado en 10 mil rublos y encima, la cinco

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

menciones sobre la defensa de la democracia, el liberalismo y la libertad individual terminó por crear una asociación del imaginario popular entre estos conceptos – por lo demás, demasiado abstractos: todo lo que sucede en la política de cualquier país se hace en aras de ellos – y la corrupción que caracterizó el gobierno de Jel'tsin.

Otros occidentalistas abandonaron el campo de las reformas por conflictos con la autoritaria figura de Jel'tsin, quien ante la oposición de grandes sectores de la población hubo de nombrar a Chernomyrdin como primer ministro, un personaje menos extremista que Gaidar o Chubais. O bien, se refugiaron en el nacionalismo ruso porque no querían cargar la culpa de la disolución soviética – que ni habían deseado ni mucho menos previsto –, y comenzaron a poner sobre la balanza los grandes sacrificios que exigía de la población el proyecto de los occidentalistas. Como escribió el antiguo occidentalista Oleg Bogomolov al comentar la liberalización del rublo realizada por Gaidar: “Si la ‘operación’ falla, los ‘cirujanos’ difícilmente serán descalificados. Tomarán, sin riesgo alguno, empleos cómodos, serán embajadores o representantes ante organismos internacionales o profesores en universidades extranjeras. Pero las víctimas arruinadas por el experimento radical tendrán que levantar al país de los escombros” (Prizel, *op. cit.*:226).

Sin embargo, como veremos más adelante, no todos los antiguos occidentalistas engrosaron las filas de los nacionalistas chauvinistas, sino que intentaron hallar una ruta que conciliara una Rusia postsoviética con los intereses de la mayoría empobrecida del país. Muy significativamente, este grupo hace una revaluación de la historia rusa y si bien mantiene su fuerte criticismo, su desencanto con las reformas “occidentalistas” y “modernistas”, mengua su eurocentrismo y consecuentemente, su juicio sobre ciertas etapas de la historia rusa cambia de signo. No todo en “Europa” u “Occidente”, descubren estos exoccidentalistas, resulta ser miel sobre hojuelas.

declaración de Chubais de que pronto el valor del *vaucher* alcanzaría el valor de dos automóviles Volga (...) Luego ocurrió la privatización en sí: para los elegidos se celebraron subastas con la participación intelectual y financiera de Occidente, y casi en primer lugar de los Estados Unidos (...) El esquema de estas privatizaciones era sencillo y horrible: a la vez el Estado transfería dinero a los bancos privados, donde al momento dejaba de ser estatal y, ya en su nueva calidad, como capital privado, era otra vez entregado al Estado, pero ahora, a cambio de las empresas hipotecadas: *Norilski Nikel, Uralmash, Sibneft*, etc.” (*op. cit.*:13-14). Sin aceptar que él y otros occidentalistas idealistas colaboraron con la llegada al poder de quienes realizaron semejantes privatizaciones, Afanás'ev se solaza encontrando la culpa de todo en el pasado ruso, eximiendo así de mucha responsabilidad al sistema político edificado por Jel'tsin y por muchos de los occidentalistas.

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

Los occidentalistas que mantienen su credo son activos política y socialmente. Ahora son identificados con el neoliberalismo que adopta las posturas fukuyamianas del fin de la historia, y del Consenso de Washington.

Por ejemplo, el economista occidentalista Vladímir Mau, en una entrevista, al responder a la pregunta si siente alguna responsabilidad por lo que causó junto con Gaidar, responde "sí, siento un gran orgullo por lo que 'causamos'". Reproduzco algunos extractos de la entrevista porque las respuestas de Vladímir Mau son emblemáticas entre los occidentalistas que decidieron acompañar a Iel'tsin hasta el final¹.

– *Literatúrnaia Gazieta (LG)*: Tanto antes como ahora, los opositores a las reformas afirmaron y afirman que éstas resultaron ser una catástrofe para el país. ¿Realmente era necesario en 1991-1992 tramitar todas estas reformas?

– Vladímir Mau (VM): Esta pregunta no tiene sentido. Ni siquiera en comparación con 1985, cuando el gobierno aún tenía margen de maniobra. Y lo que hicimos durante la última década es, como ya dije, simplemente una revolución normal, cuando el gobierno simplemente responde a los retos presentados por las circunstancias. A decir verdad, esto es lo que hace parecidas a todas las revoluciones. Digamos, circunstancias parecidas a las nuestras condujeron en la década de 1650 a la privatización con *vouchers* en Inglaterra e Irlanda. Todo gobierno débil, todo gobierno que no tiene dinero y está obligado a resolver el problema de la subsistencia, se comporta casi de la misma manera, sea en 1652, en 1791 o 1993 (...) En lo que respecta a los años noventa, simple y sencillamente el país cayó en una crisis profunda y, al realizar las reformas, nosotros llanamente nos adaptamos a estas condiciones.

(LG): ¿Se logró esta adaptación?

(VM): Los resultados están a la vista. El país tiene un régimen democrático y una economía de mercado. No quedan vestigios del comunismo. O sea, tenemos un montón de problemas, pero ya no se explican por vestigios del comunismo. Aquí quiero subrayar que nuestro principal logro fue en el campo de la economía. En la economía, en general, hicimos lo que se hace en todos lados (aunque nos tomó un poco más de tiempo que en otros países), no tomamos decisiones

¹ De ahora en adelante citaré fragmentos algo extensos de entrevistas y de artículos en torno a la evaluación que hacen diversos autores rusos sobre los diez años transcurridos desde el desplome de la URSS. El debate arrojó en esas fechas, y prefiero dar la palabra directamente a sus participantes. Las opiniones vertidas encajan perfectamente en todo lo que hemos visto hasta ahora, y por eso la idea de citar con cierta profusión y crítica, comparar y contrastar las opiniones me parece la más apropiada.

originales ni notables: todo se acopló al conjunto de medidas determinadas por el así llamado "Consenso de Washington", tras el cual, comúnmente, después de que las reformas previstas por este conjunto de medidas son realizadas, sigue un crecimiento económico (...)

- (LG): *De cualquier manera la vida de la mayoría de los rusos no puede considerarse ni siquiera mínimamente satisfactoria: miseria, desempleo... simultáneamente, la minoría, los así llamados 'nuevos rusos' nadan en abundancia y lujos. ¿Acaso no se podía evitar esta división social?*

- (VM): Creo que era imposible evitar una considerable división social. Pero precisamente una tan marcada como la que tenemos ahora, creo, sí se pudo evitar (...) Las reformas debieron aplicarse no a lo largo de ocho años, sino, como en Polonia, en dos o tres. Paradójico, pero cierto: en aquellos países postcomunistas donde se llevó a cabo una terapia de choque la división social fue menor, y el nivel de la presión presupuestal fue bastante superior (...)

- (LG): *¿Qué errores clave fueron cometidos? ¿Cuáles fueron sus causas? Por ejemplo, ¿acaso no fue la privatización una cadena de errores?*

- (VM): No, en general la privatización se hizo brillantemente. Claro, hubo muchas estupideces, pero aquí de nuevo hay que distinguir varias cosas. Primero, la privatización que conducimos repitió hasta los detalles las que ocurrieron durante las grandes revoluciones del pasado, sobre todo la inglesa y francesa (...) afirmar que "Noril'ski nikel"⁵ se vendió caro o barato en 1995, se puede hacer solamente en el siguiente contexto: si el precio se hubiera fijado más alto o más bajo, ¿hubiera llegado Ziuganov al poder el próximo año o no?

- (LG): *Ahora se pregunta: ¿qué sentido tuvo la entrega a manos privadas de empresas estatales competitivas y efectivas, que enriquecían al fisco y alimentaban al país, y más concretamente, las empresas TEK [Tehnologicheskoe Energuicheskovo Kompléksa: el complejo tecnológico energético. M.G.], del complejo petrolífero y gasero?*

- (VM): ¿Y quién tomaría las inefectivas? A nadie le sirven. No teníamos tantas que fueran efectivas. El asunto no es que teníamos que privatizarlas, sino que un gobierno débil no puede procurar por mucho tiempo el control necesario sobre lo que pasa en la economía (...)

- (LG): *En realidad, tanto en los tiempos soviéticos como ahora, vivimos primordialmente de la así llamada renta de la naturaleza: del mercadeo de las reservas de petróleo, gas, y otros*

⁵ Gigantesca empresa estatal, que según algunos analistas fue privatizada en un costo varias veces inferior al real.
M.G.

yacimientos explotables. En este sentido las reformas no lograron nada en particular. No surgió ninguna industria rentable que no se relacione con la extracción de lo que yace en la tierra.

– (VM): En general todo el siglo veinte lo vivimos a costa de la renta de la naturaleza. Primero fue la renta obtenida mediante una explotación inmisericorde, rayana en la aniquilación, de la población rural (a cuenta de esta explotación se logró la industrialización stalinista), luego, la renta ligada al trabajo gratuito de los recluidos, y finalmente, a partir de la segunda mitad de los años sesenta, la renta energética. Cuando todas estas tres rentas se agotaron, se derrumbó el sistema comunista.

– (LG): *¿Y no se derrumbará el régimen actual cuando caigan los precios del petróleo?*

– (VM): Los países más adelantados en materia económica son precisamente aquellos países que no poseen recursos naturales. Simplemente porque no hay nada que robar. Por eso la perspectiva de una reducción de los precios del petróleo me provoca precisamente optimismo y esperanza. Me alarma mucho más un periodo largo de precios altos para el petróleo, porque deja durante un largo periodo a la economía en una situación muy atractiva para el saqueo.

– (LG): *¿Cómo juzga la situación actual del país en su conjunto?*

– (VM): Podría ser que bastante bien. Todo se desarrolla como debe desarrollarse al final de una revolución. El periodo de transición del comunismo ya terminó del todo. Los principales rasgos distintivos del comunismo han desaparecido. La serie de fenómenos críticos que tenemos ahora no son manifestaciones privativas del comunismo; se observan también en muchos otros países.

– (LG): *Algunos llaman a la situación existente ahora en Rusia como capitalismo burocrático; otros, oligárquico; unos terceros, de ladrones... ¿cómo lo llamaría usted?*

(VM): Como una democracia de mercado. Una democracia de mercado normal que corresponde al nivel del Producto Interno Bruto per cápita existente en el país. Si usted observa a Estados Unidos cuando tenía el mismo PIB per cápita que nosotros – eso fue hace cerca de cien años – observará un cuadro muy similar. (*Literatúrnaia Gazieta*, N° 26/2001).

Aunque parecieran separados por la indignación de Afánás'ev por la corrupción y la frivolidad que dominaron durante el gobierno de Iel'tsin; y por la autocomplacencia que demuestra Vladimir Mau con sus respuestas, muchos occidentalistas que comparten opiniones o con uno o con otro se unieron en el mismo partido político, la SPS (*Soyúz Právyj Sil*: Unión de Fuerzas

Derechistas). El liderazgo del mismo fue disputado, precisamente, por un representante de los jóvenes tecnócratas que dominaron el gabinete ruso, sobre todo al inicio del gobierno de Boris Iel'tsin y que son corresponsables, junto con él, del programa de privatizaciones y de la política económica y social en general – Chubais, Gaidar, Nemtsov, etc. –; y por un exponente de los académicos y miembros de la *intelligentsia* reformista-occidental que culpan al *cursum* de la historia rusa de las dificultades actuales de Rusia, como el filósofo Alekséi Kara-Murza. A pesar de que la dirección del partido finalmente fue obtenida por el ala tecnócrata, el grupo representado por Kara-Murza conserva una gran influencia.

La frialdad y crudeza de las reformas impulsadas por los tecnócratas cuando estuvieron en el poder, y de las que proponen ahora, como partido de oposición, les han causado la acusación, por parte de grupos nacionalistas, la paradójica acusación de ser, en realidad, un grupo de “neobolcheviques”, por su voluntarismo a ultranza, por su decisión de destruir “desde los cimientos” el régimen anterior, y por su desdén hacia la población rusa.

En efecto, si Afaná'sev escribía que “La Revolución de Octubre parecía una muy radical ruptura con el pasado. ‘Derribaremos hasta su base todo el mundo de violencia, y luego...’ Muchos querían eso. Era lo que se cantaba. Muchos percibían así los acontecimientos de los que eran testigos” (*op. cit.*:12); Mau ahora se expresa en términos muy similares a los de Afaná'sev: Se preocupa en varias ocasiones en subrayar que ya no quedan “vestigios del comunismo”, los problemas actuales no tienen relación alguna con el “comunismo”. Más aún, la tentación de hacer *tabula rasa* del pasado, ya presente en los inicios del debate decimonónico entre eslavófilos y europeos – recordemos la expresión de Karamzín sobre la ruptura de la continuidad entre las mentes de los antiguos rusos con la de sus coetáneos – e invariablemente presente en el discurso bolchevique, también permea profundamente la ideología occidentalista contemporánea.

La canonización del último zar, la anacrónica restitución de instituciones prerrevolucionarias como, por ejemplo, algunos de los privilegios a los cosacos, la demonización de todo lo ocurrido durante el experimento soviético ha sido notada también por el conocido soviétóforo y rusófilo Meyer: “(...) cabe recordar que se debe evitar la tentación de Pedro I *el Grande* o de Lenin: ‘del pasado hagamos *tabula rasa*’. En 1917 los bolcheviques tiraron ‘al basurero de la historia’ todo el siglo XIX ruso; hoy en día, los rusos conocen la tentación de decir que entre 1917 y 1991 no pasó nada, no hay nada más que un agujero negro” (*op. cit.*:500). También se les ha equiparado con los bolcheviques por la instrumentalización que habrían hecho, según sus detractores, del

“pueblo” (*narod*). Ya en las primeras páginas de este capítulo cité la reproducción que hace Antal de las declaraciones de los occidentalistas Popov y Tijonov con respecto de ocultar a la población las verdaderas consecuencias de la economía de mercado para lograr su movilización, y de la necesidad de emplear la “coerción económica” para introducir lo que era, simple y llanamente, un burdo darwinismo social. Paradójicamente, en tiempos de la Unión Soviética, eran los disidentes liberales – antecesores directos de los occidentalistas – quienes se quejaban de que fue el sistema soviético el que “trataba al mismo pueblo ruso como un recurso natural que podía recuperarse por simple reproducción” (Agurski, cit. en Prizel, *op. cit.*:182-183).

Esta joven generación de tecnócratas⁶ sostiene que Rusia debe adquirir una nueva identidad en el plano internacional. Por citar unos ejemplos, uno de los fundadores del partido SPS, Boris Nemtsov, ex primer ministro y posiblemente el mejor exponente de la joven generación de tecnócratas liberales que dirigió al país durante casi toda la década pasada, declaró recientemente que el alineamiento de la política exterior del Kremlin con la de Washington, tras los acontecimientos del pasado 11 de septiembre, representa la última oportunidad para Rusia de ingresar a la civilización mundial. Una importante funcionaria del partido, Irina Jakamada, en términos casi idénticos, declaró⁷ que el mejor camino para “ingresar a la civilización global” consiste en “mostrar paciencia” y “esperar cuanto sea necesario – 10, 20 años – hasta que nos admitan en el club atlántico”; así como en evitar la repetición de los errores de las reformas de comienzos de los noventa, cuando las reformas económicas de Gaidar y Chubais no fueron acompañadas de su contraparte ideológica. Esta reforma ideológica, según este sector del partido, consiste en desprenderse de la “mitología” sobre la capacidad de Rusia de volver a ser una potencia y un actor independiente en el escenario internacional, por lo que lo mejor es resignarse a un papel secundario ante Estados Unidos. Jakamada afirmó que esta postura es “pragmática, consecuente y efectiva” (*Literatúrnaia Gazieta* N° 52/2001).

Es notorio cómo los deseos y los temores de los occidentalistas decimonónicos, como Chaadáev, se repiten y se “reciclan” en sus descendientes contemporáneos. Así, el orden perfecto religioso que Chaadáev hallaba en “Occidente” se trastoca ahora en la “civilización universal” de Nemtsov o en la “civilización global” de Jakamada. Tanto en Chaadáev como en Nemtsov o

⁶ Mau, en la entrevista reproducida, dice que “es bastante triste admitir que los momentos más emocionantes de tu vida ya pasaron, que ocurrieron cuando tenías 32-35 años”.

⁷ Durante un debate televisivo en el que también participó el académico y periodista Aleksandr Tsipko, de ideología opuesta.

Jakamada, este "orden perfecto" garantiza el bienestar de toda la sociedad; para el primero sobre todo en términos religiosos en cuanto que a los segundos de una manera más terrenal pero igualmente muy apetecible. Recordemos que uno de los puntos de la controversia entre Chaadáev y Jomiakov fue el papel de la violencia. Chaadáev justificaba la violencia generada por la intolerancia religiosa porque así "Occidente" habría hallado el camino que llevaría hacia la conjunción de todos los pueblos y el subsecuente establecimiento, según él, del orden divino en la Tierra. Jomiakov, por su parte, sostenía que las ideas sólo se pueden defender con argumentaciones pero no con violencia. Así, Chaadáev, Nemtsov y Jakamada comparten la esperanza de un futuro promisorio que se construye mediante el acercamiento a "Occidente" más que por la profundización en la historia propia. Lograr ese futuro, ese ingreso al orden perfecto, a la civilización universal o global toma un cariz religioso en los dos últimos – en Chaadáev es abiertamente místico – y se repite el eterno dilema de la religión ante las leyes o condiciones "terrenales": sacrificar o no asuntos considerados finitos y temporales para alcanzar o cumplir metas divinas.

Dostoievski plantea algo muy parecido en *Crimen y Castigo*, cuando su (anti)héroe, Raskólnikov, afirma que a los "superhombres" se les debe permitir que ignoren las leyes vigentes para el resto de las personas a fin de que nada ni nadie les impida cumplir con su designio. Dostoievski, persona profundamente religiosa, quiso alertar así de los peligros de los nihilistas rusos y de quienes creían que toda regla moral era relativa y potencialmente un estorbo para la acción de los grandes hombres, a los que, además, nadie podía definir con certeza. Como fue el caso del estudiante Raskólnikov, quien se consideró a sí mismo un "hombre excepcional" que habría de lograr grandes cosas. Pues bien: tanto Chaadáev, quien siendo también decididamente religioso justificó las guerras religiosas europeas y lamentó que Rusia no haya seguido el mismo camino, como Popov, Tíjonov, Nemtsov y Jakamada aceptan sin titubear la violencia ejercida sobre la población rusa, en forma de empobrecimiento, desempleo, clausura de policlínicas y jardines de niños, etc. en aras de la instauración del orden divino – aquí, "Occidente" o de la reunión con las civilizaciones en una universal – de nuevo, que sería la "occidental".

El conocido filósofo Nikolái Berdiáev escribió, refiriéndose al voluntarismo de los reformistas, que "Pedro el Grande, quien odiaba todo el estilo del reino moscovita y quien se burlaba de las

costumbres moscovitas, era un rusete⁸ típico. Solamente en Rusia pudo surgir un hombre tan excepcional. Tuvo todos los rasgos rusos: simpleza, vulgaridad, desprecio por las ceremonias, por las formalidades, por la etiqueta; un democratismo muy singular, amor a la verdad y amor a Rusia. Y junto con lo anterior en él se manifestó la espontaneidad de un animal salvaje. En Pedro hay elementos comunes con los bolcheviques. Era un bolchevique en el trono” (Berdíáev, 1998:500-501). El voluntarismo que Berdíáev encuentra similar entre Pedro I *el Grande* y los bolcheviques es el mismo que anima a Chaadáev y a Nemtsov, a Jakamada y a Mau; Chaadáev sólo lamentó la ausencia de la violencia que abrió camino a la razón y a la conjunción mundial de los pueblos, pero los occidentalistas Iel’tsinianos y los bolcheviques intentaron forzar no sólo la marcha de la rueda de la historia rusa sino que incluso se esforzaron por corregir su rumbo, que consideraban desviado.

El otro sector de la SPS, encabezado por Kara-Murza lamenta que el partido sea conducido por grupos que anteponen las reformas económicas – entendidas éstas siempre como privatizaciones, pero no como reformas fiscales, programas de pensiones o subsidios, etc. – a las preocupaciones de índole social. Sin embargo, Kara-Murza también proclama que el hombre ama lo que posee y que, al ser dueño de su vida, se vuelve dueño de su país, por lo que concluye que el patriotismo es el amor a la propiedad privada, en la que también incluye a la familia, a la corporación que da el empleo y al país. Una diferencia entre Kara-Murza y sus seguidores con el ala partidista liderada por el presidente del partido, Nemtsov, es que considera que “hay por qué amar a Rusia”, y si bien reconoce que Moscú “es a veces puro asiatismo”, las ciudades de San Petersburgo, Nóvgorod, Tvier’ y Pskov son “occidentales”. (*Literatúrnaia Gazieta*, N° 2/2002). Como vemos, el miembro del partido que disputó la presidencia del mismo reclama a los ganadores que sus lapidarios juicios sobre la historia rusa permanezcan casi inalterados en comparación con los de sus antecesores decimonónicos. Les reprocha que crean que solamente se podrá amar a Rusia en cuanto se vuelva “Occidente”, y lamenta su “interpretación occidentalista de Rusia típicamente vulgar”.

Este complejo de inferioridad ante “Occidente” – “Europa” en el siglo XIX; Estados Unidos ahora –, que lleva a los occidentalistas a medirse según el parámetro “europeo”, es perceptible incluso entre académicos y analistas como el ya citado historiador Yuri Afanásev, que pretende

⁸ Berdíáev emplea el término *rusak*, que se usa de manera muy familiar y ligeramente condescendiente para designar a los rusos (*riússkie*). “Rusete” me pareció la palabra más adecuada para intentar reflejar estas connotaciones.

demostrar la “base glacial de la inmovilidad rusa” (según su propia expresión) por medio de una comparación casi cronológica entre “Occidente” y Rusia, que se remonta hasta el siglo XIII e incluso más lejos.

Por si lo anterior fuera poco, cuando Afanás'ev afirma que “Esta revolución [la de Octubre. M.G.], en esencia, resultó ser la reacción negativa de toda la masa campesina ante aquellos cambios positivos en la sociedad rusa que habían comenzado a principios del siglo XX: el desarrollo capitalista con el subsecuente afianzamiento de la propiedad privada y el individualismo. Toda aquella masa quería volver al pasado, es decir, en apariencia saltó al futuro, apoyó a los bolcheviques que entonaban aquellos cantos de bienestar general. A la Rusia campesina le eran cercanas y comprensibles aquellas bellas reflexiones sobre que la tierra no era de nadie, que se le debía quitar a los terratenientes y a los *kulaks*⁹ para dársela a quien la trabaja; que las fábricas debían pertenecer a los obreros; que todos los pueblos y naciones tienen derecho a la libertad y a la autodeterminación (...)” (*op. cit.*:12) falsea, y gravemente, la historia. La oposición campesina a la deskulakización es bien conocida, y junto con su fenómeno paralelo, la colectivización, causó decenas de millares de muertos en el campo soviético. Más aún, cuando Jruschov permitió que los koljosiños vendieran en los mercados los productos de sus pequeñas parcelas y corrales personales, “creció enseguida la producción de carne de verdura, carne, leche y derivados; la producción de carne de cerdo aumentó ¡en 70% entre 1953 y 1959!” (Meyer, *op. cit.*:412)¹⁰.

La banal ecuación que hace Afanás'ev de la “base glacial de la inmovilidad rusa” con el colectivismo es algo que solamente sirve para justificar su desecho de ver instaurada la propiedad privada y el individualismo a toda costa en Rusia, pero que no tiene asidero alguno ni con la historia de la revolución rusa ni con las ulteriores reacciones campesinas a las políticas agrarias de Stalin. Paradójicamente, como ya leímos páginas arriba, se lamenta de los resultados de las reformas y de las privatizaciones recomendadas y supervisadas por “Occidente”, que él mismo califica como “horrible”. El filósofo Alexandr Tsipko escribió – en un demoledor artículo al que volveré más adelante – que quienes abominaban del sistema soviético, inconscientemente, se

⁹ Se llamó *kulak* (tiene varias acepciones, entre ellas “puño” o diente de media engranada) a los campesinos acomodados.

¹⁰ Inclusive en la novela *Campos Roturados*, del premio Lenin y Nobel de literatura Shólojov se menciona la oposición a la colectivización y deskulakización emprendida por los personajes Davidov, Nagúinov y Razmiótnov. Por cierto, para Meyer esta novela es “vergonzosa”, porque Shólojov la inició luego de un fuerte regaño de Stalin porque el autor se atrevió a reclamarle el hambre en el Don – su región natal – causada por la colectivización (Meyer, *ibid.*:196-197)

deslumbraban con Estados Unidos porque adoptaban, consciente o inadvertidamente, una postura correspondiente más o menos al dicho “el enemigo de mi enemigo es mi amigo”, y acepta que él mismo sucumbió a ese error. Por las contradicciones que encierran los escritos de Afanás'ev y de algunos otros occidentalistas de la línea de Kara-Murza y del mismo Afanás'ev, podría pensarse que les falta revisar las posturas que han defendido durante los últimos 10 ó 15 años. Lo que llama la atención, sin embargo, es que Afanás'ev no se dé cuenta aún, a una década de disuelta la URSS, que el romanticismo de los occidentalistas de inicios de la *perestroika* ha sido desmentido por la realidad.

Por otro lado, en todos estos estudios de los que tanto gustan los occidentalistas “humanistas”¹¹ se contraponen de manera acrítica las fechas de diversos “logros” en las sociedades “occidentales” y rusa, para a continuación, según la diferencia de fechas entre estos acontecimientos similares, calcular cuántos años de “atraso” tendría Rusia con respecto al país o región elegida como patrón de comparación. Algo muy similar pasa con muchos estudiosos “occidentales”, sobre todo los que comparten la sovietofobia y la rusofilia de Meyer, como es el caso del historiador francés Alain Besançon.

Este autor, que, de nueva cuenta y como sucede con muchos investigadores, muestra un eurocentrismo que empapa todo su trabajo, escribe en su ensayo “¿Es posible incluir a Rusia en la estructura mundial?”¹²: “Si regresamos a la Rus' Kievita, veremos un nivel de desarrollo correspondiente por completo a la ‘galaxia’ europea, que entonces se formaba. Nóvgorod hasta su destrucción era el punto final de la Liga Hanséatica y vivía según el tiempo del Báltico. Pero si regresamos a los días que precedieron a la revolución petrina, o sea al final del siglo XVII, veremos que Rusia ya estaba retrasada, y no por 30 años. Según la opinión del historiador Kashanov, si revisamos la estructura de la propiedad, las así llamadas relaciones feudales, el vasallaje de los campesinos, los métodos de explotación de la tierra (el rendimiento y la rotación de cultivos) o la vida intelectual, el retraso ruso era de 600 u 800 años. Imaginémos a la Francia de Carlomagno, pero sin Aleuin (el teólogo que ayudó a Carlomagno a formar el sistema educativo), sin escuelas parroquiales, sin estructura diocesal, sin latín, etc. Sinceramente, esto se

¹¹ Así se autodefine Kara-Murza, en oposición a los tecnócratas del ala de Nemtsov, Chubais y Gaidar. Kara-Murza opinó que es el grupo “humanista” el que debe velar por la identidad y el patriotismo puro, porque los economistas y tecnócratas, por su misma formación, son “internacionalistas” (*Literatúrnaia Gazeta*, N° 2/2002)

¹² El título en ruso es *Vozmozhno li vliuchit' Rossiú y mirovoie ústróistvo?* y apareció en el diario ruso editado en Francia *Rússkaja Mysl'* como traducción del francés, por lo que es muy posible que la traducción de la traducción distorsione un tanto el título original en francés.

parece más a la época de los Merovingios. Rusia entonces no sólo estaba retrasada, sino que su misma naturaleza era distinta (...)”(*Rússkaia Mysl'*, N° 4358/2001).

Como siempre sucede con estas posturas historiográficas, no se contextualiza históricamente lo sucedido en la sociedad o país que se estudia. Según su misma filosofía de la historia, podríamos hallar fácilmente a la sociedad más adelantada de la historia tomando como parámetro la rotación de cultivos, la productividad de la actividad agropecuaria o algo tan nebuloso como la “vida intelectual”. Hay que decir, además, que esta sociedad no sería europea, sino asiática. Pero lo más paradójico es que Besançon enseguida admite que la sociedad rusa era de naturaleza distinta a “Occidente”. Así cierra su círculo de contradicciones, porque, por la más elemental de las lógicas, solamente se pueden comparar elementos equiparables.

Dentro de este grupo, la principal diferencia con los antiguos occidentalistas tal vez sea la desaparición del factor religioso, aunque cierto sustrato escatológico permanece en ellos, como vimos en la comparación entre Chaadáev y Mau, Jakamada y Nemtsov. El fin último continúa siendo la reunión, más que la unión, con “Occidente” y por ende con el orden social ejemplar por excelencia. Podemos decir que acometieron sus ideas con fervor religioso, de igual manera que el régimen soviético emprendió su campaña antirreligiosa – que no atea – con furores de cruzada religiosa.

A continuación presentaré a los nacionalistas postsoviéticos, aquellos nacionalistas rusos que pudieron recuperarse del marasmo que significó para ellos el régimen de Gorbachov hasta después de la desaparición de la URSS, y que son quienes han enderezado la enorme mayoría de las críticas en contra de los occidentalistas. No obstante, no tocaré todas las manifestaciones de los grupos que se definen como nacionalistas. Muchos de ellos se han refugiado en un nacionalismo insano y políticamente improductivo – o al menos así era en un inicio –. Además, el creciente desencanto y hasta la degradación social han causado que crezcan cada vez más las bandas de cabezas rapadas rusas y que incluso hayan intentado agruparse en una organización política. Pero las limitaciones inherentes a sus posturas, aunadas a la incapacidad que caracteriza a estos grupos chauvinistas y racistas en todo el mundo, han impedido que logren no ya influencia en el escenario político ruso, sino aglutinarse siquiera en torno a un líder o de un partido que los represente.

Me concentraré, entonces, en los grupos nacionalistas más interesantes e influyentes social y políticamente, que no son los xenofóbicos sino los moderados. Al final, es cierto, tocaré el tema



de la religión ortodoxa en la Rusia contemporánea, apoyándome sobre todo – mas no exclusivamente – en los interesantes escritos que Jean Meyer tiene al respecto.

4.3 Los nacionalistas postsoviéticos

Las posiciones nacionalistas recibieron un fuerte impulso tras la hecatombe que para la conciencia de muchos rusos significó la separación de Ucrania y Bielorrusia de Rusia. Pero los nacionalistas incluyen un espectro muy variado de intereses e ideologías. Podríamos distinguir tres grandes grupos, según la clasificación de Prizel (*ibid.*:229-232).

4.3.1 Los estatistas, centristas o euroasiáticos

El primer grupo es el conformado por los estatistas o centristas. Éstos consideran que la historia rusa, sin ser toda ella un pastelillo – como de hecho ninguna historia nacional lo es, ni mucho menos “ejemplar”: ¿ejemplar de qué o ante quién, y según qué parámetros? –, encierra experiencias valiosas, tanto en su periodo zarista como en el soviético, y afirman que esta herencia no debe ser subestimada ni ignorada. Asumen una naturaleza multiétnica para Rusia, aunque están convencidos de que existen los rusos étnicos – esta es una cuestión que veremos más adelante –. Curiosamente, junto a esta certeza sobre la existencia de los rusos étnicos muestran la tendencia de relativizar la importancia de los orígenes eslavos de los rusos. Esta mixtura aparentemente paradójica se explica en el eurasiatismo, del que son adeptos. Éste es precisamente su rasgo distintivo.

La “idea euroasiática” no es nueva; ya había sido formulada por algunos exiliados rusos tras la revolución, como el príncipe Trubetskoi por ejemplo. Según el eurasiatismo, los rusos étnicos serían el *Staatsvolk* del estado ruso, lo que se aunaría al predominio de la religión ortodoxa. Los adeptos de esta corriente aceptan, a diferencia de otros nacionalistas, un Estado plurirreligioso y multicultural, aunque con predominio de la cultura rusa. En esto difieren de los eslavófilos decimonónicos, quienes pugnaban por la pureza de la cultura rusa – de la que rescataban y apreciaban únicamente los orígenes eslavos – y de su religión, o sea, la ortodoxa. Coinciden, empero, con ellos en su oposición a que Rusia intente siquiera acercarse a “Occidente”, precisamente porque, como escribió el príncipe Trubetskoi, las dificultades de Rusia se deben a

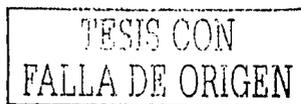
TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

que sus dirigentes han intentado periódicamente dar saltos cualitativos para ponerse al corriente con respecto a "Occidente". Estos saltos habrían sido siempre, por fuerza, agotadores para la sociedad rusa y el resultado serían largos periodos de inercia. Por si fuera poco, las consecuencias de estos saltos habrían sido siempre humillantes para Rusia, además de destruir la autoconfianza de los rusos y fragmentar a la población en occidentalistas y no occidentalistas (Prizel, *ibid.*:187). Los fundadores de esta corriente, Trubetskoi y Bernardski¹³, desestimaban deliberadamente, como mencionamos arriba, el origen eslavo de la mayoría de los rusos y subrayaban la herencia oriental que Eurasia habría recibido de las diversas tribus nómadas asiáticas.

Así, Eurasia, que sería el territorio comprendido entre los mares Amarillo y Negro, habría sido unificado en tres ocasiones: por los mongoles de Genghis y Kublai Jan, por la Horda de Oro y, finalmente, por los rusos (*ibid.*:230). Consecuentemente, Rusia debería ser una unión armónica – mas no igualitaria, y esta observación es importante – entre eslavos, tártaros y pueblos turcomanos. De igual manera, los euroasiáticos pugnan por una convivencia armónica entre las iglesias ortodoxa, judía, musulmana y budista. Y de nueva cuenta, no confunden la armonía con la igualdad. La discriminación entre estos dos conceptos alarma a varios autores, que llaman al eurasiatismo el tercer maximalismo, que a la par del fascismo o del comunismo justificaría y legitimaría el forjamiento de nuevos imperios multinacionales (*ibid.*), en los que la subordinación de todas las naciones o culturas a una sola estaría justificado con argumentos ultravalidadores.

Uno de los más influyentes exponentes contemporáneos de esta corriente, el filósofo y político Alexandr Duguin, fundador del partido político *Evraziia* (Eurasia), explica en una entrevista la postura de los euroasiáticos contemporáneos: "Si Rusia tiene realmente alguna idea nacional unificadora, ésta es únicamente el eurasiatismo. Ni la imitación ciega del occidentalismo, ni el regreso al modelo soviético, ni el nacionalismo imperial ruso, ni el nacionalismo étnico y ni siquiera el paneslavismo sirven para cumplir el papel de idea nacional en las condiciones actuales (...) [el eurasiatismo] es, como decía un clásico, el fundador del eurasiatismo Trubetskoi, el nacionalismo positivo de todos los pueblos de Eurasia que aportaron sus impulsos creadores,

¹³ Quienes por cierto figuraban entre los que afirmaban que la unión de Ucrania y de Rusia tras los acuerdos de Pereiaslav' de 1654 privó a ambos pueblos de la oportunidad de desarrollar su verdadera identidad – los rusos por verse contaminados con la influencia cultural "occidental" que los polacos habían introducido en Ucrania; y los ucranianos por verse subyugados de nuevo por un imperio.



sus tradiciones culturales en la formación de un modelo unificado de un Estado eurasiático poderoso (...)"

Prosigue la entrevista:

– *Literatúrnaia Gazieta* (I.G.): ¿Qué es más importante, la unión de las etnias o de la religión? ¿Hay aquí preferencias? ¿Y no resultará que todas las etnias y religiones, unidas por el eurasiatismo, resultarán iguales, pero algunas más iguales que otras?

– Alexandr Duguin (A.D.): Sabe, la igualdad en la naturaleza no existe. La idea de la igualdad es una de las ideas sociales, bastante interesantes, nacidas durante el siglo XVIII en determinados círculos intelectuales europeos. Pero a lo largo de su desarrollo ha pasado por diversos estadios, modificando su significado (...) Por eso la igualdad de todos los pueblos, de todas las religiones, de todos los Estados, desde el más minúsculo hasta uno gigantesco, es absolutamente utópica y no corresponde a ninguna representación objetiva de la realidad. Por eso, por más iguales que sean los pueblos, hay pueblos, como usted dijo, "más iguales". En esto no hay nada malo; es una ley natural. Otra cosa es que al comprender el significado prioritario, axial y fundamental del pueblo ruso, sobre todo de los granrrusos, y de la ortodoxia rusa en una construcción euroasiática, se subraya el carácter indispensable y la consideración de los aspectos de otras etnias, de otras confesiones y de otras culturas. En este sentido los yukaguirs, que son solamente 120 personas, y los tártaros, que son millones, o los pequeños rusos, todos merecen en la misma medida atención a la especificidad de de su etnopsicología, cultura, lengua, tradiciones, etc. Con frecuencia nos critican los racistas eslavos vehementes y desenfrenados, porque, según ellos, el eurasiatismo deslava la etnoidentidad eslava. Somos objeto de ataques también desde el lado de los fundamentalistas ortodoxos: ahí van ustedes al encuentro del islam, del judaísmo, del budismo (...) Sin embargo el eurasiatismo permanece como una ideología profundamente soberana [*derzhávnoy*, de *derzhava*. Que mantiene u otorga poder al Estado. M.G.], estatal, patriótica (...) (*Literatúrnaia Gazieta*, N° 7/2001).

Como vemos, para los eurasiáticos la piedra angular de la convivencia armónica entre los pueblos no es un trato igualitario sino equitativo; no otorgar a todos los elementos constitutivos de un eventual Estado euroasiático los mismos derechos, sino los que correspondan a su tamaño demográfico, su influencia política o cultural, etc. "Los euroasiáticos estamos interesados más

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

que nadie en el desarrollo de estas identidades autónomas [se refiere a la de los grupos étnicos o religiosos no rusos. M.G.]. Incluso en el caso de que ni demográfica, ni cultural ni religiosamente estas etnias y estas etnoculturas sean iguales al pueblo central granruso, al pueblo ortodoxo (...) en otros aspectos, con cada pueblo debe haber relaciones diferenciadas: con unos, más económicas; con otros, culturales; con los terceros, interconfesionales. Somos partidarios de una integración a distintas velocidades, de distintos módulos. Pero la integración debe ocurrir" (*op. cit.*) Hasta aquí todo va muy bien. El problema surge, sin embargo, cuando se intentan precisar los parámetros de la equidad¹⁴. Queda claro que la idea euroasiática de aplicar criterios diferentes según sea el caso cae en dificultades: "La máxima en sí misma vacía 'a cada uno lo suyo', se tiene que rellenar no sólo especificando a cuáles sujetos se refieren, y cuál es el bien a distribuir, sino también cuál es el criterio exclusivo o predominante, con respecto a aquellos sujetos y a aquél bien, que tiene que ser aplicado" (Bobbio, *op. cit.*:139).

Así, aunque los euroasiáticos tengan bien definido desde el inicio cuál es el sujeto con respecto al cual se medirían los criterios, los criterios mismos existentes – religión, cultura, economía, política – no solamente son extremadamente difíciles de distribuir entre los pueblos no rusos, sino que ni siquiera se pueden distinguir clara y nítidamente uno del otro. A pesar de que esta corriente se opone a la rusificación, al imperialismo y a la colonización, sería muy difícil evitar en la práctica sentimientos de opresión y explotación entre grupos étnicos no rusos si *a priori* se concede el papel central al pueblo ruso.

4.3.2 Los nativistas

Otro tipo de nacionalistas es denominado por Prizel como "nativistas" (*op. cit.*:231). Este grupo sería tal vez el de mayor amplitud en lo que al espectro de opiniones incluidas respecta. Aquí entrarían agrupaciones que irían desde las cabezas rapadas hasta los seguidores de Solzhenitsyn, pasando por los fundamentalistas ortodoxos.

¹⁴ Bobbio escribe, refiriéndose al concepto de "igualdad" que "(...) ningún proyecto de repartición puede evitar responder a estas tres preguntas: 'Igualdad sí, pero ¿entre quién, en qué, basándose en qué criterio?' Combinando estas tres variables, se puede conseguir, como es fácil imaginar, un enorme número de distintos tipos de repartición que se pueden llamar todas igualitarias, aunque siendo muy diferentes entre ellas. Los sujetos pueden ser todos, muchos o pocos, o incluso uno solo; los bienes a repartir pueden ser derechos, ventajas o facilidades económicas, posiciones de poder: los criterios pueden ser la necesidad, el mérito, la capacidad, la clase, el esfuerzo, y otros más (...)" (1995:137).

Una de las más importantes divergencias con los euroasiáticos es su percepción totalmente negativa de toda la historia del experimento soviético, y su añoranza por la Rusia prerrevolucionaria. Otra diferencia es la definición que hacen del pueblo ruso. Para los euroasiáticos fundadores, como Trubetskoi, los rusos son mezcla de eslavos con turcomanos; para los nativistas más extremos, solamente un ruso rubio y ortodoxo puede ser ruso. Buscan al equivalente ruso del *wasp* estadounidense en elementos étnicos mas no culturales, como ya mencionamos en el capítulo pasado. Más aún, traducen la antigua divisa del conde Uvárov, *Samoderzhávie, Pravoslávie, Natsional'nost'* (Autocracia, Ortodoxia, Nacionalidad), en *Derzhava, Pravoslavnost', Narodnost'* (Poder – con fuertes connotaciones centralistas –, Ortodoxismo, Carácter Nacional – con un subtexto marcadamente populista –). Explicaremos esto más detalladamente.

La *samoderzhavie* uvaroviana admitía la posibilidad de legitimarse mediante la grandeza y el poderío de la dinastía, lo que lograba comúnmente, según la famosa frase de Alejandro I, con sus dos más fieles aliados: el ejército y la flota. Las exhibiciones de fuerza en el extranjero, – ser el fiel de la balanza en Europa y potencia imperialista en Asia – lograban esto. La *derzhava* extremista contemporánea prevé antes que nada una perenne demostración de fuerza hacia el interior del país, una lucha decidida en contra de los no rusos, entendidos estos como todos aquellos que no sean rubios eslavos ortodoxos, y en contra de quienes se opongan a cualquier plan que tenga por objeto lograr la “grandeza” de Rusia.

La *pravoslávie* del conde Uvarov preconizaba hacer de la iglesia ortodoxa no sólo la iglesia estatal del imperio ruso, sino convertirla en la dominante mediante la conversión de los tártaros musulmanes, de los bálticos protestantes y de los ucranianos católicos, principalmente. Esta medida, junto con la *natsional'nost'*, estaba destinada a rusificar al imperio, en tanto que la primera, la *samoderzhavie*, estaba encaminada más que nada a garantizar la tranquilidad del estado, proporcionando la legitimidad que todo régimen requiere. Así, un estoniano, un uzbeko o un tártaro convertidos a la iglesia ortodoxa, se volvían rusos, pues la iglesia ortodoxa es la fe de los rusos – como también ya mencionamos en el primer capítulo –. La *pravoslavnost'* contemporánea no considera ruso a un no ruso ortodoxo, sino que afirma que únicamente los eslavos rubios pueden ser ortodoxos, y que un ortodoxo sólo puede ser un eslavo rubio, que además es lo que corresponde a su noción del ruso étnico. O sea, un ruso étnico solamente puede

ser ortodoxo. No sólo no basta con ser ruso¹⁵ para ser ruso¹⁶, sino que sólo un ruso¹⁷ puede ser un verdadero ruso¹⁸. Así que para ser ruso¹⁹ hay que ser antes que nada ruso²⁰. Así, incluso un tártaro ortodoxo, ciudadano ruso, hijo, nieto y bisnieto de tártaros otrora musulmanes pero convertidos a la ortodoxia desde el siglo XVIII no sería un ruso, sino lisa y llanamente, un tártaro.

Por último, la *natsional'nost'* decimonónica preconizaba que los rusos debían ser los más favorecidos de entre las demás nacionalidades, pero no que las demás debieran ser sojuzgadas a la arbitrariedad de los rusos. Recordemos cómo Iván IV dio tierras y siervos a señores tártaros tras la conquista del janato de Kazán, para apuntalar sus posiciones en los territorios recientemente anexados. Estos tártaros, que pasaron a ser vasallos del zar, mantuvieron su religión, su idioma y sus costumbres. Igualmente, la religión protestante y la lengua alemana no obstaron para que los estonianos fueran súbditos con derechos reconocidos dentro de todo el imperio. Y tanto unos como otros podían hacer carrera y fortuna en el escalafón imperial, pero siempre, al fin y al cabo, prestando servicios a la casa gobernante rusa, o sea – según esta comprensión – sirviendo al pueblo ruso.

La *naródnost'*²¹ actual, aunque podría confundirse con la *natsional'nost'* de Uvarov, es esencialmente diferente: no pide servicios de quienes, al prestarlos, podrían pasar casi como iguales de los rusos en lo que a posibilidades sociales respecta, sino que quieren su completa subordinación, cuando no su desaparición de la Rusia actual. En pocas palabras, quieren una Rusia homogénea étnicamente – pero no cultural ni administrativamente, que eran los fines de la desmañada pero cruel rusificación zarista – hablando. Consiguientemente, la homogeneidad étnica que desean lograría la homogeneidad cultural. Esto es diferente a la homogeneidad cultural que los zares perseguían mediante la rusificación de pueblos no rusos.

Los fundamentalistas ortodoxos, tanto laicos como miembros del clero, son especialmente afectos a equiparar la profesión de la ortodoxia con el ser ruso. La hipertrofia del factor religioso es más resultado de grupos minoritarios vociferantes e impulsados por diferentes sectores

¹⁵ O sea, ser ciudadano de Rusia; tener pasaporte ruso.

¹⁶ En el sentido de ser un *wasp* ruso; un *pryas* (*pravoslavnyi rússko-iazýchnyi slaviánin*: “eslavo ortodoxo rusoparlante”).

¹⁷ Un *pryas*.

¹⁸ Un ruso étnico.

¹⁹ Ciudadano ruso.

²⁰ Un *pryas*, que es la única categoría del “ser ruso” (*rússkost'*) que reconocen los nativistas extremos.

²¹ Proviene del término *narod*: “pueblo”.



políticos para beneficio propio que el de un masivo retorno popular a la fe ortodoxa, aunque esto decepcione a quienes desean presenciar una revancha de la religión.

En efecto, el mismo Meyer escribió que "Además ni todo lo que se dice religioso lo es, ni todo lo que es religioso se manifiesta como tal. Es notable el contraste relativo entre unos templos bastante vacíos y la afirmación generalizada de pertenencia a la ortodoxia (...) la realidad es mucho más cambiante, proteiforme, ubicua. Tiene que ver con la demasiado famosa 'crisis de la identidad rusa' de la cual es parte y parcialmente solución, o por lo menos expresión" (Meyer, 2000:437). Así, Meyer está en condiciones de distinguir entre manifestaciones en efecto religiosas y la manipulación que los nacionalistas hacen de la religión, y también es capaz de reconocer la justa dimensión del retorno religioso: "Se habla mucho del regreso de la religión en el mundo, en Europa oriental, en Rusia. ¿Renacimiento? ¿Reconquista? Hay que relativizar la importancia del fenómeno; hoy en día, si la mitad de la población se dice creyente en Rusia, no se puede olvidar la otra mitad²² (...) En Rusia, como en la ex Yugoslavia, como en el Cáucaso, la pareja reprimida nacionalismo/religión regresa junta y revuelta. La vuelta nacionalista pasa por el canal religioso y viceversa, de tal manera que el factor religioso, en esa dimensión, no es nada religioso" (*ibid.*:451). Meyer corrige así sus percepciones anteriores, cuando la *pravoslavnost*' de los extremistas lo alarmaba: "En todas partes, en la ortodoxia del mundo eslavo, reaparecen los temas tradicionales del ortodoxismo: odio a Roma, desconfianza hacia el 'Oeste', visión de Rusia, y de la Rusia chiquita que es Serbia, como escudo de los verdaderos cristianos contra el Islam (...) ¿Estaré sobrestimando un factor cultural-religioso, anteriormente subestimado? Quizá sea una deformación profesional de historiador que empezó su labor con la Cristiada, ese levantamiento de campesinos católicos contra el Estado revolucionario mexicano. Pero no se puede negar la acumulación de 'coincidencias'. Los generales rusos y los políticos ex soviéticos se hacen bautizar, el ex general Liebed, posible candidato a la presidencia de Rusia, inscribe la ortodoxia en su programa, y hace mucho que lo hizo el siniestro Zhirinovski" (1996:508-509).

La respuesta la aporta el mismo Meyer, junto con muchos otros autores: la autoconciencia (*samosoznánie*) de los rusos hace, en efecto, de la ortodoxia la religión rusa. Consecuentemente, tras la disolución de la Unión Soviética, muchos rusos se afirmaron ortodoxos para autoafirmar

²² Meyer escribe que "en 1990, 22% de los rusos se dicen creyentes. En 1994, 53%" (2000:440). Estas cifras chocan con las que aparecen en un almanaque: "ortodoxos rusos: 16.3%; musulmanes, 10.0%; protestantes, 0.9%; judíos, 0.4%; y otros, 72.4%" (Almanaque mundial 2001). Seguramente en "otros" se incluye la escasa pero existente comunidad budista de Siberia y el sur del lejano Este y la enorme cantidad de ateos o, en su caso, de agnósticos.

su identidad como rusos, más allá de sus sinceras convicciones religiosas o, en todo caso, de la importancia que confieran a las disposiciones del clero o a las tradiciones religiosas. La afirmación de ser ortodoxos es más una autoafirmación cultural y de pertenencia de grupo que la aceptación de los ritos y conducta que la religión ortodoxa exige de sus feligreses. En este sentido, la mayoría de la población rusa es tan (des)obediente de las recomendaciones de la iglesia ortodoxa como lo es la mayoría de los mexicanos con respecto de la iglesia católica. La diferencia más importante radicaría en que mientras la iglesia ortodoxa juega un papel de autodefinition personal para muchos rusos, segmentos muy amplios de la sociedad mexicana experimentan la iglesia católica como una tradición cultural e incluso familiar.

Los nativistas moderados, como Solzhenitsyn, ofrecen críticas y posturas más interesantes, y escribiré sobre ellas al terminar de exponer la última categoría de nacionalistas rusos.

4.3.3 *Los comunistas nacionalistas*

El tercer tipo de nacionalistas es el que conforman los nacionalistas comunistas, agrupados principalmente en torno al Partido Comunista de la Federación Rusa del Guennadi Ziuganov. A diferencia de los nativistas y de manera similar a los centristas o euroasiáticos, los comunistas pugnan por un Estado multinacional. Es más, no miran con malos ojos las insinuaciones de reestructurar la Unión Soviética. Sin embargo, difieren de los centristas, y también de los nativistas, en lo que al papel de la iglesia se refiere, pues los comunistas se declaran por el estado secular. Es interesante señalar que si los centristas o euroasiáticos se nutrieron de los escritos de un grupo de emigrantes -- Trubetskoï, Bernardski y otros -- los comunistas nacionalistas rescatan los escritos de otros emigrantes refugiados de la revolución: los fundadores del movimiento *smienoviéj* o de los *smienoviéjovtsy*²³. Los emigrantes rusos que fundaron esta corriente se concentraban en Bulgaria principalmente y, según Prizel, probablemente hayan conformado el primer grupo en "mezclar sistemáticamente la Idea Rusa con el Bolchevismo, reconociendo a la Revolución de Octubre como 'la Gran revolución Rusa'" (*op. cit.*:208). En efecto, los *smienoviéjovtsy* consideraban que la revolución no era sino un intento por restaurar el papel de

²³ El término *smienoviéj* proviene de las palabras *smiena* ("cambio", "muda") y *viej* ("señalización", estaca clavada en el suelo para indicar medidas de terreno o puntos determinados).

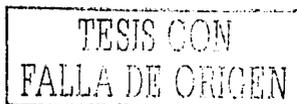


Rusia como una *velikaia derzhava* (gran potencia), rol que, como ya vimos, mitigaba en parte el complejo de inferioridad ante "Occidente" por parte de la *intelligentsia* decimonónica.

Puesto que el imperio zarista debía su misión y su idea escatológica y metahistórica a la teoría de Moscú como la tercera Roma, no es de extrañar entonces que entre los comunistas nacionalistas y las versiones más extremas del nativismo se forje una alianza *de facto* en lo que a dos temas respecta: la grandeza de Rusia y la religión ortodoxa como factor único de la identidad rusa.

En este juego de mutuos apoyos, los comunistas nacionalistas se apoyan en la idea de la religión ortodoxa como la religión rusa por excelencia – recordemos a Berdiáev, citado en el capítulo anterior –, mientras los seguidores del ortodoxismo se benefician del poderío y del dominio – elementos sin los cuales un Estado mesiánico no podría afrontar su "misión" – soviéticos que los comunistas nacionalistas intentarían restaurar. Es así como se explica que el religioso disidente Dimitri Dudko, preso durante años durante los gobiernos de Stalin y de Brézhnev, haya escrito que "Hegó la hora de rehabilitar a Stalin. No sólo a él sino a la noción de un Estado fuerte. Muchos gritan como desahorados que mucha gente pereció en los campos, pero ¿cuántos perecen ahora, sin procesos ni instrucción? El pueblo entero, saqueado y engañado, gime: si Stalin estuviese acá, no habría tal desastre. Todo despotismo palidece frente a la crueldad de la democracia (...) Stalin era un déspota, pero era más cercano a Dios. Sí. Stalin nos fue dado por Dios, creó un imperio que no han podido arruinar totalmente. Lástima, pero necesitamos barrotes para protegernos de Occidente. Es bueno para Rusia. Los barrotes nos ayudan a ver la originalidad, la unicidad de Rusia como la Santa Rusia, país teóforo, tercera Roma (...) Stalin preservó a Rusia, demostró lo que significaba para el mundo. Por eso, como cristiano ortodoxo y patriota ruso, me prosterno profundamente frente a Stalin (*cit.* en Meyer, 2000:442-443)." Incluso, en un encuentro religioso, bautizado con el desconcertante nombre de III Concilio Universal Ruso Nacional, en 1995, Ziuganov afirmó que "Si Stalin hubiera vivido cinco o siete años más, hubiera terminado su perestroika ideológica con la restauración de la tradición eclesiástica estatal rusa, que había sido rota sin motivo alguno" (Ziuganov, *cit.* en *ibid.*:446).

La apropiación de la defensa del patriotismo ruso – o al menos eso es lo que argumentan en sus programas y comunicados – que hacen los comunistas nacionalistas y los nativistas ortodoxistas repugna a los nativistas moderados de la corriente de Solzhenitsyn que reprochan a la mezcla



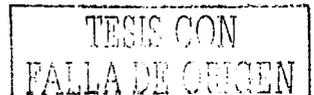
anterior el desprestigio que confieren a cuanto argumento "patriótico" esgrimen. Así, Solzhenitsyn escribe que tras replantearse de nuevo "el secular desastre ruso" durante la perestroika, "la aplastada conciencia rusa se vio tentada de encontrar el apoyo perdido en la unión del nacionalismo con el bolchevismo. Esto provocó un embrollo, una confusión increíble entre 'blancos' y 'rojos'; su 'reconciliación' sobre fundamentos desconocidos (...) Éste es el momento de volver sobre la desverguenza de la cual el actual Partido Comunista de la Federación Rusa, que ni siquiera se despoja del comunismo pasado al adoptar su nombre, pretende ser un movimiento popular, patriota defensor de la religión ortodoxa. Y *ni uno* [en cursivas en el original. M.G.] de sus dirigentes de hoy se arrepentirá o siquiera hablará de cuántos patriotas y ortodoxos eliminaron, fusilaron, redujeron a cenizas." (1999:141-1421).

A su vez, el ya mencionado Tsipko desespera ante la falta de opciones políticas patrióticas que no sean "rojas", o sea, las posiciones del Partido Comunista. Gran parte de este desprestigio se debería, según Tsipko, al antisemitismo furibundo de varios de los dirigentes del Partido Comunista de la Federación Rusa, que es otro punto en común entre estos comunistas nacionalistas y los nativistas extremos²⁴. Tsipko, en su artículo *El defecto congénito del patriotismo rojo (Vrozhdiónnyi porók krásnovo patriotizma, Literatúrnaia Gazieta, Nº 36/2001)* describió excelentemente e *in extenso* a los comunistas nacionalistas, y expresa también la opinión de los nacionalistas *à la* Solzhenitsyn. Como mata dos o tres pájaros de un tiro, dedicaré los siguientes párrafos a resumir este artículo interesante y provocador.

Tsipko parte de la premisa de que "las personas – literatos, políticos, que se han tomado el trabajo de defender la dignidad del pueblo ruso y del Estado²⁵ ruso – son superadas claramente por los rusóforos y la rusofobia en casi todos los aspectos. Más aún, cada una de sus acciones hace saltar la ya de por sí débil fe de los rusos en sí mismos y en su Estado". La manera en la que el "Partido Ruso" – que es como también se conoce al Partido Comunista de la Federación Rusa

²⁴ Meyer explica que de acuerdo con la doctrina de Moscú como la tercera Roma, el ruso sería el nuevo pueblo elegido, "un nuevo Israel" (1996:501), lo que explicaría su antipatía por su correlativo "viejo Israel": los judíos. En efecto, la iglesia ortodoxa recurrió a la imagen de Rusia como un Israel. Por ejemplo, en la oración escrita por el Santo Sínodo para la salvación de Rusia de la invasión francesa de 1812, que fue leída en todas las iglesias "con esa clara, nada ampulosa y dulce voz, con la que leen únicamente los recitadores eclesiásticos esclavos y que tan irresistiblemente actúa sobre el corazón ruso", se puede leer lo siguiente: "Escúchanos, a los que a ti rezamos, fortalece con tu fuerza al misericordiosísimo y autoacratísimo (*samoderzhabniúshevo*) gran gobernante nuestro, al Emperador Alexandr Pávlovich; recuerda su lealtad y su dulzura, recompénsale su misericordia, con la que nos protege, a tu bienamado Jerusalén" (Iólstói, *op. cit.* 64 (2º t.)). Aquí, el Jerusalén hace referencia, como ya escribimos, a Rusia como la nación elegida

²⁵ Tsipko emplea el término *gosudarstvennost'*, que se traduce por "Estructura del Estado" o "calidad de estatal".



en su alianza con algunos grupos ultranacionalistas– desacredita y “estorba al fortalecimiento de la de por sí débil autoconciencia rusa” se debe, según el autor del artículo, a dos motivos fundamentales: su antisemitismo – que, como ya vimos, es herencia del ortodoxismo – y la doble moral con la que juzga al periodo postsoviético y al soviético.

Lo único que habría logrado la “judeofobia” gratuita de todos los documentos redactados por uno de los principales ideólogos de este partido, Alexandr Projanov, sería que “tanto la *intelligentsia* que se respeta a sí misma como la opinión pública internacional se deslinde de cualquier iniciativa nacionalista”. Tsipko culpa precisamente a Projanov del “cisma” existente entre el Partido Ruso y la gran mayoría de la *intelligentsia* de talante patriótico. Sigue Tsipko: “El patriotismo ruso, mezclado con la judeofobia, con el antisemitismo zoológico, no tiene futuro, de igual manera como carece de porvenir el nuevo liberalismo ruso, alimentado con los jugos de la rusofobia y del pavor ante el Estado ruso. El exhorto de los abajofirmantes del “Comunicado de los 43²⁶” de librarse de los ‘Voloshinov, Friedman, Abramovich’ no aportó nada al contenido del documento, pero inmediatamente le dio un tufillo provocador, antisemita (...) El antisemitismo, posiblemente, existe precisamente para entumecer a la capacidad de autoanálisis y autoevaluación, a la formación del sentimiento de responsabilidad entre los rusos por su propia historia”.

El otro lastre que arrastrarían los comunistas nacionalistas son las constantes referencias al pasado soviético y, sobre todo, al “guía” (*vozhd'*) Stalin: “La veneración de Octubre y de Lenin, características para el actual Partido Ruso, sólo es posible en caso de una renuncia total a la moral. Se inclina ante el Comunismo de letra mayúscula solamente aquél quien cierra conscientemente los ojos ante los horrores y la inhumanidad de las represiones leninistas y stalinistas. El Patriotismo que habla del Comunismo de ‘C’ mayúscula, el patriotismo de Projanov y de Ziuganov supone la castración moral del alma (...) Y por eso mismo nuestro patriotismo comunista, o de izquierda, ahuyenta, repele a todas las personas espiritualmente desarrolladas. Pues no puede una persona normal, cualquiera, espiritualmente desarrollada, amar al asesino Stalin simplemente porque bajo su dirección le ganamos la guerra a la Alemania fascista”.

²⁶ Documento, redactado por Projanov en verano de 2001, en el que la plana mayor del Partido Comunista y varios intelectuales pidieron al gobierno abstenerse de una segunda oleada de privatizaciones y reformas liberales.

Para Tsipko el patriotismo se refiere a velar y preocuparse por el bienestar de todos los compatriotas, y a sentirse unido a ellos. Algo muy diferente, siempre según Tsipko, de las ideas que permitieron a Lenin y a Stalin sacrificar las vidas de millones de personas en aras de un odio de clases.

Muy al contrario de los nativistas extremos, Tsipko acusa a los comunistas nacionalistas de alabar un sistema que abusó hasta el agotamiento; de propugnar por un patriotismo "de lleno ensimismado en la idea de la grandeza y de la fuerza del Estado. Como si nuestras victorias existieran no para nosotros mismos, los ahora vivos, sino para la historia; para asombrar al mundo una vez más". Así, Tsipko encuentra muy difícil distinguir entre el patriotismo del Partido Comunista y la "rusofobia" de los liberales, porque ambos confluirían en el desprecio por el pueblo ruso y la vida en general.

La ideología del Partido Comunista trasminaría las mismas posturas nacionalistas y patrióticas que insistentemente retoma, lo que volvería políticamente estéril al partido y, lo que para Tsipko resulta peor, afectaría la noción misma de patriotismo. Por ejemplo, "en otoño de 1993²⁷ no sólo la verdad, sino la ley estaban del lado del Consejo de Diputado Populares de Rusia. Al país lo habían saqueado tanto la 'terapia de choque' como la derrotista política exterior de Iel'tsin-Kozyrev. Pues en esa ocasión también los reformistas, que eran la minoría, derrotaron en todos los sentidos al partido patriótico. Ni siquiera la sangre de los muertos inocentes, que habían llegado a la Casa Blanca a defender su dignidad nacional incrementó la fuerza o la respetabilidad del Partido Ruso. Claro, nadie le hubiera dado la presidencia a Ziuganov en 1996, ni siquiera si hubiera ganado las elecciones con un margen aplastante. Pero tampoco en esta situación, con una ventaja tremenda no solamente moral sino política, el Partido Ruso encabezado por Ziuganov, obtuvo algo. A todos era claro que el líder de la izquierda no tenía voluntad para lograr la victoria ni deseos de triunfar. Chubais, solo, junto con su equipo, superó no únicamente a la izquierda sino a toda Rusia. No sólo los superó, sino que los humilló, obligándolos a votar por un inválido, por un hombre enfermo, por el 'padrino' del asilo de ancianos del Kremlin".

En estos párrafos se pintan de cuerpo entero los grandes defectos de los comunistas nacionalistas – la añoranza por el pasado stalinista; una curiosa mezcla de maridaje político con sectores religiosos ortodoxos fundamentalistas y la idea de un estado laico; la constante

²⁷ Tsipko se refiere al cañoneo de la sede del Parlamento ruso cuando éste, conforme a la Constitución, destituyó a Iel'tsin y nombró en su lugar al entonces vicepresidente, Alexandr Rutskoy.

confusión entre la identidad rusa y la grandeza y el poderío soviético, o sea, imperial –, así como las ideas primordiales de los nativistas moderados, que parecen reflejar más el desencanto de la gente otrora entusiasmada por los cambios iniciados desde la *perestroika* que programas políticos concretos.

Así, los comunistas nacionalistas se empeñan en lograr una mezcla entre la defensa de los intereses de la mayoría de la población rusa y la supervivencia del mito soviético que, como vimos en el capítulo pasado, no colaboró en la creación de una identidad nacional rusa.

Las diferencias que encontramos entre las tres grandes corrientes del nacionalismo ruso – los centristas o euroasiáticos, los nativistas, y los comunistas nacionalistas – reflejan bien la confusión prevaleciente entre los sectores que se oponen a las reformas emprendidas por los occidentalistas y sus resultados. Tal vez éste sea el principal rasgo en común que compartan. De cualquier manera, las diferencias entre la oposición nacionalista no son insalvables, como vimos en el caso de los nativistas ortodoxistas y algunos sectores muy importantes de los comunistas nacionalistas. Las primera y tercera vertientes – euroasiáticos y comunistas – han encontrado la manera de formar partidos políticos e influir en el desenvolvimiento de la política nacional. Sin embargo, parece que el desencanto progresivo entre la población marca una grieta cada vez más amplia y profunda entre la mayoría de la población y los grupos políticos enfrascados en la lucha por el poder.

No quiero entrar a temas ajenos a la tesis, pero no puedo resistir la siguiente reflexión. El hartazgo de la política que manifiesta gran parte de la población rusa podría compararse muy bien con las desilusiones y el desencanto con la “democracia” expresada por una proporción cada vez mayor de latinoamericanos, según varios estudios que no tengo a la mano, pero que existen y que han sido publicados y comentados por la prensa nacional. La diferencia sería tal vez que mientras en México – para no entrar en el pantanoso terreno de las generalizaciones al hablar de toda América Latina –, en donde casi ningún debate político parte de qué debemos entender por “democracia”, y donde a raíz de los triunfos de candidatos panistas para gubernaturas durante el régimen de Salinas de Gortari se estila hablar de “democratización” o de “transición”, y donde, para terminar, luego de la victoria de Fox en las elecciones presidenciales de 2000 se volvió lugar común hablar de “democracia”; en Rusia el debate sobre la naturaleza misma del régimen y del modelo imperante arrececa cada vez más.

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

Como era de esperarse, son aquellos quienes no se articulan en torno a partidos políticos los que llevan la voz cantante en este debate. No ganan elecciones, no proponen reformas ni contrarreformas o leyes en la Duma, pero son espejo de la opinión del ruso de la calle, que es quien, al fin de cuentas, se imagina y recrea la nacionalidad propia²⁸. La manera en la que se recrea esta identidad nacional pasa no solamente por los habitantes comunes de Rusia, sino por los que quedaron fuera de ella luego de la desaparición de la URSS en 1991 y, por supuesto, la manera en la que se perciben y son percibidos.

4.4 La “diáspora rusa” y la identidad nacional rusa

Como ya vimos, las actuales fronteras de la Federación Rusa son el resultado de modificaciones territoriales emprendidas durante el régimen soviético. El oeste de Ucrania, Crimea, el norte de Kazajistán y las cuatro repúblicas que otrora formaban Turquestán eran parte integral del territorio ruso. Sin embargo, es muy difícil definir cuáles son o eran las “fronteras naturales” de Rusia. A diferencia de todos los demás imperios coloniales, Rusia ganaba territorios conquistando e integrando territorios y pueblos vecinos, por lo que distinguir entre las nuevas adquisiciones y el territorio “original” o “histórico” de Rusia se volvía progresivamente más difícil. A lo largo de los siglos, colonos rusos se asentaron en territorios conquistados, y grupos étnicos no rusos poblaron profusamente el territorio ruso, que se expandía constantemente.

Si ya a lo largo de la existencia del imperio zarista o durante el periodo soviético la relación entre los rusos y Rusia fue ambigua – por ruso (*rüsski*) pasaban los tártaros, conversos o no a la iglesia ortodoxa, los buriatos, los kazajos, etc. –, al colapsar la URSS tanto los rusos dentro de Rusia como en el exterior tuvieron que reconfigurar su concepción de lo que es ser ruso. Como

²⁸ En este sentido, me gusta recordar que Hobsbawm escribe que a pesar de la manipulación que las élites gobernantes hacen de la simbología patria y de su tremenda influencia mediante el sistema de educación pública: “Nuevos días festivos oficiales, ceremonias, héroes o símbolos, (...) dirigidos por los crecientes ejércitos de empleados públicos y el creciente público cautivo de escolares, pueden fallar en movilizar a los ciudadanos si carecen de una genuina resonancia popular. El Imperio Alemán no tuvo éxito ni en sus intentos por convertir al Emperador Guillermo I en un popularmente aceptado padre fundador de la Alemania unificada, ni en convertir su cumpleaños en un genuino aniversario nacional (¿Quién, por cierto, recuerda los intentos por llamarlo ‘Guillermo el Grande’?). El fomento oficial logró la creación de 327 monumentos hacia 1902, pero a un año de la muerte de Bismark en 1898, 470 municipios habían decidido erigir ‘columnas de Bismark’” (Moose, *cit.* en Hobsbawm, 1983:263-264) (Énfasis en el original)

vimos en el capítulo anterior, en la parte correspondiente al periodo 1964-85, la mayoría – 70% – de los rusos consideraban a la URSS, y no a Rusia, su patria.

Durante el gobierno de Gorbachov, sin embargo, la identidad rusa se vio sacudida por dos motivos. El primero fue el creciente nacionalismo en el resto de las repúblicas. Ya vimos que a pesar de las crecientes tensiones y conflictos étnicos dentro de la URSS, fuera de Rusia muchos occidentalistas no creían en la posibilidad de la disolución definitiva de la Unión Soviética, y no consideraban necesario tratar la cuestión nacional.

Sin embargo, la población rusa que vivía en alguna de esas repúblicas, al confrontar el nacionalismo local, tuvo que replantearse su relación no sólo con la república en la que habitaba, sino con Rusia también. Esto pasó tanto en Letonia como en Azerbaiyán o en Georgia. Los rusos fuera de Rusia, al ser tratados por los nativos como extranjeros no deseados, al hallarse ante un *alter*, hubieron forzosamente de desarrollar su propio *ego* y a pensar menos en la URSS y más en Rusia.

El segundo motivo fue, precisamente, el que tanto desconcertó a los nacionalistas rusos con respecto de los occidentalistas y de Iel'tsin: la manipulación del nacionalismo ruso para pedir la soberanía rusa. Esto dio a los rusos, tanto dentro de Rusia como fuera de ella la oportunidad de identificarse con una entidad política aparte de la Unión Soviética. Empero, Iel'tsin y los occidentalistas emplearon el nacionalismo como arma para debilitar a Gorbachov y a la Unión Soviética, y no para forjar una identidad nacional rusa.

En efecto, al igual que durante los últimos años del gobierno de Gorbachov, la Rusia de Iel'tsin, en un inicio, trazó toda su política exterior en términos eminentemente económicos. El ingreso a organizaciones comerciales internacionales, la obtención de créditos, el cumplimiento de las recomendaciones de organismos financieros internacionales, como el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM), etc. eran las prioridades del Kremlin. Iel'tsin asumió que los rusos que quedaron fuera de Rusia adquirirían la nacionalidad de sus respectivos países de residencia y que los gobiernos de cada uno de ellos se encargarían de proporcionarles el mismo trato que a cualquiera de sus ciudadanos, porque los rusos serían, precisamente, parte de estos ciudadanos. Las colonias rusas en las ex repúblicas soviéticas, como explica Melvin, no eran percibidas como parte integral de la nación rusa en ese momento.

TRABAJO CON
FALLA DE ORIGEN

Pero los acontecimientos en varias de las exrepúblicas, que tuvieron el común denominador de afirmar el *ego* local mediante una contraposición con el *alter* ruso²⁹, causaron que Rusia se fuera implicando cada vez más en la defensa de las minorías rusas en las otrora repúblicas soviéticas. Este giro en la política exterior del Kremlin también se debió al desprestigio de los occidentalistas debido a la tremenda merma en el nivel de vida de la población. Así, Jel'tsin tuvo que recurrir a políticas menos extremistas – ya vimos que por el mismo motivo tuvo que sustituir a Gaidar por el más moderado pero igualmente corrupto Chernomyrdin –, y salir al paso de los reclamos de los nacionalistas sobre la defensa de los intereses de los millones de integrantes de la “diáspora rusa”.

República	Rusos étnicos		Rusoparlantes	
	Total	%	Total	%
Ucrania	11 355 000	22.1	16 898 000	32.8
Bielorrusia	1 342 000	13.1	3 243 000	31.9
Kazajstán	6 227 000	37.8	7 797 000	47.4
Uzbekistán	1 653 000	8.3	2 151 000	10.9
Georgia	341 000	6.3	479 000	8.9
Azerbaiyán	391 000	5.6	528 000	7.5
Lituania	344 000	9.4	429 000	1.7
Letonia	905 000	34.0	1 122 000	42.1
Estonia	474 000	30.3	544 000	34.8
Moldavia	562 000	14.0	1 003 000	23.1
Kirguiztán	916 000	21.5	1 009 000	25.6
Tayikistán	333 000	7.6	421 000	9.7
Turkmenia	388 000	9.5	495 000	12
Armenia	51 000	1.6	66 000	2

(Fuente: “Naseléne Rossii. Ezhegódnvi demograficheski doklad, p. 15”. cit. en Melvin, op. cit.:134)

²⁹ En los países bálticos se hostigó a la minoría rusa. Por ejemplo, Letonia expulsó a todos los jugadores de apellido ruso – Shirov, Schabálov, y otros – de su selección nacional de ajedrez. Con ellos había logrado un impresionante cuarto lugar en las olimpiadas de 1994, pero dos años después quedó más allá del cuarenta. Por otro lado, el Kremlin aprovechó la supuesta defensa de las minorías rusas en Crimea, en Georgia o en Moldavia para intervenir en los asuntos internos de varias exrepúblicas.

El mismo término "diáspora rusa" (*rússkaia diáspora*) es resultado de la dificultad por localizar un territorio "nuclear" ruso, porque la casi totalidad de las personas que la conforman no salieron de la URSS sino que permanecen en el lugar en el que nacieron. La verdadera diáspora se localiza en Israel, Estados Unidos, Alemania y en muchos países más, y es conformada por emigrantes, por personas que abandonaron su país por el estrepitoso derrumbe de la calidad de vida en la exUnión Soviética.

Pero si esta denominación es insatisfactoria, las demás que se han propuesto y utilizado pueden ser aun más confusas: *sootičestnienniki* ("compatriotas") es inexacto porque las personas a las que se referiría nacieron en el territorio actual de países ahora independientes de Rusia, e incluso pueden no tener pasaporte ruso. *Rossiane* (técnicamente, "ciudadanos de Rusia", pero no "rusos". Por ejemplo, un tártaro de Kazán es un *rossitanin* – ciudadano de Rusia – pero no un *rússki* – ciudadano étnico –. Se aplica con la connotación de estar fuertemente ligado histórica y emocionalmente a Rusia) también es erróneo por un motivo muy similar al anterior: muchos no tienen pasaporte ruso y no son ciudadanos del Estado ruso, y los sentimientos hacia Rusia no son un parámetro fácilmente medible ni confiable – por ejemplo, un uzbeko podría alegar, bajo esta denominación, su pertenencia a la *rússkaia diáspora* –. *Etnicheskie rossiane* (un término nebuloso y algo esotérico que se traduce por algo así como "ciudadanos de Rusia étnicos") es un nombre tramposo y muy poco práctico, porque incluiría a eslavos no rusos, como lo serían ucranianos y bielorrusos que quieran ser rusos, y a autóctonos muy rusificados, como es el caso de gran parte de la población kazaja, por ejemplo. Es erróneo también porque podría utilizarse para alegar derechos de representación de poblaciones eslavas que no deseen protección alguna del Kremlin – como podría hacerse con partes de Ucrania y Bielorrusia – o de cualquier territorio poblado por autóctonos que hablen ruso. *Russkoiazýchnye* ("rusoparlantes") también tiene sus hemoles, porque, de nuevo, incluye grupos que no son considerados integrantes de la *rússkaia diáspora*, como los kazajos rusificados o los descendientes de inmigrantes coreanos en Kazajistán, que hablan ruso. *Výjodtsy* ("los que salieron") presenta las mismas dificultades que "diáspora": no salieron sino que permanecen en su lugar de residencia. El término implica que Rusia es su "Patria natural".

También se han usado las denominaciones *nashi* ("nuestros"), *russko-dúmaiuscheie nasielénie* ("población de pensamiento ruso" o "rusopensante"), y *rossiisko-orientirovannoie nasielénie* ("población orientada hacia lo ruso", sería la traducción más exacta) (*ibid.*:11-12, 15-16).

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

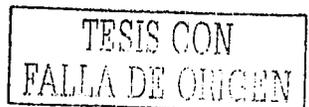
Ninguno de estos términos es exacto pero queda claro a qué se refieren todos ellos: a los rusos que quedaron fuera de Rusia al disolverse la URSS.

La creación del mito de una diáspora rusa que proteger sirvió para forjar la idea de un núcleo territorial ruso que sería la "Patria natural" de todos los rusos en el exterior, y para otorgarle una misión patriótica al Estado ruso, lo que ayuda a recrear en parte la idea de Rusia como potencia (*derzhava*), por su influencia directa en varios países.

Más allá de la *Realpolitik* que pueda emplearse para usufructuar el mito de la diáspora rusa, hay que admitir la influencia que ejerce sobre el imaginario popular ruso. Todos los nacionalistas son muy sensibles a él, sobre todo porque en no pocos casos la minoría rusa se ha vuelto, en varios países, el bulto al que los políticos nacionales golpean para demostrar su fuerza ante el electorado nacional. La idea del desamparo de las comunidades rusas en el exterior refleja la sensación de abandono que se repite una y otra vez en los argumentos de los nacionalistas rusos, como en el caso de Solzhenitsyn y de Tsipko, por no hablar ya de nacionalistas más extremos, como es el caso de Dmitri Rogozin, presidente en 1993 del Congreso de Comunidades Rusas, el grupo mejor organizado de representantes de las colonias rusas en las exrepúblicas soviéticas. Rogozin argumenta que es la etnicidad lo que define a las poblaciones rusas en el extranjero, y que su total y completa integración a Rusia es central para el bienestar de todo el pueblo ruso. Además, la diáspora rusa para él no es tal, pues las comunidades rusas se localizan en extensiones naturales del Estado ruso (Melvin). O sea, según, Rogozin, varias exrepúblicas estarían ocupando territorio legítimamente ruso que consecuentemente, tarde o temprano debería regresar a Rusia.

4.5 Las tendencias dominantes en el debate occidentalistas-nacionalistas

La diáspora rusa nos aporta el último elemento que nos faltaba para hacernos una idea de cómo se reconstruye la identidad rusa actualmente. El de los rusos en el extranjero es un tema evadido por los occidentalistas, porque ni es de su interés – que es acercarse a "Occidente" tanto como sea posible, y no distraerse por sectores poblacionales que debieran ser asimilados por los países en los que viven – ni desean publicitarlo, porque eso sería llevar agua al molino de sus adversarios, los nacionalistas. Éstos, por el contrario, usan el mito de la diáspora para movilizar –



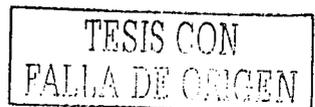
o al menos así lo intentan – la opinión pública en contra de los occidentalistas, y este tema forma parte de su arsenal de argumentos.

Como vimos líneas arriba, los integrantes de la corriente nativista moderada reflejan con mayor fidelidad los sentimientos predominantes entre la población. Muy posiblemente esto se deba a que se mantienen – o los mantienen – alejados de la política y de sus coyunturas. Los debates sostenidos en la prensa entre representantes de los reformistas – que siguen activos en la política, defienden su obra y proponen más reformas – y de los nacionalistas moderados – que solamente proponen medidas a grandes rasgos y nunca programas concretos – son muy instructivos para atisbar la condición actual de la identidad rusa y sus posibles derroteros. Entre los nacionalistas moderados, aparte de los nativistas, encontramos muchos euroasiáticos que no hallan acomodo ni se sienten representados por el movimiento de Duguin que, dicho sea de paso, cuenta con una presencia política casi marginal.

Las conmemoraciones siempre han sido fechas muy apropiadas y usadas para hacer “cortes de caja”, recuentos y reflexiones sobre lo acontecido. Los diez años transcurridos desde la implosión soviética fueron empleados por los nacionalistas para lanzar una fuerte andanada de críticas a los resultados de las reformas emprendidas por lo occidentalistas. Las pasiones levantadas, ya sea a favor o en contra, fueron y son muy intensas, y de todo el bosque de papeles y artículos escritos al respecto, ya quitada la hojarasca de escritos oportunistas o extremistas en demasía, podemos quedarnos con una corta selección que refleja las siguientes posturas:

Entre los reformistas, pocos son los que abandonan esta corriente, una vez concluido el éxodo de arrepentidos tras la implosión soviética. Al contrario, casi todos los primeros ministros de Jel'tsin se han reagrupado en el ya mencionado partido SPS. Como vimos en la entrevista con Mau, aceptan que el país enfrenta problemas, pero consideran que son los mismos problemas normales que enfrenta cualquier país en la situación en la que se encuentra Rusia. De qué situación se trata o cómo llegó a esa situación son puntos que evaden. O que enfrentan con cinismo, como, de nuevo, vimos con Mau. Por cierto, la opinión que externa Mau sobre las reformas, a las que considera “una revolución”, y cuyas medidas igualan a las realizadas por “las grandes revoluciones del pasado”, refleja el carácter autoritario que domina entre los occidentalistas.

Además, la identificación que hacen entre el resultado de sus reformas y los conceptos tan ambiguos y generales como “libertad” y “democracia” vician y dificultan todo debate en torno a



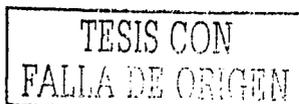
los logros y errores de los diez años transcurridos bajo su predominio. Sin aclarar qué se debe entender por estos términos, los occidentalistas consideran que las críticas a sus políticas representan un ataque a las libertades y a la democracia. Por otro lado, sostienen que todos sus críticos son estalinistas o comunistas, y así, sin distinguir entre las diferencias, a veces profundas de sus críticos, se enfrenan a ellos. Por ejemplo, el politólogo occidentalista Evguenni Ijlov escribió que algunas medidas del presidente Putin que centralizaron más el poder en sus manos, a contrapelo de las recomendaciones de los occidentalistas, se deberían a que “El torrente de nuevas iniciativas ‘euroasiáticas’ no puede ser consecuencia de una pura coyuntura. Se sabe que el ‘eurasiatismo’ – o más exactamente, la creencia en una esencia rusa particular, no europea, integral, que sea una civilización por sí misma – siempre entró en moda tras cada fracaso de los proyectos europeo-democratizadores. Uvárov y sus tres fuentes y tres pilares luego de los decembristas. Las doctrinas de Leónt’ev y Pobedonóstsev, luego de la crisis de las grandes reformas de Alejandro II. El primer eurasiatismo, tras el fracaso del liberalismo ruso ‘blanco’, y aquí golpeaban desde dos flancos: los ‘rojos’ en Rusia y los ‘negros’ en la emigración. El stalinismo (‘socialismo en un país’) luego del hundimiento de la Revolución Mundial. Y, naturalmente, la crisis de las segundas Grandes reformas (1988-1998) obligó de nuevo a la veleta de las modas ideológicas apuntar hacia la ‘particularidad-originalidad’ (...) pero como dicen, al pueblo le urge una ‘identidad’. Y puesto que vivimos en una sociedad de mercado, entonces por ley de mercado una solicitud con capacidad de pago debe ser satisfecha. Fuimos soviéticos, luego demócratas-europeos. Ahora somos todavía más duros: somos euroasiáticos” (*Niezavisimaja Gazeta*, 08.09.2001).

Otra característica de los occidentalistas es la indefinición conceptual de “Occidente”, lo que los lleva a obviar las diferencias existentes entre los componentes de este concepto. Así, más que describir una entidad política y social existente, los occidentalistas se refieren siempre a una idealización de sus aspiraciones o, por lo menos, de lo que comprenden como “cultura occidental”, muy a la manera de Huntington en su libro *El choque de las civilizaciones*. Y, al igual que Huntington, confieren a Estados Unidos el papel de bastión o representante primario de esta “cultura occidental”

Esta laxitud conceptual causa que casi todos los occidentalistas crean que seguir al pie de la letra los preceptos del Consenso de Washington o las recomendaciones del FMI o del BM, o subordinar su política exterior a los intereses de Estados Unidos (como representación de la

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

"cultura occidental") equivale a ser "liberal", "demócrata" o "moderno". Así, el periodista y analista occidentalista Oleg Moróz escribe sobre las ventajas de "ser amigos" de "Occidente". Moróz empieza su análisis (*Literatúrnaia Gazieta* N° 6/2002) desde una posición que tiene una gran dosis de verdad: "Nuestro rencor hacia Occidente es resultado de un profundo y centenario complejo de inferioridad". Para que la afirmación fuese totalmente cierta, habría que añadir que también el occidentalismo tiene las mismas raíces. Luego, Moróz afirma que el odio hacia "Occidente" se concentra en los sectores marginales y en un sector de la *intelligentsia*, la que se haría llamar "patriótica", y contrapone estos sectores sociales con la mayoría de la población rusa, que estaría totalmente a favor de "Occidente". Moróz, para afirmar esto, se basa en que la cultura de masas predominante en Rusia es "occidental", y porque el "sueño" de todo joven ruso es emigrar a "Occidente". Más aún, Moróz afirma que los sectores de la sociedad rusa favorables a "Occidente" son "precisamente su parte más 'avanzada', más móvil: la juventud, los empresarios, los inversionistas". A continuación, Moróz explica que "es mejor ser amigo de los fuertes" y agrega que debido al debilitamiento de las fuerzas armadas rusas y al plan estadounidense de construir su escudo antibalístico, en poco tiempo Rusia quedaría inerme ante un ataque nuclear a su territorio. Por lo tanto, es menester "prevenir este curso de los acontecimientos, o sea, el rompimiento del equilibrio militar a través del perfeccionamiento del escudo antibalístico y de otras armas, lo [que] lograremos no desde una posición de fuerza, porque hace tiempo que ya no la tenemos, sino desde una 'posición de amistad' (...) En primer lugar, la amistad se debe demostrar. Una de estas demostraciones, expresadas por Putin a su colega americano, fue la activa participación en la operación antiterrorista en Afganistán. Otra, el consentimiento a que los americanos y sus aliados emplearan las exrepúblicas soviéticas de Asia Central como bases militares (...) Segundo, es necesario, apretando los dientes, tolerar cuando periódicamente te insinúen que aunque agradable, no eres un socio del todo igual (...) Tercero, hay que soportar con igual estoicismo los rumores dentro del país propio". Luego Moróz habla del peligro que representa China, con su creciente potencial económico y militar, para la integridad territorial rusa, y advierte que en el futuro se avizora una contraposición entre Estados Unidos y China, como antes la hubo entre el Kremlin y la Casa Blanca. Para evitar que los conflictos entre estos dos países "aplasten" a Rusia, Moscú debe evitar a toda costa enemistarse con cualquiera de estas dos "superpotencias".



Moróz cierra su artículo escribiendo que "claro, lo más difícil será resignarnos a nuestro inevitablemente dependiente rol dentro de la 'amistad' con Occidente (...) Occidente, al igual por cierto que Oriente, el Sur o el Norte, tiene sus propios intereses en todo el mundo, y precisamente será esto lo que defenderá antes que nada. Y cada vez nosotros tendremos que arreglar el asunto de manera que sus intereses no se distancien mucho de los nuestros, demostrar su similitud, su cercanía, demostrar que son idénticos. Lamentablemente, nuestra amistad con Estados Unidos de nuevo vino a la baja. De nuevo se ahondaron las diferencias en torno a los países 'parias', en torno al conflicto entre India y Pakistán, etc. Es muy posible que el subsecuente esfuerzo por establecer relaciones amistosas normales con Occidente de nuevo fracase. Lo importante es recordar que estas relaciones son un objetivo estratégico vital para nosotros, y que sin reparar en nada, hay que intentar restablecerlas una y otra vez".

La postura de Moróz tiene una gran similitud con la del SPS, expresada por Irina Jakamada. Mientras la funcionaria de la SPS recomienda "esperar y mostrar paciencia" hasta que "Occidente" acepte a Rusia en "el club atlántico", Moróz afirma que es necesario "apretar los dientes y tolerar" cada vez que, dicho sea sin eufemismos, "Occidente" – que para Moróz se reduce a Estados Unidos – menosprecie a Rusia. Resulta sintomático que tanto Jakamada como Moróz acepten que "Occidente" tenga sus propios intereses, y más aún que busque defenderlos a como dé lugar, y que simultáneamente insistan en que Rusia debe supeditarse a Estados Unidos en todos los rubros para evitar una desavenencia con Washington.

Jakamada y Nemtsov, exponentes destacados del bando occidentalista, reiteraban, como vimos páginas arriba, que Rusia debía asegurar su ingreso a la "civilización global" o "mundial" mediante las políticas que acabamos de resumir. Este deseo por unirse al porvenir de Rusia a alguna "civilización" superior que rebasa a Rusia, es una constante centenaria entre los occidentalistas y "modernizadores" rusos. Esta sensación de rezago o de autoexclusión – por lo que, como dijimos, el complejo de inferioridad ante "Occidente" no es privativo de ciertos nacionalistas – subyace en las esporádicas pero muy presentes propuestas que Rusia abandone el alfabeto cirílico a favor del abecedario latino. Curiosamente, esta propuesta ya se había manejado en los años veinte, durante la *korenisatsiia*.

En efecto, al iniciarse las campañas de alfabetización masiva, las autoridades centrales se pelearon de que muchos grupos empleaban el alfabeto árabe, caracteres del mongol antiguo, o carecían de escritura. Se desarrollaron más de 70 alfabetos para sendos grupos etnolingüísticos.

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

con la particularidad de que todos estaban basados en el abecedario latino, porque el alfabeto cirílico se identificaba con la rusificación, tan denostada en aquella época. El entusiasmo por el abecedario latino llevó incluso al jefe de la comisión de elaboración de alfabetos, al profesor Nikolái Iákovlev, pugnar por la adopción del abecedario latino también para los idiomas eslavos de la Unión Soviética: el ruso, ucraniano y bielorruso.

Argumentaba que “el territorio del alfabeto ruso representa actualmente una cuña hincada entre los países en los que fue adoptado el alfabeto latino de la revolución de Octubre y los países de Europa Occidental, donde hallamos alfabetos nacionales-burgueses de igual fundamento [el abecedario latino. M. G.]. De esta manera, en la etapa de la construcción del socialismo el alfabeto ruso representa un innegable anacronismo: una especie de barrera gráfica que separa al más numeroso grupo de los pueblos de la Unión tanto del Oriente revolucionario como de las masas obreras y del proletariado de Occidente” (*Nezavisimaia Gazieta*, 31.03.2001). La reforma de la escritura llevaría un carácter marcadamente voluntarista, como la que realizó unos cuantos años antes Mustafá Kemal Atatürk en Turquía, y aun siglos antes Pedro I *el Grande*, al volver ilegible la literatura anterior a su reforma a la escritura rusa. La comisión de Iákovlev, dicho sea de paso, llegó a una transcripción latina del ruso demasiado tarde: en 1930, cuando Stalin había ya abandonado la idea de la Revolución Mundial, y estaba cada vez más consciente de los peligros de la *korenizatsiia* y del escarnio de la cultura y del pasado rusos.

Pues bien, en 2001 se volvió a plantear por última vez la necesidad de cambiar el alfabeto cirílico por el abecedario latino. Ahora la propuesta la hizo el académico de la Academia Rusa de Ciencias Serguei Arutiunov, con los argumentos de que tal cambio correspondería a los “procesos civilizatorios” de los que Rusia no debería aislarse por pruritos “imperialistas”: “Opino que la globalización y la computarización de nuestras vidas conducirán al fin y al cabo a que, en este mismo siglo, también la escritura rusa adoptará el alfabeto latino. El cirílico ha caducado incluso dentro de las lenguas eslavas. Hasta en Bulgaria, la madre del alfabeto cirílico, se escuchan juiciosas opiniones sobre la necesidad de cambiar al abecedario latino. Esto es obstaculizado por la idea de Rusia como gran potencia (*ideia risskoi velikoderzhávnosti*). La idea de cierta particularidad de Rusia, la particularidad del camino ruso, el eurasiatismo y así por el estilo. Esta es una idea perjudicial, reaccionaria. Rusia debe integrarse a Europa (...) Lamentablemente, la lengua rusa, juzgando por los ánimos de ciertas personas, será de las últimas en cambiar a esta escritura, y el único resultado será que otros pueblos, no eslavos,

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

superarán a Rusia en su desarrollo civilizatorio³⁰.” A la pregunta sobre si atrás de la adopción del abecedario latino no subyacen motivos políticos, Arutiunov responde: “La política aquí es secundaria (...) Existen procesos civilizatorios. Claro, la política se relaciona con ellos, en cierta manera (...) Los procesos civilizatorios son macroprocesos, y la política es un microproceso. Existen chauvinistas imperialistas que creen que hay que quitarles a las repúblicas la decisión sobre la escritura y volverla competencia del centro. Pero entonces no quedará nada de la soberanía de las repúblicas (...)”.

Por último, al final de la entrevista, sostiene que el abecedario latino es perfecto en comparación con el cirílico, y reitera que “el cambio general al abecedario latino es una demanda ineludible de los procesos de la globalización. Y si Rusia quiere ir a la par del mundo en progreso, si quiere ser parte de Europa, Rusia debe por completo adoptar el alfabeto latino, y tarde o temprano esto sucederá” (*Niezavisimaja Gazieta*, 07.08.2001).

El defecto más obvio de la idea de cambiar el cirílico por el latino es que el abecedario latino no satisface las necesidades de ningún idioma europeo, es incapaz de representar todos los fonemas que tiene cada idioma: en español usamos la “ñ”, en francés se escribe “gn” y en portugués “nh”, de la misma manera que la “ch” española es la “tsh” alemana, la “tch” en francés, la “č” en croato-serbio. La “w” no se usa en español pero es esencial en inglés o en alemán, y la “ñ” no se puede representar en alemán, al igual que la “ö” alemana no lo puede ser en español. Así, no existe un único abecedario latino, y la adopción de cualquiera de ellos sería una especie de claudicación cultural ante, simple y llanamente, el poderío financiero del país cuyo abecedario se adopte. Además, encontraremos que tanto el intento de revisión contemporáneo como el de mediados de los años veinte del siglo pasado comparten el mismo sustrato ideológico: Rusia debe librarse de elementos inherentes a su cultura e historia para acercarse a la civilización universal, que tanto en Chaadáev como en Nemtsov, Jakamada o Moroz es siempre la “occidental”. La única variabilidad la encontramos en la encarnación de “Occidente”: para los occidentalistas decimonónicos era “Europa”, en tanto para los actuales Estados Unidos o, mejor dicho “América”.

³⁰ Esta entrevista fue motivada por la decisión del gobierno de la República Autónoma de Tatarstán de adoptar el abecedario latino en sustitución del alfabeto cirílico, que fue introducido durante la tercera década del siglo pasado, cuando Stalin dio marcha atrás a la *korenizatsiia*. Sólo unos pocos años antes, en los veinte, el abecedario latino desarrollado por Iákovlev – había sustituido al árabe. Como se ve, los gobernantes de Tatarstán decidieron combinar una idea restauracionista con una muy positivista noción de “desarrollo”. Así, se olvidaron del árabe para adoptar el “alfabeto del futuro y de la modernidad-globalización”: el latino.

Estas propuestas “modernizadoras” de claros fundamentos voluntaristas siempre son perjudiciales para la creación o consolidación de una identidad nacional rusa. Durante la *korenisatsiia*, como vimos, los ataques a la historia rusa fueron un duro golpe a la autoconciencia de los rusos. Así, la pretensión de derogar el uso del cirílico fundamentándose en meros cálculos de una eventual revolución mundial es sintomática de una política que tuvo efectos deletéreos para la identidad rusa. Primero, por el menosprecio que demostró por la cultura e historia rusas. Segundo, porque supeditó, de nueva cuenta, la identidad rusa a un evento supranacional, en este caso a la revolución mundial, como antes lo fue el imperio zarista y después lo sería la “hermandad soviética”.

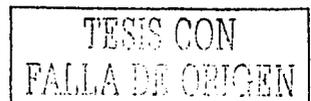
Esta desesperación ante algunas características de la cultura rusa (¿y puede haber algo más sintomático de la cultura que el idioma y la escritura?) es la misma constante que hallamos en todos los occidentalistas rusos, desde Pedro I *el Grande* – recordemos la cita de Berdiáev que citamos páginas arriba –, pasando por Chaadáev, algunos escritos del mismo Berdiáev y hasta los occidentalistas contemporáneos.

El voluntarismo y la vergüenza por la cultura rusa que parecerían mostrar los occidentalistas motiva a los nacionalistas a llamarlos “neobolcheviques” y “rusófobos”, como ya vimos en el caso de Tsipko. No haré un recuento de las posturas nacionalistas chauvinistas o francamente neofascistas porque no enriquecen el debate. Prefiero concentrarme en los nacionalistas moderados a la manera de Tsipko, Solzhenitsyn³¹ y de otros, porque son los que sostienen los debates más interesantes e ilustrativos con los occidentalistas.

Podría objetárseme que no es sincero oponer críticas nacionalistas moderadas a opiniones occidentalistas extremas, como lo son las que hemos reseñado hasta ahora. La respuesta sería que prácticamente todos los otrora occidentalistas moderados abandonaron hace tiempo las posturas occidentalistas/liberales/reformistas, ante los problemas sociales que acarrearon. Consecuentemente, los occidentalistas que sobreviven son esencialmente extremistas. Es cierto que el Partido *lábloko*, de Iavlinski, es occidentalista, pero no tiene la influencia política de la SPS, atrapado como está entre los occidentalistas y el Partido Comunista de Ziuganov.

Además, no quiero hacer un repaso de las opciones políticas sino de la manera en la que la gente alejada de la coyuntura y del mundillo político reconstruye su identidad nacional. Los

³¹ Una especie de nativismo moderado mezclado con eurasiatismo también moderado. Solzhenitsyn es muy sensible a los temas religiosos – pugna por la preeminencia de la religión ortodoxa pero no es un ortodoxista – y culturales, pero está muy lejos de ser un chauvinista granrruso.



periodistas, analistas y filósofos del nacionalismo moderado reflejan mejor que otros grupos nacionalistas – por ejemplo, los nativistas extremos que tanto ocupan a Jean Meyer – las opiniones de la mayoría de la población rusa. Queda por explicar que me inclino por Tsipto no nada más porque en sus escritos son recurrentes los temas de la dignidad nacional, el precio de las reformas económicas e incluso el de la identidad nacional, sino también porque desató un intenso debate con uno de sus artículos. Los artículos y entrevistas a Mau y Kara-Murza arriba citadas, por ejemplo, son parte de las respuestas que su artículo provocó (por cierto, no he olvidado la promesa de citarlo más adelante, como escribí páginas arriba).

Decíamos, pues, que los nacionalistas rusos abominan de la rusofobia y del voluntarismo occidentalista. Lo que es más, afirman que los logros de los que se ufanan los occidentalistas, que serían la libertad de expresión, de profesión religiosa, de opinión, etcétera, no son una conquista de lel'tsin sino de la *perestroika* de Gorbachov. Tsipto escribe: "Sólo será posible una conversación sincera sobre la última década cuando comparemos los logros democráticos de la *perestroika* de Gorbachov y de Iákovlev con las conquistas democráticas de la época de lel'tsin. Y entonces se descubrirá que la auténtica gran revolución no ocurrió en 1991, sino a finales de los ochenta (...) No es difícil demostrar que a fines de la *perestroika* la posibilidad de una oposición política real era más factible que ahora. Incluso si al frente de los criterios de evaluación colocamos los meros logros de la libertad, distrayéndonos de todos los demás valores de la vida humana, olvidándonos de los problemas de la seguridad personal y estatal, de la dignidad nacional, de la salud espiritual, de las garantías de la vida, pues incluso aquí los éxitos del equipo de lel'tsin no son tan impresionantes. Arriesgo afirmar que el poder gorbachoviano *perestroiko* [así dice el original: *perestróiechnaia gorbachóvskaia vlast*: M. G.] era más tolerante con las ideas contrarias que el actual, autodenominado 'democrático'. Parece imposible que representantes de puntos de vista alternativos a las reformas económicas, como esos mismos Glásiev, Ivanter, Nekipiélov¹² sean invitados hoy al Kremlin en calidad de consejeros o miembros del gobierno. Y en los tiempos soviéticos yo, legalmente un antimarxista, trabajaba en el Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética, y nadie, por cierto, me perseguía por mis convicciones. Más aún, (esto fue al final de la *perestroika*), me pidieron dar una

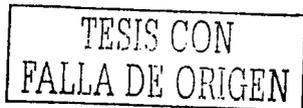
¹² Economistas que a pesar de, o tal vez gracias a, sostener opiniones contrarias a la política económica de Gorbachov fueron invitados por éste a su gabinete económico.

conferencia sobre los errores principales de Karl Marx ante el aparato del partido" (*Literatúrnaia Gazieta*, N° 47/2001).

Los nacionalistas de la línea de Tsipko y de Solzhénitsyn no cuentan con representación política y lo que es aún más sintomático, no tienen un programa político elaborado, presto a ser puesto en consideración si se llegase a presentar la oportunidad³³. Ensombrecidos por las consecuencias del régimen de Iel'tsin y por las actuales acciones de Putin, lamentan lo ocurrido y se limitan a trazar ideas a grandes rasgos, demasiado generales como para integrar con ellas un plan de acción. Y esta es una diferencia muy grande con los occidentalistas, que se dan tiempo para tomar parte activa en la política y para defender sus posiciones en los debates con los nacionalistas. Incluso Duguin es más notorio como "analista geopolítico" del periódico semanal *Literatúrnaia Gazieta* que como político activo. Los nacionalistas parecerían preferir la posición de juez y conciencia de los actos del gobierno y de los occidentalistas, que a pesar de su evidente e indeclinable desprestigio siguen llevando la voz cantante en el gobierno ruso. Las críticas de estos últimos a Putin se fundamentan más en la centralización del poder que realizó en comparación de su antecesor, Iel'tsin, pero no hay que confundir esto con un viraje de las políticas occidentalistas. Su deseo por una "amistad" más cercana con "Occidente"/Estados Unidos es criticado por los nacionalistas.

Anatoli Salútski, por ejemplo, escribe, respondiendo al artículo arriba citado de Moróz, que durante una charla a la que lo invitó el departamento de Europa Oriental del Pentágono, antes de los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001, para discutir la situación política en Rusia, sucedió lo siguiente: Durante este intercambio de opiniones, los siete expertos estadounidenses, que hablaban y leían ruso fluidamente, le hicieron muchas preguntas sobre un periódico ruso "que, según la opinión de los expertos, se distinguía por una posición marcadamente antioccidental. Y aquí, imaginándome bastante bien el curso de las ideas de mis interlocutores, les planteé una pregunta a modo de respuesta: 'Díganme, ¿han leído en este periódico artículos de carácter anti-germánico?'. Primero hubo una pausa. Luego, entendiendo la intención de la pregunta, hablaron animadamente entre sí en inglés y finalmente me dieron una respuesta colectiva, cuyo sentido no me asombró a mí, sino a los mismos americanos: 'No, o por lo menos

³³ Aunque tienen sus propias ideas sobre cómo debería organizarse la vida pública del país. Solzhénitsyn, por ejemplo, escribió un libro llamado *Cómo reorganizar Rusia* en 1991, y en 1998 otro sobre el mismo tema, titulado *Rusia bajo los escombros*, en el que insiste en recuperar formas tradicionales de organización pública.

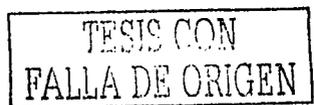


no lo recordamos...””. Más adelante se aclaró que los analistas estadounidenses equiparaban todo lo antiestadunidense con antioccidentalismo.

A continuación, Salútski se pregunta cómo es posible que Moróz tome a “Occidente” como una entidad monolítica y homogénea, cuando precisamente tras la disolución de la URSS los intereses políticos, económicos y geoestratégicos de Europa y de Estados Unidos difieren cada vez más. “El problema ‘Rusia y Occidente’, tocada por Moróz, es muy serio y, para nuestro país, realmente decisivo. Pero hoy en día ya no se le puede observar desde el punto de vista ideológico que continúa la vieja polémica entre liberales y patriotas. Ahora, las relaciones con Occidente y las opiniones hacia Occidente se colocan en otro plano: se han transformado en el problema de la búsqueda de Rusia de su nuevo sitio en un mundo nuevo”.

El autor plantea a continuación la disyuntiva que, en su opinión, enfrentaría Rusia si aprovechara su enorme potencial energético: el primero es que Rusia se incline por uno u otro bando – o sea, la Unión Europea o Estados Unidos – en su lucha por la supremacía financiera, y le daría la victoria por las dimensiones de sus yacimientos petrolíferos y sobre todo gaseros – “no es difícil imaginarse qué procesos comenzarían en las finanzas mundiales, si cambiamos nuestras cuentas gaseras a euros”, escribe Salútski –. El segundo escenario es que Rusia se vuelva un factor de estabilidad, intentando formar una especie de triángulo geopolítico EU-UE-Rusia. “Pero la integración económica no supone la pérdida de la singularidad nacional, de la originalidad cultural. Los franceses quién sabe por qué están en su derecho de declararle la guerra a los anglicismos sin que nadie los acuse de ‘antibritanismo’. Pero intenta arriesgarte a defender la cultura nacional rusa del *kitsch* occidental, y al momento te colgarán el mitrago de ‘antioccidentalismo’. O. Moróz todo lo echa al mismo montón: la política, la economía, la cultura, Estados Unidos, Europa, el dólar, el euro... Todo en un mismo montón, llamado Occidente o ‘antioccidentalismo’, alejando la discusión de los problemas verdaderamente vitales para Rusia. Lamentablemente, este no es un problema únicamente de Moróz: este es el rasgo distintivo del liberalismo ruso contemporáneo en general, que literalmente ante nuestros ojos se convirtió en una cosmovisión anquilosada, dogmática”. (*Literatúrnaia Gazieta*, N° 40/2002).

Más duro todavía fue Tsipko en su cañonazo que abrió todo un debate que duró meses en *Literatúrnaia Gazieta* y que llegó a salpicar las páginas del diario *Niezavisímaia Gazieta* y otros.



El artículo, titulado *Cegamiento y castigo*³⁴, Tsipko ajusta cuentas con el dogma – por lo menos así lo perciben los nacionalistas – y con los elementos de rusofobia – de nuevo, según los nacionalistas – que ya hemos localizado en el discurso occidentalista.

El artículo es, en suma, un impresionante recuento de las desilusiones y reproches que ahora, a la distancia de los años, muchos opositores del sistema soviético plantean a los occidentalistas encumbrados en la Rusia postsoviética. Dada la amplitud de la (auto)crítica, su sinceridad y la multiplicidad de puntos que toca, lo citaré extensamente.

Primero, Tsipko hace un diagnóstico de la situación predominante en Rusia. Hace a continuación una comparación de las condiciones de la Rusia actual con las de la URSS – lo que es el punto más polémico – y finalmente explica el origen de las taras de las reformas occidentalistas.

El filósofo escribe que son pocos los “desenmascaradores” – entre los que se incluye – del sistema soviético los que se atreverían a hacer un balance de sus actos, cuyo resultado sería un tercio de la población en la miseria, “sin gozar de la principal libertad: libertad de vivir, no tiene la libertad de alimentarse, no tiene la libertad de tener descendencia, de criar hijos”; y otro tercio en la pobreza y fuera del estado de derecho, sin gana ni tiempo algunos de acercarse a la política. Y, por si fuera poco, a esto habría que sumar dos millones de niños de la calle. Agrega Tsipko: “durante el tiempo de las reformas se perdió una parte considerable de la identidad nacional, se dañaron sustancialmente las seguridades militar y económica del país, se perdieron muchas ventajas geopolíticas de la Rusia histórica, así como una parte considerable de la productividad nacional, del potencial técnico y humano del país. Por primera vez en los últimos siglos se rompió la confianza de los rusos en sí mismos, en su Estado, en el sentido de su historia y de su existencia nacionales”.

La crudeza de este diagnóstico, que corresponde no sólo con la percepción de la mayoría de la población rusa sino con diversos y muy variados estudios que hablan del empobrecimiento generalizado de la población y del Estado ruso, conduce a Tsipko a la siguiente afirmación: “Resulta difícil, quedando en paz con la propia conciencia, con un sentido moral elemental y permaneciendo en el sano juicio, desconocer que, por lo menos hasta el día de hoy, nuestra revolución anticomunista quitó al pueblo muchos más satisfactores reales de la vida de los que le

³⁴ *Oslepénie i nakazánie* en ruso. Es un juego de palabras con *Prestuplenie i nakazánie* (“Crimen y castigo”), título de la célebrísima novela de Dostoievski.



dio, que fue una revolución de la minoría a costa de la mayoría, en nombre de los intereses materiales propios. Los leninistas, a pesar de todos los horrores de la construcción de la nueva sociedad, lograron de todos modos una revolución cultural, les dieron a millones de niños el derecho a la educación gratuita, a la salud espiritual, trajeron orden social y seguridad personal. En cambio, la nueva revolución destruye a propósito el sistema de educación no sólo pública sino también superior, condenando a millones de niños de escasos recursos, a los niños de las mayorías, a la marginalización espiritual. Nuestra revolución antisoviética provocó una enorme destrucción de la vida social. De aquí, posiblemente, nuestra pavora ante esta difícil verdad. En efecto, no es fácil admitir que tu libertad intelectual y tu prosperidad personal están compradas con la pauperización, la degradación, la muerte prematura, simplemente con el martirio y sufrimientos de tus compatriotas (...) Lo trágico consiste en que quienes más padecieron con nuestra democratización fueron los rusos, granrrusos en primer lugar."

Tsipko intenta provocar en casi cada una de sus frases, resaltando y arrojando ante los ojos del lector lo que, en realidad, éste ya sabía. Pero el desfile interminable de penurias es muy diferente a su sensación cotidiana, entremezclada con la vida diaria. Resulta impresionante que Tsipko, cuyo juicio sobre la naturaleza antirrusa y antipopular del sistema soviético ya conocemos, llegue a semejantes conclusiones: a pesar de su voluntarismo, que los habría llevado a cometer crímenes, los bolcheviques buscaban un sistema más justo. En cambio, los reformistas soviéticos y los occidentalistas rusos lo único que buscaban, en realidad, sería, lisa y llanamente, llenarse los bolsillos. También es muy de notar que Tsipko, aunque decepcionado y hasta asqueado de los resultados de las políticas "occidentalistas", no cae en la añoranza por los buenos viejos tiempos soviéticos.

Además, Tsipko, como nacionalista que es, realiza la distinción entre rusos y granrrusos que mencionamos en el primer capítulo: ruso es todo aquel habitante de cualquiera de las Rus' que hubo - primordialmente las de Galinia-Volynia, de Nóvgorod y la de Vladimír-Súzdal', o sea, todo aquel habitante de los antiguos territorios de la Rus' Kievita -, en tanto que granrrusos son, específicamente, los pobladores del estado moscovita, surgido dentro de la Rus' de Vladimír-Súzdal'.

Una vez situado en el terreno de las comparaciones, Tsipko continúa su deliberadamente provocativo y polémico artículo: "tampoco podemos escondernos del hecho de que la revolución socialista en Rusia y los experimentos socialistas destruyeron la parte de la etnia rusa más

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

enérgica y más apta. Por cierto, no sólo de la etnia rusa. Igual que como en la URSS el bienestar de los habitantes de la RSFSR³⁵, y sobre todo de los granrrusos fue sacrificado en aras del florecimiento de las repúblicas de la periferia, en la Rusia postcomunista quienes más sufrieron en nombre de la democracia son los granrrusos. Si permanecemos fieles a los mismos principios gracias a los que nosotros, los anticomunistas, desenmascaramos los crímenes de los leninistas y de Stalin, si nos conducimos por la idea cristiana de la dignidad de cada individuo, si partimos de la convicción de que el hombre no puede ser medio sino únicamente fin, es ineludible que admitamos que el para nosotros odiado régimen comunista era una construcción más humana que el que con ayuda nuestra se edificó sobre sus ruinas. Tal vez sea necesario reconocer que las revoluciones anticomunistas, llamadas a restaurar la propiedad privada, son por naturaleza más amorales que las socialistas, más cargadas de sentimientos bajos, de robo y de corrupción, ideas mercantilistas, que las revoluciones socialistas intelectuales de comienzos del siglo pasado. El romanticismo del comunismo seguía siendo romanticismo, ideología, a pesar de su crueldad. En él había una sacralidad cercana a la cristiana. Nuestro anticomunismo resultó ser sumamente inestable como ideología, pues muy rápidamente pierde sus ventajas morales iniciales. No tenemos, al igual que en vísperas de la revolución de inicios del siglo XX, una elite nacional plena, no tenemos una nación en el sentido exacto del término. Por esto los triunfadores no tienen ninguna responsabilidad moral ni frente a su rival político ni frente a su propio pueblo. Para los vencedores el pueblo nunca ha contado como suyo. El pueblo nunca ha sido suyo ni para los bolcheviques ni para los liberales actuales.”

Podemos hallar aquí varios elementos del nacionalismo nativista del que proviene Tsipko, y que lo emparenta muy cercanamente con Solzhenitsyn. Primero, no habla solamente de los crímenes de Stalin, sino de los leninistas. Recordemos que, a diferencia de varios occidentalistas/liberales de la época de Jruschov que lamentaban solamente las purgas stalinistas, los nacionalistas sostenían que las víctimas de las purgas eran los carniceros que desde 1917 habían “roto la columna vertebral” del pueblo ruso³⁶.

³⁵ República Socialista Federal Soviética Rusa, nombre que tenía Rusia dentro de la URSS.

³⁶ Escríbe Solzhenitsyn. Tras el golpe de Estado de octubre, los sentimientos de vergüenza de la sociedad culta hacia todo lo que fuese ruso [en cursivas en el original.M. G.], que la discusión de 1909 había puesto en evidencia, se vieron potenciados por la estrategia estrepitosa de Lenin, tendiente a destruir por fin la conciencia nacional (...) Ya en el X Congreso del PC (1921), aún no se había recobrado el aliento después de la guerra civil (y en los estertores de esta) cuando se anunció: ‘la tarea principal del Partido en la cuestión nacional es luchar contra el chovinismo de gran potencia’, que según Lenin ‘es mil veces más peligroso que todo nacionalismo burgués’ (...)” (1999:129)



Así mismo, localizamos que para Tsipko la estructura soviética expoliaba al pueblo ruso – que en este sentido equivale al granruso al que tanto afecto demuestra Tsipko – para canalizar recursos a las demás repúblicas, a diferencia de los liberales de Jruschov que devendrían después en los occidentalistas, y que sostenían que Rusia colonizaba y explotaba al resto de las repúblicas³⁷. En este sentido, Tsipko abunda: “Ahora resulta difícil comprender por qué nuestros luchadores contra ‘el imperio soviético’ no vieron que su empeño en destruir lo más pronto posible un país construido durante los últimos tres siglos menoscaba los derechos de por lo menos 30 millones de rusos y rusoparlantes, que vivían dentro de los límites de la Rusia histórica, pero fuera de las fronteras que los bolcheviques le inventaron a la RSFSR (...) Durante mucho tiempo no percibimos que la lucha en contra del así llamado síndrome ruso era en realidad una batalla en contra de las ventajas geopolíticas de Rusia a favor del fortalecimiento del papel y de la fuerza de nuestros rivales estratégicos. Allí, de donde se fue Rusia, por ejemplo, el Transcaucaso, llegan los estadounidenses o los turcos.”

La ceguera ante las consecuencias de la desaparición de la URSS – Solzhenitsyn y Tsipko pertenecieron al grupo que desde tiempos de la Unión Soviética se manifestó por conservar el “núcleo eslavo” de Rusia, esto es, preservar la unidad de Rusia, Ucrania, Bielorrusia y el norte de Kazajstán. Del resto proponían separarse³⁸ -- se debió a un sentimiento de rusofobia o, por lo menos, de admiración por “Occidente” que hizo que todos los implicados cometieran graves errores de cálculo: “(...) No solamente los partidarios de los valores comunes humanos, de los derechos y de la libertad del individuo estaban enfermos de derrotismo, de eso que los *viejovtsy*³⁹ llamaban ‘rompimiento social estatal’⁴⁰, sino también los nativistas-patriotas. La idea misma de la soberanía de la RSFSR, de la creación del Partido Comunista Ruso, de la Escuela Nacional Rusa, de la Academia Rusa de Ciencias, o sea, de restaurar la Rusia original, nacional,

³⁷ Por ejemplo, Alexandr Solzhenitsyn opina que [los rusos que vivían en Asia Central] “llevaron la ciencia y la cultura a esas regiones, desarrollaron la técnica y la industrialización. (en Tadjikistán, según datos oficiales, ¡la productividad se multiplicó por 210! después de la revolución!) (1999:63-64)

³⁸ “En 1991 se desperdició la oportunidad – si es que no era tarde ya – de orientarse hacia la única solución razonable, la unión sólida y estable de las tres repúblicas eslavas con Kazajstán en un Estado federado único (no en una ‘confederación’, que es puro humo) (...)”, según Solzhenitsyn (1999:41)

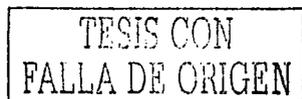
³⁹ Se refiere a los *smenoviejovtsy*.

⁴⁰ El término es *gosudarstvennoe otschepčénstvo*. El primero significa “estatal”, en tanto el segundo se refiere al rompimiento o separación de una persona con la sociedad, ya sea por su propia voluntad o porque la sociedad misma lo rechaza.



prepetrina⁴¹, fue infiltrada por un comportamiento nihilista en relación con la historia nacional de los últimos tres siglos, a la actual Rusia multinacional, a la URSS. Al fin y al cabo, la *intelligentisa* liberal llegó al poder con el apoyo directo de y gracias al caos del suicida separatismo granrruso. Su locura se muestra más nítidamente en la tal llamada fiesta de la independencia de Rusia. Hasta ahora no la entiendo. ¿de qué?, ¿de su historia?. ¿de la misma Rusia? Diga lo que se diga, la lucha por la soberanía de la RSFSR permanecerá por siempre como una de las más grandes locuras en la historia política de Rusia, y de la historia política de la humanidad. Era imposible desear la derrota de nuestro empantanado régimen soviético sin experimentar, aunque fuera inconscientemente, un sentimiento de lealtad hacia su antípoda, hacia su rival estratégico, o sea, hacia el capitalista Estados Unidos. Las mentalidades antisoviética y proestadunidense eran entonces casi idénticas (...) Y para ocultar de sí mismos este síndrome derrotista, para esconder de sí mismos este propio antinacionalismo, muchos perestroikos, entre ellos yo, vivimos con la ilusión de que una URSS democratizada y renovada sería recibida por la comunidad internacional como un igual, como un socio de veras respetable (...) No vimos que la URSS, como principal país del socialismo mundial, como líder mundial del sistema competidor por necesidad es un socio más respetable para EU y para Europa que un país en pos de la democracia, que, como un escolar malportado, regresa al regazo de la civilización de mercado capitalista (...) En fin, no vimos lo que ahora es dolorosamente visible, que la civilización democrática actual es tan interesada y cínica en su lucha por el liderazgo como todas las anteriores. No vimos o no quisimos ver que la geopolítica y la lucha por ventajas geopolíticas son el corazón, el revés de la actividad de los actores principales de la arena internacional. En este sentido, el hecho de que la elite democrática de la exURSS no solo haya aceptado la escisión del núcleo eslavo de la Rusia histórica, sino que haya empujado a Ucrania y a Bielorrusia a salir de un Estado unido fue y permanece como uno de los más gigantescos crímenes en la historia de nuestro país, y antes que nada en relación con los millones que dieron su vida en la guerra con la Alemania fascista (...) Ahora quedó claro que nadie nos esperaba en 'la casa común europea', que nadie nos pagará por nuestros sacrificios geoestratégicos ligados a la disolución de la URSS. Por cierto, tampoco teníamos idea de que en el mundo, donde se juzga según las categorías de la guerra, nuestra victoria moral sobre el totalitarismo no nos correspondería a nosotros sino a nuestros antiguos enemigos militar-estratégicos, que nos darían la calificación de 'derrota de la

⁴¹ Anterior a las reformas de Pedro I el Grande



URSS en la guerra fría' (...) y ahora es muy difícil convencer a Occidente de que a diferencia de Alemania en 1945, nadie nos derrotó, sino que nosotros solos destruimos el comunismo y nuestro propio Estado" (*Literatúrnaia Gazieta*, N° 21/2001).

La amargura y la sensación de soledad que transpiran estos fragmentos – menos de la cuarta parte del artículo – es reflejo fiel de la sensación de desengaño y traición que predomina en gran parte de la población rusa. El escarnio que se hizo de la historia rusa durante parte de la *perestroika* y durante el gobierno de Jel'tsin⁴² sacudió, en efecto, "la confianza de los rusos en sí mismos y en su historia nacional".

Súbitamente, la población rusa se halló con que sus propios miembros de la *intelligentsiia* se solazaban trazando comparaciones (auto)denigrantes entre la URSS y Congo – la ventaja soviética eran los cohetes nucleares. Y ya –, mofándose de la calidad de la ropa, de la vivienda en Rusia, de sus costumbres⁴³, etc. Incluso han aparecido artículos en la prensa rusa que ponen en duda la valía de la victoria en la Segunda Guerra Mundial, mencionando, por ejemplo, la triste suerte de los soldados de la *Wehrmacht* prisioneros en Stalingrado a manos de sus feroces captores soviéticos. O que buscan en cualquier archivo indicios de los crímenes y violaciones a los derechos humanos que las tropas soviéticas habrían perpetrado en Alemania; o afirmando, en fin, que la toma de Berlín fue una fanfarronada inútil que costó miles de muertos y que debió dejarse a ejércitos mejores y más capaces, como lo serían el estadounidense y el resto de los aliados. Es muy posible que, en efecto, los soldados alemanes hayan sufrido mucho en los campos de reclusión y de trabajos forzados en Siberia, pero estos artículos obvian por completo las atrocidades cometidas no solamente por las tropas de la SS, sino por los soldados regulares de la *Wehrmacht*. Lo que logra este enfoque es presentar a la URSS, y por ende a Rusia, la cuenta total por las atrocidades cometidas en la guerra con Alemania y deformar el contexto histórico en el que este horrible enfrentamiento sucedió. Otra consecuencia que mencionaré a vuelo de

⁴² Por ejemplo, el planteamiento, muy manido durante la *perestroika*, de que es posible que "sin Stalin no hubiera habido Hitler", o el perdón que Jel'tsin ofreció a Tokio por los excesos cometidos por los soviéticos en los combates con los japoneses durante la segunda Guerra Mundial.

⁴³ Por ejemplo, todavía hoy en día el presidente del Partido Liberal, Denis Dragúnski, insiste en afirmaciones rebozantes de autoescarnio e idióticas en un político activo: "Solamente puede amar a Rusia quien no tiene nada que amar", o que "el patriotismo es síntoma de debilidad mental y espiritual". Lo primero que viene a la mente es preguntar a Dragúnski cuáles son sus motivos, entonces, para dedicarse a la política. Si no es por amor a Rusia – algo que, cierto, resulta tremendamente demagógico para cualquier país y cualquier contexto – ni por el deseo de buscar beneficios para la población, aunque sea para los sectores, amplios o reducidos, que representa su partido, las únicas respuestas que quedan son inconfesables y turbias.

pájaro, por rebasar las intenciones de esta investigación, es que la postura anterior ha sido un excelente argumento para numerosos nacionalistas ucranianos, historiadores, políticos y periodistas, que argumentan que las bajas civiles ucranianas y bielorrusas de la Segunda Guerra Mundial en el frente oriental fueron causadas por la brutalidad soviética, porque los alemanes habían sido *sehr korrekt*. Esto es una opinión que se ha expresado en múltiples programas televisivos ucranianos.

Esta capacidad para el autoescarnio es algo que notará quien haya vivido y convivido con rusos⁴⁴, pero en la coyuntura de la *perestroika*, la disolución de la URSS y el derrumbe de los indicadores sociales tuvo efectos terribles para la identidad rusa. Muchos autores han escrito sobre los deletéreos efectos de la crítica revisionista de todo lo que signifique o remita al pasado soviético. Lo interesante es que estos análisis y esta revisión del revisionismo – si se nos permite llamar así a este recuento de hechos – son efectuados por nacionalistas moderados como el diputado y premio Nobel de Física 2001 Zhores Alferov (*Literatúrnaia Gazieta* N° 39/2001) y por el mismo Kara-Murza (*Literatúrnaia Gazieta* N° 27/2001), por no hablar de Solzhenitsyn (*Rusia bajo los escombros*, 1999) o del mismo Tsipko (sus artículos y participaciones en *Literatúrnaia Gazieta* durante los últimos años).

Vemos también que Tsipko no hace propuestas concretas. Las que hace son generales y muy pálidas ante la fuerza de sus denuncias y críticas. Solamente al final mismo del artículo propone unir de nuevo las reformas con su componente perdido: el humanismo, en aras de rehabilitar toda la revolución anticomunista y evitar que los comunistas nacionalistas ganen la iniciativa dentro de la vida política y social en Rusia.

En general, se repite la misma relación entre occidentalistas y nacionalistas que ha existido desde el siglo XIX: los occidentalistas llevan la iniciativa en el debate, en tanto los eslavófilos de antaño y los nacionalistas actuales defienden sus posiciones. Esto resulta aún más llamativo ahora, cuando las críticas nacionalistas y el desprestigio de los occidentalistas podrían cambiar el balance registrado hasta ahora. El detalle que transfiere la iniciativa al campo occidentalista en casi todos los debates, así sean los iniciados por los nacionalistas, tiene dos aristas. La primera, a nivel interno, es el enorme desprestigio del pasado soviético entre la población rusa.

La segunda tiene sus raíces en el plano internacional y se refiere a la opinión, bastante generalizada hasta ahora en todo el mundo, de que vivimos en una época marcada por “el fin de

⁴⁴ Este es un rasgo que tocamos someramente, junto con otros, en el último apartado de este capítulo.

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

las ideologías". Así, el único camino viable sería el del liberalismo tal como lo entienden Mau, Chubais y otros seguidores del así llamado Consenso de Washington. Cuesta trabajo percatarse – y más aún en Rusia, donde por varios motivos históricos y culturales las ideologías han sido vividas con notable pasión, ya hayan sido el nihilismo, el marxismo y actualmente el neoliberalismo – de que pocas posturas son más ideologizadas que la de anunciar el fin de las ideologías y allanar de esta manera el camino a toda la ideología oculta tras lo que parecería ser la "simple" libertad de mercado. Consecuentemente, abandonarse a la aparente fatalidad del curso de las reformas liberales parece ser la consecuencia lógica del estado actual de las cosas, y resistirse es considerado – en casi todo el mundo y no sólo en Rusia – como pretender oponerse a las leyes de la naturaleza.

4.6 De la autoconciencia nacional y del patriotismo rusos

Tanto los occidentalistas como los euroasiáticos coinciden en señalar que la autoconciencia nacional rusa está destruida. En lo que difieren es en la manera en la que aprecian el hecho.

Así, para los occidentalistas, esto representa una ventaja porque ahora puede procederse a edificar la mentalidad requerida para acelerar el acercamiento a "Occidente". Para los euroasiáticos, en cambio, esto es una tragedia que pone en peligro la conservación de las actuales fronteras rusas, e incluso la existencia de Rusia como Estado soberano.

Por ejemplo, Tsipko considera que el programa del partido SPS⁴⁵, que toma por "mitologías" lo que él toma por ser piedras angulares en la edificación de la autoconciencia nacional rusa, solamente podría realizarse por medio de la desintegración del territorio ruso. Este escritor afirma acertadamente que todas las naciones, y en primer lugar las europeas, crecieron sobre "mitos" y "mitologías" de diversa índole. Tsipko combate el programa defendido por Irina Jakamada, cuyo partido, la SPS, presenta como indispensable la necesidad de olvidarse de dos mitos: el de que Rusia es capaz de regresar "a la primera fila de las principales potencias del mundo"; y del más peligroso para la inserción de Rusia en la "civilización global": el de Rusia como un actor independiente y activo en el escenario internacional. Por el contrario, Tsipko argumenta que la autoconciencia nacional rusa está determinada en gran parte por la comprensión de Rusia como una potencia: "quítense a los rusos esta típica autoconcepción de

⁴⁵ cfr. nota 7

potencia, de actor independiente en la arena internacional, y de 'lo ruso' quedará poco". Por último, acusa a los occidentalistas rusos de presentar la "civilización global" como "un espacio unidimensional", lo que "no sólo contradice la historia de la civilización humana, sino los sentimientos y anhelos del hombre moderno. Así como no se cumplió la utopía marxista de la supresión de la nación y de los sentimientos nacionales tras la industrialización universal, tampoco se cumplirá la utopía de la abolición del Estado-nación ni de la soberanía nacional en nombre del reino 'de los derechos y libertades individuales'"⁴⁶(*Literaturnaia Gazieta* 52/2001).

Tsipko pone el dedo en la llaga. Afirma que Irina Jakamada, al igual que todos los occidentalistas, subestiman "la naturaleza (...) de toda autoconciencia nacional como fenómeno, en sí, irracional, difícil de supeditar a la economía o a la práctica económica" (*Literaturnaia Gazieta* 52/2001). Tsipko conjuga lo anterior con lo que posiblemente sea la particularidad más importante del nacionalismo y de la autoconciencia rusa, y que, aunque con importantes elementos lingüísticos y culturales, no es de carácter étnico: es, en gran medida, la historia del Estado y "sus victorias". Este descubrimiento pone de manifiesto las dimensiones de la identidad rusa, si recordamos el recuento de problemas y pérdidas realizado por Tsipko en su artículo *Cegamiento y castigo*. La historia rusa, que durante siglos ha sido la de un Estado en continua expansión y en casi permanente estado de guerra, está jalonada de victorias y derrotas militares, ya sea ante o a manos de suecos, mongoles, polacos, tártaros, lituanos, turcos, alemanes o incluso franceses, británicos o japoneses.

El hecho mismo de que Rusia haya incrementado su territorio y poderío a costa de rivales vecinos y no mediante conquistas transoceánicas hace que en el imaginario ruso la fuerza del Estado se identifique con, antes que nada, la seguridad misma del Estado y del pueblo ruso (*rússki narod*). A diferencia de los demás imperios europeos que empleaban sus ventajas para acrecentar su poderío, el imaginario ruso equiparaba el incremento de la potencia (*derzhava*) rusa con la seguridad nacional.

⁴⁶ Solzhenitsyn también se refiere a este rubro: "El entusiasmo internacionalista que hizo presa del Moscú intelectual desde fines de la década de 1980 no tenía nada que envidiar al de los primeros bolcheviques. Liberales y radicales democratas rusos creyeron que, en los sucesivos y pata siempre, se iniciaba una era de bienestar para todo el planeta: todos los pueblos, todos los políticos, inspirados exclusivamente por valores universales, [en cursivas en el original, M.G.] avanzaríamos juntos y tomados de las manos al servicio de la noble causa" (1999:31). Como vemos, Tsipko y Solzhenitsyn cuestionan la universalidad de valores identificados con y reivindicados por "Occidente".

Estas observaciones no son superfluas. Ya la investigadora estadounidense Astrid S. Tuminez afirma que el nacionalismo ruso⁴⁷ se edificó más sobre el poder imperial y sobre la grandeza de la dinastía gobernante que sobre la nacionalidad (Rowley, 2000).

En efecto, es muy difícil establecer una identidad nacional rusa meramente sobre motivos étnicos. Los rusos tienen orígenes muy diversos, como vimos en las primeras páginas del trabajo. Siguiendo la pista que nos da el dicho ruso "rasca a un ruso y hallarás un tártaro" (*pocheschái rússkovo i naidiôsh tatara*), nos percataremos de la presencia de importantes elementos no eslavos en la cultura rusa. Incluso el poeta popular ruso por excelencia, Alexandr Serguéievich Pushkin, el modelo del "alma universal rusa" para Dostoievski, era nieto de un esclavo etíope.

En encuestas nacionales en Rusia elaboradas entre 1994 y 1996, un porcentaje muy alto de respuestas indicaron que para "ser ruso" hay que "amar las tradiciones y la cultura rusas" (84%), amar a Rusia como patria (87%) o, incluso, sólo hablar ruso (80%). En contraparte, un porcentaje bastante menor señaló la necesidad de que uno de los padres (51%) o los dos (24%) sean rusos étnicos (Rancour-Laferriere, 2000). Esta facilidad para la asimilación se expresa en la frase popular "mi papá es turco, mi mamá griega, y yo soy un hombre ruso" (*Papa turok, mama griek, a ia rússki chelovíek*). Así, en el Congreso de las Comunidades Rusas de 1993, presidido por el ya mencionado Rogozin, se aprobó un documento que afirma lo siguiente: "Estamos convencidos de que Rusia no está contenida en las fronteras que hoy en día le han sido asignadas [en concordancia con las afirmaciones de Rogozin. M. G.]. Rusia es una civilización especial, única, que contiene a los más diversos pueblos y grupos étnicos [Esta afirmación, junto con lo que sigue, se fundamenta mucho más en una concepción euroasiática del pueblo ruso que en una nativista extrema, como pareciera ser el caso de Rogozin. M.G.]. El Congreso de las Comunidades Rusas considera rusos a todos aquellos que reconozcan que pertenecen a esta civilización, valoren su gran historia, se preocupen por el desarrollo de su cultura y crean en el futuro de Rusia (...)" (Melvin, *op. cit.*:22).

Sin embargo, las experiencias históricas han enseñado a los rusos a desconfiar de lo "ajeno" (*chuzhói*). Establecidas en territorios de extensas estepas con escasas o nulas barreras naturales,

⁴⁷ Si recordamos, el nacionalismo oficial ruso, nacido en el siglo XIX, se inspiró más en la tricotomía Autocracia, Ortodoxia, Nacionalidad (*Samoderzhávie, Pravoslávie, Natsional'nost'*), ideada por el conde Serguei Uvárov. El zainismo recurrió con mucha más frecuencia a los dos primeros elementos (el Estado, entendido como autocracia; y la iglesia ortodoxa), y no comenzó campañas de rusificación en el imperio sino hasta el reinado de Alejandro III (1881-94). Antes, como ya vimos páginas arriba, el conservador reinado de Nicolás I intentó una cohesión nacional mediante la identificación entre la patria y el gobernante, según la fórmula de Dübelt:



las “tierras rusas” sufrieron constantes invasiones de pueblos seminómadas asiáticos⁴⁸. Por ahí pasaron los hunos, los jazaros, los pechenegos y, por último, los polovtsianos.

Mientras todo lo anterior sucedía en el Este, caballeros feudales suecos y daneses y los caballeros teutones atacaban las “tierras del noroeste de Rusia”, lo que llevó a la famosa batalla del lago Chúdskoe, en la que el príncipe de Nóvgorod, Aleksándr Iaroslávich (conocido como Nevski después de su victoria contra los suecos sobre el río Neva en 1240) derrotó en 1242 a los caballeros teutones livonios.

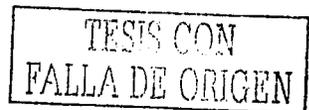
Como ya vimos, este ataque a “las tierras rusas”, casi simultáneo desde “Occidente” y “Oriente” causó una gran desconfianza hacia todo lo “ajeno”. En este sentido, el *alter ego* ha sido un factor decisivo en la construcción de la identidad entendida como la negación del peligro de lo desconocido, de lo incomprensible⁴⁹, que es “lo nuestro” (*nashe*). Así, la autoconciencia nacional rusa se define más por lo “ajeno” que por lo “nuestro”, tan difícil de definir en términos étnicos o lingüísticos⁵⁰. Lo “nuestro” es lo que es originario o se asimila a la Rus’ y en ella permanece; lo “ajeno” o lo “no nuestro” (*nie nashe*) es lo que la amenaza o pretende introducirse sin asimilarse, sin volverse “ruso” (*rússki*). Lo extraño que se asimila, o sea, que diluye sus características “no nuestras”, para amar y respetar “lo nuestro”, esto es, “nuestra” cultura y tradiciones - recuérdense los resultados de las encuestas arriba citadas - deja de pertenecer a sí mismo para pasar a pertenecer a la Rus’ (*rússki*), como el hombre de la Rus’ que dice “mi papá es turco, mi mamá griega, y yo soy un hombre ruso”.

Así, el “ajeno” asimilado es el complemento final del hombre total de Dostoievski: “Sí, el sino de los rusos es, indiscutiblemente, universal, ruso auténtico, integral: sólo él puede llamarse (...) un hermano de todos los hombres, un omnihombre [*vsiochelovíck*. M.G.], si os place.” (Dostoievski:1982:1445). En esta construcción de identidad nacional los rusos nunca pierden: los rusos que, como el poeta Pushkin, asimilan e interpretan las culturas “ajenas”, se vuelven, a decir de Dostoievski, “rusos auténticos”, en tanto que los “ajenos” que respetan y aman “lo nuestro” pertenecen a la Rus’, o sea, son rusos (“mi papá es turco...”).

⁴⁸ Recordemos que fue el constante hostigamiento de los pueblos seminómadas asiáticos lo que llevó al declive de Kiev como centro de poder de la Rus’ Kievia.

⁴⁹ El término “tártaro” (*tatar*) tiene el mismo origen que “bárbaro”: ni los eslavos ni los romanos entendían el idioma de sus enemigos.

⁵⁰ Es cierto que no se sabe cuál es el origen de la palabra “Rus’”, y por ende, todos los habitantes de las “tierras de la Rus’” eran “de Rusia” (*rússkie*), como explicamos en las primeras páginas. Así que no sólo los eslavos eran “de Rusia”, sino también muchos pueblos baltos, finnos, turcomanos, etc.



Sin embargo, nos apresuraríamos si creyésemos que Rusia es algo así como un Jalisco gigantesco y que siempre gana (todo terminaría siendo, a la postre, ruso). El sentimiento de temor y desconfianza hacia lo "ajeno", sobre todo si viene de "Occidente"⁵¹, se refiere a los "ajenos" extranjeros (*inostrantsy*, de "otro país").

Pero en la multiétnica y multicultural Rusia se percibe también otro *alter ego*, que es el interno, el *inoródiets* ("de otra familia" o "de otra raza"), o sea, los integrantes de los grupos étnicos que fueron integrados al imperio zarista durante sus sucesivas expansiones que ahora son parte de la Federación Rusa, y que no son eslavos. Las víctimas más notorias en la actualidad son las "caras caucásicas" (*kavkázkie lichnosti*), aunque la causa inmediata son las dos recientes guerras en Chechenia. Este creciente racismo interno ha afectado a todos los rusos de origen caucásico, y también a los armenios, azerbaiyanos, georgianos, y demás personas originarias de las exrepúblicas soviéticas de Asia Central que permanecieron en Rusia tras la desintegración de la Unión Soviética. Las cifras de ataques raciales en Rusia, a pesar de permanecer muy bajas, han experimentado un incremento sostenido durante los últimos años a causa del creciente desencanto social ante los magros resultados de las reformas.

En efecto, como suele suceder en casos similares, se busca un culpable fácil de localizar, un fetiche sobre el cual descargar las culpas de la desdicha del grupo más identificado con el sufrimiento. Todos aquellos con rasgos caucásicos son hallados culpables por los atentados dinamiteros en edificios de Moscú, San Petersburgo y otras ciudades que originaron la segunda guerra en Chechenia. Pero en el caso de la prolongada crisis económica y social en Rusia, los nacionalistas rusos han hallado en "Occidente", de nueva cuenta, al culpable de las desventuras rusas, por lo que esta hostilidad hacia lo "ajeno" se encauza hacia el "ajeno extranjero" y no hacia el "ajeno interno". El peligro creciente, es que pronto el concepto de "Occidente" sea insuficiente para representar al *alter ego* y que los cada vez más numerosos grupos nacionalistas y nostálgicos por el pasado imperialista de Rusia (*Pámiat'* -Memoria- o *ledinstvo* -Unidad-, por ejemplo) encuentren entre los "ajenos internos", los *inorodtsy*, a sus enemigos.

Así, la definición de la identidad rusa parece tomar rumbos cada vez más complejos. Actualmente es mucho más fácil imaginar a Rusia y a los rusos en tonos sombríos y de

⁵¹ De los paganos orientales los cristianos ortodoxos rusos sabían que tendrían problemas, pero los ataques de los caballeros livonios, católicos apostólicos romanos, fueron tomados como una puñalada por la espalda entre hermanos al fin y al cabo cristianos, sobre todo cuando las Rusias se enfrentaban a un enemigo tan formidable como los mongoles de Batu Jan.

desconfianza hacia los extranjeros (*nie nashi*) que de confianza. Las identidades no nacen de la nada sino que se fundamentan en las percepciones que tiene la población de su entorno, y de sí misma. La población rusa no puede imaginarse como integrante de un esquema político y social cada vez más excluyente y al que responsabilizan de su empobrecimiento. Estos argumentos solos bastarían para concluir que la identidad nacional rusa tomará derroteros encaminados al aislacionismo y hasta al chauvinismo, por el desencanto con la cultura "occidental".

Pero tampoco podemos olvidar que los mitos nacionalistas han sido duramente golpeados durante los últimos diez o quince años y, lo que puede ser todavía más influyente, la manipulación cultural que emprenden los medios masivos de comunicación, y los deseos ocultos de vivir "como en Occidente" pueden muy bien lograr que la población rusa persista en desarrollar una identidad "europea". De cualquier manera, es cierto lo que escribió el occidentalista Ijlov: "fuimos soviéticos, luego demócratas-europeos. Ahora somos todavía más duros: somos euroasiáticos." Esta danza de identidades que no terminan siendo sino disfraces, de polos de identificación, no es reflejo, ciertamente, de una identidad consolidada, sino de una búsqueda desesperada por una identidad nacional que anele al pueblo ruso y le permita reconfigurar sus intereses nacionales y alcanzar los acuerdos nacionales para iniciar la búsqueda de acomodo en el ámbito internacional.

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

CONCLUSIONES

*Умом Россию не понять,
Арифмом обихом не измерить:
У ней особенная стать-
В Россию можно только верить*

Fiodor Ivánovich Tiútchev, 1866

La mayor prueba de que los rusos no conocen aún bien a bien la respuesta a la pregunta “¿qué o quiénes debemos ser?”, “¿qué o quiénes hemos sido?” se ilustra perfectamente con la frase “Fuimos soviéticos, luego demócratas-europeos. Ahora somos todavía más duros: somos euroasiáticos.”, del occidentalista Ijlov. Estas mudas de identidad no nos remiten a una aceptación de las condiciones reales e imperantes en la sociedad rusa, sino la manera en la que las élites gobernantes quieren ser vistas y consideradas por el resto del mundo. Pareciera que los gobernantes rusos se autoasumen involuntariamente como los niños – no en vano Tsipko hace un símil con el alumno malportado – que para emular a su papá se enrollan al cuello una corbata, o al nativo ladino que para asimilarse con los representantes de la metrópoli colonial aderezaban su atuendo tradicional con una chaqueta o con un sombrero de bombín.

Pero ni Rusia es un escolapio ni “Occidente” el maestro o el “adulto” modelo a seguir. Aún así, resulta indudable que el autoescarnio que han exhibido casi todos los occidentalistas de cualquier época echa sus raíces en la admiración por “Occidente” y la “cultura occidental”.

Aquí es necesario detener nuestra atención en el siguiente aspecto. De igual manera que la occidentalización emprendida por Pedro I *el Grande* se limitó a las esferas gubernamentales y a los gustos y costumbres de las élites, actualmente se asume que ser “occidentalizado” es reflejo del *status* económico: mientras más anglicismos – tributo a la globalización comúnmente entendida como estadunidización – salpiquen el léxico de los nuevos rusos, más *in* resultará y demostraría tener los medios para permitirse el lujo de ser un hombre de mundo.

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

En efecto, no solamente en Rusia sino en muchas otras partes del mundo, incluyendo América Latina, se creyó durante mucho tiempo que “Progreso” equivalía a “occidentalización”, reduciendo a éste al expositor más aventajado de aquel momento. Inglaterra, Holanda, Francia y Estados Unidos son algunos de los países que han desempeñado el papel de “Occidente” en diversos momentos de la historia. Muchos países han creído que copiando e imitando constituciones, leyes, reglamentos, sistemas y programas educativos, políticas económicas, etc. lograrían rápidamente igualarse rápidamente con los países modelo. No consideraron – ni consideran, porque esto sigue sucediendo actualmente – que lo que emulan es el resultado de una historia centenaria y particular, que no permite la adopción de medidas “modulares”, si recordamos la feliz expresión de Anderson. De nuevo viene a la mente el niño que cree que podrá sacar un conejo de la chistera sin conocer el truco pero creyendo que éste consiste en pasar la varita mágica sobre el sombrero. Siempre falla, el resultado no es el esperado – no sale ningún conejo –, pero tal es la fe del niño que cree que el problema radica en hacer aún más pases mágicos de la varita sobre el sombrero. Pero no es mi tema reflexionar sobre América Latina, “Occidente” y Rusia, sino sobre la identidad nacional que se forja dentro de esta última.

En gran medida, la envidia por la prosperidad económica de “Europa” es lo que ha determinado la conducta de los occidentalistas desde Pedro I *el Grande*. Si a esto aunamos el prurito eurocentrista que dictamina que la única cultura clásica es la grecolatina, que la Historia Universal es la historia de Europa Central y Occidental, etc. completaremos el cuadro que ha regido durante los últimos siglos en Rusia: la mezcla de odio y amor, de desprecio y admiración por Occidente.

Rusia es tan europea como lo son Finlandia y Portugal o Islandia y Grecia. Pero muchos rusos no están conformes y quieren ser iguales a la Europa modelo que tienen en mente, la Europa idealizada y ahistórica que se han forjado a lo largo de siglos de infructuosa búsqueda. Infructuosa porque han buscado algo inexistente. Y gran parte de la explicación recae, como hemos visto, en el mesianismo religioso que se desarrolló en Rusia tras el cisma de 1054 y cuando el imperio otomano conquistó al resto de las naciones ortodoxas. Rusia debía ser perfecta y poderosa para ser digna y capaz de realizar su “misión histórica”: proteger la verdadera religión – recordemos a Jomiakov cuando escribe que “preservábamos la paloma inmaculada que voló desde Bizancio a las orillas del Dniéper” – de sus enemigos – el catolicismo sobre todo y también el judaísmo y el Corán – para luego emprender la revangelización de Europa. Moscú, la

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

Tercera Roma, que sabe que la primera fue destruida, vio caer a la segunda y que sabe que no habrá una cuarta, está consciente de su papel de pueblo elegido y por eso es el nuevo Jerusalén. Pero resulta harto doloroso percatarse de que mientras Moscú se sacude a los mongoles, los supuestos futuros pupilos espirituales se ocupan de enriquecerse, colonizar tierras lejanas y propagar su propia religión.

Y Rusia desarrolla incipiente pero inexorablemente su relación de amor-odio con "Occidente", ese ente que por idealizado es inexistente pero no por ello irreal, porque su idea ejerce un poderoso influjo en los actos políticos de Rusia y en su autoconcepción, pues en "Occidente" se reflejan y con él se comparan. El amor triunfa en quienes se rinden ante las evidencias del enriquecimiento "Occidental", y el odio se impone en los que aguardan que a la postre Rusia deberá imponerse. Nunca puros y siempre mezclados, es la distribución de estos dos sentimientos lo que determina qué tan occidentalista o eslavófilo o nacionalista se es.

Los reyes de las Españas¹ y de Portugal llevaron a cabo sus primeras conquistas para enriquecer sus reinos, y pronto sus pares de Gran Bretaña, Francia y Holanda les siguieron. Muy pronto se hizo norma que la fuerza y vigor de un Estado se reflejaba en las posesiones transoceánicas que poseía. Pero Iván IV *el Terrible* conquistó Kazán por motivos de seguridad, suprimiendo y dominando enemigos peligrosos, sobre todo reinos y pueblos nómadas de Asia. Así, Rusia se inició como imperio no para enriquecer al reino sino para garantizar su subsistencia. Rusia se extendió sobre territorios vecinos que se incorporaban a Rusia, fusionando a la Rusia "original" con el Estado en permanente expansión. Por su parte, los abuelos de Iván IV habían sido "recolectores de tierras rusas" para restaurar la Rus' Kievita y reclamar su herencia: "la paloma inmaculada que se posó en el Dniéper". Así, Moscú se asumió como heredera de Kiev. La fuerza del Estado que subyuga enemigos y el mesianismo religioso son piedras angulares de la identidad rusa. Pero debilitada, disminuida y sin Kiev y sin Ucrania, la Tercera Roma pierde todo sentido y Rusia los pilares principales de su historiografía nacional. Sus mejores mitos se desvanecen sin hallar sustitutos por el momento.

Rusia como *derzhava*, como potencia respetable es claramente una de las maneras más comunes de imaginar Rusia para los propios rusos, y hunde sus raíces en el mesianismo religioso. El declive actual del poderío ruso, su retroceso – muchas veces voluntario, sobre todo

¹ Fue hasta el siglo XIX cuando se empleó el singular. De nueva cuenta, somos testigos de la construcción – aún no finalizada – de una nación y de su identidad

en tiempos de Iel'tsin – influye negativamente en el ánimo de la población rusa. En este sentido, la literal explosión de rencor y resentimiento hacia “Occidente” durante la guerra entre Yugoslavia y la OTAN fueron muy reveladores: “Occidente” bombardeaba un aliado tradicional de Rusia, ignoraba su postura y, *last but not least*, recreaba la imagen de los infieles atacando a un enclave ortodoxo. Los católicos de nueva cuenta ofendían a la ortodoxia. La fuerza rusa – *rússkaia sila* – es uno de los recursos más queridos por el pueblo ruso.

Por su parte, el territorio ruso carece de las condiciones para encarnar otro mito fundador porque no tiene el carácter de *Heimatland* que el Rhin tiene para los alemanes o que la isla tiene para los británicos, por ejemplo. Rusia, al incorporar territorios vecinos a su Estado, al poblarlos, al mezclarse con naturalmente con otros grupos étnicos, al respetar sus creencias e inclusive el idioma, diluyó ese concepto. Ya vimos cuán libremente los soviéticos modificaron el mapa de Rusia: en ella entraban toda Ucrania occidental, Crimea, el norte de Kazajstán, las cuatro exrepúblicas de Asia central, etc. Eran Rusia, y todos lo asumían así. Dejaron de ser Rusia pero eran parte de la Unión Soviética, y todos lo asumieron así. Fueron países o parte de países independientes y por supuesto que no eran Rusia, y casi todos lo asumieron así. Se requirieron años para que se replanteara el asunto. ¿Qué mejor prueba de que la identidad nacional rusa no emana de la identificación con un territorio claramente delimitado?

Una identidad étnica también reviste dificultades casi insuperables, como ya vimos: rusos son tanto descendientes de finlandeses en san Petersburgo o más aún en Karelia, tártaros de la región del Volga, chukchas de Siberia, pueblos turcomanos del Cáucaso, etc.

Tal vez, en efecto, el mejor parámetro para definir la “rusedad” (*rússkost*) sea la decisión de apropiarse de la cultura rusa, como marcó la encuesta citada en el capítulo anterior.

Esta es la propuesta de dos nacionalistas moderados, Lijachov y Skatov, quienes proponen un renacimiento de la cultura rusa para afirmar la identidad nacional y ubicar el lugar propio en el concierto internacional. Ambos apuestan por el florecimiento de la música y de la literatura sobre todo como la única manera de recuperar la *samosoznánie* del pueblo ruso.

Lijachov, por ejemplo, escribió algunos ensayos² sobre el “carácter del pueblo ruso”, o sobre “el alma rusa”. Desmiente, de manera vigorosa mas articulada varios mitos existentes sobre el pueblo ruso, como por ejemplo la afición del pueblo ruso a las monarquías absolutas o a las

² “Del carácter nacional de los rusos” (1990), “La autoconciencia histórica y la cultura de Rusia” (1996)



autocracias, su atraso cultural con respecto a "Occidente", el carácter casi orgánico de la servidumbre entre los rusos, etc.

Los mayores problemas del "carácter ruso", para Lijachov, serían las prolongaciones de sus virtudes, como lo sería su sensibilidad artística y espiritual. Empero, llevadas más allá de lo razonable, esta sensibilidad se traduciría en extremismo y en credulidad. Lijachov examina los extremos que pueden combinarse en "el alma rusa": "la religiosidad y el ateísmo extremo, la actitud desinteresada y la avaricia, el pragmatismo y la total capacidad para actuar ante circunstancias exteriores, la hospitalidad y la inhumanidad, la absoluta autohumillación nacional y el chauvinismo, el no saber hacer la guerra y los elementos de una admirable valentía y una firmeza que se manifiestan de improviso" (Nóvikova, 1997:363). Este extremismo habitual entre los rusos los llevaría a abrigar una fe injustificada en muchas ideas y soluciones que se plantean. Así, con la mayor de las sinceridades, Pedro I *el Grande* habría creído que era posible "emparejarse" con "Occidente" usando cortes de cabello, ropas, reglamentos e instituciones "occidentales". Lenin y los bolcheviques habrían también estado convencidos de que podrían alcanzar el comunismo creando al vapor a la única clase social capaz de lograrlo – el proletariado – y se habrían avocado a la tarea de industrializar al país a marchas forzadas. Jrusehov tuvo una fe ciega en la siembra extensiva del maíz, como antes la tuvo en la cría de conejos, y aún antes en la del cerdo. Todas estas muestras de voluntarismo, que terminaron no tan bien como se suponía que deberían, tendrían, para Lijachov, su explicación en una credulidad y en un extremismo propios del pueblo ruso.

Otra característica del "carácter ruso" que Lijachov asocia con dificultades es la capacidad rusa para ocuparse de temas metafísicos. Así, para este académico, "el drama de la credulidad rusa se agrava por el hecho de que su pensamiento no se centra en las tareas cotidianas, sino que tiende a reflexionar profundamente sobre la historia y la vida, sobre todo lo que sucede en el mundo. El campesino ruso, sentado junto a su casa, habla con sus amigos de la política y del destino de Rusia. ¡Y no se trata de una excepción, sino de un fenómeno habitual!" (Nóvikova, 1997:365).

Sin embargo, Lijachov halla en el "carácter ruso" los motivos que habrán de sacar a Rusia de su marasmo actual: la cultura rusa: sus letras, su música, su danza, sus museos, sus institutos de investigación. Así, Rusia debería erigirse en guardián de la cultura rusa, como una cultura integrante de la europea, pero no intentar diluirse dentro de ella. Lijachov propone, de esta manera, elementos de identidad nacional provenientes de la cultura rusa – la tradición

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

democrática de la *vicche*, su estructura social³, etc. – Rusia, para finalizar, debería volver sus ojos hacia su propio pasado para hallar elementos de cohesión nacional, y no abjurar de él para buscar un resquicio que le permitiera colarse a la familia “europea”.

Curiosamente, otro conocido escritor ruso, Solzhenitsyn, tiene otra idea sobre “el carácter del pueblo ruso”, y enumera algunas características, que considera de las más importantes:

- “Una actitud de confianza humilde en el destino; los santos preferidos de los rusos son los contemplativos, humildes y bondadosos (no confundamos humildad con convicción y falta de voluntad; los rusos siempre sintieron afición por los pacíficos, los humildes, los simples de espíritu.
- “La compasión; la presteza para ayudar a los demás, compartir lo necesario.
- “El ‘espíritu de renunciamento y sacrificio’ que Tiútchev atribuía también a nuestros orígenes ortodoxos.
- La disposición a acusarse, arrepentirse, incluso públicamente, hasta el punto de exagerar las propias debilidades y faltas.
- La fe como sostén principal del carácter (...)” (1999:155-156)

Y difiere de Lijachov en su apreciación sobre el extremismo ruso. Al contrario, Solzhenitsyn escribe que “ no [está] de acuerdo con los que dicen que el carácter ruso es proclive al maximalismo y el extremismo. al contrario, la gran mayoría aspira a vivir modestamente, con poco” (1999:157)

Pero Lijachov y Solzhenitsyn coinciden al señalar a la pereza y a la improvisación despreocupada como unos de los principales defectos del carácter ruso. Pero es el precio a pagar por las preocupaciones metafísicas y existenciales de los rusos. La novela de Dostoievski “El Jugador” muestra un excelente retrato de estas debilidades/cualidades del carácter ruso, y una sintomática contraposición del mismo con el carácter alemán⁴, según su percepción en Rusia. Finalmente, para cerrar esta digresión sobre algo tan inasible y arriesgado como “el alma rusa”, hay que mencionar los esfuerzos del académico Skatov por uncir la autocomprensión rusa con su

³ Escribe Lijachov: “Dicen y escriben que la servidumbre formó el carácter nacional de los rusos, ignorando que en toda la zona septentrional del Estado ruso nunca se conoció la servidumbre y que en la región central se instauró relativamente tarde. Antes que en Rusia, la servidumbre se introdujo en los países del Báltico y de los Cárpatos (...) La servidumbre fue abolida en Rusia antes que en Polonia y Rumania y antes de la abolición de la esclavitud en los estados Unidos de América.”

⁴ Que representa en la novela al racionalismo “europeo”

cultura, sobre todo con sus letras. Para este autor, “el carácter ruso” se refleja sobre todo en la literatura de Gógol’, de Pushkin, de Dostoievski, de Chéjov, de Tolstói, que a su vez sería consecuencia de toda la visión del mundo del pueblo ruso. Esta literatura, según Skatov, es “de negación absoluta: no por una ausencia de ideales, sino por fuerza de los más altos y permanentes, de hecho, más allá del horizonte histórico” (*Literatúrnaia Gazieta* N° 11/2002).

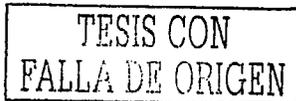
Esta literatura negaría, antes que nada, a la sociedad burguesa y a la burguesía, pero lo haría de manera pacífica, sin “convocar a la Rus’ al hacha”. Estos serían los valores y las características del “alma rusa” que Skátov halla en la literatura rusa: la aspiración a ideales suprahistóricos – de allí la facilidad a la desidia ensoñadora del pueblo ruso y su sensibilidad espiritual y artística –, la capacidad para la autocritica e incluso el autoescarnio⁵ – “Almas muertas” de Gógol’, “Demonios” de Dostoievski, “La guerra y la paz” de Tolstói, y otros clásicos de la literatura rusa, nacieron de esta constante autorevisión – y su carácter pacífico.

Sin embargo, las condiciones de vida en Rusia, actualmente, alejan a la población de esta vía de recuperación de una autocomprensión nacional, independientemente de su plausibilidad. A pesar de que las ventas de libros en Rusia siguen siendo altas, incluso para una sociedad con salarios de un poder adquisitivo bajo, la educación general de la población se ve constantemente mermada. Los medios masivos de comunicación han ganado mucho terreno en el ámbito cultural y educativo en Rusia, sobre todo la televisión, y la oferta de transmisiones es deplorable.

La preservación de la cultura rusa, consiguientemente, tampoco ofrece grandes probabilidades de rescatar o reformular una autocomprensión nacional en Rusia. Podemos afirmar, entonces, que la identidad nacional en Rusia sigue siendo un tema abierto e irresuelto.

En efecto, la autocomprensión de la sociedad rusa se halla quebrada, “por primera vez en los últimos siglos se rompió la confianza de los rusos en sí mismos, en su Estado, en el sentido de su historia y de existencia nacionales”, diagnostica Tsipko. La mayoría de los habitantes de Rusia se siente traicionada en sus esperanzas por “Occidente”. Consiguientemente, cada vez crecen más los sentimientos antioccidentales en el país, sobre todo los dirigidos hacia Estados Unidos, al mismo tiempo que los sectores occidentalistas claman por una mayor profundización en las reformas económicas, pues muchos de ellos creen que los problemas rusos se originan por la indefinición estatal, por un “quedarse a medias” en la aplicación de la única solución posible: integrarse a “Occidente”.

⁵ Como vemos, Solzhenitsyn y Skatov coinciden en este punto.



Esta fisura en la sociedad rusa corre de manera desigual entre los "occidentalistas" y los "nacionalistas", pues la mayoría de los puestos clave en el gobierno son copados por occidentalistas de diverso cuño, en tanto los nacionalistas se concentran en las páginas de los periódicos y en la oposición.

Las fricciones sociales e ideológicas provocadas por la creciente divergencia entre la población y el gobierno rusos no ayuda a que cuaje una identidad nacional en el país. Tras la disolución de la URSS Rusia quedó casi con las mismas fronteras que en tiempos de Pedro I *el Grande*, el núcleo histórico de las "tierras rusas" se repartió en tres países (Rusia, Ucrania y Bielorrusia). La dispersión de rusoparlantes entre las 14 restantes exrepúblicas soviéticas dificulta una identificación lingüística, el origen multiétnico de las "tierras rusas" impide un nacionalismo basado en criterios étnicos, una identificación por la grandeza y por el poderío rusos es absurda dada la calamitosa situación económica y social en la que se halla Rusia.

Así, la identidad nacional rusa, rota y desarticulada como se halla, no ofrece asideros claros para su reconstrucción, por lo menos en el corto y mediano plazo. Los rusos aún no saben bien a bien quiénes o qué son. No les basta lo que ha quedado de su historiografía nacional para forjar una identidad nacional. Rusia sigue debatiéndose entre "Occidente" y su "originalidad euroasiática". El rumbo que tome la reconstrucción de la identidad nacional rusa sigue siendo una pregunta abierta, y todavía lo será por mucho tiempo.

Posiblemente una manera interesante y esclarecedora de aproximarnos a este debate en curso sea desde nuestra propia perspectiva, la de un país latinoamericano que al igual que el resto de los países de la región repitió los experimentos positivistas tan propios del siglo XIX de nuestras independencias. Un estudio en este sentido, indudablemente, sería muy interesante y revelador no sólo para México y para Rusia, sino para toda Latinoamérica e inclusive para casi todos los países que intentan ser "Occidente" adoptando lo que Anderson llamó el "carácter modular" del nacionalismo: una serie de disposiciones gubernamentales que adoptar. Así como el nacionalismo pudo ser trasplantado de una región a otra y de un contexto histórico particular a una infinidad de contextos muy diferentes, el carácter "Occidental" – que se iguala a "progreso" de la cultura también.

Otra veta de estudio también muy interesante es la que ofrece la mutua influencia de la cultura popular y la "alta cultura" que las elites deciden adoptar como tal; esto es, qué mitos fundadores son aceptados o no por la sociedad rusa. Si recordamos a Hobsbawm, los alemanes

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

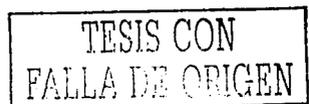
decimonónicos no aceptaron los intentos por volver héroe nacional a Guillermo I. El objetivo de esta veta de estudios sería investigar cuál es el resultado del encuentro e interacción de las propuestas oficiales y de las lealtades de los diversos sectores de la población. El resultado práctico de un ejercicio de ingeniería, de construcción de identidad planeada desde arriba.

Este par de ideas nos remiten a las limitaciones principales de esta investigación. El resultado hubiera sido mucho más rico si hubiéramos podido enriquecer la experiencia rusa con ejemplos de otros países, en los que la identidad nacional se fundamentó desde un comienzo en conceptos retomados – trasplantados modularmente, para plantearlo *à la* Anderson – de la Revolución Francesa o de la Independencia estadounidense. Tengo en mente a América Latina, que así como, por ejemplo, los franceses insistieron en una Francia francoparlante para evitar la dispersión de su territorio, en México o en otros países latinoamericanos nos percibimos como un pueblo homogéneo, hispanoparlante y católico en su asumida unicidad. El sincretismo religioso, la diversidad lingüística e inclusive racial del país fue soslayada y vista como un peligro o, en el mejor de los casos, ignorada con la mejor de las intenciones.

Rusia arribó a este estadio con una historia estatal más larga, y también más larga era su experiencia en imitaciones ahistóricas⁶. No conté ni con la información y sobre todo, con la experiencia necesaria para este rastreo de los ideales del “progreso” y del “desarrollo” en contextos y realidades muy diferentes a las que los vieron nacer y cuyo origen explican.

De igual manera, más centrados en Rusia, el seguimiento de cómo digerían los rusos la influencia política y cultural de “Occidente” exige conocimientos que van más allá de los que por el momento poseo. En México, quien tenga la experiencia para hacerlo se encontrará ante un terreno lleno de sorpresas y material no sólo de estudio sino de reflexión, porque muchas veces observando el caso de otros comprendemos mejor el nuestro. Rusia encierra mucho más similitudes con México de lo que podría parecer en un principio. Rusia quiere demostrar su pertenencia a “Occidente” con un ahínco que no hace sino revelar su propias dudas al respecto, y México insiste en ser socio de Estados Unidos con ímpetus tales que se descubre que la presunta sociedad terminará siendo un plegamiento. Y en el mundo en general, el estudio del caso ruso

⁶ No puedo dejar de pensar en Pedro I el Grande y en su adopción de terminología alemana o francesa para el ejército en lugar de desarrollar neologismos en ruso, lo que hubiera demostrado algo de respeto y buena disposición para con la cultura propia. Los *Landsrat* de la administración petrina son sintomáticos del desprecio que Pedro sentía por lo ruso. Inclusive el nombre de su capital, Petersburgo, viene del holandés Pieter – y no del alemán Peter, como muchos creen. Fue hasta primera Guerra Mundial que, ya de lleno en el espíritu del nacionalismo moderno, se eslavizó el nombre de la ciudad: Petrogrado.



puede explicar muy bien por qué la identidad nacional no es un traje que se confecciona a la medida de los tiempos corrientes, sino el reconocimiento de la propia piel, que muestra las cicatrices que los acontecimientos dejan en la piel de cada grupo humano. Y es precisamente la identidad nacional lo que determina si estas cicatrices son asimiladas como dolorosas o como ornamentales. No hay país o pueblo que muestre un desarrollo histórico "normal" o modelo, que es lo que Afanás'ev busca y encuentra en "Occidente"⁷, sino que cada uno es testigo y producto de hechos particulares.

⁷ "Allí donde vencieron los feudales (Europa del Este) se dio una 'segunda edición del régimen de servidumbre', y un desarrollo mínimo del capitalismo (a partir del siglo XVII); el triunfo del campesino y la corona sobre los señores feudales (Francia) trajo consigo la forma del absolutismo en su forma clásica, que también frenó sustancialmente al capitalismo. Y sólo allí donde la lucha culminó con un empate (Inglaterra), el capitalismo arrancó de manera 'normal'" (*op. cit.*: 11). Para Afanás'ev, el curso natural del capitalismo es el que corresponde al segundo en Gran Bretaña, y por inferencia todo lo demás le resulta "anormal". Además, Afanás'ev no nos explica por qué, si Francia y Rusia se separaron entonces del desarrollo "normal" del capitalismo, ahora solamente es Rusia la que desea regresar al cauce "normal" de la historia.

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

BIBLIOGRAFÍA, HEMEROGRAFÍA Y DOCUMENTOS DE LA RED

Afanás'ev, Yuri, "Rusia al filo del milenio: el imperio está muerto, ¿viva el imperio?" *Istor* 3/200

Alferov, Zhores, "My dolzny vinit samí siebiá", *Literatúrnaia Gazieta* N° 39 (5850)/2001
Internet: http://www.lgz.ru/archives/html_arch/lg392001/Polosy/art3.htm

Alpátov, Vladímir, Ashnin, Fiódor, "Putin za realnyje celi", *Niezavisimaia Gazieta* 31.03.2001
Internet: : http://ng.ru/ideas/2001-03-31/8_putin.html

Anderson, Benedict (1991) [1983]: *Imagined communities. Reflections on the Origin and spread of nationalism*. New York, Verso.

Antal, Edit (1994): *Crónica de una desintegración*. México, FCPyS-UNAM.

Arutiunov, Serguei, "Vsieóbschi pieriejód na latínitsu nieizbiezhen", *Niezavisimaia Gazieta*, 07.08.2001
Internet: : http://ng.ru/style/2001-08-07/8_perehod.html

Beltrán, Miguel (1991): *La realidad social*. Madrid, Tecnos.

Berdiáev, Nikolái (2001): "Rússkaia Idéia", en *Bizantism i slavianstvo. Velikiy spor*, pp. 487-714. Básov, E. (ed.), Moscú, EKSMO-Press.

....., (antología) (1998): *Sudbá Rossii*. Járkov, Folio.

Besançon, Alain (2001): "Vozmózhno li vklíuchít' Rossíiu v mirovoie ustróistvo?". *Rússkaia Mysl* 4358-4363
Internet: <http://rusmysl.ru/2001long/long09-2001Mar22.html>

Bobbio, Norberto (1995): *Derecha e izquierda. Razones y significados de una distinción política*. Madrid, Taurus

Clunan, Anne (2000): "Constructing concepts of identity. Prospects and pitfalls of a sociological approach to world politics", en *Beyond Boundaries? Disciplines, paradigms and theoretical integration in international studies*. Sil, Roudra, y Doherty, Eileen (eds.), Nueva York, State University of New York, págs. 87-116.



- Chaadáev, Piotr (1997): "Cartas filosóficas dirigidas a una dama", en *Rusia y Occidente*. Nóvikova, Olga (comp.), Madrid, Tecnos, pp. 13-37.
- Dostoievski, Fiódor (1982): *Obras completas, T.III*. Aguilar, Madrid.
- Duguin, Aleksandr, "Edinstvennaia forma natsional'noi idei – evraziyskaia", *Literatúrnaia Gazieta* 37 (5848)/2001
Internet: http://www.lgz.ru/archives/html_arch/lg372001/Tetrad/art1.htm
- Gellner, Ernest (1988): *Naciones y nacionalismo*. Madrid, Alianza.
- Gogol, Nikolái (1979): *Tarás Bulba. Novelas de San Petersburgo*. Moscú, Progreso.
- Habermas, Jürgen (1989): *Identidades Nacionales y Postnacionales*, Madrid, Tecnos.
- Hobsbawm, Eric, y Ranger, Terence (eds.) (1983): *The invention of tradition*. Cambridge, Cambridge University Press.
- _____, (1998): *Sobre la historia*. Barcelona, Crítica Grijalbo
- Hobsbawm, Eric, y Ranger, Terence (eds.) (1983): *The invention of tradition*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Ijlov, Evguenni, "Dvié stórony nóvovo evraziystva", *Nezavisimaia Gazieta* 08.09.01 Internet: http://ng.ru/politics/2001-09-08/2_storona.html
- Jomiakov, Alexéi (1997): "Algunas palabras sobre la carta filosófica", en *Rusia y Occidente*. Nóvikova, Olga (comp.), Madrid, Tecnos, pp. 59-69.
- Kara-Murza, Alexéi, "Shto s nami sdiélali", *Literatúrnaia Gazieta* N° 27 (5839)/2001 Internet: http://www.lgz.ru/archives/html_arch/lg272001/Polosy/art4.htm
- _____, "Rossiit iest' za shto liubit'", *Literatúrnaia Gazieta* 2 (5863)/2002
Internet: http://www.lgz.ru/archives/html_arch/lg022002/Polosy/art3_1.htm
- Kliuchévski, Vasili (2000): *Krátki kurs po rússkoi istorii*. Járkov, EKSMO-Press.
- Leóntiev, Konstantín (2001): "Bizantism i slavianstvo", en *Bizantism i slavianstvo. Velikiy spor*. Básov, E. (ed.), Moscú, EKSMO-Press, pp. 21-148.
- Lijachov, Dmitri (1997): "No podemos huir de nosotros mismos (la autoconciencia histórica y la cultura de Rusia)", en *Rusia y Occidente*. Nóvikova, Olga (comp.), Madrid, Tecnos, pp. 21-148.
- _____, (1997): "Del carácter nacional de los rusos", en *Rusia y Occidente*. Nóvikova, Olga (comp.), Madrid, Tecnos, pp. 369-376.

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

Loshits, Yuri, "Kirill, Mcfodi y globalisty", *Literatúrnaia Gazieta* N° 20-21 (5878)/2002
 Internet: http://www.lgz.ru/archives/html_arch/lg202002/Polosy/art1_1.htm

Martínez Calvo, Lorenzo (sin fecha) *Diccionario español-ruso y ruso-español* (dos t.), Barcelona, Sopena

Mau, Vladímir, "Vladímir Mau: V Rossii proizoshlá normál'naia revolutsiia. Oná zavershilas'", *Literatúrnaia Gazieta* N° 26 (5838)/2001
 Internet: http://www.lgz.ru/archives/html_arch/lg262001/polit/art7.htm#02

Meyer, Jean (1996): "Ortodoxia e identidad nacional en Rusia". *Foro Internacional* N° 3, 1996, Vol. XXXVI, pp.498-511

_____, (1997): *Rusia y sus imperios, 1894-1991*. México, Fondo de Cultura Económica-CIDE.

_____, (2000): *La transición de la fe: la iglesia ortodoxa rusa (1988-1996)*, en *Transiciones a la democracia. Lecciones para México*. Bizberg, Ilán, Frybes, Marcin (comp.). México, Cal y Arena, pp. 435-456.

Melvin, Neil (1995): *Russians beyond Russia. The politics of national identity*. London, Chatham House Papers.

Moróz, Oleg, "Vozliubim li my zapad?", *Literatúrnaia Gazieta* N° 6 (5866)/2002
 Internet: http://www.lgz.ru/archives/html_arch/lg062002/Polosy/art4_1.htm

Muncháev, Sh. M. Y Ustinov, V. M. (2000): *Istoriia Rossii*. Moscú, NORMA.

Nóvikova, Olga (1997): "Estudio preliminar", en *Rusia y Occidente*, pp. IX-LXXXVI.
 Nóvikova, Olga (comp.), Madrid, Tecnos.

Özkirimli, Umut (2000): *Theories of nationalism. A critical introduction*. Honk Kong, McMillan Press.

Prizel, Ilya (1998): *National identity and foreign policy. Nationalism and leadership in Poland, Russia and Ukraine*. Cambridge, Cambridge Univerity Press.

Rancour-Laferriere, Daniel (2000) *Imagining Russia: ethnic identity and the nationalist mind*.
 Internet: <http://www.panorama.ru:S101/works/patr/ir/index.html>

Rowley, David. Reseña de Tumínez, Astrid (2000): *Russian nationalism since 1856: ideology and the making of foreign policy*
 Internet: <http://www.h-net.msu.edu/reviews/showrev.cgi?path=5588998509023>

Salútski, Anatoli, "Strasti po Kiplingu. Miésto Rossii v mire", *Literatúrnaia Gazieta* N° 40 (5895)/2002
 Internet: http://www.lgz.ru/archives/html_arch/lg402002/Polosy/art4_1.htm

TESIS CON
 FALLA DE ORIGEN

Seton-Watson, Hugh (1977): *Nations and states. An enquiry into the origins of nations and the politics of nationalism*. Boulder, Colorado, Westview Press.

Shólojov, Mijaíl (sin fecha): Campos roturados. Moscú, Progreso

Skátov, Nikolái, "Pod nogami vsiemírmoi kolonny?" *Literatúrnaia Gazieta* Nº 11(5871)/2002
Internet: http://www.lgz.ru/archives/html_arch/lg112002/Polosy/art3_1.htm

Smith, Anthony D. (1986): *The ethnic origins of nations*. Oxford, Blackwell.

Solzhenitsyn, Alexandr (1999): *Rusia bajo los escombros*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica

Stalin, Iosif Vissarionovich [1913]: *El marxismo y la cuestión nacional*. México, Ediciones Cuauhtémoc.

_____, (s/f a) *Vystupliénie po radio 3 iulia 1941 goda*. Internet: <http://www.geocities.com/CapitolHill/Parliament/7345/stalin/15-7.htm>.

_____, (s/f b) *Riech' na Krásnoi Plóschadi 7 noiabriá 1941 goda*. Internet: <http://www.geocities.com/CapitolHill/Parliament/7345/stalin/15-67.htm>.

_____, (s/f c) *Obruschénie k narodu 2 sentiabriá 1945 goda*. Internet: <http://www.geocities.com/CapitolHill/Parliament/7345/stalin/15-22.htm>.

_____, (s/f d) *Vystupliénie na priómie v Kriemlié v chiést' kománduiuschij voiskami Krásnoi Armii 24 maia 1945 goda*. Internet: <http://www.geocities.com/CapitolHill/Parliament/7345/stalin/15-4.htm>.

Tolstói, Lev (1978): *Voiná i mir* (2 t.). Moscú, Iudózhestviennaia Literatura.

Tsipko, Aleksandr, "Osleplénie i nakazánie", *Literatúrnaia Gazieta* Nº 21 (5834)/2001 Internet: http://www.lgz.ru/archives/html_arch/lg212001/polit/art1.htm

_____, "Vrozhdionny porók krásnovo patriotizma", *Literatúrnaia Gazieta* Nº 36 (5847)/2001 Internet: http://lgz.ru/archives/html_arch/lgz362001/Polosy/art1.htm

_____, "Straná glujij", *Literatúrnaia Gazieta* Nº 47(5857)/2001
Internet: http://www.lgz.ru/archives/html_arch/lg472001/Polosy/art3_2.htm

_____, "Dobrovól'naia sterilizátsiia", *Literatúrnaia Gazieta* Nº 52 (5861)/2001
Internet: http://www.lgz.ru/archives/html_arch/lg522001/Polosy/art1.htm

Velaseco, Ambrosio (1995): "La hermenéutica de la filosofía de la ciencia mexicana", *Ciencia y Desarrollo*, Vol. XXI, Nº 125, noviembre-diciembre